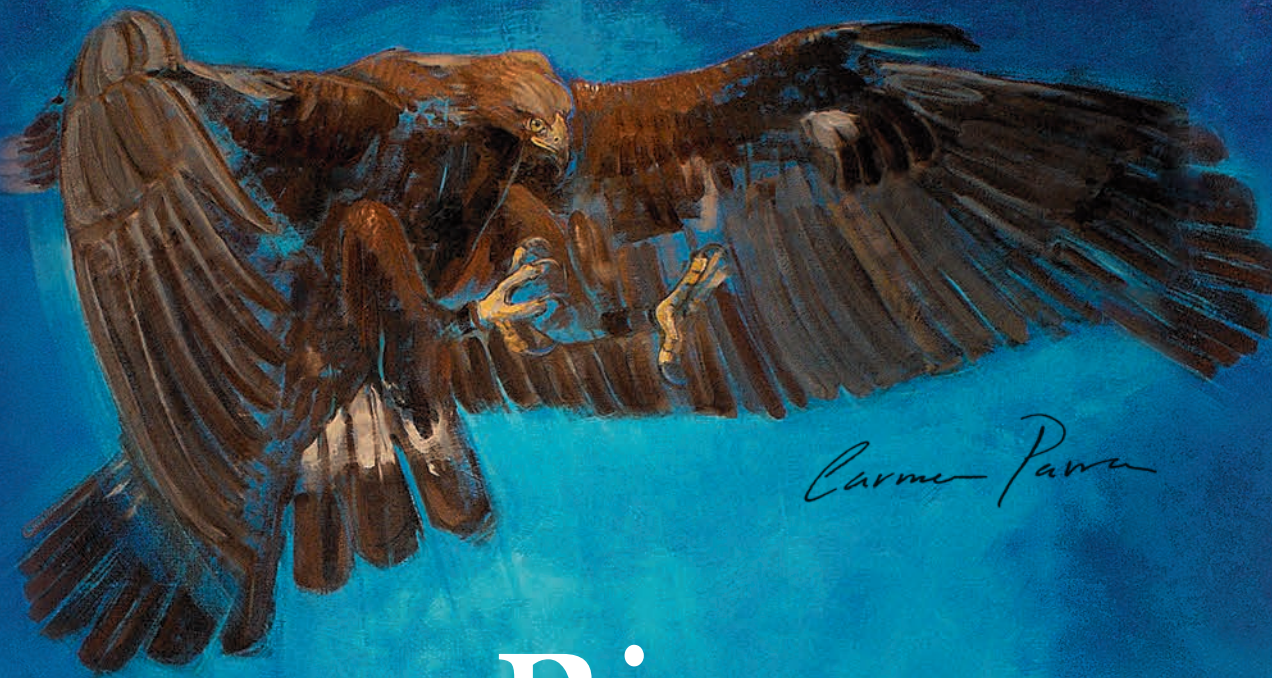




Carmen Pava

Riqueza de la pobreza

Enrique González Pedrero

MA  **Porrúa** | **Las ciencias
sociales**
CUARTA DÉCADA



**CÁMARA DE
DIPUTADOS**
LXIV LEGISLATURA

ce
CONSEJO EDITORIAL
DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS

Riqueza de la pobreza

S E R I E
Las ciencias
sociales
CUARTA DÉCADA

Riqueza de la pobreza

Enrique González Pedrero



CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA



MAPorrúa

MÉXICO

2021

338.0972
G643

González Pedrero, Enrique.

Riqueza de la pobreza / por Enrique González Pedrero -- 3ª ed., 4ª reimp. -- México : Cámara de Diputados, LXIV Legislatura : Consejo Editorial. H. Cámara de Diputados : Miguel Ángel Porrúa, 2021.

269 p. ; 17 × 23 cm -- (Las Ciencias Sociales. Cuarta Década)

ISBN 978-607-8812-31-8 CÁMARA DE DIPUTADOS

ISBN 978-607-99100-3-7 MAP

1. Ciencia política -- México. 2. México -- Política y gobierno. 3. México -- Política económica.

Esta es una publicación gratuita con fines de difusión cultural.
Queda prohibida su venta.

Primera edición: Joaquín Mortiz, 1979

1a. reimpresión: Joaquín Mortiz, 1987

Segunda edición: Cal y Arena, 1990

Tercera edición, conmemorativa por los 90 años de su autor:

Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Tabasco

Miguel Ángel Porrúa, librero-editor, 2020

1a. reimpresión —no venal—:

Cámara de Diputados, LXIV Legislatura

Miguel Ángel Porrúa, librero-editor, 2021

© 1979-2021

ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO

© 2020-2021

Características tipográficas y de diseño editorial

MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley

ISBN 978-607-8812-31-8 CÁMARA DE DIPUTADOS

ISBN 978-607-99100-3-7 MAP

Portada: Construcción de imagen elaborada en el área de
diseño del editor, a partir de la obra de la maestra Carmen
Parra, *El vuelo del águila*, serie IV/V, 2010. Óleo 200 × 200 cm

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta
del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la
autorización expresa y por escrito de MAPORRÚA en términos de
lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su
caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

www.maporrúa.com.mx

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000, Ciudad de México



**CÁMARA DE
DIPUTADOS**
LXIV LEGISLATURA

H. CÁMARA DE DIPUTADOS LXIV LEGISLATURA

MESA DIRECTIVA

Dip. DULCE MARÍA SAURI RIANCHO

Presidenta

Dip. RAÚL EDUARDO BONIFAZ MOEDANO | Dip. XAVIER AZUARA ZÚÑIGA

Dip. MARIANA RODRÍGUEZ MIER Y TERÁN

Vicepresidentes

Dip. MARÍA GUADALUPE DÍAZ AVILEZ | Dip. LIZBETH MATA LOZANO

Dip. MARTHA HORTENCIA GARAY CADENA | Dip. JULIETA MACÍAS RÁBAGO

Dip. EDGAR GUZMÁN VALDEZ | Dip. LILIA VILLAFUERTE ZAVALA

Dip. MÓNICA BAUTISTA RODRÍGUEZ

Secretarios

JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA

Dip. MOISÉS IGNACIO MIER VELAZCO

Presidente

Coordinador del GRUPO PARLAMENTARIO DE MORENA

Dip. JUAN CARLOS ROMERO HICKS

Coordinador del GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. RENÉ JUÁREZ CISNEROS

Coordinador del GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. REGINALDO SANDOVAL FLORES

Coordinador del GRUPO PARLAMENTARIO DEL PT

Dip. FABIOLA RAQUEL GUADALUPE LOYA HERNÁNDEZ

Coordinadora del GRUPO PARLAMENTARIO DE MC

Dip. JORGE ARTURO ARGÜELLES VICTORERO

Coordinador del GRUPO PARLAMENTARIO DEL PES

Dip. VERÓNICA BEATRIZ JUÁREZ PIÑA

Coordinadora del GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Dip. ARTURO ESCOBAR Y VEGA

Coordinador del GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM



CONSEJO EDITORIAL

Dip. JOSÉ GERARDO RODOLFO FERNÁNDEZ NOROÑA

Presidente

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PT

Dip. RICARDO DE LA PEÑA MARSHALL

Coordinador del Órgano Técnico

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PES

Integrantes

Dip. HIREPAN MAYA MARTÍNEZ

GRUPO PARLAMENTARIO DE MORENA

GRUPO PARLAMENTARIO DE MC

Dip. ALAN JESÚS FALOMIR SÁENZ

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. ABRIL ALCALÁ PADILLA

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Dip. BRASIL ALBERTO ACOSTA PEÑA

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. LETICIA MARIANA GÓMEZ ORDAZ

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Mtra. GRACIELA BÁEZ RICÁRDEZ

Secretaria General

Lic. HUGO CHRISTIAN ROSAS DE LEÓN

Secretario de Servicios Parlamentarios

Lic. FABIOLA ELENA ROSALES SALINAS

Directora de Servicios de Investigación y Análisis

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL LOGRO DE LA IGUALDAD DE GÉNERO

CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE
Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

C. INGMAR OMAR SANDOVAL ENRÍQUEZ

Secretaría Técnica

C. VALERIA CEPEDA RUIZ

Coordinación y Enlace Editorial

C. JAZIVE JAZMÍN REUS ARCOS

Asesoría y Asistencia Parlamentaria

Textos preliminares en ediciones anteriores

Enrique González Pedrero

1a. edición: Joaquín Mortiz, 1979

1a. reimpresión: Joaquín Mortiz, 1987

Advertencia, 1978-1979

2a. edición: Cal y Arena, 1990

A propósito de la segunda edición, 1989

Nueva e indispensable advertencia, 1990

Advertencia

Estas notas son el despliegue de una reflexión que me ha asaltado de manera recurrente en los últimos 10 años y cuya exploración se fue aplazando hasta que las circunstancias se mostraron propicias. Me refiero a un tema cada vez más discutido y más vigente: la economía de crecimiento que estructura los modelos conocidos de desarrollo, tanto el capitalista como el socialista y que ha engendrado a la sociedad industrializada de nuestros días, está en crisis.

La teoría del desarrollo, pilar del librecambio y de la economía planificada, descansó en la explotación sin límites de los recursos del planeta hasta que se descubre, de repente, que esos recursos no son infinitos. Cuando el hombre por medio de la técnica se propone dominar a la naturaleza, y se olvida que él mismo es naturaleza, gana una victoria pírrica a costa de una autoderrota. Los instrumentos manejados como extensiones de su fuerza física para lograr el pretendido dominio lo precipitan en una trampa, de modo que el más dominado resulta ser el hombre mismo. La vieja leyenda de Prometeo, primer aprendiz de brujo de la cultura occidental, se actualiza. Lo veremos mejor si repasamos las interpretaciones del mito que propone Kafka:

1) Prometeo se repliega con tal intensidad hacia la roca pretendiendo, infructuosamente, evitar el pico del águila que se adhiere a la piedra, como el hombre de Hiroshima, cuya figura quedó estampada en una mancha sombría sobre la acera (Prometeo, arrepentido de su acción, se

reintegra a la naturaleza); 2) el robo es olvidado en el curso del tiempo por los dioses, por las águilas, por Prometeo mismo (la esponja de la conciencia se habría tragado lo que le estorbaba, como ocurre con los contenidos traumáticos que tienden a reprimirse: Prometeo, como los pueblos, habría perdido la memoria histórica); 3) el tedio se ha apoderado de dioses y águilas y hasta la herida se ha cerrado inadvertidamente; sólo queda la insondable masa granítica. La leyenda trata de explicar entonces lo que ya es inexplicable (en plena sociedad de consumo, Prometeo se aburre como personaje de un film de Antonioni: es la conclusión lógica del robo que lo hizo dueño de la tecnología).

Lo cierto es que Prometeo, desde el Olimpo o desde la masa pétreo del Cáucaso, mira con apesadumbrada melancolía cómo juegan los hombres con el fuego y con el pequeño planeta azul. (Prometeo es ahora un astronauta que flota en el espacio, ligado al vientre tecnológico de su cápsula, vuelto él mismo cápsula, convertido en máquina).

Estos apuntes se refieren a esos aprendices de brujo que han manejado la idea del progreso —en Occidente y en el Este— como varita mágica para el desarrollo de la humanidad, adornado todo ello con la pompa y circunstancia de palabras tales como economía, ciencia, técnica y tecnología, dinámica y desarrollo, cambio. Palabras que muchas veces rebotan y suenan a hueco por estas latitudes, entre volcanes, desfiladeros y planicies, reverberando con engañosos destellos de bisutería.

Se trata de un libro polémico como lo son todos los que no parten de verdades reveladas ni se conforman con repetirlas. Todo el razonamiento, que parte de la fundamentación de la sociedad industrial, la teoría del progreso, pone en duda las verdades reveladas y procura atenerse al sentido común y a la experiencia histórica para apuntar hacia lo que podría ser un modelo de desarrollo propiamente mexicano.

Lejos de pretender proponer otra solución mágica que acabaría por añadirse a tantas que ya se han mostrado ineficaces, quiere sobre todo

mover a la discusión y remover el estanque de lugares comunes en que flotamos. Lugares comunes de la inercia que sólo podrán ser desplazados si nos atrevemos a repensarlo todo y a sustituir con la reflexión lúcida a la complacencia cómplice. Lugares comunes de los que sonríen creyendo encontrarse en el apogeo del capitalismo, en la hora del *enrichissez vous!* y del “después de mí el diluvio”; y lugares comunes de los que sonríen maliciosamente ante esos propósitos, creyendo que todo tiene que ser peor para luego transformarse mágicamente: está bien el capitalismo, piensan, porque empujará hacia un socialismo que encarará la solución de todos los enigmas de la historia y de la justicia social, por procedimientos pacíficos o violentos, ¿qué más da?

Es la nación la que va mellándose, mientras las aguas estancadas de los lugares comunes empiezan a volverse turbulentas. Mientras los viajeros se divierten, alegres y despreocupados en el baile de gala, el barco navega, en la oscuridad, hacia el iceberg fatal. Ese peligro nos amenaza si no abandonamos definitivamente los esquemas más o menos abstractos, que pretenden ser muy realistas, para explorar *nuestra* realidad concreta y preguntarnos, de acuerdo con lo que ha sido México, qué es lo que puede llegar a ser.

Por razones de método, este libro se divide en tres capítulos: el primero plantea el despliegue de la teoría del progreso y de su práctica, la sociedad industrial; el segundo es una exploración histórica de los intentos de modernización de México; el tercero apunta algunos presupuestos para un modelo *mexicano* de desarrollo, tomando en cuenta las bases teóricas y los antecedentes históricos planteados en los capítulos primero y segundo. Sólo he acudido a los datos estadísticos cuando me ayudaban a aclarar ideas o a fortalecer argumentos. No he querido abrumar al lector no especializado. Y el especialista no los necesita.

[Coyoacán, marzo; Acatlán, diciembre de 1978]

EGP

Algo más: la decisión de escribir este libro, que me había rondado durante tanto tiempo, se gestó durante largos diálogos, en Cuernavaca, con Octavio Paz a fines de 1977, quien me estimuló a redactar un ensayo y, cuando el texto creció, publicó un anticipo del libro en *Vuelta*.

Leyeron el manuscrito Julieta Campos y Carlos Fuentes, quienes me hicieron valiosas observaciones que me ayudaron a aclararlo, y los sociólogos Raúl Béjar y Francisco Casanova, que me auxiliaron en la precisión de algunos datos.

A todos ellos mi agradecimiento por estas nuevas constancias de su amistad.

[Enero, 1979]

A propósito de la segunda edición

Esta edición ha sido actualizada y aumentada. No corregida, como se decía antes, porque pienso que las tesis fundamentales han sido confirmadas por el tiempo.

En cambio, se han puesto al día todos los datos que se registraron en la edición de hace 10 años, y que no pude actualizar en la reedición de hace cinco. Los trajines de gobierno no dejan tiempo más que para el gobierno. Eso por lo que hace a la actualización. En cuanto a los nuevos textos que ahora amplían el libro original, dos han sido escritos especialmente para esta nueva edición: las "Reflexiones barrocas", que aparecen como apéndice 1, y que se explican por su sola lectura; y el texto sobre los centros integradores: un método de gobierno y desarrollo, que recoge la tradición de la democracia municipal que nos viene de España, pero que tiene cepa mexicana desde los comienzos de la conquista en Veracruz. Creo que la democracia en los municipios es de fundamental importancia para llenar de savia y de sabiduría a nuestra vida política y social, tan urgida de empuje y de confianza popular.

Este escrito sobre una experiencia de instrumentación democrática sirve como introducción, por así decir, al tercer ensayo incluido en esta edición, que fue escrito inmediatamente después de las elecciones nacionales de 1988 y que también tiene que ver con la democracia. Me refiero a la "Lección de la elección" que ahora encuentra definitivo acomodo en este libro.

Estas son las novedades que aumentan, ¿enriquecen?, a *Riqueza de la pobreza*, que vuelve a la batalla de las ideas gracias al generoso interés de Cal y Arena.

[*Tetecala de la Reforma*, octubre de 1989]

EGP

Nueva e indispensable advertencia

Azares de imprenta retrasaron la salida de esta edición de *Riqueza de la pobreza*. Mientras tanto, en cuestión de meses, el rostro del mundo se ha transformado. Se derrumbó el muro de Berlín; cayó Ceaucescu: la *perestroika* reinventa a las naciones del Pacto de Varsovia y a la propia URSS; Alemania se unifica *de facto*: Francia pretende adelantar la política prevista para 1992; Inglaterra se opone al desmantelamiento de la OTAN: el papa celebra, en Praga, el fin de la utopía comunista. Pregunta: ¿todo esto es parte de un siglo XX que ya puede darse por terminado o, más bien, las primicias de un siglo XXI que se anticipa una década? El torbellino acelera este fin de década y fin de siglo que, súbitamente, se ha vuelto auténtico fin de milenio. El torbellino parece dislocar todo aquello que, en nuestros esquemas, tenía sitio seguro. Cada día se suscitan preguntas nuevas que se añaden a otras del día anterior, todavía sin respuesta. Es difícil encontrar respuestas cuando la algarabía del acontecer exterior invade sin descanso nuestra atención. ¿Cómo empezar a articular tantos acontecimientos para los que resulta imposible, en la inmediatez, disponer de una visión y una comprensión suficientemente claras?

La mundialización de la economía y de las técnicas informativas ha hecho que resurjan, paradójicamente, regionalismos y localismos que parecían superados en la pequeña aldea que es hoy el planeta. Lituania, Letonia y Estonia, las breves repúblicas bálticas, reclaman su sobera-

nía al Goliath ruso cuando, a la vez, Europa está volviéndose una sola: la “casa común” que quiere Gorbachov. España es cada día más Europa pero, con insistencia, las autonomías reclaman más su identidad y poder de decisión: Cataluña, Galicia, el País Vasco quieren reencontrarse más con su ser propio. ¿Cómo se compagina esa tendencia con la globalidad del planeta visto desde un satélite o desde la Bolsa de Tokio? La unidad alemana trae a la memoria mucho de lo ocurrido en los años treinta: ¿nos guiamos, para interpretarla, por parámetros de este siglo o la naturaleza humana ha cambiado tanto que el poderío alemán acabará por subsumirse en el polo europeo del siglo xxi? ¿Habrá dejado de ser válida la opción formulada por Thomas Mann: Alemania europea o Europa alemana? Las fronteras que intenta garantizarse Polonia, ¿son reminiscencias del pasado o vigencia de ese pasado en la previsión del porvenir? Hay una confusión de tiempos, de épocas, de ideas. Los gobiernos socialdemócratas están haciendo una política que muchos califican de neoliberal. ¿Seguirá reclamándose socialista ese pragmatismo que se mimetiza a los tiempos? ¿Pretendería la *perestroika* renovar al comunismo o sería “otra cosa”? ¿Es culminación coherente del siglo xx o anticipo insospechado del siglo xxi?

La época que describo, los hechos que menciono, se contradicen entre sí. Ya no hay imágenes fijas: de la fotografía pasamos al cinematógrafo y al video. Mañana vendrán otros acontecimientos, concepciones y conductas inéditas. Pero como los pensamientos tienen otro ritmo, pareciera que su paso no logra sincronizarse con la marcha de la realidad y a veces se hace evidente la desconexión entre lo que se piensa y lo que se hace. Algo o mucho va a ocurrir, acaso, que confirme o contradiga lo que actualmente está ocurriendo: no podemos saber en qué irá a parar la velocidad, el dislocamiento de polos y concentraciones de decisión que parecían incommovibles, la carrera frenética hacia todo o nada. ¿Acabarán los propósitos de supuesta “racionalización”

pragmática en su opuesto, en un “lanzarse por la ventana al vacío”, en una suicida defenestración “not with a bang but with a whimper”?

Ser consciente del mundo que se vive no significa negar el mundo que se ha vivido: cultura y vidas humanas no han sido sino una continuidad con múltiples y sucesivas rupturas. Y todo ello se produce “de alguna manera” (como suele decirse ahora en implícito reconocimiento del desenfado y la ausencia de certidumbres que son propios de los tiempos) por la catarata de informaciones que nos abruman y la velocidad de los hechos, registrados de inmediato y *mass-mediatizados*, que obstaculizan cualquier procesamiento más lúcido y reflexivo, que pudiera volver más densa y articulada la dispersión profusa de datos que asaltan la atención sin propiciar el juicio.

Tal vez hurgar en la noción de cultura pudiera contribuir a desenredar la madeja. ¿Cómo entiendo la cultura? El poeta-profeta Octavio Paz la ha definido certeramente como el cultivo de la parcela propia, recordando los orígenes agrarios de la palabra que luego se volvería urbana. ¿Cuál sería nuestra parcela propia? Trascendiendo la individualidad pensaríamos de inmediato en Hispanoamérica, Latinoamérica o Indoamérica, como habría dicho Vasconcelos, el joven aspirando a la “raza cósmica”. América Latina ha sido, en todo caso, tierra y cultura de utopía, de esa eterna esperanza que reconociera, en *Última Tule*, don Alfonso Reyes. Ciñéndonos al entorno inmediato definiríamos a la mexicana como una riquísima cultura mestiza, cuajada con la aportación de *las* culturas hispanas y de *las* culturas indígenas que florecían en Mesoamérica y de las que sobreviven cincuenta y tantas muestras de expresiones regionales.

Pero nuestro tiempo tiende, más bien, a acentuar las individualidades, a propiciar una cultura centrada en la gratificación del yo: una cultura del narcisismo, como lo ha señalado certeramente Gilles Lipovetsky. Esa cultura del narcisismo enfría los vínculos emocionales con

los demás y con el mundo, y tiende a constituir alrededor de cada cual “un bunker de indiferencia”, una cultura de la soledad que, partiendo de una tendencia creciente hacia el hedonismo, tiende a centrar la gratificación en cada sujeto. Tras el desmoronamiento de valores éticos y sociales que los siglos inmediatamente anteriores habían vuelto, o eso creyeron, patrimonio perdurable del hombre, los hombres de hoy se han replegado sobre sí mismos y parecen desconfiar de todo: de la política, de las ideologías, de las grandes interrogaciones que abría la filosofía, de los ideales, de las trascendencias. La parcela de la cultura se ha enjutado alrededor de los más precarios límites de la esfera privada de cada sujeto. La posmodernidad se caracteriza por una escapada hacia el propio huerto, cada vez más desvinculado de los huertos ajenos, y por la apertura de un paréntesis en la secuencia del tiempo histórico, por una “retirada sobre el presente” que se desliga o pretende desligarse del pasado y se abstiene de anticipar utopías futuras. Todo lo cual no deja de ser contradictorio con otro rasgo de la época, que ha traído el futuro al presente, a la actualidad del *ahora mismo*.

La información es una de las grandes revoluciones tecnológicas del siglo xx y, probablemente, la palanca que ha catapultado el presente hacia el futuro, para no decir que ha vuelto al futuro presente. ¿A qué se debe tal transformación, semejante trastocamiento del tiempo? En principio, a que toda revolución lo supone, en tanto ruptura del tiempo tradicional, del tiempo conocido. Lo mismo si pensamos en las transformaciones sociales como en las técnicas, y aun sospecho que las técnicas son más profundas, aunque menos vistosas. Me explico: el salto que supuso pasar del siglo de Luis XIV a la Europa de Luis XVIII, mediando la Revolución francesa y su propagación napoleónica, fue descomunal. La Restauración jamás lo sería del todo porque no podía serlo. Europa ya nunca volvería a ser idéntica a pesar de que esa era la partida que de verdad se jugaba en el juego de ajedrez de dos prín-

cipes de la política que jugaban a defender, en el tablero, objetivos en apariencia opuestos: Metternich y Talleyrand. Pero ¿qué sucede si pensamos en los cambios del mundo entre la época de los relojes de sol y de arena y los relojes mecánicos? En términos exclusivamente políticos quizá no sería tan perceptible el cambio, como lo señalara con agudeza hace años André Malraux. Entre los relojes mecánicos y los cronómetros el salto es semejante al del tránsito entre el siglo xx y un siglo xxi que ya vivimos, aunque haya quien siga esperando a que lo marquen los calendarios dentro de 10 años. Nuestro tiempo es definitivamente más veloz.

Son muchas las causas que han conducido a que los relojes se aceleren, aunque sigan marcando un tiempo rezagado. De modo que los equívocos que van a suscitarse —y que ya se suscitan— a causa del vértigo que incrementó las revoluciones del tiempo que estábamos acostumbrados a vivir —vértigo que anuncia el desatado frenetismo que se acentuará a partir del noventa y dos— serán, y son, cada vez más frecuentes. Y, sin embargo, están tan entreveradas todas las cosas y todos los tiempos en esta época nuestra que se dificulta precisar, a veces, cuándo algo es “de antes” y cuándo es “de ahora”. Un ejemplo: con la globalización de la economía, que es el resultado de la globalización del planeta a través de la información, no hay duda alguna: se trata de un fenómeno absolutamente contemporáneo, es decir de un fenómeno que el futuro ha instalado en el presente. Pero ¿acaso ocurre lo mismo con la democracia que, siendo tan actual, se remonta a la infancia griega de Occidente? A diferencia de lo que ocurre en el caso de la economía, no es el futuro el que se vuelve presente sino el pasado el que se vuelve futuro. Los ritmos de Cronos que nos fueron familiares ya no son los mismos. ¿Implicaría esto, en consecuencia, que “ya no vale” el tiempo y que, supuesto que la física de Einstein ha “superado” a la newtoniana, habría que tirar a Newton a la basura? De ninguna

manera. Acercándonos a México, pienso en el ejemplo muy concreto de experiencias que nos atañen de cerca: si a nuestra economía no le quedaba más remedio que abrirse, a pesar de los riesgos que esto suponía tomando en cuenta su debilidad, y en ese sentido tiene razón Carlos Salinas de Gortari con sus medidas económicas, también es cierto que, en lo político, sin democracia municipal, estatal y nacional trabaríamos el advenimiento del siglo XXI. Y al decir democracia quiero decir gobierno del pueblo y participación efectiva de la opinión pública en todos los ámbitos de la vida del país. Los riesgos que pueda traer consigo siempre son menos riesgosos que los que se suscitan cuando se obstruye la fluidez de la vida democrática. Y, además, resulta inevitable: la democracia es, como la apertura económica, signo de los tiempos.

Los *medios* han marcado la tónica de los cambios que, como la globalización de la economía y el prestigio creciente de las vías democráticas, son signo de la época. Por un lado, la técnica ha impreso una creciente velocidad a todas las instancias de acción y decisión. Teléfono, telefax, televisión, computadoras, autos, aviones, satélites: todo tiende a una velocidad vertiginosa que podría devenir frenética. ¿No es acaso posible desayunar en Nueva York, comer en París y dormir en Moscú en el lapso de un solo día? La factura se paga con salud, duración y calidad de vida, pero es el precio de revoluciones científicas y tecnológicas que pocos se atreven a cuestionar. Cuando los Prometeos de ahora juegan con el fuego que el Prometeo de entonces le robó a los dioses, inventan robots que se apresuran a desplazarlos.

Pero los medios no sólo aceleran el ritmo de los acontecimientos, sino que, de hecho, los condicionan. Ni la intervención de Juan Pablo II, ni las luchas de Walesa, ni la *perestroika* de Gorbachov, ni la globalización de la economía habrían repercutido tanto, ni tan rápidamente, sin la difusión de los medios, que hacen simultánea la noticia y su propa-

gación planetaria. La noticia trasciende hoy el espacio geográfico donde se produce y se vuelve de todos. Pero la noticia no se limita a comunicar algo que ha ocurrido: las noticias son, también, engendros de los propios medios. Los diarios, la radio o la televisión pueden volver noticia la plática más íntima, una entrevista con algún paseante solitario o con un policía, lo que ocurre en un vagón de ferrocarril o del metro, lo que pasa en una tertulia. Y el comentario puede crecer y volverse un fenómeno de alcance mundial. Pongo un ejemplo: un artículo publicado el año pasado por un funcionario desconocido del Departamento de Estado en Washington, interpretando una tesis de Hegel en una revista de escasísima circulación llamada *The National Interest*, le ha dado la vuelta al mundo en pocos días y ha suscitado tanta bibliografía y comentarios como si se tratara de un clásico. Al referirme así a “El fin de la historia” de Fukuyama no exagero. Muchos de esos comentarios se produjeron desconociendo el contenido del texto, o conociéndolo sólo parcialmente. Lo que me interesa destacar es que no sólo leemos lo que queremos leer sino que, aun sin alcanzar a leerlo, con la sola magia sugerida por los medios, imaginamos lo que el autor habrá querido decir y ya está: llenamos de contenido la noticia que, distorsionada y todo, tiene una enorme repercusión en la pequeña aldea global. ¿Magia de los medios o medio para la magia? Tal vez todo a un tiempo.

El fenómeno no es excepcional sino cotidiano y la razón es muy sencilla: el hombre, para comunicarse con sus semejantes, habla con lenguajes que trascienden las palabras; lo que sugiere la inflexión de la voz, el gesto, el ritmo con que se dicen esas palabras. El lenguaje dice lo que dicen las palabras y lo que está detrás y cada cual oye, además, lo que quiere o puede oír. Remito al lector a la frase admirable y terrible de Shakespeare según la cual la vida no sería más que una historia contada por un idiota, *full of sound and fury*, y que no significa nada...

De los equívocos que suscita el uso del lenguaje y la infinita relatividad de las interpretaciones y los sentidos que atribuimos a las palabras mucho habría que abundar. Por lo pronto se me ocurre preguntarme: ¿qué ha ocurrido con palabras como *libertad*, *democracia*, *mercado*, *derechos humanos*, *socialismo*, *consumo*? Esas palabras, y otras semejantes, han percutido día tras día el cerebro de millones de personas en la Europa Central —como ahora volvemos a llamar a esos territorios que constituyeron el poderoso Imperio soviético— y han despertado la imaginación de los aletargados habitantes del mundo del “socialismo real”. Todos sabemos lo que se ha desencadenado con las enormes expectativas acariciadas por la gente de la Europa del Este: un don Quijote adecuado a la modernidad se ha echado a cabalgar, sólo que ahora lo hace en los caballos del poderoso motor de un Mercedes Benz o de un auto japonés y, en vez de soñar con damas ideales y empresas heroicas, se imagina colmado por el sinfín de satisfactores concretos que pueden proporcionar los objetos de consumo. Pero ¿sabemos qué sucederá cuando tales expectativas se traduzcan en la realidad “realmente existente” y Sancho vuelva, tozudamente, a meter su cuchara? ¿Qué ocurrirá cuando la gente empiece a advertir cómo, de repente, en los escenarios mantenidos hasta hace poco en la penumbra por la escasa iluminación y la precaria acústica empiezan a circular personajes e historias imprevistos e indeseables: desocupación, *realpolitik*, carencia y encarecimiento de viviendas, inseguridad social, drogadicción, desigualdad entre los sexos, futuro nebuloso para las nuevas generaciones, inflación? Y ¿cuál será, entonces, la actitud y el mensaje de los medios?

Porque no podemos olvidar que el medio es el mensaje: que el *fin de las ideologías* precedió al *fin de la historia*. La gente ha comenzado a agarrarse de los clavos ardientes que están a su alcance. ¿Acaso los medios sustituirán —o han sustituido ya— a esas ideologías y a esa

historia? Ya sabemos que *medio es fin*,⁴ lo que significa que los *media* son *meta* y que, ¿imperceptiblemente?, tales medios se han vuelto poderosísimos: han desolado a los centros tradicionales donde residía el poder y ahora se alojan en la casa de cada quien: son el Big Brother de Orwell.

Pero no conviene olvidar que no todos somos poderosos: sólo se nos concede la ilusión, pero no el poder. En el poder de comunicación de los medios reside ahora lo que antes fue, en términos generales, el poder del Estado. La expropiación —ni silenciosa, ni sigilosa— se ha operado a la vista y oído de todos: el poder se ejerce desde y a través de la propiedad y el control de los medios masivos. Tampoco conviene olvidar, sin embargo, que aun el poder soberano, desde su entronización, tuvo límites: por encima de la *souveraineté*, atributo esencial del Estado nacional, colocaba Jean Bodin, su gran teórico, a “las leyes del imperio”, es decir, al imperio de la legalidad. ¿Cuál sería el contrapoder actual, en este mundo que marcha vertiginosamente, como lo anunciara hace 100 años Alexis de Tocqueville, hacia la implantación de la igualdad en la libertad? Se me ocurre que habrá de estar en los propios medios, que tendrían que volverse cada vez más democráticos. De lo contrario, en la medida en que la democracia se irá practicando cada vez más en la arena política, los *medios*, que dicen representar a todos, corren el peligro de ir perdiendo esa representatividad para acabar por representarse sólo a sí mismos. (Y a sus dueños).

Al explorar los dominios de la comunicación, que informa o desinforma, pareciera que dejo de lado a la cultura, pero sólo pareciera. Porque la parcela propia se ha vuelto lo poco que leemos y lo mucho que vemos y oímos a toda hora: parcela singularmente parcial con una ubicua apariencia de universalidad generada por la dinámica implícita

⁴Véanse los párrafos dedicados a la sociedad del vértigo, al final del primer capítulo de este libro.

en los medios, que tienden a crecer y multiplicarse al infinito y a traer el infinito al aparato de televisión de cada cual. Una sociedad vertiginosa y competitiva apenas si tiene tiempo para leer: si se publica cada vez más, se lee cada vez menos. Perseguiríamos imposibles si pretendiéramos enterarnos tan sólo de las revistas y periódicos que aparecen en el propio país y en la propia lengua. De manera que, no obstante vivir ya en pleno siglo XXI, en un fin de milenio que ha anunciado con bombos y platillos el fin de la historia y su culminación, tenemos que recurrir, para entendernos, a las historias de las culturas, de los continentes, de las naciones, a una historia que, esa sí, goza de cabal salud y que sigue marcándonos y condicionando nuestra insegura pero, eso sí, velocísima aventura. Y aquí tocamos otro desfase entre *medios* y cultura. Unos tienden a homogeneizar: las noticias vienen de y van hacia todas partes. Pero ¿acaso el planeta que ven los astronautas es la tierra que miran nuestros ojos? Si los medios son globales, los hombres estamos configurados por antecedentes históricos y circunstancias sociales que nos distinguen de otros cuyos antecedentes y circunstancias son diversos. La nacionalidad nos sitúa y delimita el contexto del mundo donde mental y realmente nos insertamos. Culturas, historias, vivencias nos aproximan y, a la vez, nos separan. La información que nos acosa y nos bombardea, el mensaje de los medios es idéntico y homogéneo pero la interpretación varía: la lectura, a pesar de todo, no es idéntica. Aunque se haya anunciado triunfalmente desde el centro neurálgico de Occidente el fin de las ideologías, las múltiples realidades sociales van a seguir acotando con sus parámetros y sus puntos de referencia los azares de nuestras existencias cotidianas. Traduciremos *nacionalmente* la homogeneidad global que se nos ofrece.

No sólo con sueños o buenos deseos participaremos de uno u otro de los grandes núcleos que, desde Europa o la Cuenca del Pacífico, o América del Norte, polarizan ahora los recursos y las energías del pla-

neta. Tampoco con buenos deseos únicamente se integrará, en la realidad, lo que fue desde los albores de la Independencia aspiración de los países nuestros: una América Latina capaz de articular cultura e historia comunes en la consolidación de un destino más coherente y satisfactorio.

En este universo del siglo XXI, que ya ha empezado, siguen vigentes categorías culturales que durante siglos han coexistido y se han enfrentado. Minorías como la mexicana en Estados Unidos o la musulmana en la Unión Soviética introducen importantes variantes dentro de esos contextos. El mundo global es, políticamente, un mundo no sólo de fronteras sino de modalidades muy locales, con culturas que tienen como sólidas raíces no sólo la geografía sino motivaciones religiosas cada día más arraigadas en la medida en que la filosofía, o las ideologías que procuraron sustituirlas han periclitado. Dios sigue vivo, a pesar de Marx y de Nietzsche. Protestantismo, catolicismo, islamismo o hinduismo se muestran más saludables que nunca en una época que lanza al espacio, cada día, nuevos descubrimientos científicos y avances tecnológicos. Mientras más avanza la ciencia más crecen, en proporción geométrica, la religión y la fe en la trascendencia. Todo lo cual parecería una contradicción entre el milenio que concluye y el que comienza, si no fuera que la contradicción es inherente a la condición del hombre. En el hombre de hoy sigue vivo el que dibujó las siluetas, tan sorprendentemente contemporáneas, de las cuevas de Altamira. Y ambos coexisten con los fundadores de religiones y los constructores de la infancia y la juventud de Occidente, incluyendo a los que trazaron y levantaron esos puentes romanos que todavía hoy nos comunican. ¿No siguen iluminando Lutero y Calvino, con la gracia de Dios, a la porción más avanzada del planeta? ¿Estarían acaso liquidados los ideales de la Revolución francesa o son, más bien, aquellas aspiraciones democráticas y libertarias las que alumbran, con creciente intensidad, los caminos de

un mañana que ya ha empezado hoy? Decir que la humanidad es historia no es asumir una fatalidad sino, al contrario, celebrar el libre ejercicio de la inteligencia, la imaginación y la pasión. El hombre, entreveramiento de todos los que han sido y los que serán, reúne inteligencia y coraje, ciencia y fe, valores materiales y valores éticos, intereses y espíritu. Y todo ello sedimenta la cultura, ni premoderna, ni moderna, ni posmoderna: eterna, como el hombre mismo. Nutrida de todo el peso del pasado y alimentando la esperanza, irrenunciable, del futuro.

Este libro postuló, hace 12 años, la urgencia para México de encontrar un camino fincado en su propia historia e idiosincrasia, en la pluralidad de su composición social y económica: en su rostro múltiple, a la vez arcaico y contemporáneo. El mundo, en aquel momento, se escindía en dos modelos y dos ideologías antitéticas que solicitaban, a diestra y siniestra, la adhesión de los países que, como el nuestro, habían entrado a destiempo al concierto del desarrollo y la cultura ofrecidos por Occidente.

Hoy, al iniciarse la última década del siglo y del milenio, una secuencia inesperada de acontecimientos ha transformado esa imagen dual, polarizada, del mundo y ha hecho evidente la prisa de los países del Este por acabar de sumarse a los beneficios del progreso y la modernización. Se disponen, ahora, a aprender el manejo de la economía de mercado y reprogramar algunos, o muchos, de sus mecanismos estructurales. Pero uno se pregunta si serían tan antitéticos los sistemas, a fin de cuentas, cuando le ha resultado tan fácil, a uno, cambiar de signo y “pasarse al otro lado”. Hace 12 años escribía yo, en el primer capítulo de este libro, algo que anticipaba lo que hace poco se ha celebrado en un texto de difusión universal, “El fin de la historia” de Francis Fukuyama. Veamos:

...la historia se ha consumado para la sociedad industrial, a la manera hegeliana en Occidente y a la manera marxista en el Este. Al acelerar al máximo el tiempo histórico, lo han inmovilizado, al lograr los fines que señaló Hegel: ser, saber, poder. Avance lineal en la técnica y contención en la estrategia política marcan esa “realización” de la historia en una porción muy importante del mundo que, sin embargo, no nos abarca a todos. Estados Unidos y la URSS han llevado hasta sus últimas consecuencias el despliegue del espíritu absoluto acompañados por numerosas naciones septentrionales.

Pero también advertía entonces:

Otra ha sido nuestra suerte. El Dios concreto y racional de Lutero; el Dios de Hegel, no nos iluminó con su gracia, quizá porque el nuestro era hispánico y místico y lo rondaban otros dioses, maltrechos pero alentando todavía, después de haber rodado por las escaleras del Templo Mayor. Sólo que ahí justamente, en esa paradoja, puede estar todavía la salida para países como México, cuya historia sigue abierta y casi inédita, a pesar del “desarrollo” postizo y la tecnología importada. Las opciones no se han cerrado para nosotros. Y se impone emprender una búsqueda, a partir de *nuestros* orígenes arcaicos y de nuestros orígenes occidentales, que son latinos, hispánicos, es decir, desprendidos de la otra rama de Occidente, para averiguar lo que podemos y lo que queremos ser.²

En las circunstancias actuales, ante una globalización inevitable del planeta, ante una tecnología y una economía que ya no permite opciones paralelas o situaciones “al margen”, sólo nos queda sumarnos a la gran corriente democrática mundial: incorporarnos a la apertura, pero, insisto, bebiendo en *nuestra* propia savia.

²Véanse ambos textos en las páginas 95 y 96 de esta nueva edición de *Riqueza de la pobreza*.

Si, a pesar de todo, me parece oportuno reeditar este libro es precisamente por eso: por la propuesta que hace de mirar hacia nuestros orígenes, hacia nuestro pasado, para asegurarnos, con solidez y realismo, un futuro. México, en este fin de siglo que es fin de milenio, sigue cargando con el peso muerto de un pasado que no hemos sabido reconvertir para volverlo impulso de transformación. Nos siguen pesando los 40 millones de mexicanos en situación de pobreza extrema. La urgencia de encontrar opciones para insertarlos realmente en la dinámica que hoy moviliza al mundo es ya inaplazable. El signo de esas opciones no puede ser otro que la democracia, que es, por doquier, el auténtico signo de los tiempos.

Publicar de nuevo, en diciembre de 1990, *Riqueza de la pobreza* es hacer, una vez más, profesión de esa fe democrática.

[Madrid, abril de 1990]

EGP



Riqueza
de la
pobreza

Los espejismos de la razón esperanzada: teoría del progreso y sociedad industrial

*Ricos fueron los romanos en tanto que supieron ser pobres:
con su pobreza se enterró su honra.*

QUEVEDO

El sueño de la razón produce monstruos.

FRANCISCO DE GOYA

*Y acaso la enfermedad misma sea la condición esencial
de lo que llamamos progreso, y el progreso mismo una enfermedad.*

MIGUEL DE UNAMUNO

1968 fue una crisis de civilización: una crisis de la idea de progreso. Esa crisis adoptó, en cada caso, rasgos nacionales específicos. En aquella coyuntura que sacudió cortezas sociales y movilizó conciencias, Octavio Paz se formuló en *Posdata* dos preguntas decisivas: “¿Seremos al fin capaces de pensar por nuestra cuenta? ¿Podremos concebir un modelo de desarrollo que sea nuestra versión de la modernidad?”. Este libro empezó a escribirse, mentalmente, entonces.

No me resultó fácil, sin embargo, dejar el lastre de ciertos fetiches para transitar primero de la ortodoxia ideológica a la ortodoxia del método —cara al joven Lukács de *Historia y conciencia de clase*— y de ahí al método sin ortodoxia, es decir, al aprendizaje de la heterodoxia. Fue un proceso interno de gestación lenta que culminó, de repente, con una evidencia clara e irrefutable: la idea de progreso estaba empapada de fe religiosa: no era sino la vieja noción del sacrificio de un redentor para salvar a la humanidad, sólo que vuelta laica y habiendo perdido,

en el largo trayecto histórico, mucho de su fuerza original. La pasión, la tragedia cristiana del sacrificio que redimiría a todos, se había vuelto antropocentrismo en el Renacimiento para vestirse luego de Gaya Ciencia, en el XVIII, a la vera de la diosa Razón. Las raíces de aquella fe religiosa habían engendrado el árbol del desarrollo industrial con sus múltiples ramas: Adam Smith, Hegel, Marx.

Propietarios y proletarios, humanistas liberales y materialistas coincidían en lo esencial, a pesar de sus pugnas: el dominio de la naturaleza mediante la técnica, hecho generador de la sociedad industrial, propiciaría el perfeccionamiento progresivo de la humanidad y, en consecuencia, la felicidad del hombre. Algo se había olvidado, sin embargo, en medio de la euforia: que al “dominar” ilimitadamente a la naturaleza el hombre mismo, que también es naturaleza, resulta dominado.

RELIGIÓN Y PROGRESO

El tránsito de la fe religiosa en la redención a la fe religiosa en el progreso desplaza una visión trágica del destino por la idea de la felicidad ilimitada del hombre, que habrá que conseguir a cualquier precio, para un futuro nunca preciso, aunque se requiera para ello del sacrificio de una o de muchas generaciones. Todo parte de la impronta judeocristiana en el desarrollo histórico de la civilización occidental: la historia se vuelve “irreversible”, sin soluciones de continuidad ni rupturas, ni instantes precisos capaces de señalar los ciclos, la muerte de una época y el principio de otra.

La idea de progreso —el traslado de la divinidad del Dios hecho hombre, Cristo, al hombre hecho Dios de la filosofía moderna— es la modernización de la fe en los laboratorios de ciencia experimental del XVIII, bajo la benevolente protección de la diosa Razón. El proceso había sido lento y la Razón de Estado del XVI fue el anticipo del Estado de la Razón de los

siglos XVII y XVIII: así se fueron asimilando las bases religiosas de la cultura occidental y la lógica del conocimiento racional. El protestantismo es una versión “modernizada” del cristianismo. Dos siglos después, razón y revolución se habrán identificado con aquel mismo trasfondo religioso subyacente en todo el proceso. Sólo que cada vez se presentaba más revestido de atuendos seculares y se iba haciendo más difícil detectarlo.

La clave de la expansión occidental reside, como advierte Max Weber, en el concepto de *racionalidad*. Y esa racionalidad está ligada al protestantismo. La teoría del progreso conduce históricamente a la modernidad, que es confianza en la evolución de la especie hacia su perfección culminante. La razón filosófica tiene su equivalente en la “racionalidad” económica, que se manifiesta en el cálculo de la rentabilidad. La mecánica, las matemáticas y la geometría modernas están ahí detrás, como sustentos de ese cálculo de rentabilidad. Y en esa *racionalidad* económica determinante se fundan el desarrollo sistemático del Estado, la ciencia jurídica, la administración pública, la ciencia físico-matemática y aun el arte occidental.

Razón y sustrato religioso aparecen, pues, como determinantes en la génesis del pensamiento económico que produjo cambios sustanciales en Europa: el paso de la estructura agraria a la industrial y la transformación paulatina del Estado y la sociedad, gestados en la segunda mitad del XVIII y la primera del XIX y antecedentes inmediatos de la revolución científica y tecnológica de nuestros días.

HUELLA DE LA HULLA

Los ingleses sentaron las bases materiales de la modernidad con la práctica del endoso y las operaciones de descuento de documentos. Los movía la libertad religiosa que impulsó a los capitalistas puritanos y, además, la confianza creciente en la seguridad del territorio insular:

la existencia de ríos navegables que estimulaban las relaciones comerciales domésticas y la escasez relativa de población que indujo al ahorro de fuerza de trabajo, se aunaron para ofrecer condiciones propicias cuando la Union Act de 1707 integró nacionalmente a Inglaterra y sentó las bases de un mercado doméstico. La riqueza en carbón de piedra y mineral de hierro intervino como pieza clave en la construcción del edificio. Y fue así como el capitalismo quedó marcado por la hulla, asociado a las entrañas de la mina, a esos ocultos vericuetos subterráneos donde Freud exploraría más tarde los orígenes libidinales del dinero. Por precio y rendimiento abarataba la producción de mercancías cuando se tendía más a la cantidad que a la calidad. Como dice Mumford: “Los hombres contaron números y, finalmente al extenderse la costumbre, sólo los números contaron”. Impregnado de hollín, ancestro venerable del *smog*, el capitalismo inglés se lavó la cara en las anchas vías oceánicas que empezaría a recorrer su organizada marina, para extender los beneficios del comercio interno a todos los confines de la Tierra. Por supuesto, la derrota del absolutismo monárquico por Cromwell y el establecimiento de un gobierno de gabinete responsable ante el parlamento fueron decisivos para la consolidación del capitalismo. Vale la pena insistir en el curioso trasiego entre lo religioso y lo político: “Funciones sociales maduras dentro de la Iglesia, y con ella largamente identificadas, son transferidas al Estado al que, a su vez, se idoliza como dispensador de la prosperidad y guardián de la civilización”.³

Para competir con la habilidad manual de los orientales se inventaron máquinas capaces de producir más y más pronto y a menor costo que las manos. Las inventaron hombres prácticos ligados a su oficio, que querían ganar más para seguir creciendo y crecer más para seguir ganando. El círculo “virtuoso” de la riqueza había sido estable-

³R. H. Tawney, *La religión en el orto del capitalismo*, Madrid, 1936, p. 19.

cido. Aquellos hombres tenían una confianza incommovible en las máquinas como palanca de transformación del mundo y del sentido de la vida. Otros hombres empezarían a luchar entonces, desesperadamente, contra las máquinas que los desplazaban. Los luditas no sólo ejercieron la lucha de clases sino que se arrojaron violentamente a la guerra contra la máquina. A fines del XVIII comenzó a generarse un combate social hasta entonces desconocido. Los contrastes entre los hombres, marcados por la riqueza, se volvieron cada vez más agudos. Pronto empezarían a construirse “caminos de hierro” que inaugurarían la etapa de la velocidad (las máquinas por excelencia, los relojes, ya la habían anticipado). El mundo del progreso basado en la técnica estaba constituido.

Hay una estrechísima relación entre progreso, técnica e industria. Progresar se volvió sinónimo de sustituir: maquinaria *en vez* de artesanía; hulla *en lugar* de leña; hierro *por* madera; y lo que se opusiera a la mudanza se volvió “atrasado”, “conservador”, cuando no “reaccionario”.

TRASCENDENCIA DE LA INMANENCIA

Tanto la idea de evolución como la de progreso son, pues, creaciones modernas sobre cimientos antiguos. Dice Darwin: “Si nos atenemos a la evidencia geológica, la organización en general ha avanzado en el mundo a través de pasos lentos e ininterrumpidos. En el reino de los vertebrados, esa organización culmina en el hombre”. Claro que la “idea” central que guiaba la marcha científica de Darwin era Dios.

Spencer traslada el concepto a la sociedad que aparece, entonces, como un camino gradual hacia la perfección. La idea de progreso pasó a la moderna filosofía de la historia y, para algunos, esta atractiva disciplina no fue sino la manifestación del progreso en la esfera de las ciencias de la cultura. Su discutido creador es Voltaire que, a pesar de *Can-*

dide, la había recibido de su compatriota Bossuet para quien, congruente con su calidad de orador sagrado, era el resultado del sacrificio de Cristo para la salvación de la humanidad. De ahí al concepto de perfeccionamiento gradual del hombre —que nos llevará a su divinización en el XIX— sólo hay un paso que se franquea a través de Montesquieu, Voltaire, Turgot, Diderot, D'Holbach, Helvetius, para encontrar uno de sus exponentes más acabados, durante la Revolución francesa, en Condorcet. Kant, Proudhon, Comte, J. S. Mill, Hegel y Marx pueden contarse entre sus sostenedores más importantes.

El Siglo de las Luces, apogeo y consolidación de la teoría del progreso, engendra también su antídoto, su negación, encarnado en una de las sensibilidades más lúcidas y originales de la cultura europea: Jean-Jacques Rousseau. El recordatorio no resulta inútil: Rousseau es el padre del pensamiento democrático moderno. No es ni un pesimista, ni un conservador y, no obstante, *no cree en el progreso*.

El trascendentalismo religioso vuelto inmanentismo racional, en esta era antropocéntrica que se acerca a paso veloz al humanismo, sirve de llave maestra para explicar, tanto la evolución natural y la integración biológica del hombre como su tránsito por la sociedad y por la historia. O, en otros términos, la misma “razón” le sirve al hombre para dilucidar los mecanismos de la naturaleza que para revelarse su propia naturaleza: la naturaleza humana. El hombre, dueño de su destino, deberá al buen uso de la razón el éxito en la busca de su felicidad y perfeccionamiento. Ya no serán los dioses, como en el pasado arcaico, o el Dios de la cristiandad como en el pasado inmediato, sino los hombres haciendo uso de lo que la naturaleza les ha dado, la *recta razón*, quienes forjarán paso a paso, en este espacio y en este tiempo, su propio destino.

La teoría del progreso pudo realizar este formidable despliegue porque reunió en su seno un conjunto de elementos antitéticos que even-

tualmente se transformarían en bomba de tiempo, pero que la hicieron, en la etapa de su apogeo, sumamente atractiva y operante. Herder, en los albores del Romanticismo alemán, contribuye a esa fascinación, aliando la idea de progreso a otra que ya no abandonará: la idea de desarrollo.

Abro un paréntesis que, sin embargo, viene al caso: después de marcar con claridad la discrepancia entre *desarrollo* y *crecimiento*, definiendo el crecimiento como un simple incremento cuantitativo de la riqueza, en tanto que desarrollo tiene una connotación de perfeccionamiento cualitativo de la economía, Helio Jaguaribe distingue entre *desarrollo* y *progreso*. Progreso sería —y en esto coincidimos— el concepto secularizado de la divina providencia. Pero mientras el *progreso* es ilimitado, el *desarrollo* no lo es puesto que trata de actualizar lo que ya existe.⁴

Si coincido con Jaguaribe en considerar al desarrollo, en términos amplios, como un proceso social global, difiero, en cambio, en la apreciación del desarrollo como algo que contrasta con el progreso. Me explico: para mí, el desarrollo es *parte* del despliegue del progreso, su concreción por así decir, en determinado momento histórico. El progreso cristaliza, parcialmente, en el desarrollo. En otras palabras, si el desarrollo cabe en el progreso, el progreso, en cambio, desborda al desarrollo: progreso es desarrollo, pero es *algo más* que desarrollo. Habría entonces una diferencia de dimensión y, por tanto, de calidad, siendo ambos, y es lo esencial, versiones laicas e inmanentes de Dios. En conclusión: *progreso*, por así decir, es Dios vuelto moral; en tanto que *desarrollo* es Dios convertido en lapso histórico. A fin de cuentas, en la era del progreso y del desarrollo, Dios deviene la moral de la historia.

⁴H. Jaguaribe, *Desarrollo económico y desarrollo político*, Buenos Aires, 1964.

Así como progreso desemboca en desarrollo, desarrollo se junta con organismo; de igual modo la historia se hermana con la naturaleza, en tanto enlace con el hombre. Esto le da a la teoría del progreso un aparente carácter científico puesto que “funciona” en la historia lo mismo que en la biología, en las ciencias sociales igual que en las naturales. Proceso, progreso, desarrollo como unidad, como organismo, implican el enfoque evolutivo de la naturaleza, del hombre, de la humanidad. La idea, verdaderamente seductora, avasalló en su tiempo y pasó a formar parte de nuestro patrimonio científico y cultural. Se volvió, en alguna medida, una de las llaves maestras para entender el sentido de la vida y aun de la muerte.

A semejanza del hombre, la humanidad —ese hombre que como dice Pascal, subsiste y aprende de continuo— nace, crece, se desarrolla en busca de plenitud, de felicidad, de libertad. Hay una tendencia inherente hacia la evolución, una mutación cada vez más cuajada que, en verdad, parece no requerir de ninguna demostración. La evidencia es de tal naturaleza que se cae por su peso. El elástico y vago concepto de desarrollo se hace consistente, corpóreo, en el de un organismo que se desplaza hacia la perfección.

De la marcha evolutiva, inherente a todo organismo, al conocimiento nítido y preciso sólo hay un paso: la historia deja de ser algo legendario, poco preciso, objeto enigmático propio de mentes sibilinas para ponerse al alcance de todos como conocimiento y, por ende, como dominio de la naturaleza humana. Basta conocer las leyes de la ciencia, que son semejantes a las leyes históricas, al fin y al cabo confluyen en el hombre. Ambas devienen, evolucionan: van de la particularidad a la totalidad. Se anexa la historia a la ciencia y, a su vez, las ciencias devienen históricas. Para la ciencia de la historia ya no hay secretos: sabiendo lo que fue y lo que es no es difícil anticipar lo que será. Huizinga comenta, pesimista y escéptico: “El emparejamiento de ambas cosas no

sirve más que para producir un todo híbrido en el que el espíritu se pierde desorientado”.⁵

ESPÍRITU Y MATERIA

Ciertamente, no todos los autores que han formulado la teoría del progreso la conciben de manera semejante ni todos la suscriben como ley inviolable. Pero hay una constante: es *la* vía que conduce gradualmente hacia la perfección del hombre, a través de la persecución y realización de determinados ideales. La teoría del progreso fue esencialmente, en sus orígenes, patrimonio de la civilización francesa. Con los aportes de la economía inglesa y la filosofía alemana (algo semejante a lo que ocurrió más tarde con el socialismo “científico”) será en la primera mitad del siglo XIX un fruto maduro de Europa. En la segunda mitad del siglo se habrá vuelto ya un nudo estratégico de la cultura occidental. Manejándola como ideología, Europa se servirá de ella para fundar su dominio y expansión material sobre el resto del mundo. Así negará, casi siempre violentamente, otras visiones del mundo fundadas en pautas y valoraciones diferentes. En el siglo XX, la ideología del progreso habrá pasado a los puntos extremos de Occidente: la URSS y Estados Unidos, y será empleada por la sociedad industrial de uno y otro polos, para sus finalidades estratégicas de política y comercio exterior.

Las fuerzas que mueven a la historia son percibidas como manifestaciones espirituales por unos o como productos de la influencia de condiciones materiales por otros. Pero unos y otros coinciden en la idea de un desenvolvimiento imprescindible hacia formas superiores de civilización que, pasando por contradicciones y enfrentamientos sociales, conduce a estados más evolucionados.

⁵J. Huizinga, *El concepto de la historia y otros ensayos*, México, 1946, p. 28.

ENTUSIASMO Y DESCONFIANZA

La Revolución francesa fue el primer gran cataclismo social que, en los tiempos modernos, conmovió al planeta hasta sus cimientos. Era su propósito acabar con la monarquía divina —con la imagen de Dios— y con la humana —la imagen de un rey-padre por derecho divino—. Cierro que la restauración no se hace esperar. Pero la marca histórica había sido sellada al rojo vivo en la memoria universal.

El pueblo francés, en uso de la teoría de la representación formulada por el riguroso Montesquieu, actuó en nombre de todos los pueblos de la tierra y se volvió algo así como un Edipo moderno y colectivo. Escenificó nuevamente la tragedia histórica al cometer un doble parricidio, el de Dios y el del rey, y al amar “republicanamente” a Francia e instituirle una nueva creencia religiosa: la fe en el Ser Supremo centrada en la divina razón humana. Pero, como Edipo, pagó también con la ceguera la comisión de aquellos actos, al abrir la puerta al terror a (y en) la historia que caracteriza a los nuevos tiempos. Ceguera-terror que, como el parricidio, fue doble también: un terror físico, el miedo a la muerte pendiente de la helada (y no siempre filosa) cuchilla de la guillotina y, algo más terrible todavía, un terror metafísico: el miedo a la soledad en la que el hombre quedó abandonado cuando Dios, muerto, fue desplazado por la diosa Razón. Doble parricidio, doble orfandad: el hombre está solo en la tierra y en el cielo. Esa desolación es una paradoja del humanismo.

Siglo revuelto y ambiguo, el XIX se puso la casaca filosófica del avance y del progreso. Restauración de la monarquía, sí, pero con el matiz constitucional y el paulatino fortalecimiento del sistema parlamentario; restauración de la religión, sí, pero con el matiz filosófico: son los grandes sistemas de pensamiento —en el fondo religiones laicas— Hegel, Marx, Nietzsche, los que van a intentar colmar el enorme

vacío metafísico del hombre. Nuestro siglo hereda esa doble vertiente que caracterizó al XIX, la de la desconfianza y la del entusiasmo.

Todo en esta época es ambivalente: la política, las relaciones económicas, la filosofía y las condiciones históricas. Detrás de la conciencia está el inconsciente; la cara opaca del poder es la muerte; la riqueza engendra pobreza; en toda lógica y planeación existe siempre la fatalidad y el pragmatismo. Las cosas que comienzan bien se pierden, de repente, tras los linderos de la “parte mala” de la historia, se descomponen y se deterioran. La comedia se torna en drama y las sombras invaden los dominios del sol.

Esa ambivalencia conduce a que

se nos enseñen los mecanismos, los “roles”, las funciones, pero jamás se nos explica por qué todo, ineluctablemente, se deteriora hasta el punto de conducir a su contrario. ¿Qué es lo que vuelve a la administración burocracia, al socialismo tiranía, a la justicia privilegio? ¿Por qué el comunismo produjo a Stalin y la socialdemocracia a Guy Mollet? Si pudiéramos comprenderlo habríamos resuelto el enigma... La racionalidad progresa eliminando los maleficios, pero éstos emigran más lejos, se afinan, mutan y se mitridatizan, como los microbios frente a la penicilina. ¿Acaso la sociedad de la que nos quejamos no es aquella que soñaron los utopistas del siglo pasado?⁶

Para explorar esos enigmas hay que acudir a los dos sistemas filosóficos que fundan al capitalismo y al socialismo, las dos ramas que brotan del tronco común de la sociedad industrial.

EL “MARXISMO” DE HEGEL

Empezaré por anotar algo evidente: Hegel es el gran filósofo del siglo XIX, el filósofo de la política, de la historia moderna. Si Rousseau

⁶J. M. Domenach, *Le retour du tragique*, París, 1967, p. 12.

decía con razón que “tout tenoit radicalement à la politique”, del filósofo de Berlín podríamos decir, parafraseando al ginebrino, que no hay disciplina social moderna que no le deba a Hegel la vida. Todo viene de Hegel: sociología y economía, ciencia política e historia, filosofía de la historia y filosofía del derecho y, por supuesto, todos los sistemas políticos modernos. Su sistema es la sustentación más racional y más real que jamás se haya construido de la vida en sociedad. Y se eleva sobre la preocupación que no abandona al hombre ni en sus momentos de mayor actividad vital: la preocupación por la insensatez de la muerte. Su discurso es, a pesar de las fórmulas abstractas, un bloque de pasión lúcida: hielo que incendia. Todo en Hegel, bajo una apariencia apacible, es carga de profundidad. Su labor se parece a la de aquel “viejo topo” que hacía silenciosamente el trabajo de la historia. De repente, lo que estaba gestándose en el subsuelo estallaba a la luz del día y sólo entonces la historia se mostraba a la vista de todos.

El *reconocimiento* de las conciencias, eje de las relaciones humanas, es el punto de partida de Hegel. Como Aristóteles, Hegel reitera la naturaleza esencialmente *social* del hombre que, en aislamiento, no pasaría de ser “mal hombre” o se volvería émulo de los dioses: “más que hombre”. El Yo sólo obtiene el ser en tanto que lo reconocen los demás y reconociéndose en los otros. Mirándome en la alteridad soy yo mismo. El hombre es espejo en el que se refleja el hombre: todos somos Narciso. Para apreciar a los demás, para reconocerlos, hay que trascender a la naturaleza y enfrentar al ser con su radical negación: la muerte. El *reconocimiento* de las conciencias es un duelo en el que los adversarios arriesgan la vida. El vencedor obtendrá el *reconocimiento* y el vencido la muerte. Al jugarse la vida, arriesgándola en la lucha con el otro que pugna por lo mismo que el Yo, se adquiere la calidad humana. El hombre es el resultado de un riesgo extremo entre el *reconocimiento* y la muerte.

Sociedad e historia no son, para Hegel, sino lucha por la conquista del ser, que equivale al prestigio y, en suma, al poder absoluto. Historia avasalladora y trágica, alimentada por la sangre que nutre la vida del vencedor, actor de la historia: el duelo trágico entre la vida y la muerte culmina en la derrota y en el poder absoluto. De la lucha emergen vencedor y vencido. La conciencia vencida, habiendo experimentado el miedo a la muerte, se verá en los ojos del vencedor que, por su parte, no reconocerá a la conciencia derrotada. En este momento, la conciencia perdedora sólo tiene dos caminos: o su radical negación, es decir, la muerte; o una vida limitada que le dispensa el vencedor. La relación social y política por excelencia es, en Hegel, la dialéctica del amo y el esclavo.

La plenitud del amo y la insuficiencia del esclavo se complementan. Cuanto más trabaja el vasallo más se enriquece la autonomía del señor. Cuanto más consume el amo más se consume el esclavo y su producto, trabajo objetivado, naturaleza transformada: cultura.

Pero la autonomía del amo no es absoluta porque ha sido *reconocido* por una conciencia a medias, la avasallada en la que, a fin de cuentas, no puede reconocerse el señor. No se ha dado un *reconocimiento* inter pares, de conciencias iguales. El amo oscila entre una vida no del todo satisfactoria, puesto que resulta del reconocimiento de una conciencia que no es su igual y, por otro lado, la muerte, es decir, su desplazamiento como amo. El señor no puede renunciar a su dominio y seguirá ejerciendo fatalmente el poder. Mientras el amo lo sea (y lo será en tanto que no haya alguien que lo impugne) producirá esclavitud y obtendrá un reconocimiento precario, puesto que no ha sido otorgado por una conciencia semejante.

A diferencia del amo, el esclavo quiere y puede cambiar. La transformación que ejerce sobre la naturaleza es ya un cambio ejercido por él. Y, al transformarla, no sólo satisface ontológicamente al amo sino que trasciende su órbita y cobra conciencia de su propia humanidad.

El *trabajo*, al crear cultura e historia, lo vuelve amo, de la realidad. El trabajo es, en este instante de la relación dialéctica, liberación para el esclavo, que se vuelve entonces dueño de sí mismo.

EL TRABAJO COMO FINALIDAD

El trabajo, en la *Fenomenología*, es mediación transformadora, y la historia, uno de sus principales resultados. El trabajo es un elemento esencial en la definición de la naturaleza humana. El hombre *es* lo que *hace*. Se refleja en sus obras y así cobra conciencia de su Yo, de su subjetividad. Mediante el trabajo, el esclavo se funde con el mundo y se reencuentra con él mismo: es a través de sus productos como muestra su realidad objetiva a los demás y busca, indirectamente, el *reconocimiento*.

La relación entre amo y esclavo funda el reino social e histórico y esa relación sigue vigente en el mundo de nuestros días. La relación entre países desarrollados y subdesarrollados, cualesquiera que sean las ideologías en juego, es una relación entre amos y esclavos. Lo que se da en el ámbito internacional se da, igualmente, en el ámbito nacional. La lucha de clases, dialéctica de lo negativo en Hegel, rige la dinámica social.

En sus obras de juventud, Hegel acepta todavía la teoría del contrato social, pero en sus obras de madurez trasciende el contractualismo y funda el hecho social en la relación de dominio, es decir, en la dialéctica del amo y el esclavo: "El fin egoísta fundamenta un sistema de dependencia recíproca, de modo que la subsistencia, el bienestar y la existencia jurídica del individuo están ligados con la subsistencia, el bienestar y la existencia de todos".⁷ La tesis contractualista concebía a

⁷Hegel, *Philosophie du Droit*, París, 1940, parágrafo 183.

la sociedad como una superación del temor y la desconfianza engendrados por la “ley de la selva”. Los hombres habrían depositado su seguridad en el Estado, encargado de preservar y regular las existencias individuales (Hobbes); o habrían poseído, en estado de naturaleza, un conjunto de derechos, principalmente el de propiedad, cuya preservación habría sido el motivo fundamental del contrato (Locke). Rousseau no negaba el origen del hecho social en la propiedad privada responsable, decía, de la desigualdad entre los hombres pero, justamente por ello, sostenía la necesidad de establecer un nuevo contrato fundado en “la suprema dirección de la voluntad general”. Las aportaciones teóricas de Hobbes, de Locke y de Rousseau pesaron tanto en el siglo XVIII como habrían de pesar, en el XIX, las de Hegel, Marx y Nietzsche acerca del Estado, la sociedad y la civilización.

Cuando Hegel supera el contractualismo establece que el hombre, en conflicto con la naturaleza y con sus semejantes, crea cultura mediante el trabajo y se inscribe en la historia —la escribe y es escrito por ella— a través del Estado, que es su destino: su fatalidad.

TRABAJO DE LA NECESIDAD

El hombre transita de la esfera familiar al estado de la necesidad y el entendimiento, mediante la creación de cultura, poder e historia, pasando por el derecho y la moralidad. El trabajo que mediante la creación de cultura, de poder y de historia lo identificaba consigo mismo, se escinde entonces y se especializa. Es el momento en que la sociedad burguesa, organizada por y para el trabajo, lo concibe como “la mediación que prepara y sostiene, para la necesidad particularizada, un medio igualmente particularizado”. El trabajo, *finalidad* de la vida, se vuelve medio de vida. De vocación humana por excelencia se vuelve necesidad y la libertad se convierte en fatalidad. El hombre deviene engrane de

la máquina productiva. La sociedad burguesa es el reino del interés utilitario y del egoísmo. Mientras que en la familia la relación se fundaba en lazos naturales, en la sociedad civil se dispersan las comunidades naturales, y sólo cuentan las individualidades entregadas al duelo por el reconocimiento, a la lucha por el predominio, y los *estados* o clases sociales.

La sociedad civil es, en Hegel, un “atomismo social”. El Estado devuelve al hombre a su condición plena: individualizado y parcializado por la sociedad civil, es reintegrado por el Estado a la totalidad. El hombre mediatizado se debate entre las tensiones de la necesidad y del exceso, de la carencia y la riqueza. La sociedad burguesa es el reino de los intereses económicos privados y en ella sólo se sostiene la trama social como “necesidad inconsciente”.

Hegel se anticipa a Marx, en un texto de 1821, cuando hace la descripción “materialista” de la sociedad:

El trabajo del individuo se simplifica con la división del trabajo y crece su aptitud para el trabajo abstracto, así como aumenta la masa de sus productos. Al mismo tiempo, esta abstracción de las aptitudes y de los medios completa la dependencia mutua de los hombres para la satisfacción de las otras necesidades y hace de ello una necesidad completa. Por último, la abstracción de la producción hace del trabajo algo cada vez más mecánico y, al final, es posible que el hombre sea excluido y que la máquina lo reemplace.⁸

Es evidente hasta qué punto el marxismo es heredero legítimo del hegelianismo.

ESTADO DE LA LIBERTAD

En contraposición al estado de la necesidad y del entendimiento surge el Estado de la libertad y de la razón. El Estado, unidad orgánica de la vida

⁸*Ibidem*, parágrafo 198.

política, emerge de un largo y complejo proceso. No es, como para la mayoría de los filósofos políticos, *la forma* de la sociedad civil. El Estado es realización de *la libertad*, pero no de la libertad de los particulares sino del hombre, en tanto que éste forma parte de su totalidad soberana. El Estado no es la libertad de sus miembros particulares, porque ese proceso que culmina en el Todo es anterior y superior a sus partes. En el Estado han sido absorbidos el hombre privado y el ciudadano: el que integra la sociedad civil burguesa y el hombre político. El Estado *hace* al hombre. El enorme fluir que se configura en el Estado se despliega como historia, que es el ámbito temporal en que se manifiesta.

Los ardides de la historia operan aun al margen y por encima de la voluntad consciente de los hombres. El proceso fluye —pasando por el derecho, la moralidad objetiva, la familia y la sociedad civil— hasta llegar a la cúspide, que no es sino la realización de la idea, del espíritu absoluto. En el espíritu absoluto todo se encierra, se contradice y se resuelve y coincide: el hombre encuentra su libertad, su saber y su poder, y se funde, como parte del proceso, en la corriente de la historia universal. El Estado es el principio del proceso que lo culmina y, a la vez, el resultado de ese proceso. Hijo y padre de su propio vuelo: realización del espíritu absoluto.

Veamos cómo se define, en palabras de Hegel, la omnisapiencia estatal: “El Estado es la realidad en acto de la idea moral objetiva, el espíritu moral, en tanto que voluntad revelada, clara a sí misma, sustancial, que se piensa y se sabe y que ejecuta lo que sabe, en tanto que lo sabe” y, más aún: “El Estado en tanto realidad en acto de la voluntad sustancial... es lo razonable en sí y para sí”.⁹

En esta apologética del Estado está implícita la presencia de lo divino en la realidad, la primacía de lo sagrado. Si la esencia de la materia es la gravedad y la del espíritu la libertad, el Estado es despliegue del

⁹*Ibidem*, párrafos 257 y 258.

ser en la historia. La historia no progresa sin el Estado y el Estado sólo es concebido en y para la historia. Totalidad orgánica, articulada dialécticamente, encierra contradicciones que se transmiten a la historia, llenándola de dinamismo viviente. No es Hegel un filósofo del ser en reposo sino del movimiento dialéctico. De la “bella totalidad” que había sido en sus obras de juventud, el Estado ha pasado a ser “la verdad que reside en el poder”. La verdadera filosofía, como el Estado, conducen a Dios: la filosofía política de Hegel es la descripción de esa “marcha de Dios por el mundo” que es, ni más ni menos, el Estado.

Lo que hace el filósofo es registrar y racionalizar la divinización del poder que los hombres hicieron desde tiempos inmemoriales: reconocer “la verdad que reside en el poder” desde que surgieron las relaciones de dominio, es decir, desde el principio de la historia. El príncipe es dios encarnado y su majestad procede de la majestad divina. Como filósofo, Hegel conceptualizaba el tiempo del Estado. *Su tiempo... ¿Pero sólo su tiempo?*

DIALÉCTICA DEL PENSAMIENTO

Los grandes sistemas, advierte Hegel en la *Historia de la filosofía*, son momentos sucesivos en el despliegue dialéctico del pensamiento en el tiempo. Cada idea genera su propia negación. Afirmación y negación son momentos de un tercero contenido en una y en la otra: el ser y el pensamiento sobre el ser se desenvuelven en un progreso dialéctico cuya clave de bóveda es *lo negativo*. Filosofía de lo *concreto*, que es el despliegue del ser manifestando, en cuanto tal, universalidad, particularidad e individualidad. El sistema hegeliano emerge de una tríada que genera a otras, como ecos repetidos tres veces, al infinito. La *idea* se niega como *naturaleza* y se sublima como *espíritu*. El absoluto, que es en un primer momento el infinito antes de la creación, se exterioriza y se niega en la naturaleza para recuperarse, ya con plena conciencia de

sí, en el espíritu. El sistema entero se configura siguiendo ese despliegue dialéctico: lógica, filosofía de la naturaleza y filosofía del espíritu.

Ahora bien, la historia universal es *el progreso en la conciencia de la libertad: un tránsito incesante hacia la libertad*. De la libertad de uno en los regímenes despóticos del antiguo Oriente se pasó a la libertad de muchos en las democracias selectivas de Grecia y Roma. Para celebrar el triunfo de la Revolución francesa, que preconiza la igualdad de los derechos de todos, se dice que Hegel planta un árbol en Tübinga. Sólo que esa misma revolución saludada por el filósofo habría de negar después las libertades de todos, subsumiéndolas en la libertad de uno solo, Robespierre, durante el Terror, y después en la de otro príncipe: Napoleón. Y podríamos preguntarnos por la suerte que ha corrido ese “tránsito incesante hacia la libertad” cuando en otro contexto, más de un siglo después, la libertad de un nuevo príncipe omnipotente, Stalin, devora las libertades de proletarios y campesinos tras la Revolución de Octubre. Saint Just fue vidente: “La fuerza de las cosas nos conduce, quizás, a resultados en los que no habíamos pensado”.

Pero vuelvo al discurso hegeliano: todo lo que trabaja contra la necesidad favorece a la libertad. El vehículo del Estado conducirá a los hombres hacia ese fin, por el gran cauce de la historia. Los hombres trabajan, aun sin saberlo, en beneficio de la historia, lo que equivale a decir que lo hacen en su propio beneficio. En eso consisten los ardides de la historia, que se manifiestan en los actos y las pasiones de los grandes hombres y en los enfrentamientos de tendencias contradictorias dentro de una época dada. La realización de los fines de la historia es, en definitiva, la culminación de los fines del espíritu, que se identifica con el progreso de la humanidad.

La sustancia del Estado y de la historia universal es la libertad, más propia aun de la naturaleza del hombre que la propia naturaleza física. Es tan deslumbrante la dialéctica hegeliana que resulta difícil no dejarse

arrastrar en su vértigo de embriagante lucidez. Pero hay que hacer un esfuerzo de lucidez más terrestre y preguntarse, en este punto, una vez más, si el Estado y la historia reales han coronado en verdad la libertad del hombre y si son, en efecto, libertad consciente y conciencia de la libertad.

Entregado al entusiasmo del espíritu que “estremece al mundo”, Hegel culmina su visión de la marcha triunfal de la historia entre el reino de la necesidad y el reino de la libertad con la perfección cerrada de la relación dialéctica entre Dios y el hombre. La Revolución francesa es ese momento culminante y es el Hegel anciano de las *Lecciones sobre la filosofía de la historia* el que insiste:

Desde que el sol está en el firmamento y giran los planetas a su alrededor no se había visto que el hombre se apoyase sobre su cabeza, es decir, sobre el pensamiento, para edificar la realidad conforme al pensamiento. Anaxágoras dijo, por primera vez, que el *nous* rige al mundo; ahora, por primera vez, ha llegado el hombre a reconocer que el pensamiento debe regir la realidad espiritual. Fue un espléndido amanecer. Todos los seres pensantes han celebrado esta época. Una emoción sublime ha reinado; el entusiasmo del espíritu ha estremecido al mundo, como si sólo entonces se hubiese llegado a la efectiva reconciliación de lo divino con el mundo.⁴⁰

FILOSOFÍA DE LA RELIGIÓN

En el dogma de la Trinidad se realiza la dialéctica: Dios Padre es lo universal que se particulariza, diferenciándose, en Dios Hijo, y se reencuentra en lo singular absoluto, el Espíritu Santo. En el sistema hegeliano los tres momentos de la *Lógica*, la *Filosofía de la Naturaleza* y la *Filosofía del Espíritu* corresponden al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Por supuesto, así como Occidente es *el mundo*, la filosofía occidental *la filosofía*, el Estado occidental *el Estado* y la historia occidental *la historia*, el cristia-

⁴⁰Hegel, *Filosofía de la historia*, Madrid, 1953, t. II, p. 400.

nismo es *la* religión. Dios y el hombre se funden en Cristo: es la culminación de un despliegue que se inicia en las religiones arcaicas de la naturaleza y pasa por las religiones de la individualidad espiritual para llegar a esa encarnación continua de Dios en permanente devenir, en *infinito* progreso, que es el espíritu absoluto.

El método dialéctico aparece como progreso lineal. Pero el sistema se cierra sobre sí mismo en la perfección de la autoconciencia, y en esa perfección que se cierra, reside también el germen de la crítica que podía enderezarse contra el sistema más acabado e inexpugnable que había generado el pensamiento occidental.

HEGELIANISMO DE MARX

El marxismo no puede entenderse sin la filosofía hegeliana. Si se pretende divorciar al marxismo de su filiación hegeliana ocurre, parafraseando el análisis hegeliano de *lógica*, como cuando se escinde lo finito de lo infinito. Metodológicamente equivale a optar por el principio de identidad en vez del principio de contradicción, negando la dialéctica. De Engels procede el equívoco que consiste en sostener que el marxismo, movimiento que se coloca en la extrema izquierda del espectro político, utiliza el método y rechaza el sistema hegeliano. Sin advertir que en el método, en tanto ley del objeto mismo que se trata de conocer, está implícito de alguna manera el sistema. La dialéctica es la búsqueda de respuesta a la interrogación que pregunta por el ser en su despliegue y es el conocimiento de su verdad. Es el *medio* que el ser emplea para su autoconocimiento: el ser mismo en su devenir. El medio, devenir del ser, busca el fin: conocimiento del ser. *En el medio está implícito el fin.*

El marxismo surgió, por otra parte, como crítica al idealismo de Hegel. Pero esa crítica no se manifiesta como *rechazo* sino como “trasposición”: Marx quería “poner de pie” lo que en Hegel habría estado “de

cabeza". El marxismo pretende oponerse, metodológica y sistemáticamente, a la filosofía que lo suscita. Pero, surgido como crítica, estaba implícito, dialécticamente, en la filosofía criticada. Hegel, filósofo, se pregunta por el ser. Marx, revolucionario, se pregunta por el ser social. Luego se esforzará por lograr que ese ser social enajenado devenga auténticamente humano.

FILOSOFÍA DE LA IDEA

Hegel identifica idea y filosofía: "Toda filosofía es idealismo", y la esencia sólo corresponde a lo infinito: al espíritu, a Dios. Lo finito aparenta ser pero *no es*. Las cosas finitas no se transforman: caducan y se deterioran. Sólo deviene y se transforma lo esencial, cuyo atributo es el ser, en tanto que las cosas contienen el germen de su destrucción. El papel de la filosofía es sustituir las apariencias con la verdadera realidad.

Hegel atribuye los fracasos de la filosofía a una metodología que fundaba la coherencia lógica en el principio de identidad. La dialéctica opone, busca las diferencias, para conducir a los puntos nodales del ser transformador, donde reside la energía. El principio de identidad se encierra en callejones sin salida, y no explica el salto de lo perecedero a lo eterno, de la apariencia a la esencia. Lo infinito es "el vacío del más allá" y lo finito "lo real concreto". Las apariencias permanecen mientras el Ser Absoluto se volatiliza en la teoría. De modo que lo aparente se torna real y positivo mientras lo necesario, lo positivo, aparece como negativo e ideal.

El error es doble, dice Colletti:⁴⁴ lo infinito se percibe como finito (Dios como cosa) y, por otro lado, Dios es separado del mundo y confinado a un más allá inaccesible. Hegel hace un vuelco, una inversión

⁴⁴L. Colletti, *Le marxisme et Hegel*, París, 1976, p. 11.

total de la metafísica anterior, iniciando así la sucesión de trasposiciones. La filosofía dialéctica se propone restaurar la coherencia. Lo infinito en cuanto ser, existe *aquí y ahora: lo infinito es real*. La famosa “trasposición” de Marx tiene este antecedente: la que hizo Hegel de la filosofía previa a su sistema.

EL SER Y EL OTRO

Lo finito, según el principio hegeliano de contradicción, sólo encuentra sustento en su negación; lo real perecedero se vuelve eterno en lo radicalmente otro, que es lo ideal: el pensamiento. Lo finito *será*, entonces, cuando *no sea* pura apariencia: *es* cuando *no es*. La relación de las cosas consigo mismas es negativa: tienen que dejar de ser para ser. Lo finito *es* cuando se trasciende y se vuelve otro, igual que el esclavo sólo es al negarse como tal, creando positivamente cultura e historia. Está en la naturaleza transitoria de lo finito superarse como finito, negando su negatividad y buscando lo infinito. La negación es una mediación hacia la alteridad. Lo finito real llega a ser como idea, no como objeto concreto.

Lo que existe es, pues, la verdad de la idea y la eternidad de Dios. El objeto de la filosofía es volver a los objetos sensibles objetos pensados. La realidad es real en tanto que transita del “fenómeno” al “logos”. No hay realidad de lo material fuera de la realidad que le confiere la razón: lo real deviene racional y sólo entonces, al negarse como real, deviene realmente real: *todo lo racional es real*.

En la fórmula que afirma como real todo lo racional, la filosofía ha consumado su tarea y se ha tragado al mundo: la filosofía *es* el mundo. Una suerte de divina voracidad ha engullido a la naturaleza, al hombre y a su mundo social, político y cultural, los ha recreado en la idea, culminando el proceso: *todo lo real es racional*.

CAMBIO DE INTERPRETACIÓN

Insisto en el hegelianismo de Marx. Cuando reitera su noción fundamental: la *praxis*, al culminar las *Tesis sobre Feuerbach*, sosteniendo que los filósofos no han hecho más que *interpretar* al mundo cuando se trata de *transformarlo*, se comporta como un hegeliano consumado:

1. La idea construye sistemáticamente al mundo al aprehenderlo dialécticamente. Una vez que el mundo ha sido “hecho”, ya es posible transformarlo: se “pone de pie” lo que existía “de cabeza”.
2. La crítica radical de Marx, su trasposición, pasa por la crítica previa de Feuerbach para quien la idea no es sino religión transformada en filosofía: sólo así era posible concebir a la naturaleza, a la materia, al hombre, como formas antitéticas, exteriorizaciones de la divinidad ideal, cuando son las ideas y Dios las emanaciones del hombre, del mundo real. Si en los *Manuscritos de 1844* Marx reconoce en Feuerbach al creador del materialismo, al centrarlo todo en la relación social del hombre, ya en las *Tesis* se manifiesta insatisfecho con sus críticas y con su materialismo inmovilizado. Un materialismo que sólo concibe a la realidad como *contemplación*, como objeto, y no como *práctica*, como acción, es pobre frente a la importancia que había tenido en Hegel lo activo, la *praxis*, por abstracta y conceptual que fuera. ¿Sería Hegel, de acuerdo con Marx, más realista que los materialistas? Cuando Marx define por primera vez la *praxis* lo hace al modo hegeliano: “Lo concreto del pensamiento es un producto del pensar”. Después, la *praxis* será el ámbito donde el hombre tiene que demostrar la verdad: la negación dialéctica de la idea. Es la crítica radical del pensamiento, lo real en acto. La acción humana introduce una modificación en las circunstancias reales: “no basta con que el pensamiento busque la realiza-

ción. Hace falta que la realidad busque al pensamiento". Al actuar sobre la realidad, el hombre la modifica y se modifica. Es un proceso equivalente al que Hegel describe en la *Fenomenología* en la relación abstracta de las conciencias de amo y esclavo: "La actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria".

La culminación marxista de la lectura de Feuerbach es bien conocida: "Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*". El orden de los verbos *interpretar* y *transformar* no es, ni mucho menos, casual. Ahora bien, la interpretación de la praxis no siempre se ha hecho correctamente, dándole todo su alcance a los elementos *interpretación* y *transformación* (lo que luego devendrá *conocer* e *interpretar* para revolucionar). Por las prisas transformadoras, o por desconocimiento, se interpreta parcialmente a Marx y sólo se toma en cuenta la última parte de la tesis: la *transformación*, sin captar en su totalidad el contenido antitético, revolucionario, marxista por hegeliano, de la praxis. Quien interpreta va más allá del puro conocer. Comienza conociendo para más adelante perfeccionar críticamente aquel saber y coronarlo: sólo entonces se transforma.

Cuando Marx dice que "no se trata tanto de interpretar (*idea*) cuanto de transformar (*praxis*)", presupone conocer y culminar ese saber. La revolución supone un saber culminante, crítico, transformador: el pensamiento racional. Así, razón sin praxis, es idea; praxis sin razón: acción sin finalidad, negación no de la negación sino de la nada, fluir errático: locura, barbarie. El proceso completo es *razón y praxis, interpretar y transformar: la trasposición de hegelianismo en marxismo está hecha*.

Añado solamente que ese par dialéctico: razón-praxis, teoría-acción, culmina en la unidad superior que es el hombre social. Romper

esa dualidad que *hace* al hombre social es escindirlo. La vida es conocimiento que se manifiesta en acción. El “divide y vencerás” del maquiavelismo resulta anonadante en Marx cuando se convierte en: “Divide y enajenarás”. La escisión enajenada es locura.

LA CABEZA DE LA PASIÓN

Hegel fue, para Marx, el “último de los mohicanos”, el “último de los filósofos” de Occidente. La oposición entre lo ideal y lo real lo obsesionó e intentó porfiadamente encontrarle salida. Aquella oposición se fue volviendo un enfrentamiento entre pensamiento y acción, entre interpretación y transformación. Lo que la realidad social le mostraba con suficiente claridad no era lo que Hegel llamaba la lucha de las conciencias para lograr el reconocimiento. Marx veía un antagonismo entre conjuntos, entre clases sociales, que representaban una y otra tendencia. La revolución aniquilaría las contradicciones sociales y, por tanto, al Estado y sus desigualdades institucionales. Sólo así se restauraría la unidad del hombre y su ser auténtico: se pasaría de la prehistoria a la historia. Camino en verdad grandioso que comienza con la aplicación del poder negativo de la dialéctica, en la “supresión de la filosofía”, disolviéndola y asimilándola en la “verdad de la acción”. En la anexión de “idealismo y materialismo en una síntesis superior”: la acción transformadora que encierra en sí misma pensamiento, culminación crítica del pensamiento y realización: “El devenir-filosofía del mundo debe ahora, decía Marx, transformarse en el devenir-mundo de la filosofía”.

Un primer esbozo pleno de intrepidez e inteligencia y ya, en buena medida con el vigoroso estilo paradójico de Marx, pese a su título aún académico, es la *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Anticipo genial de su visión activa del mundo. La primera Tesis es de suma importancia: “La crítica de la religión es la condición pri-

maria de toda crítica". ¿Por qué? Porque la visión religiosa no surge por generación espontánea. La religión es la conciencia o, mejor, el sentimiento de un hombre *extraviado* que o bien aún no se ha encontrado o bien está ya perdido. El hombre, la religión, las instituciones sociales, el todopoderoso Estado, son productos del hombre *social*. "El hombre es el mundo del hombre", y este mundo ha podido engendrar una conciencia errónea porque se trata de un mundo falseado y extraviado. En ese mundo real hay que buscar el origen de la religión, y si de verdad quiere suprimirse la conciencia errónea, no será en lucha contra fantasmas ideales, ni tirándole tinteros al diablo o emborronando cuartillas para exorcizar sus apariciones. Una vez que se tiene conciencia de su origen social, "una vez desenmascarada la imagen santa que representaba la renuncia del hombre con él mismo (se trata) de desenmascarar esta renuncia en términos profanos". Se trata de luchar contra la matriz social que los produce. Así comienza la crítica real que no era "una pasión de la cabeza sino la cabeza de la pasión", para colocar al hombre en el lugar que le corresponde: ni arriba ni abajo, ni en el cielo ni en el infierno, sino en la tierra de la realidad humana.

"La crítica del cielo se transforma en crítica de la tierra, la crítica de la religión en crítica del derecho, la crítica de la teología en crítica de la política". En suma, una reacción en cadena para reconocer que el Dios único del hombre es el hombre mismo. Todo lo que se oponga al humanismo debe ser destruido. "No basta, dice Marx, que el pensamiento busque la realización. Hace falta, también, que la realidad busque el pensamiento". Queda planteada la teoría de la revolución:

Para que la revolución de un pueblo y la emancipación de una clase particular de la sociedad burguesa coincidan, para que una clase represente a toda la sociedad es indispensable, necesariamente... que una esfera social particular pase por el crimen notorio de toda la sociedad para que al emanciparse de esta esfera se realice la emancipación general...

Aquí está el filoso razonamiento dialéctico unido a la pasión —pensamiento y realización—, formando un todo inextricable que permitirá a la fuerza material un potencial devenir poder político, cuando lo que era inexistente se vuelva *todo*. No se trata de lograr reivindicaciones parciales sino la reivindicación integral, la reivindicación de *toda* la sociedad: “El papel emancipador ha ido pasando sucesivamente, dice Marx, en un movimiento dramático por las diferentes clases... hasta llegar, por último, a la clase que realiza la libertad social... organizando... las condiciones de la existencia humana en la hipótesis de la libertad social”, a la clase que hará posible no ya una existencia parcial, acorde con los intereses de quien ha realizado una transformación también parcial y que, ahora, cobra jugosos dividendos por su logro, sino de la clase que por no tener intereses los reivindica todos o, mejor, reivindica los intereses de todos los hombres: los del hombre:

Hay que formar... una esfera... que no pueda emanciparse sin emancipar a todas las otras esferas de la sociedad... que sea, en una palabra, la pérdida completa del hombre y que no pueda reconquistarse ella misma sino por la reconquista completa del hombre. La descomposición de la sociedad, en tanto que clase particular, es el proletariado.

La teoría social, construida a base del disolvente “poder negativo” de la dialéctica va a culminar por una parte, en la relación entre clase negada, proletariado y propiedad privada, uno de los temas cardinales del marxismo y, por otra, en la reiteración de la relación dialéctica entre pensamiento y acción que constituye el núcleo del pensamiento de Marx: “Cuando el proletariado anuncia la disolución del orden social actual, no hace sino enunciar el secreto de su propia existencia...”

De esta crítica profunda surge la concepción humanista del marxismo y su sólida teoría del hombre social, crítica de la sociedad y del Estado. La crítica del marxismo se endereza contra aquellas institucio-

nes que, en lugar de catapultar al hombre e impulsarlo hasta alturas insospechadas, lo degradan y lo hunden en el pozo de la vileza y de la indignidad: de la *enajenación*. La crítica dialéctica de la religión es la afirmación del hombre y el hallazgo del talón de Aquiles social: la clase envilecida, negada, traicionada que es, por sus mismas condiciones, la única capaz de destruir a la sociedad y al Estado envilecedores del proletariado y de todos los que participan en aquel estado de cosas enajenante. Es lógico, pues, que “la filosofía encuentre en el proletariado sus armas materiales y que el proletariado halle en la filosofía sus armas intelectuales...”.

LA LÓGICA: DINERO DEL ESPÍRITU

Es congruente asociar la trayectoria crítica de Marx a sus equivalentes en la filosofía hegeliana: de la crítica religiosa pasa a la crítica de la filosofía; de la crítica de la filosofía a la crítica del Estado; de la crítica del Estado a la crítica social, esto es, de la crítica de la política a la de la economía política, que culminaría con la crítica de la propiedad privada. Los *Manuscritos de 1844* constituyen una pieza clave puesto que realizan, en buena medida, el programa extraordinariamente ambicioso que constituye, además, el meollo de lo que ahora conocemos como marxismo.

El tercer manuscrito comprende la “Crítica de la dialéctica hegeliana y de la filosofía de Hegel en general”. La interrogación que lo mueve no es muy distinta de la que habría de señalar muchos años después en las primeras páginas del *Capital*: “¿En qué situación nos encontramos ahora, se pregunta Marx, frente a la dialéctica hegeliana?”.

La realidad en Hegel no es sino el espíritu enajenado del mundo que se capta a sí mismo de manera ideal. “La lógica —dice Marx— es el dinero del espíritu... es el *pensamiento enajenado* que por ello hace abstracción de la naturaleza y del hombre real”. Al exponer sintética-

mente a Hegel, Marx no sólo lo interpreta admirablemente sino que lo critica. La naturaleza es, en Hegel, algo exterior, la pérdida de sí. Cuando el espíritu capta lo hace desde fuera, como pensamiento abstracto, enajenado. Por último, el espíritu absoluto, el pensamiento que retorna a su “propia cuna”, “espíritu antropológico, psicológico, moral, artístico-religioso todavía no vale para sí mismo” hasta que se encuentra como saber absoluto. Y ya se sabe que, para Marx, ese espíritu absoluto es abstracción pura.

El primer error de Hegel, dice Marx, consiste en concebir una serie de categorías reales de la mayor importancia como la riqueza y el poder estatal, como si fueran ajenas al ser humano, esto es, como formas puras del pensar: extrañaciones del pensar filosófico, enajenaciones, pero no reales, históricas, sino puramente ideales. Todo se plantea y se resuelve en la cabeza del filósofo, que mira con espejuelos abstractos lo que ocurre en el mundo.

Hay en la *Fenomenología*, sin embargo, una crítica real que “con frecuencia se adelanta mucho al desarrollo posterior” y que está en ella “latente como germen, como potencia, está presente como misterio”. Algo así como la teoría hegeliana de los ardides de que se vale la razón en la historia para cumplir con su misión, a pesar de los deseos de los hombres. De ahí que Hegel vea al hombre como “conciencia”, dice Marx, y a la religión, la riqueza, el poder del Estado, etcétera, como “esencias espirituales”, pues sólo el espíritu es la verdadera esencia del hombre. “La *Fenomenología*, añade Marx, es la crítica oculta, oscura aun para sí misma y mistificadora; pero, en cuanto retiene el *extrañamiento* del hombre, se encuentran ocultos en ella todos los elementos de la crítica y con frecuencia *preparados* y *elaborados* de un modo que supera ampliamente el punto de vista hegeliano”.¹²

¹²Marx, *Manuscritos*, Madrid, 1968, p. 189.

Son, pues, como he apuntado, las astucias del idealismo o, por lo menos, de la *Fenomenología* que, en cuanto crítica, va más allá del propio Hegel, de su conciencia: “La ‘conciencia desventurada’, la ‘conciencia honrada’, la lucha de la ‘conciencia noble y de la conciencia vil’, etc., estas secciones sueltas contienen (pero en forma enajenada) los elementos críticos de esferas enteras como la religión, el Estado, la vida civil, etc....”.¹³

Pese al afán polémico, hay siempre en Marx una admiración y un reconocimiento por Hegel que no abriga hacia ningún otro de los pensadores con los que debate, ni siquiera por Feuerbach, a quien tanto debe. Admiración que no han heredado, ni mucho menos, aquellos marxistas que piensan que Marx surgió a la historia del pensamiento por generación espontánea.

Marx reconoce la importancia decisiva que el concepto *trabajo* tiene en la filosofía hegeliana. Y esto es definitivo para su filosofía y para la historia de la libertad del hombre. Era el gran ausente en la obra de Feuerbach. El razonamiento de Feuerbach partía también de la interrogación sobre el ser. Pero no del ser-en-sí en abstracto de Hegel sino del ser concreto: “La esencia del ser en tanto que ser es la esencia de la naturaleza”. Pero esa existencia natural es sólo una parte de la existencia del hombre. La otra es su existencia social, histórica, la liberación integral no puede venir de la naturaleza sino de la acción social. Aquí es donde Marx regresa a Hegel: el *trabajo* es la *mediación* que muda lo natural de la existencia humana en conexión social. A la teoría de la naturaleza de Feuerbach le hacía falta, para no cojear, su acabamiento en la teoría social, pues desde la sociedad se incuban las condiciones que impiden el libre desenvolvimiento del hombre.

¹³*Idem.*

ECONOMÍA DE LA ENAJENACIÓN

Es en el capítulo relativo al “trabajo enajenado”, donde Marx reinterpreta y desarrolla una categoría decisiva para el despliegue de su concepción activa del mundo: la *enajenación*. Esta categoría es distinta para Hegel, para Feuerbach y para Marx. En Hegel el espíritu, al emprender el vuelo que lo llevará a sí mismo, necesariamente se hace objeto, se “fenomeniza”, se vuelve otro, es decir, ajeno. Si se me permite el esquematismo, en Hegel exteriorizarse es, literalmente, hacerse ajeno, enajenarse. En Feuerbach, la realidad sensible, la naturaleza, el hombre, se vuelve extraño al atribuir a otro las características humanas sublimadas: el hombre se hace ajeno al concebir a Dios y, al ver en Dios el ser propio, la verdad. En Marx, enajenación es escisión, separación, división del trabajo y del producto del trabajo; del hombre y el hombre: de existencia y esencia...

Muchos ortodoxos han tratado de eliminar del marxismo esta categoría por “hegeliana”, por ideológicamente impura, por ser instrumento de trabajo de la etapa juvenil de Marx, cuando éste no tenía aún completamente integrada su concepción crítica. Ésas son, por lo menos, las razones explícitas. Hay, sin embargo, malpensados que encuentran otras razones: el concepto de enajenación resulta hoy un instrumento de enorme trascendencia y de gran vigencia. Tanta que, tal vez sería más actual que hace un siglo, porque puede aplicarse legítimamente a la crítica de la sociedad industrial en sus dos manifestaciones, tanto de la capitalista como de la socialista. Es evidente que tanto la categoría de *enajenación* como la de *dialéctica* las recibió Marx de la filosofía hegeliana y luego les dio su sello propio —esto es, devinieron categorías sociales y económicas— y las integró en su concepción, de acuerdo con sus presupuestos y principios.

En esta parte de los *Manuscritos*, Marx sostiene que, arrancando de la propiedad privada, la economía política describe su desarrollo con

formulaciones abstractas, con “leyes”. Pero ni la causa ni los efectos económicos encuentran explicación alguna en esta curiosa ciencia que no comprende sus leyes, ni prueba la procedencia de su origen: esto es, la esencia, el ser de la propiedad privada. Marx comienza preguntándose en su primer ensayo económico, por el *ser* de la propiedad privada que no es sino el *ser de la economía* y, presionando un poco, el de la política. Y si la economía política no busca la nuez de la propiedad privada, porque no considera la relación entre trabajador y producción, es lógico que tampoco tenga idea sobre el “fundamento” de la división del trabajo y capital, de capital y tierra. Esto es, que la economía política parte con toda razón, para Marx, “de aquello que debería explicar”. Como Hegel en la filosofía, Marx se dará, en la economía, a la tarea de descartar las apariencias y buscar el núcleo de los fenómenos económicos.

Desde el principio evita proceder como aquellos teólogos que explicaban el origen de la maldad por el pecado original. Se vale del análisis filosófico para no dar nada por supuesto y buscar el porqué de ese fenómeno sustancial que ni siquiera había percibido y mucho menos explicado, la economía política. Sin crítica, la economía política resulta una especie de mala teología que sólo describe apariencias, cuando no apariciones... y no se interesa por el motivo generador de las cosas ni por su esencia. Después de describir el mecanismo de ese “hecho económico” actual, que engendra una relación inversa entre la producción de riqueza por parte del trabajador y la pobreza que le resulta, deduce un principio según el cual: la desvalorización del mundo humano aumenta en razón directa de la valorización del mundo de las cosas. Es decir que el obrero, al producir mercancías, convierte a su trabajo y se convierte él mismo en una mercancía más. Marx va desentrañando paulatinamente el “hecho económico” originario del cual había que partir.

La minuciosa descripción dialéctica que hace Marx del hombre como un ser negado y envilecido en el trabajo productivo nos muestra cómo el obrero, al producir objetos que deberían serle útiles a él mismo y a los demás hombres, no sólo para satisfacer las necesidades más elementales sino para hacerle más grata la vida, genera la evidencia más firme del nulo desempeño de su vocación humana y la expresión de su contrapartida, de su traición.

La leyenda del aprendiz de brujo se reactualiza. Y así como en todo el proceso está implícito el despliegue hegeliano de las conciencias para llegar a ser (conciencias de sí y para sí), Marx recuerda a Feuerbach y señala que lo mismo ocurre en la religión: “Cuanto más pone el hombre en Dios, tanto menos guarda en sí mismo”. (Feuerbach decía certeramente que “sólo el pobre tiene un Dios rico”).

Es aquí donde entra en juego la naturaleza, “mundo exterior sensible”, sobre el que se ejerce el trabajo. Pero Marx hace un distingo capital entre el trabajo como *medio de vida*, la actividad que se ejerce sobre la naturaleza para darle forma, y el trabajo como *medio de subsistencia*, el que sirve para la vida del trabajador. O en otros términos: entre la vocación del trabajo como “medio de vida” y trabajar para subsistir, para vivir, es decir, considerar al trabajo como “medio para la vida”. En la *enajenación* ha desaparecido el trabajo que, legitimado, se justifica como medio de vida y sólo permanece como medio de subsistencia.

Marx no sólo ayuda a aclarar el fenómeno de la enajenación que invierte las relaciones entre el hombre y los objetos y que lo convierte en siervo de las cosas; no sólo explica cómo se confunde el trabajo finalidad con el trabajo parcial. Se adelanta a su tiempo, además, cuando habla de la sustitución de los hombres por la máquina que, como dice en frase afortunada, “arroja a una parte de los trabajadores a un trabajo

bárbaro y convierte en máquinas a la otra parte”.¹⁴ Ese desplazamiento es uno de los fenómenos más importantes del mundo contemporáneo. Toda la tecnología avanzada que produce la sociedad industrial es una tecnología fundada en el capital, que tiende a ahorrar mano de obra. En un país industrializado esa mano de obra puede canalizarse hacia el sector terciario. Pero, en un país subdesarrollado como el nuestro, el desplazamiento de mano de obra contribuye a incrementar el desempleo ya de suyo crecido y, de paso, la deuda exterior. Los problemas domésticos —emigración del campo a la ciudad y, por tanto, creación de megalópolis con todo lo que esto implica—, lejos de paliarse se magnifican. Pero esa es la “lógica del desarrollo” que nos ha impuesto la sociedad industrial.

La enajenación no sólo escinde al hombre de su producto sino que lo divide en relación con la naturaleza, con el género, con el hombre mismo. El “hecho económico” del que Marx hace partir a la economía política, el *trabajo*, va desde el principio, más allá de las meras relaciones económicas. Aquel proceso crece y se agiganta hasta abarcar no sólo a la conciencia y a la naturaleza misma sino, más aún, al propio género humano. Ya hemos visto cómo la naturaleza influye de manera determinante en esa actividad humana por excelencia, al servir como medio inmediato de subsistencia y, además, de objeto e instrumento del trabajo. Cuando el hombre, por el trabajo enajenado, se hace extraño respecto de la naturaleza, se extraña también respecto de sí mismo, de su actividad, más propia: se vuelve ajeno de su propia vida. La vida genérica deja de ser meta para volverse medio de vida individual: sacrificando al Todo por la parte y enfrentando a la vez al género y al individuo que, al volver a su origen *mediación*, enajena a ambos. La vida humana es, entonces, medio de satisfacción de la existencia física. Deshumanizada

¹⁴*Ibidem*, p. 108.

la vida, sólo queda la existencia *natural*: se niega “la vida que crea vida” y la finalidad que determina el carácter de una especie se vuelve medio de vida. El fin es, ahora, medio.

Hombre y animal se distinguen por la conciencia. El animal, “inmediatamente uno con su actividad vital, no se distingue de ella”. El hombre hace de su vida conciencia para la acción o, en palabras de Malraux, *vuelve la experiencia conciencia*: su libertad reside en el ejercicio de esa función. Al trabajar auténticamente el hombre crea un mundo objetivo y afirma su esencia: “Es la afirmación del hombre como ser genérico consciente”. Si el animal trabaja y produce es sólo para satisfacer sus necesidades inmediatas. El hombre en cambio produce “universalmente”. Produce aun cuando no lo necesita y, en verdad, el trabajo libre es aquel que se realiza cuando no muerde la necesidad.

La enajenación vuelve al hombre objeto de su producción y lo niega como ser genérico, lo enfrenta con la naturaleza y con el hombre mismo, al degradar su actividad libre y consciente en simple medio para la existencia.

La realización del trabajo se convierte en una negación no sólo de la naturaleza sino del trabajador mismo. Se pierde todo sentido de realidad y la realidad de la vida misma. La objetivación se traduce en pérdida del objeto producido por el trabajador al que no le pertenece, como él mismo no se pertenece, convertido como está en mercancía. El trabajo enajenado no integra sino que desintegra y extingue. Consumido en el trabajo enajenado, el trabajador es una bujía que languidece lentamente.

La extrañación del trabajo es también la propia extrañación. El trabajador sólo se siente a gusto fuera del trabajo “forzado”. El hombre “es” cuando no es y “no es” cuando es. Sólo actúa libremente cuando cumple sus funciones naturales. Cuando actúa como hombre y trabaja, se siente como animal acosado que busca el alimento para subsistir. Todo se degrada y se desvirtúa: la libertad y la felici-

dad del hombre, la finalidad de la vida, lo que justificaría su ser que pudo aspirar a la grandeza divina y a obtener la recompensa de esa majestad *aquí y ahora* se empequeñece infinitamente. La limpidez del ser se trueca en la turbia avidez del tener: “Dime cuánto tienes y te diré quién eres”. Tener deviene el centro de la existencia. La pregunta por el ser, objeto del saber filosófico, deja de ser la pregunta capital para volverse el capital de la pregunta: la calidad es sustituida por la cantidad en tanto que no es la calidad del ser lo que importa, sino la cantidad del tener. Placer, felicidad, libertad, cultura, todo aquello que hace la vida digna de ser vivida se conjuga en la gramática de la enajenación social y lo hace con un solo verbo: *tener*. *Yo tengo* equivale a *yo soy*.

Las relaciones entre capital y trabajo no son, para Marx, conexiones entre cosas abstractas. La liga entre el capital y la mercancía, por la mediación del trabajo humano, no es una relación exclusivamente económica. La apariencia de un sistema de relaciones abstractas pone en juego la vida misma del hombre. Preguntarse el porqué de esas relaciones es interrogarse por el ser social del hombre.

La teoría de la enajenación, formulada por el joven Marx, reaparece en *El capital* como “fetichismo de la mercancía”. Las relaciones humanas se determinan por el intercambio de mercancías. Todo se rige por el valor de cambio, desde las necesidades más apremiantes hasta las más sutiles. El nivel de vida condiciona el sitio que ocupa en la sociedad, el mayor o menor disfrute de la libertad y la participación o marginación en el ejercicio del poder. Las relaciones sociales “cosificadas” asumen la apariencia de una “totalidad cerrada de relaciones objetivas” (tan cerrada como el despliegue del Ser en la *Lógica* de Hegel). El origen histórico de los mecanismos de reproducción se desvanece, junto con las posibilidades de cambio. Un velo de abstracción encubre, como si se tratara sólo de relaciones objetivas entre mercancías, la cosificación de las

relaciones humanas. Marx impugna la supuesta objetividad de la ciencia económica, oponiéndole el subjetivismo ideológico de su economía política. A fines del siglo el duelo llegaría a su apogeo en la polémica Böhm-Bawerk-Hilferding. La ciencia económica se había vuelto, a partir de Marx, lucha política.

Y debajo de la trama, recorriéndola y determinando su diseño, está la teoría del progreso. Sólo que, en este punto, ya empieza a asomar su lado oscuro, el Mr. Hyde de aquel Dr. Jekyll que, jugando con la omnipotencia de su ciencia, se volvió su propio Frankenstein. Así como el trabajo, la más humana de las actividades, es relegado y enajenado por el manejo de las relaciones humanas como valores de cambio, como mercancías, así el progreso, enajenado, niega su propia esencia. La bomba nuclear, clímax del progreso técnico, es la máxima negación de la vida, el perfeccionamiento de la destructividad. La ciencia y la técnica, infiltradas por todo ese proceso enajenante del orden social, no acaban de resolver las múltiples necesidades del mundo contemporáneo cuando ya se esgrimen sobre nosotros con su terrible amenaza: la destrucción del planeta.

Marx lo había planteado al señalar la diferencia entre trabajo animal y trabajo humano y la tendencia del hombre a producir aun cuando no lo requiere. Es el caso de la producción para el consumo por el consumo mismo: se agota la naturaleza y no precisamente por la libertad ni para la felicidad del hombre, sino para multiplicar el lucro.

Ahora bien, trabajo enajenado y propiedad privada son interdependientes en el esquema marxista. Sólo la abolición de la sociedad fundada en la propiedad privada cortaría de un tajo el intrincado nudo que le enredaba al hombre su vida individual, su relación social, su actuar político, su devenir histórico. La propiedad privada, tan remota en sus orígenes, se volvía en la modernidad del destino actualizado de la tra-

gedia, atrapando al hombre en la maraña de sus designios, y obligándolo a vivir y a morir sin saber el porqué de la vida ni de la muerte. La abolición de la propiedad privada, que propone Marx, sería el tajo abrupto de un Alejandro moderno sobre el nudo gordiano de la sociedad capitalista. Formado en Hegel, como Alejandro en Aristóteles, propone un corte radical, un rompimiento brusco, como solución al enigma de la historia.

Un extraño y profundo eco del Hegel que invocaba, en la *Filosofía de la historia*, la reconciliación de lo divino en el mundo resuena en el Marx de los *Manuscritos*:

Este comunismo es, como completo naturalismo-humanismo, como completo humanismo-naturalismo, la verdadera solución del conflicto entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y el hombre; la solución definitiva del litigio entre existencia y esencia, entre objetivación y autoafirmación, entre libertad y necesidad, entre individuo y género. *Es el enigma resuelto de la historia y sabe que es la solución.*⁴⁵

¡Enorme dosis de esperanza en la realización definitiva de la felicidad humana! Todo el optimismo del Siglo de las Luces se resume y culmina, en 1844, en esas palabras de Marx henchidas de exaltación religiosa ante la perspectiva de una nueva Edad de Oro que resolvería todas las contradicciones y pondrá fin a la historia.

Rousseau había entrevisto, casi un siglo antes, la cara oculta de la sociedad industrial. Apenas se ejercitaba en las brujerías de la ciencia y de la técnica, imbuida de una confianza adolescente en la infalibilidad de sus armas, cuando ya Rousseau clamaba por cuidar el equilibrio de la relación hombre-naturaleza. Cien años después de Marx, la videncia de Rousseau sorprende si se piensa que acababa de iniciarse el despeque hacia la omnipotencia de la máquina. El hombre ilustrado era

⁴⁵*Ibidem*, p. 143. *Cursivas mías.*

dueño del futuro y, la *Enciclopedia*, sus escrituras sagradas, sólo que sin apocalipsis y, al contrario, con una confianza absoluta en el progreso y la civilización. La imagen de una humanidad caída, expulsada del Paraíso y pagando con sus dolores el castigo del pecado original, cedía el paso a otra mucho más resplandeciente, en el umbral de la redención, en el camino de la felicidad.

El *Esbozo de un esquema de los progresos del espíritu humano* es obra de un Condorcet perseguido por el terror, que tendrá que optar entre el suicidio y la guillotina. Y aun así reitera su fe en el progreso ilimitado de la humanidad. ¿No es acaso la misma fe que mueve a los condenados en los juicios de Moscú a insistir, ante el pelotón de fusilamiento, en su fe en la revolución y en Stalin? ¿Y no resuena, en ambos casos, un tono profético, una especie de religiosidad alucinante que también vibra en aquellas palabras formuladas por Marx en 1844?

Sólo que la historia fue cruel con Karl Marx y con los demás herederos de aquellas divinidades entronizadas por el siglo XVIII: la razón y el progreso, servidas por sus fieles acólitos, las máquinas. Fue cruel al demostrar que la economía planificada del socialismo de Estado no anulaba los efectos del “medio técnico” (Friedmann). Y al poner en evidencia que la abolición de la propiedad privada “no inaugura un sistema social esencialmente nuevo sino cuando los individuos libres y no la sociedad se vuelven los amos de los medios de producción socializados”.¹⁶ O lo que es lo mismo, cuando resultó obvio que sin el ejercicio de la libertad no desaparecía la enajenación; cuando se entendió que la solución del conflicto seguiría pendiente en tanto que el proceso de selección de las necesidades que han de satisfacerse en beneficio de la sociedad siguiera dependiendo de una decisión de la

¹⁶Marcuse, *Raison et révolution*, París, 1968, p. 329.

cúspide y no de la base. Y esto, llámese como se llame la cúspide y lo mismo si habla en nombre del partido que si habla en nombre del capital, del sindicato o de la ciencia. La enajenación no desaparece porque, sin una amplia consulta popular, sin *democracia*, el hombre de carne y hueso, el hombre concreto con sus necesidades y deseos y aspiraciones sigue ausente, desconocido, cosificado y negado.

Ha habido, ciertamente, un “progreso” en el tránsito del hombre moderno, del trabajo enajenado al consumo enajenado de la sociedad industrial, sustentado en la tecnología: un progreso de dos caras, la sonriente de los medios de comunicación de masas y la sombría de los medios masivos de destrucción que se ciernen sobre nuestro destino desde el día en que se experimentó con seres humanos, en Hiroshima y en Nagasaki, la desintegración del átomo.

Marx pretendió resolver los problemas de la sociedad industrial y del progreso, conciliando la máquina con la democracia en el modelo socialista, donde tenderían a desaparecer paulatinamente la división en clases antagónicas, y el propio Estado. El socialismo, culminación de la Historia, es concebido por Marx como una etapa más perfeccionada, superior al capitalismo. Pero el socialismo no se dio en sociedades de capitalismo maduro, como lo había previsto, sino en países de escasa complejidad. Y así se vuelve *método de desarrollo*, medio y no objetivo: instrumento *para* y no fin en sí. Como medio de desarrollo para alcanzar —y superar— al capitalismo, la función se vuelve el fin (el medio *es* fin). Se reinventa entonces la sociedad jerarquizada y el Estado, muy lejos de desaparecer, se fortalece. El marxismo, visión global del mundo en Marx, es, en sus orígenes, una aspiración al humanismo y a la democracia. El régimen de dictadura de partido niega la herencia rousseauniana de Marx. Marx pensó en un socialismo más civilizado que el capitalismo, en una etapa mucho más inteligente, más democrática y más humana de la sociedad. Pensaba en la culminación de la civiliza-

ción europea. Cuando se hacen a un lado los aspectos democráticos *para* acelerar el crecimiento económico, el socialismo se vuelve otra sociedad con máquinas, otra cara de la sociedad industrial.

LA RAZÓN POLÍTICA

Marx se propuso una crítica radical de la sociedad europea burguesa. Su fundamentación práctica de la acción revolucionaria en la “clase” que *no* es sino negación (el proletariado) pretendía destruir todo lo que oprimía al hombre, y no sólo al proletariado, para construir un mundo nuevo. El hombre dejaría de ser, entonces, lobo del hombre y quedaría liberado para siempre de la enajenación. Empezaría el reino del hombre, autor y actor de su propio drama, reconciliado con la conciencia y con su propia naturaleza. Ya no lo traicionarían ni la religión, ni el Estado, ni la propiedad: sería tal su supremacía que ese hombre, liberado, se parecería a Dios. La crítica radical de Marx se proponía reconstruir y recrear tanto como impugnar y destruir. Tal como fue enunciada, y a pesar de sus ataques al socialismo utópico, es una crítica impregnada de utopía.

Al volverse praxis en un país atrasado como Rusia, bajo el acoso de Europa, el marxismo encontró traductor e intérprete en Lenin. Todo el poder de negación del proletariado se traslada entonces a su representante y sustituto en un país casi sin obreros: el partido. Y del partido pasa, por una mecánica bien conocida, al Comité Central y del Comité Central al politburó, y del politburó al todopoderoso secretario general que manejará, a fin de cuentas, el timón del Estado. Un Estado que no sería el resultado íntegramente nuevo de una revolución desencadenada para suprimirlo paulatinamente, sino el aparato surgido del desmoronamiento propiciado por la Primera Guerra Mundial. Los residuos burocráticos del Estado zarista serán aprovechados por el Partido Bolchevique, sólo que

invertidos. Agitando y organizando magistralmente a las masas de desempleados —campesinos hambrientos y soldados sin moral ni voluntad de lucha— el partido no sólo destruiría a una débil e inconsistente burguesía de la ciudad y del campo, sino que liquidaría a todos los cuadros de la *Intelligentsia* rusa formados en Occidente.

Luego vendría la implacable acumulación de capital para industrializar el atraso y colectivizar un campo iletrado, paralizando mientras tanto la revolución en cualquier otro país en tanto que dicha eventualidad podía poner en peligro al bastión del socialismo. Se implantó una especie de “modo asiático de producción”, en medio del puritanismo, la represión y el fortalecimiento de una pesada maquinaria política en donde sólo cambiaron los tornillos: los burócratas zaristas que aplicaban elementalmente la razón de Estado fueron sustituidos por los burócratas estalinistas que aplicaban mecánicamente la nueva razón política, la razón de partido.

Lo cierto es que ni la propiedad (ahora estatal); ni las clases (ahora integradas en trabajadores, inteligencia y burócratas); ni el Estado (cada vez más sólido); ni la religión (ahora ideológica, con sus officiantes políticos) tal como se manifiestan en la praxis del socialismo responden al proyecto desenajenado que Marx imaginó. Se diría, de acuerdo con la teoría marxista, que se ha producido una revolución política más y no *la* Revolución. Esa revolución realizada por la alianza social de la inteligencia bolchevique con una mayoría de campesinos y soldados y unos cuantos miles de obreros y que sustituyó en el poder a la aristocracia y la burocracia zarista ha puesto en marcha un innegable proceso de desarrollo.

Sólo que ese proceso de desarrollo ha traído consigo la renuncia *de facto* a la teoría de la desaparición paulatina del Estado y a la alternativa de pluripartidismo (polémica con Rosa Luxemburgo), desembocando en una competencia con el capitalismo que se tradujo en planes

quinquenaes para igualar el nivel de vida del país más adelantado del mundo, Estados Unidos; coexistencia pacífica; teléfono rojo; repartición de esferas de influencia. Todo lo cual culmina en la creación de una sociedad industrial que, independientemente de la ideología oficial, tiene e impone una lógica férrea producto de la máquina mecánica y de la maquinaria política, de la fábrica, de la industria y del mercado. Una lógica que no es, evidentemente, la del discurso filosófico —revolucionario— sino la lógica de la mercancía, esto es, la lógica concreta y práctica del comercio.

Karl Marx, el crítico del pensamiento utópico, se volvió una suerte de reliquia utópica. Sin embargo, unas veces por habilidad, otras por inteligencia y aun por inercia, se sigue manejando su increíble poder de penetración, de convencimiento y de crítica radical. Las obras del joven Marx siguen siendo absolutamente subversivas en el lenguaje y en las ideas. La categoría de la *enajenación* sigue vigente y no sólo en el contexto capitalista.

Es curioso observar, por otra parte, la aplicación del marxismo que hacen los partidos comunistas occidentales: el famoso eurocomunismo liquida la teoría de la dictadura del proletariado y tiende a abolir la teoría de la lucha de clases. Tal como la concibió Marx, la dictadura del proletariado habría de minar poco a poco el aparato represor del Estado fortaleciendo, a sus expensas, a la sociedad. Pero como ahora se trata de “ganar la confianza” del electorado europeo —en Francia y en España todavía sin éxito y en Italia con un 50 por ciento de éxito, pero a un costo político altísimo—⁴⁷ y de llegar al poder democráticamente en los países avanzados, se prescinde de un principio fundamental del marxismo: la teoría de la desaparición paulatina del Estado, que impli-

⁴⁷Sólo en los primeros ocho meses de 1978 se han cometido en Italia 1,668 atentados y se han censado hasta 135 diferentes grupos armados. *Cfr.* Padovani y M. Semo, “Aldo Moro. Vivre avec le terrorisme”, *Le nouvel observateur*, núm. 734, París, 1978.

ca la de las clases. En Italia se sustituyen con la teoría del “bloque hegemónico” de Gramsci convenientemente matizada. Es fácil pasar así, del dogmatismo staliniano de los años cincuenta, vía la transición de la coexistencia pacífica y la “denuncia” superficial del stalinismo —como si se tratara de un problema subjetivo de la personalidad de un dirigente y no del problema central de la democracia socialista—, al oportunismo eurocomunista. Los presupuestos básicos del marxismo en materia de teoría social y política son desplazados por una estrategia más adecuada para facilitar la llegada al poder. Y una vez en el poder, ¿cómo podrían actuar los partidos comunistas europeos sino aplicando la ley del poder para construir la sociedad industrial y posindustrial y seguir exportando al resto del mundo las normas de la industria que no son otras que las normas del poder?

Así como la dialéctica hegeliana absorbió la religiosidad implícita en esa filosofía, esa religiosidad se transmitió a la praxis marxista, con un cambio de sujeto: ya no es el Estado, sino el proletariado, el sujeto de la historia y la encarnación del espíritu absoluto. Con la traducción política de Lenin y Stalin, con la toma y consolidación del poder, devino realidad lo que Marx había postulado: la realización de la filosofía para volverse poder. En ese momento dejó de importar la lógica filosófica, la dialéctica y su movimiento, para que prevaleciera la lógica fija del poder, la lógica de *lo que ha sido*, de lo *Stato*, del Estado. Ya no es el poder de la razón lo que priva sino la razón del poder, la razón de Estado. Lo divino está ahora en la política, en el Estado, en quien detenta la soberanía, y su culto es el culto del Estado.

Una es la lógica sin trabas del pensamiento y otra la lógica de la práctica: la dialéctica hegeliano-marxista y la lógica de las cosas. Como la diferencia que hacía Hegel entre lo infinito y lo finito. En vez de volverse eterno lo limitado, en vez de devenir infinito el hombre —de volverse Dios, como hubiera querido Marx— fue Dios quien al devenir

hombre se volvió finito y perecedero: Dios murió. ¿Cómo pedirle entonces que siga siendo Dios?

Algo semejante le ocurrió al progreso, que es ya una probeta vacía: el ácido que contenía se ha derramado irregularmente por toda la tierra y ha carcomido bárbaramente sus recursos. Dios ha muerto pero no ha nacido el hombre sino, como diría Novalis, su fantasma. Y el progreso histórico, que sustituyó a Dios, murió con él. Queda el progreso técnico, un “tigre de papel con colmillos mortíferos”. La apariencia que sustituye a Dios, su fantasma, es el poder de la técnica y la técnica del poder. Pero ¿qué es el poder? Malraux lo define sin complacencias: el poder es, siempre, el poder de matar y la muerte es la negación integral. Por eso la técnica es igual en el este y en el oeste. La bomba de hidrógeno es semejante en Estados Unidos y en la URSS. Por eso la política de los súper Estados se parece. Por eso no hay una política capitalista y otra socialista: hay *una* política, la política (*realpolitik* como la llaman, certeramente, los alemanes) que medra en el mundo de las relaciones internacionales y nacionales, la que señalan los dos grandes polos mundiales de poder: la sociedad industrial del Este y la del Oeste.

¿Y dónde habrá quedado aquella libertad que tanto preocupó, no sólo a los ideólogos del XVIII sino también a Hegel y, sin ninguna duda, a Marx? La libertad ha sido desplazada a un futuro cada vez más remoto en aras de la necesidad histórica que es, se nos dice, un reflejo de las necesidades reales insatisfechas. Y la enajenación, de hecho, a diferencia de la idea de Dios y de los espejismos del progreso, sigue viva e imperturbable. Claro está que todo esto no ha ocurrido en el Olimpo ni en el espacio de las ideas puras, sino en el mundo real del siglo XX. Los jóvenes han sentido cómo se les clavaba en la espalda una puñalada dirigida a la esperanza. Porque los jóvenes no dejan de ser, una y otra vez, la esperanza.

¿En qué se convirtió la única posibilidad de crítica radical que ofrecían todavía, en las dos primeras décadas de este siglo, los partidos revolucionarios que se decían fieles al marxismo? ¿Qué ocurrió con los conductos canalizadores de las mejores aspiraciones y expresiones de la juventud, de los trabajadores, de la inteligencia de las clases medias cuando entraron en contacto con la realidad histórica? Dos guerras mundiales, la explosión del 68 y los estallidos de violencia que nos echan en cara todos los días la desesperanza, la desconfianza, el no saber qué hacer responden, aun sin responder, a esas preguntas. ¿Qué ofrecían antaño las organizaciones revolucionarias? Por lo menos, el recurso de negar un estado de cosas que se toleraba difícilmente y de constituir un refugio para los descontentos. La función que ahora cumplen consiste no tanto en expresar insatisfacciones y rebeldías “sino (en) volver a los ciudadanos gobernables por el poder del Estado para cuando la izquierda lo obtenga”.¹⁸

Esa unidimensionalidad de la política que Gorz detecta no se debería tanto al envejecimiento de los partidos ni a la falta de imaginación de los dirigentes como a una crisis del sistema que ha reducido considerablemente el espacio de las transformaciones posibles sin llegar a la ruptura. Una ruptura que tampoco entra en las posibilidades reales: pues ni siquiera desde el poder, desde el Estado, podría realizarse una transformación revolucionaria en los países capitalistas más avanzados. Los partidos de izquierda lo saben y han borrado de su agenda a la revolución aunque sigan usando la palabra. La paradoja reside justamente ahí: la vocación de un partido es tomar, algún día, el poder; los partidos de izquierda no pueden menoscabar la solidez del Estado si piensan que, en algún momento, tendrán que formar gobierno (y que esa eventualidad no será el resultado de una revolución radical). Los

¹⁸A. Gorz, “La politique n’est plus dans la politique”, *Le nouvel observateur*, núm. 704, París, 1978.

partidos que antes fueron revolucionarios viven ahora, pues, instalados en la contradicción.

¿Qué sucede entonces? Que surgen nuevas formas de organización, con una concepción distinta de las relaciones sociales, para debatir a fondo lo que no puede discutirse en los partidos, ocupados en merodear el poder y en preguntarse, en la transición, qué podrían hacer *realmente* si llegaran a obtenerlo. Lo que apenas mencionan los programas de las grandes maquinarias electorales es precisamente lo que se debate esa “pluralidad de estructuras” nuevas: la igualdad entre los sexos, los derechos de las minorías étnicas, los problemas de las mujeres, el pluralismo cultural, el uso racional de la energía, los recursos naturales, el equilibrio ecológico, las alternativas del crecimiento, la naturaleza del trabajo y otras cuestiones semejantes. Lo que concluye Gorz es de sumo interés para nuestros tiempos: la experiencia tiene que definir, en cada caso, el tipo de reintegración más operante en una sociedad para satisfacer las necesidades profundas de sus miembros. Y ese camino parece ser, no el de la macroestructura sino el de las múltiples estructuras en evolución constante. En el callejón de la modernidad, las salidas son forzosamente plurales.

LA SOCIEDAD INDUSTRIAL: UNA NUEVA LÓGICA

Si me detuve en la exposición del pensamiento hegeliano y del pensamiento marxista ha sido por su concatenación con la sociedad contemporánea, a pesar de que el mundo que ayudaron a concebir difiera en la realidad de las filosofías que fundamentaron la trayectoria de esa sociedad.

Voy a referirme a algunos aspectos donde se hace muy notorio el contraste. Lo que Marx llamaba “la capacidad de producción universal del hombre” ha engendrado la producción masiva y la capacidad universal de consumir, rasgo dominante de la sociedad industrial de nues-

tros días. El “Yo” y el “Otro” de Hegel y el poder negativo de la dialéctica siguen vigentes: pero el hombre “que dice no” se enfrenta a un “Otro” generalizado, despersonalizado, que *somos todos* en la sociedad de masas.

Lo que queda de la idea del progreso es la concepción del progreso como ciencia y, más concretamente, como tecnología. La creación del mercado mundial universalizó los valores occidentales y sentó las bases del progreso de la revolución científica. Un progreso que, dejando atrás a la energía natural, y utilizando el calor que engendró la termodinámica, la electricidad y la desintegración del átomo, ha culminado en una sociedad industrial centrada en el consumo y apoyada en las técnicas de la comunicación (transporte, difusión, información). La sociedad de consumo, generada por la producción en masa, se incrementa y sostiene en *medios* de dos signos: de comunicación de masas y de destrucción de masas, anverso y reverso de una misma moneda.

¿Puede hablarse, con las mismas implicaciones de hace un siglo, de la contradicción proletariado-burguesía y de la lucha de clases? El antagonismo no ha desaparecido ciertamente. Pero se ha institucionalizado: la batalla no se entabla ya sin reglas sino que se canaliza en regulaciones jurídicas que estipulan hasta los lapsos periódicos para negociar la elevación de salarios y las condiciones laborales de acuerdo con las circunstancias económicas y políticas prevalecientes. La lucha de clases se da, pues, en un contexto institucional cualitativamente distinto al sentido que tuvo en sus orígenes.

Como advierte Hans Freyer,⁴⁹ el concepto de clase parece no bastar para explicarse la conducta de los miembros de aquella clase, el proletariado, a la que correspondería *producir una nueva historia más que consolidar la actual*. El modelo de “sectores socioeconómicos” introdu-

⁴⁹H. Freyer, *La época industrial*, Madrid, 1964.

cido por Colin Clark explica claramente ciertas tendencias del sistema industrial: habría así un sector “primario” dedicado centralmente a la agricultura; uno “secundario” ocupado en la producción industrial y un “terciario” empleado en actividades administrativas comerciales, ejecutivas, de planeación y de control, así como en actividades culturales (es decir, todas las que se engloban como “servicios”).

La sociedad industrial, al modificar el esquema de las sociedades agrarias, produce una transferencia de mano de obra del sector primario al secundario. En los países altamente industrializados, apenas queda un 12 por ciento de población ocupado en la agricultura. (En Estados Unidos, el porcentaje es aún menor, sólo un 4 por ciento). Parecía, en las primeras fases del proceso, que el sector secundario absorbería a la mayoría de la población. Pero actualmente apenas constituye la tercera parte del total de la población que trabaja y se prevén descensos en esa proporción. ¿Qué significa esto? Que: 1) la lógica del capital y de su tecnología es crecer; 2) resulta indispensable, para ello, amortizar los equipos lo antes posible para instalar maquinaria más eficaz; 3) la mayor eficacia de la maquinaria se traduce en el empleo de menor número de obreros. La tecnología de capital sostiene un interminable ritmo de cambio con propensión, al necesitar cada vez menos obreros, a la automatización. El sector que crece es, entonces, el terciario que, en Estados Unidos, abarca ya a la mitad o un poco más del total de la población económicamente activa. La sociedad industrial consolida, pues, a las capas medias de la sociedad en detrimento cuantitativo de la clase obrera.

El predominio de esas nuevas capas medias (empleados y funcionarios, es decir, burócratas, comerciantes y personas encargadas de servicios de higiene, de información, culturales y de esparcimiento) es el producto genuino de la sociedad industrial. Por otra parte, el proletariado —la clase “negada” de Marx— ha experimentado un descenso

numérico y una transformación cualitativa, al *integrarse al sistema* mediante la nueva legislación social y las organizaciones sindicales y políticas. Al ser *parte* del sistema.

La peculiar “lógica de la máquina” ha repercutido, también, en una creciente intervención estatal —en el este, en el oeste y en los países subdesarrollados— en la economía. ¿Cómo podría ser liberal en materia económica un gobierno que obtiene a través del fisco y distribuye en inversiones públicas, prestaciones sociales y créditos cerca de la mitad del ingreso nacional? Además, el Estado excluye a los salarios y, cada vez más, a los precios del libre juego de la oferta y la demanda y lo hace con criterios mucho más políticos que estrictamente económicos. Son evidentes, por otra parte, los lazos entre la vida de negocios y la vida política hasta el punto de llegar a integrar, en ocasiones, un todo difícil de diferenciar.

La lógica de la máquina determina, en gran medida, el rostro de la sociedad industrial. Cada vez más autónoma en relación con el hombre, difícilmente puede decirse ya que la máquina es mediación entre hombre y naturaleza. La máquina, medio, es cada vez más finalidad opresora y soberana. Bien advirtió Hegel que a la sociedad civil no le importa el hombre total, sino sólo sus fragmentos que, dentro del sistema, cumplen determinada función. Lo que era válido para la sociedad civil lo es, magnificado, para la sociedad industrial.

La industria, desde sus orígenes, escindió el lugar donde vive del lugar donde se trabaja. Desde ese traslado cotidiano, el hombre es absorbido por el sistema. La ejecución del trabajo será ordenada y reglamentada por la empresa de acuerdo con sus planes de producción: se exigirán disciplina, puntualidad, orden, acatamiento de instrucciones (no se trata del ejercicio responsable y autónomo de un trabajo propio). Se trata de un gran mecanismo donde cada individuo deja de serlo para cumplir una función: desde el último obrero hasta el más

alto funcionario deben operar dentro de un sistema mecánico que se mueve como una correa sin fin. Como decía Hegel: “En una empresa ningún individuo produce nada real. Sólo la totalidad del sistema, en la que todos están inmersos, produce algo”. Y Marx, percibiendo otro ángulo: “Cada individuo tiene una esfera de actividad exclusiva y determinada que le es impuesta y de la que no puede escaparse”.

El trabajo con máquinas sigue pautas preestablecidas, que excluyen la iniciativa personal y la imaginación. Lo que importa no es el trabajo realizado por cada cual sino el producto global. La lógica de la máquina sólo permite optar entre una entrega total, en cuerpo y alma, a la organización: es decir, una entrega *total* a la función *parcial* adjudicada a cada trabajador como engrane de la maquinaria o bien el intento de preservarse una esfera personal, que sólo podrá desplegarse fuera del trabajo (escisión que nos remite a la noción de trabajo enajenado en Marx). En uno u otro caso, sólo se aprovechan en el trabajo fragmentos de la persona, los estrictamente indispensables: lo demás, lo que no tiene *valor de cambio*, se amputa de la vida activa y sólo, en el mejor de los casos, se reserva para la vida privada.

Impera, como tónica de la vida social, una especie de “estilo tecnológico” que escinde dramáticamente a la persona, que no vale por lo que es, sino como rueda dentada de un mecanismo. Y esto que se origina en el mecanismo industrial se extiende a todos los demás engranajes de la sociedad industrial, tales como la organización burocrática, política, o sindical. La despersonalización, manifestada primariamente en esa participación en el trabajo como medio y no como fin, marca todas las actividades cotidianas: el transporte (interminables filas de usuarios en las paradas de transporte colectivo y cadena sin fin de vehículos en los periféricos); el estudio (universidades de masas); los espectáculos y los deportes (estadios enormes donde cada espectador se pierde en la masa); la lectura (de los

mismos periódicos y revistas); el consumo (de objetos semejantes adquiridos en supermercados iguales de suburbios idénticos); la contemplación pasiva de la pantalla de televisión por millones de miradas anónimas, aisladas y a la vez ligadas por el medio a todas las demás igualmente anónimas y aisladas. La despersonalización se manifiesta en todas las funciones y lo mismo si se actúa como ciudadano de un Estado que como cotizante de un partido o contribuyente del fisco. El sistema no acepta al hombre como totalidad: lo perfora como tarjeta de computadora.

El comportamiento social es ajeno a toda decisión o idiosincrasia personal. Es un comportamiento “inducido” por un código de signos al que hay que obedecer infaliblemente. Cada movimiento está prescrito y reglamentado, incluyendo la “protección” que el sistema asegura a cambio de la abdicación que cada uno de los engranes de la maquinaria hace de su propia “totalidad”, su identidad: el ser humano se ha esfumado y sólo cuenta como “punto de intersección de estas y aquellas instituciones y organizaciones”.²⁰ Todo esto corresponde, en buena medida, al análisis de la extrañación o enajenación que hicieron Hegel y Marx. Sin embargo, la enajenación que se da en la sociedad industrial avanzada difiere cualitativamente de la que percibieron Hegel y Marx.

La amputación a la totalidad del ser humano es semejante, pero hay un elemento nuevo: se vive prácticamente sin coacción y casi sin tener conciencia de ella y aun con cierto grado de aceptación. ¿Cómo? Gracias al desarrollo de la psicología y las técnicas de relaciones industriales y, por supuesto, de los medios de comunicación de masas. En la sociedad industrial de signo socialista opera fundamentalmente la propaganda que, a través del partido, se transmite a sindicatos, agrupaciones de masas, organizaciones de mujeres, de jóvenes, de niños,

²⁰*Ibidem*, p. 48.

etcétera. La transmisión es directa, de la cima a la base. En la sociedad industrial capitalista opera la publicidad y todo gira alrededor del consumo; en la sociedad socialista opera la propaganda y todo gira alrededor de las metas que el Estado se propone, en un momento dado. Limbo acolchonado o jerarquización concentracionaria, según el signo. ¿No vale la pena preguntarnos si aspiramos, en verdad, a eso? Porque si lo que queremos llegar a ser es una sociedad semejante a cualquiera de esos modelos, habría que decir entonces: “¡Pase usted primero, por favor!”.

LA SOCIEDAD DEL VÉRTIGO

Vía Adam Smith o vía Karl Marx, la triple Revolución Industrial instaló, con la modernidad, la más absoluta autocomplacencia. Nunca una época había hecho su propia apología con tanto entusiasmo. El hombre se aproximaba a grandes pasos hacia el reino de la libertad —para jugar, para amar, para crear, para hacer y para ser: las máquinas harían su trabajo. Todo operaría con eficiencia y rapidez o, mejor, vertiginosamente. Había cambiado el curso y el signo de los tiempos: los medios de comunicación se convertían en el símbolo del mundo industrial y luego del posindustrial. Primero fue el desarrollo de los medios de transporte que empezaron a conducir con prisa de un extremo a otro del planeta. Después se transportó el otro extremo del mundo a cada pantalla de televisión. Ahora es posible comunicarse con Francia sólo con marcar una clave telefónica y saber, al instante, qué está ocurriendo en Uganda o en Corea o presenciar, *en vivo*, un partido de fútbol en Buenos Aires o el asesinato de un presidente en Dallas.

La “noticia” —“news”, “nouvelles”, es decir, las “novedades”— llenan nuestra vida cotidiana. ¿Qué país no querría parecerse a esa socie-

dad superorganizada, colmada de objetos de consumo, que el cine y la televisión muestran como modelo, a los habitantes de los más pobres rincones del planeta? El mundo que describiera Max Weber: organizado, racional, planificado, calculable, contabilizable está al alcance de la mano (o, por lo menos, de los ojos). ¿Cómo no caer en la tentación de imitarlo?

El núcleo del mensaje que pretende comunicar la sociedad industrial es que su esencia es el cambio y su signo la marcha al encuentro del TIEMPO, así con mayúsculas. Lewis Mumford ha detectado al reloj como la máquina principal de la técnica moderna:²⁴ “Marca una perfección hacia la cual aspiran otras máquinas... el análisis del movimiento necesario para su perfeccionamiento, así como los distintos tipos de engranaje y de transmisión que se crearon, contribuyeron al éxito de muy diferentes clases de máquinas”. Medir el tiempo y ganarle la carrera es acaso la actividad más expresiva de lo que es la sociedad industrial. Los medios de transporte están marcados por el vértigo de la velocidad. Y los medios de comunicación de masas reflejan la prisa por salirle al encuentro al tiempo. ¿Y cómo ganarle tiempo al tiempo? Colocando en un mismo nivel de “noticia” todo lo que sucede: lo importante y lo intrascendente, lo histórico y lo cotidiano. Así, el tiempo se *deshistoriza* y, a pesar de la apariencia de dinamismo, se inmoviliza.

He aquí la paradoja: al girar de esta manera angustiada y compulsiva alrededor de la obsesión del TIEMPO y de la imagen de un PROGRESO también con mayúsculas, se ha desacelerado de hecho al tiempo histórico, imprimiéndole un ritmo más lento, cristalizándolo. Basta ponerse a leer un periódico abandonado, con fecha de dos o tres días antes, o ver un noticiero de “actualidades” proyectado, con algunos días de retraso en un cine de provincia, para captar, superficialmente, un

²⁴L. Mumford, *Técnica y civilización*, Madrid, 1971, p. 32.

aspecto del fenómeno que es, por supuesto, mucho más amplio. Cadencia de movimientos y ritmos fijos, como en la banda de producción industrial, el tiempo institucionalizado se vuelve *lo stato*: literalmente lo que “ha estado”, lo que “ha sido” y empieza a proyectar sobre la sociedad, a través de los medios, la sombra de un movimiento que *no lo es tanto*, la ilusión de un cambio del cual ya sólo queda la inercia. Pensemos en el truco cinematográfico que consiste en simular que se camina o se corre cuando en realidad se está inmóvil, mientras se proyecta una sucesión de paisajes detrás del sujeto estático, para dar la sensación de movimiento.

El tiempo es lo finito por excelencia y admite el análisis dialéctico que hace Hegel de lo finito, que es lo perecedero, el no-ser. “El tiempo es el puro ser exterior, intuitivo, no captado por el ser, el concepto sólo intuitivo; cuando el concepto se capta a sí mismo, suprime su forma de tiempo... El tiempo se manifiesta... como destino y como necesidad del espíritu que aún no se ha realizado en el interior de sí mismo”.²² Vuelto infinito, absoluto, ya no sería lo que “es”: humano y relativo: lleno de hechos y de puntos de referencia, finito como el hombre. El tiempo, manifestación de lo perecedero, es múltiple: tiempo físico, tiempo biológico, tiempo social, tiempo lineal, circular, en espiral, etcétera. El tiempo fisiológico tiende a prevalecer “naturalmente” pero, como dice Lefebvre, ahí está en todo momento la presión subliminar, angustiosa, de un tiempo no natural, “abstracto”, impuesto por las máquinas: el tiempo que marcan los relojes, el tiempo al que nos empujan los mecanismos de la sociedad industrial, muy especialmente sus *medios de comunicación*. Y ¿cuál es ese tiempo? El “tiempo del progreso”: un tiempo lineal, irreversible, que empieza a contar cuando se inicia la era cristiana y que, siendo el tiempo del año 2000, es también, el tiempo de hace 2,000 años.

²²Hegel, *La fenomenologie de l'Esprit*, París, 1947, t. II, p. 305.

¿Hacia dónde nos conduce ese tiempo en línea recta, futuro y pasado a la vez? Se nos dice que nos lleva a la felicidad, a la abundancia y la libertad. Pero todo descansa en la explotación de recursos que no son ilimitados, de recursos planetarios *no renovables*. Y lo que realmente se nos ofrece es una perspectiva de carencia material, disimulada ahora en la mascarada de abundancia que muestra, tentadora, la sociedad de consumo. Tiempo tecnológico y tecnocrático que pretende haberlo ordenado y planeado todo, cuando sólo ha construido un orden a corto plazo que será sustituido, no a largo plazo, sino bastante antes, por un enorme desorden entrópico.

El tiempo del progreso ha pretendido llenar el vacío que en otras épocas ocupaba el tiempo religioso —un tiempo de Dios y, en consecuencia, infinito: *tiempo ser*: recurso para evadir lo perecedero, lo cotidiano. El tiempo del progreso, en tanto tiempo técnico, ha pretendido ser un fluir trascendente a la historia: un tiempo transhistórico. Un tiempo que se funde con el *Ser*, con Dios. Y eso es precisamente lo que quiere la sociedad industrial (o, mejor, la posindustrial). El tiempo por mediación de la máquina (“*Hic machina, hic salus*”) dio el salto hacia Dios y se apoderó de un dios inventado por la máquina, *deus machinae*, perecedero como la máquina. No era infinito, pero parecía *en trance* de llegar a serlo. En medio del vértigo, los hombres se esfuerzan por tocar el infinito. Las máquinas, cada día más sofisticadas que produce la tecnología posindustrial, y ciertos pronósticos científicos pretenden comunicarle la certidumbre de que “la meta” (o la meca) está cada día más cerca. ¿Y cuál sería la meta? Esa suerte de *espíritu absoluto-de-plástico*: la sociedad posindustrial.

La noción de cambio es inseparable de los procesos históricos que engendraron a la sociedad industrial norteamericana, de modelo capitalista, y a la sociedad industrial soviética, de modelo socialista. Pero, en ambas, el cambio ha dejado de ser la motivación real de la sociedad

aunque sigan manejándose dentro de una retórica “ideológica”. Por debajo está el convencimiento de que ya se ha logrado lo que se pretendía y de que ahora se trata únicamente de perpetuarlo: no se trata ya de *revolucionar* sino de *evolucionar*.

Si la sociedad norteamericana de hoy se ajusta más a la imagen de una República Imperial (como la ha calificado Raymond Aron) llena de desiguales minorías marginadas, que al régimen de igualdad en la libertad que hace 100 años conmoviera profundamente a Alexis de Tocqueville, eso no impide que en los festejos del Bicentenario se aludiera constantemente a los orígenes: a la Revolución que fundió a las 13 colonias en una nación que daba al mundo la esperanza de ejemplar democracia.

En octubre de 1917 otra Revolución formula aspiraciones de justicia y libertad, y la Unión Soviética se propone constituirse en avanzada de la lucha contra la explotación del hombre por el hombre. Luego vendría lo que desde temprano había profetizado Trotsky (para olvidarlo después inexplicablemente) en su crítica a la teoría leninista del partido: la sustitución de la humanidad por el proletariado, del proletariado por el partido, del partido por el Comité Central y del Comité Central por el secretario general.

La utopía, en las condiciones de la sociedad industrial, se ha vuelto “prospectiva”. Los hombres han dejado de *imaginar* el futuro para limitarse a estirar en esa dirección las tendencias del pasado inmediato. Escamoteado el futuro, queda un presente fugaz cargado de pasado y la ilusión de que, viviéndolo, se está viviendo el movimiento y el cambio. Y se perpetúa el *modus vivendi* entre las dos grandes potencias y el *statu quo* entre mundo desarrollado y subdesarrollado.

Volviendo a los medios, lo que nos transmiten es la convicción de la continuidad inevitable del desarrollo lineal hacia esa sociedad industrial que contemplan desde afuera, con esperanza y avidez, los que no fueron invitados desde un principio al banquete. El mercado de las sociedades in-

dustriales es de dimensiones planetarias y las sociedades que estamos al margen, por haber iniciado a destiempo el proceso de industrialización, recibimos su mensaje como un imperativo de imitación. Es tal el golpeteo de los medios, que nos condiciona sin cesar, que se nos escapa con demasiada frecuencia lo extralógico de semejante mimetismo.

La sociedad industrial hace un buen negocio: vende, a la vez, productos e ideología y transmite la aparente evidencia de que todo lo que suponga un camino distinto al que sugiere su tecnología avanzada es locura, utopía y excentricidad. Y la tecnología no es neutral. Es, como dice Gorz, “la matriz de las relaciones de poder”.²³

El medio es, en efecto, el mensaje y alrededor de su tecnología gira la estrategia de la sociedad industrial. Cuando se importa un tractor o una computadora, un teléfono o un automóvil se recibe, desde el diseño mismo del artefacto, el impacto de quienes lo produjeron: “Hay que *ser* como ellos para *hacer* lo que ellos”. Aunque a estas alturas ya sea imposible depositar una nave mexicana en la luna porque ni los recursos, ni la educación, ni la capacidad organizativa, ni la disciplina, ni las tendencias generales de nuestra visión del mundo nos conducían hacia allá. Es como una de esas pesadillas en que todo ocurre con una lentitud desesperante y en las que perseguimos algo que, por más que se desea, jamás se alcanza: cuando se supone que hemos llegado al lugar en que debía encontrarse, ya se ha movido y nos hace señas invitándonos nuevamente a aproximarnos. Y todo vuelve a repetirse, una y otra vez, al infinito, como en cámara lenta. Cuando tratamos de alcanzar a la sociedad industrial eso es lo que nos ocurre. El tiempo de la ciencia y de la técnica es más veloz que el tiempo de la sociedad.

Se antoja preguntar entonces, ¿qué hacemos como furgón de la sociedad industrial? Cuando compramos tecnología de los países avan-

²³Gorz, *Écologie et liberté*, París, 1977, p. 32.

zados para continuar nuestra carrera hacia el desarrollo “lineal”, siguiendo por el camino de la inercia hacia *ninguna parte*, lo que hacemos es encadenarnos, cada vez más, al destino de la sociedad que la ha creado y que ahora la vende a precio de oro. Así multiplicamos astronómicamente nuestra servidumbre sólo para mantenernos a la cola del convoy. Y perdemos toda posibilidad de encontrar un futuro propio al vernos obligados a seguir un camino por el que, supuestamente, ya hemos optado.

UNA ENTREVISTA SIGNIFICATIVA

Quiero traer a colación y comentar algunas opiniones del economista Claude Cheysson, exdirector del gabinete de Pierre Mendès-France y actual representante de Francia ante la Comisión Económica Europea y comisario para el Desarrollo del Mercado Común.²⁴ Se trata de un “cuadro” europeo avanzado, que pretende conciliar, como decía *Le nouvel observateur*, “el egoísmo de los países ricos con la impaciencia de las naciones pobres”.

Europa depende más del mundo subdesarrollado que de Estados Unidos o de los países socialistas. El 36 por ciento de las exportaciones de la Comunidad Económica Europea se dirige hacia el Tercer Mundo. Por otro lado, Europa depende más de Estados Unidos y los países socialistas de los energéticos y materias primas que provienen del Tercer Mundo. Si estos países, para compensar el alza de los precios del petróleo, hubiesen actuado ortodoxamente para mantener el equilibrio en sus balanzas de pagos, Europa habría perdido más del 1 por ciento de su producto bruto. Y, actualmente, tendría 2 millones más de desocupados. En consecuencia, habría que inyectar un fuerte flujo de recursos

²⁴Sintetizo una entrevista aparecida en el semanario de izquierda *Le nouvel observateur* y reproducida en México por *El Día*, el 11 de agosto de 1977.

en el Tercer Mundo, del orden de los 10,000 millones de dólares anuales durante un lapso determinado (tres, cuatro o cinco años) para reactivar y reestructurar el aparato productivo europeo y superar el desempleo actual. Se trata de cubrir el corto y el largo plazo y de adaptar el sistema productivo al cambio de sociedad al que Europa aspira; de adelantarse a la nueva división internacional del trabajo que surgirá de la industrialización de algunos países subdesarrollados. La importancia acordada a los servicios revela que se trata de la sociedad posindustrial.

Reflexionemos, ahora, desde nuestra propia perspectiva: la relación dialéctica del amo y el esclavo sigue vigente. La ayuda económica internacional ayuda más a quien la da que a quien la recibe y, por supuesto, la economía internacional no sólo cubre la “coyuntura”. La ayuda servirá para que algunos países subdesarrollados se “modernicen”, transiten de la etapa agraria a la industrial, mientras que los industriales se introducen en la sociedad posindustrial. En otras palabras, se trata de otorgar hoy, con ventajas, lo que mañana de cualquier manera estará absolutamente superado.

Me importa destacar, por razones obvias, la solución que Cheysson propone al problema de la capacidad de endeudamiento: los préstamos públicos conducen a la plaga de la inflación y no es posible hacer negocios con pobres demasiado pobres: hay que “prestar” a los ricos del Tercer Mundo para que compren, con lo que han vendido en petróleo y en materias primas, y cuyos beneficios han sido invertidos en los sistemas financieros europeos. No obstante, hay que evitar que sean banqueros privados quienes operen el “flujo” de recursos porque tienden a aprovecharse excesivamente de la situación. En adelante, deben ser canales financieros públicos quienes manejen esas operaciones; por último, si se logra dirigir los recursos económicos hacia los consumidores del Tercer Mundo, que en Europa corresponderían

a los sectores productivos que hoy trabajan a medias, el negocio sería completo y, además, se combatiría la inflación.

Se plantean, además, las ventajas de un nuevo orden económico internacional fincado en un sistema jurídico bilateral. A base de contratos entre países desarrollados y en “vías de serlo”, se establecerían las relaciones sobre la base de obligaciones recíprocas: “Liberamos los intercambios con los países del Tercer Mundo para permitirles que se desarrollen y también para asegurarnos mejores mercados”.

Sería una alternativa “avanzada” de desarrollo en contraste con la que ofrecen las compañías transnacionales; “las multinacionales han sido concebidas en un marco de librecambismo total —salvaje— y constituyen en sí mismas un instrumento muy bien adaptado a la mundialización de la economía...”. Aprovechando ventajas momentáneas locales, crean una “industrialización” absolutamente frágil y totalmente dependiente dirigida hacia los mercados exteriores y sin más beneficios para el país receptor que un paliativo precario a sus problemas de desempleo.

La opción de los países pobres parece estar entre un desarrollo basado en las necesidades locales o regionales, *un desarrollo no exportador, o muy limitadamente exportador*, de acuerdo con conveniencias mutuas, como ha sido siempre el “modelo” más o menos racional elaborado para los países que no crecieron a tiempo; o un “desarrollo transnacional” que aprovecha mano de obra y materia prima barata para hacerse competitivo en los mercados mundiales abatiendo costos al máximo y haciendo competencia “desleal” al sistema capitalista tradicional.

El maquinismo, símbolo del progreso, que surgió para producir más barato que la mano de obra oriental, niega sus orígenes al regresar ahora a los confines más remotos del mundo, para aprovechar un “ejército de reserva” de subproletarios que hoy ya no existe en los países adelantados. Un ciclo histórico se ha cerrado. ¿No resulta claro por qué

no es muy promisorio el futuro de México mientras intente “desarrollarse” siguiendo las pautas inalcanzables de la sociedad industrial?

El cuadro es bastante claro: para que los países ricos del norte puedan ayudar a los países pobres del sur, éstos habrán de fortalecer, primero, la prosperidad de aquéllos. Luego vendrán máquinas, planes, “cuadros técnicos”, petrodólares y ciencia que aumentarán la riqueza de los ricos y la pobreza de los pobres de adentro y de afuera. Es verdad que esa pobreza estará disfrazada con máquinas, planes, congresos, computadoras, televisores, hoteles, aviones, turismo. Pero la deuda habrá crecido y nunca tendrán con qué pagarla: trabajarán sin cesar para pagarla mientras siguen endeudándose, en un círculo vicioso que no se interrumpirá nunca. Con la ilusión, eso sí, de que la miseria con “progreso” es siempre una mejoría: habrán transitado de la pobreza agrícola a la miseria industrial —de la pobreza con sol a otra sin cielo ni esperanza, como habría dicho Camus, con la doble humillación de la miseria y de la fealdad. No es otro el “progreso” que se destina al mundo “en vías” de desarrollo.

Resumiendo: la historia se ha consumado para la sociedad industrial, a la manera hegeliana en Occidente y a la manera marxista en el Este. Al acelerar al máximo el tiempo histórico, lo han inmovilizado, al lograr los fines que señaló Hegel: ser, saber, poder. Avance lineal en la técnica y contención en la estrategia política marcan esa “realización” de la historia en una porción muy importante del mundo que, sin embargo, no nos abarca a todos. Estados Unidos y la URSS han llevado hasta sus últimas consecuencias el despliegue del espíritu absoluto acompañados por numerosas naciones septentrionales. Otra ha sido nuestra suerte. El Dios concreto y racional de Lutero; el Dios de Hegel, no nos iluminó con su gracia, quizá porque el nuestro era hispánico y místico y lo rondaban otros dioses, maltrechos pero alentando todavía, después de haber rodado las escaleras del Templo Mayor. Sólo que ahí

justamente, en esa paradoja, puede estar todavía la salida para países como México, cuya historia sigue abierta y casi inédita, a pesar del “desarrollo” postizo y la tecnología importada. Las opciones no se han cerrado para nosotros. Y se impone emprender una búsqueda, a partir de nuestros orígenes arcaicos y de *nuestros* orígenes occidentales, que son latinos, hispánicos, es decir, desprendidos de la otra rama de Occidente, para averiguar lo que podemos y lo que queremos ser.

Podemos acaso, manejar dos modelos, hablar dos lenguajes: uno adaptado a la realidad mundial, un lenguaje de la metrópoli hacia afuera —el de los sectores secundario y terciario—; y otro adaptado a la realidad interna, que exige alimentación y trabajo para una población desmesuradamente crecida. Podemos hacerlo si reencontramos nuestra idiosincrasia, si asumimos con lucidez nuestra calidad de nación plural, producto de lo indígena y lo español, eso que supo captar admirablemente, en el siglo XVI, Vasco de Quiroga. El encuentro de un camino propio pasa por el reencuentro de la identidad, de nuestra singularidad plural.

Ese reencuentro con la identidad tiene que ser un reencuentro con nuestro verdadero tiempo, que no es el mismo que señalan los relojes del Dios laico del progreso. El tiempo de la sociedad industrial no es el nuestro. El equipo-capital de Occidente no es solución para nosotros que tenemos que contar, por una obvia proliferación demográfica, con un equipo-trabajo, es decir, con una tecnología centrada en la creación de empleos, en el aprovechamiento de mano de obra.

Nuestra investigación no tiene que seguir en *exclusiva* un modelo que conduce al inseguro camino de la energía nuclear, sino explorar las posibilidades que todavía encierran los mares, la tierra, el desierto, el sol y el viento. Puede y debe ir al encuentro de la naturaleza y explorar *todas* las posibilidades. Nuestra organización no tiene por qué ser la tecnoburocracia. Nuestro modelo no puede seguir ya el engañoso ca-

mino de la imitación extralógica. Hay que explorar lo que sigue inexplorado: un camino que viene de nuestros orígenes, de nuestra cultura plural, el que indica nuestra sensibilidad y puede acabar de integrar la nacionalidad sin, por otra parte, descuidar el futuro. No se trata de proponer soluciones espectaculares, sino modestas y sólidas. Si no podemos ser como Estados Unidos ni como la URSS, seamos como México. El “progreso” a la manera de la sociedad industrial nos queda ancho y, a la vez, nos maniata como una camisa de fuerza. Los ojos frescos e inteligentes de don Vasco no han dejado de mirar hacia México, que no es ni Tenochtitlan ni Madrid, sino el mestizaje de una y de otra. Siendo auténticamente lo que somos, seremos, como está escrito en las palabras finales de *El laberinto de la soledad*, que hoy suscribo íntegramente, contemporáneos de todos los hombres. Pero sólo así.

Incidencia del pasado

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmiten el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla al cerebro de los vivos.

KARL MARX

El regreso de los muertos y sus exigencias obstinadas constituyen la forma más manifiesta del destino en la tragedia isabelina. Hasta el fin, los muertos se niegan a morir; los vivos son su último alimento. Las generaciones sucesivas deben satisfacer las exigencias de los muertos, dar un sentido a su derrota y restaurar la justicia en el mundo. Pero esta mediación por el tiempo y la historia no se termina en la tragedia sino con nuevos cadáveres que vienen a llenar la escena. Los muertos se comen a los vivos.

JAN KOTT

AMÉRICA EN LA HISTORIA

Como ha demostrado Edmundo O’Gorman, la cultura occidental se apropió, con la “invención de América”,²⁵ de la totalidad del planeta. La *ecumene*, entonces tripartita (Europa, Asia y África), se extiende hasta América, y al hacerlo, abarca ilimitadamente a la Tierra. Góngora lo pondría en metáfora barroca:

²⁵E. O’Gorman, *La invención de América*, México, 1958.

Abetos suyos tres aquel tridente
violaron a Neptuno,
inculcado hasta allí de otro ninguno,
besando las que al Sol el Occidente
le corre en lecho azul de aguas marinas,
turquesadas cortinas.

América existe ya geográficamente y la geografía precede y abre la puerta de la existencia histórica. América deviene así “lo nuevo” del mundo: el “Nuevo Mundo”. Tierra de novedades y apta para novedades, presentida e imaginada por el hombre aun antes de estar físicamente en la geografía y, ahora sí, por su novísima existencia presente en la historia del planeta. A *la vieille Europe*, que fastidiaría todavía a Napoleón tres siglos después, se añade ahora, el otro mundo en trance de llegar a ser. Se perfecciona así la idea de una historia sustentada en la unidad del devenir humano que va de lo menos a lo más y que aspira a la mejoría permanente.

Claro: la civilización más “acabada” es, de acuerdo con la idea greco-latina, cristiana, renacentista y moderna, la europea, que convierte a sus valores particulares en *los* valores por excelencia, América tiene, en virtud de lo reciente de su existencia, la posibilidad de *llegar a ser* como Europa: como una Nueva Europa de donde, a fin de cuentas, procede moral e históricamente. Europa es el modelo para tener acceso a la perfección. De ahí también la doble visión europea respecto del Nuevo Mundo: América es ancho solar susceptible de trabajarse y explotarse en beneficio europeo y, a la vez, inmejorable laboratorio para ensayar todo aquello que parece imposible en las tierras viejas: América no sólo puede ser la Nueva Europa sino ir más allá y trascender a la cultura madre. En una u otra forma América, como tierra a la que rotura, siembra y fecunda Europa, es una extensión del Viejo Mun-

do que la ha “inventado”. Si quiere *llegar a ser* pugnará por imitar al modelo de perfección histórica. Pero al proceder así no se encontrará con su propia identidad.

He ahí la paradoja americana: mientras más sea, menos (americana) será y, a la inversa, mientras menos (europea) sea, más auténticamente será. En términos hegelianos: América, para ser, tiene que no ser y, no siendo, es. Pero la relación dialéctica incluye también el lado europeo. Al inventar América, Europa se le inserta, se reproduce en ella y, por tanto, se trasciende, dejando de ser la provincia que era para volverse realmente universal. Al prolongarse en el Nuevo Mundo, el Viejo se perfecciona y comienza a dejar de ser. América culmina, pues, a la cultura occidental y, de paso, la universaliza. América es, cultural e históricamente, su remate. Antes de América, Europa estaba incompleta: era el centro de un mundo inacabado y de una historia universal que no lo era de verdad.

Veamos más de cerca la trascendencia europea en tierras americanas. Si América era el Nuevo Mundo no resultaba irrazonable pensar que sus habitantes fuesen también nuevos. El primer aporte americano a la cultura occidental es el hombre en *estado de naturaleza*, idea que jugará un papel definitivo en el pensamiento utópico y en el contractualismo europeo. “Con rápida ansiedad —dice don Manuel Pedroso en ese profundo ensayo que escribió poco antes de morir— Europa captó al nuevo tipo de hombre... Ese hombre se fija en las ‘utopías’ y en la primera de ellas, en la de Tomás Moro”.²⁶ El Nuevo Mundo engendra, pues, al hombre nuevo que suscita a la utopía como parte esencial de la teoría política. Un poco más tarde será en América donde la utopía se vuelva *praxis* histórica en los pueblos-hospitales de Vasco de Quiroga,

²⁶M. Pedroso, *La aventura del hombre natural y civil*, México, 1976, p. 26.

gracias a cuya organización el Nuevo Mundo se vuelve por primera vez, de verdad, un mundo nuevo.

La realización del mundo nuevo en el Nuevo Mundo conoce otro momento estelar cuando las 13 colonias norteamericanas fundan, a través de un pacto social, su democrática república federal. Lo que Europa sólo había pensado deviene en Norteamérica forma política real al crearse una sociedad en donde prevalece la igualdad en la libertad. Sociedad que llenará de entusiasmo a Alexis de Tocqueville, hasta llevarlo a postular la necesidad de una ciencia política nueva para un mundo completamente nuevo.

América engendra primero y realiza después lo que, en cierta medida, Europa pensó políticamente entre los siglos XVI y XVIII. Las esperanzas generadas desde su nacimiento se irán cristalizando paulatinamente. Si cito los ejemplos de la creación de los pueblos-hospitales en la Nueva España y la fundación del Estado federal en Estados Unidos no lo hago de manera casual. Con esos ejemplos señalo un dato de la mayor importancia: la existencia de *dos* Américas producto de *dos* Europas. Dos Américas que traslucen a la proa del viejo continente y a su barco, a España y a Inglaterra.

INGLATERRA Y ESPAÑA²⁷

El eurocentrismo que inventó a América encubría una dualidad constituida por la visión optimista y “moderna” del mundo representada por Inglaterra y la visión trágica y “tradicional” representada por España. Dos modos de concebir la historia y la posición del hombre en el mundo y dos proyectos que planteaban algo más que la contradicción eventual de un momento histórico. Con matices, esos proyectos siguen enfren-

²⁷Cfr. el apéndice 1, “Reflexiones barrocas” donde se amplían y se actualizan estas ideas.

tándose en nuestros días, aunque los protagonistas de antaño ya no sean los mismos.

El atractivo proyecto inglés que a fin de cuentas “ganó” la partida era el proyecto de la “modernidad”. Una modernidad que racionaliza y reforma a la religión para volverla luego esa ciencia que busca el dominio de la naturaleza en beneficio del hombre disciplinado y trabajador. El español trágico y tradicionalista, en cambio, tenía como objetivo establecer la unidad del mundo desde el centro de la ortodoxia católica. Se oponía “a las reformas novedosas y a la empresa de transformar la naturaleza por estimarse, dice O’Gorman, ser un acto de soberbia, en cuanto que implicaba enmendarle la obra de creación a la suprema sabiduría divina”.²⁸

La historia de América reflejó desde sus orígenes esta dualidad que es para Edmundo O’Gorman —el historiador que más y mejor ha reflexionado en nuestro medio sobre este problema cardinal— el resultado de un trasplante de cultura y el efecto de una imitación aunque con matices muy importantes que conviene percibir: en el caso de la copia tradicionalista no importan tanto, como es lógico, las nuevas circunstancias como el modelo: en el caso de la modernidad, por el contrario, hay adecuación del modelo a las nuevas circunstancias. En el primer caso se da un ritmo más repetitivo, mientras que en el segundo, se acentúa la originalidad. América hispana resulta así, una suerte de Nueva Europa, en tanto que la América sajona será, más bien, la Europa nueva. La presencia de ambas Europas en las nuevas tierras será definitiva en la historia americana.²⁹

²⁸E. O’Gorman, *México, el trauma de su historia*, México, 1977, p. 8.

²⁹Aunque, en términos generales, me parece correcta la teoría de O’Gorman, encuentro que una de las excepciones de esa tesis sería justamente la realización de la *Utopía* de Moro en territorio de la Nueva España, tomando muy en cuenta las circunstancias americanas. Aquella realización pervivió, de alguna manera, hasta principios del

HEGEL Y LAS DOS AMÉRICAS

La comparación de las dos Américas que hace Hegel en su *filosofía de la historia* es ya clásica y nos ayuda a precisar las diferencias entre el norte y el sur. Veamos: en Norteamérica hay una prosperidad naciente, producto de la industria y del crecimiento de la población. Hay unidad política. En cambio, en las “repúblicas sudamericanas” los gobiernos son militares y su historia se caracteriza por revoluciones sin fin: “Estados que estaban antes federados se separan, otros que estaban desunidos se reúnen”.

Norteamérica es protestante. Las repúblicas del sur son católicas. Aquélla fue *colonizada*; éstas fueron conquistadas. Los españoles querían enriquecerse y dominar; usaron de la fuerza para lograr sus objetivos; establecieron una organización jerárquica rígida, en donde el clero jugaba un papel importante. Norteamérica, en cambio, fue colonizada por puritanos ingleses que, buscando libertad para la práctica de su fe, emigraron y con el tiempo crearon un Estado libre; trabajaron la tierra y fundaron una agricultura próspera y un ambiente general de trabajo organizado que generó la industria. El protestantismo fomentó la *confianza mutua* sobre la que descansa el sistema en su totalidad. A diferencia del catolicismo que, según Hegel, no puede generar semejante confianza porque es una religión que no rige, como la protestante, la vida entera de los hombres. El sistema en el sur está fundado, por tanto, en la *desconfianza* y esas “formas llamadas constituciones” son sólo “recursos” que no eliminan el recelo.

A pesar de la parcialidad manifiesta en su visión de las dos Américas y de la evidente simpatía por la América del Norte; a pesar del “patriotismo protestante” que, según Ortega padecía Hegel, cala en profundidad

siglo XIX, de ahí que la presencia de De Quiroga sea tan actual todavía en tierras michoacanas. No insisto, porque volveré sobre el tema más adelante.

y sus observaciones prueban que no siempre ni necesariamente el enfoque subjetivo riñe con la verdad. Se equivoca más Hegel cuando juzga a la naturaleza americana que cuando aprecia conjuntos sociales e interpreta la historia. La industria, dice, vino de Inglaterra y en ella está implícita la individualidad que da el tono de aquel laborioso Estado: la tendencia general hacia el lucro propiciado por el interés particular que mueve a los hombres.

La visión política de Hegel es notable. En Norteamérica no hay un “verdadero Estado”, que sólo se da cuando existen profundas diferencias de clase que generan una tensión social insoportable. Las tensiones se desahogan allí en la colonización de los enormes espacios abiertos aún disponibles. En cambio, falla en su apreciación del federalismo cuando lo califica, sin más, como la “peor forma de Estado”: que, si no ha llevado a la Unión Americana a la ruina total, sugiere, es sólo por la carencia de vecinos fuertes, pues “Canadá y México no son temibles”. Y vuelve, una vez más, sobre su teoría del *verdadero* Estado: mientras exista una emigración constante no habrá concentración en las industrias y en las urbes y no habrá Estado *maduro*.

Únicamente cuando, como en Europa, no puedan aumentarse a voluntad los agricultores, los habitantes, en vez de extenderse en busca de nuevos terrenos, tendrán que condensarse en la industria y en el tráfico urbano, formando un sistema compacto de sociedad civil y llegarán a experimentar las necesidades de un Estado orgánico.³⁰

Sólo la sociedad industrial produce, según Hegel, un Estado concentrado: de haber existido espacio disponible en los bosques de Germania, se habría evitado la Revolución francesa. Estados Unidos va por un camino semejante al de Europa. Norteamérica es el país del porvenir. En el futuro... Pero ¿a qué seguir? Para Hegel sólo el presente

³⁰Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, 1953, t. I, p. 182.

cuenta y el presente señala que Norteamérica ha emprendido el camino europeo. A estas alturas las repúblicas del sur ya no figuran para nada en el texto. Sólo cuenta la Europa moderna, implantada en América. La América que llegará a ser una sociedad industrial: un verdadero Estado. Esto explica por qué, en América, Estados Unidos toma ventaja y a partir de ella prevalecerán.

MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS, EL PROBLEMA DEL MODELO:

MODELO DE PROBLEMA

Desde la Independencia, Estados Unidos ha tenido naturalmente, por geopolítica, una gran importancia en la vida de la América hispana y, desde luego, en la de México. Verán con buenos ojos, por ejemplo, la proclamación de la República por Antonio López de Santa Anna (hay quienes le atribuyen, dando crédito a una confesión consignada en sus desmemoriadas memorias, un desconocimiento absoluto del sistema). A partir de aquel momento y por una lógica reacción antiespañola, aunada a una buena dosis de ingenuidad e inexperiencia política, Estados Unidos, imagen de “hermano mayor”, adornado con el éxito de una prosperidad económica que los mexicanos confundimos siempre con la forma política, se volvió el “gran maestro” de América.

Claro que las primeras fricciones, cuando entró en escena aquel refinado, malévolo y versátil personaje que fue mister Poinsett y, después durante la guerra de 1836 y la infausta de 1848, habrían debido abrirnos los ojos. Y los abrimos, pero eso fue todo. ¿Qué más podíamos hacer? Estábamos solos y no pudimos seguir el único consejo válido que nos fue dado entonces por el lúcido espíritu de Bolívar, seguido de cerca en México —en ese aspecto— por Lucas Alamán, una inteligencia que no por conservadora dejó de preocuparse por la nación. Optamos, pues, por la vía republicana e hicimos bien. El camino monárquico, que

se ofrecía en apariencia como la otra vía, fracasó durante el primer imperio por falta de cabeza legítima y durante el segundo por falta de condiciones. Era imposible pensar siquiera en pedir ayuda de las casas reales europeas, solidarizadas con España en la Santa Alianza, salvo Inglaterra que aspiraba, más bien, a llenar el vacío económico y comercial que había dejado España y que guardaba discreta “neutralidad” en materia política.

No había, pues, más camino que el señalado por el “hermano mayor”. Y el hermano mayor nos llevaba ya una considerable ventaja: 50 años en lo relativo a la Independencia y a la creación del Estado nacional y, además, toda la velocidad adquirida por Inglaterra, en materia política, desde la revolución puritana de Cromwell y, en materia económica, a partir de la creación del capitalismo. Que la defensa vía Europa no era camino propicio y quedó demostrado prácticamente durante la guerra que libró Juárez contra la Intervención y el imperio. Se fortalecieron entonces los lazos con nuestros vecinos, que ayudaron al Benemérito a derrotar a Francia y a restaurar la República aunque no fuera, evidentemente, por meros principios ideológicos.

El estímulo central que sustentó la adopción del modelo norteamericano fue la tesis según la cual la república federativa haría manar la riqueza como por arte de magia hacia nuestras arcas exhaustas y los mexicanos, ya libres, dejaríamos de vivir en medio de la escasez y de las privaciones. Nada lograron las advertencias del inquieto fray Servando, haciendo notar las obvias diferencias con el fuerte país del norte. De nada sirvió tener conciencia de los orígenes discrepantes, las desiguales creencias religiosas, las lenguas distintas y, sobre todo, la perspectiva cultural enfocada desde ángulos tan dispares por ambas naciones.³⁴

³⁴“Es necesario que se penetren los que quieran entender algo de los nuevos estados de la América del Sur —se escribía en México en *El Sol* del 18 de noviembre de 1830— de

La cercanía geográfica de Estados Unidos fue el “argumento” determinante. Ideológica y políticamente, a un país de pasado colonial como México, le atraían mucho las perspectivas de independencia y de libertad que la antigua colonia norteamericana había sabido erigir como base fecunda de su abundancia. La realidad estadounidense se convirtió, para nosotros, en mito y espejismo. Sin embargo, si ellos habían llegado al pacto federal gracias a una revolución, nuestro camino fue otro: ni revolución a la norteamericana ni evolución a la brasileña.

LA INDEPENDENCIA

El movimiento de Independencia fue una aspiración generosa e inteligente, pero una obra histórica trunca. Un increíble personaje tolstoiano perdido en las minerales serranías de Guanajuato, el cura Hidalgo, había iniciado la lucha que continuó y organizó un hombre informado y justo, don Ignacio López Rayón; a un brillante estratega que, a salto de mata, era lector e intérprete inteligente de Rousseau, José María

que han adoptado instituciones enteramente opuestas a sus costumbres, a sus hábitos, a su educación y a todo su género de vida: que el entusiasmo de su libertad ha bastado para derribar las antiguas instituciones; pero que no ha podido suplir para subsistir sistemas que suponen en los que dirigen los asuntos públicos, profundos conocimientos prácticos en la ciencia de gobernar, y en el pueblo costumbres, relaciones morales, instituciones, usos, respetos, que hacen practicable el género de gobierno adoptado”.

Y en ese mismo periódico, este otro párrafo clave: “En los Estados Unidos del Norte de América, pueblo singular y quizá el único en los anales de la historia humana, es tal el orden de las cosas, hay tal coherencia en los intereses recíprocos, tal conveniencia en los mutuos miramientos, tan profundo respeto a las leyes, a las instituciones: están tan generalizados los principios del derecho social, que es imposible que el gobierno ni un magistrado se atrevan a incurrir voluntariamente en un error de importancia sin que la nación toda reclame contra semejante acto. Un pueblo como éste marcha solo y casi se puede decir que su gobierno es un *apéndice* de la sociedad: en vez que en todas las demás naciones conocidas el gobierno es todo y el pueblo casi nada. Ved aquí el sistema de gobierno que ha querido imitar México, y que creyeron haberlo conseguido sus *visoños* (*sic*) legisladores copiando la Constitución norteamericana”.

Morelos, le correspondió difundirla con audacia, y cuando casi nadie creía en ella, la sostuvo la fe obstinada del patriota Vicente Guerrero. En tan largo y complejo proceso, México habría ganado un tiempo precioso si hubiera podido hacer, a la vez, la Independencia y la transformación económica y social.

Pero ocurrió que no lograron la Independencia los que creían en ella como transformación revolucionaria. Quienes la fabricaron de golpe, sólo aspiraban a una autonomía amplia y juzgaban empresa irrazonable y aventura peligrosa trastocar un orden conocido para entregarse a experimentos inciertos: la mutación se quedó en la textura superficial. 1821 no era ya 1808 cuando Napoleón invadió España y descabezó temporalmente la monarquía. Tampoco 1810, cuando la resistencia del pueblo español contra el emperador de los franceses impulsó la reunión de las Cortes de Cádiz y, en América, el cura Hidalgo tocó a rebato las campanas de su parroquia y echó a andar, adelantándolo, el movimiento insurgente. Pero 1821 no se entendería sin aquellos antecedentes.

Si acercamos más la lupa reaparece Hegel invocando al “alma del mundo a caballo”. Y en verdad, pocos espíritus han metido su caballo en tantas encrucijadas de la historia y han tenido tal influencia sobre el destino de los hombres como Napoleón Bonaparte. En Francia le puso diques a la revolución, organizándola e institucionalizándola para llevarla por caminos que sus iniciadores no habían previsto y la derramó, en cambio, por toda Europa esparciendo los ideales de libertad y de igualdad y transportando en las mochilas de sus soldados a Montesquieu y la Ilustración, con el pavor de las monarquías del Viejo Mundo. Aquel torrente impetuoso llegó hasta los confines de Europa donde habrían de detenerlo Kutuzov y el general invierno, por un lado y, por otro, las guerrillas españolas.

La invasión napoleónica y la irrupción de José Bonaparte en la política española iniciaron un proceso de deterioro que culminó con

la fractura del Imperio español. Las Cortes de Cádiz y el tiempo y las torpezas de Fernando VII se encargarían de ahondar considerablemente la grieta hasta la escisión definitiva. Culpas del tiempo y de España que fueron aprovechadas en nuestras tierras por criollos e insurgentes. La Independencia nació dentro de una sociedad inestable y oscilante, rasgos que caracterizan a la República hasta que Benito Juárez, encabezando la revolución de la Reforma, derrota al Segundo Imperio y funda realmente un Estado, consolidando la estabilidad indispensable para la construcción de un México independiente. La independencia formal produjo un *vacío político* a diferencia de lo que había ocurrido en la Unión Americana, donde la independencia engendra, de inmediato, el Estado nacional.

EL FANTASMA DEL PASADO

Muchos de los contratiempos iniciales de la vida independiente son el producto de nuestro obstinado desconocimiento del pasado: de la compleja y riquísima vida colonial y de la etapa prehispánica. Si la Independencia hubiera sido resultado de una revolución o de una evolución, y no del compromiso entre una revolución casi extinguida y una “evolución” que quería detener el tiempo (o, por lo menos, evitar que las leyes liberales de España se aplicaran en la Nueva España), no habríamos podido olvidarnos, con tanta facilidad, del pasado.

“Superamos” la historia pasada como los niños “superan” el miedo a los fantasmas nocturnos cada mañana sólo para volverse a topar con ellos cuando oscurece. La historia es una rueda fatal que, a cada giro, provoca un remolino que dispersa o aglutina, o hace ambas cosas a la vez: en la historia, hecha por los vivos y por los muertos, suelen pesar tanto o más que las presentes en las acciones pasadas, con su carga de tradiciones e inercias sociales. Enterramos el pasado con unos cuantos

conjuros y muchas palabras, bastantes disparos y sangre en abundancia. Pero el pasado se quedó ahí, sin embargo, y ni siquiera muy arrinconado. Estaba en las conciencias, en las rutinas, en la inevitable realidad. Quisimos hacer el nuevo país partiendo de cero y, claro, la realidad fue más persistente que todas las manifestaciones de “modernidad”: queriendo ganar tiempo, lo perdimos, un tiempo que ahora se antoja ya irrecuperable.

El equívoco primordial fue la identificación simplista de la Colonia y lo colonial con la Metrópoli de la que intentábamos liberarnos. Se olvidó algo que ahora parece obvio: que aquí lo español había cobrado carta de naturalización con gran rapidez y muy pronto no había sido ya, estrictamente hablando, hispano. En un principio —y la tendencia ha persistido en las mentalidades esquemáticas— se pretendió identificar la nacionalidad incipiente con uno solo de sus componentes, el elemento indígena o el español. Sólo tras un lentísimo proceso de maduración caímos en la cuenta de que México era una nación mestiza con participación de ambos elementos que se firman y se niegan, superándose y conservando en el mestizaje algo del uno y del otro.³²

Pero allá en los albores de la emancipación, con tantas injusticias frescas y el plato de la venganza humeante, era imposible que la sola inteligencia pudiera suplir a la lenta labor del tiempo, la experiencia. Los extremos de la dialéctica social mexicana se identificaron —para mejor definirse y para negar al contrario— con lo indio y lo español sucesivamente (tanto por el origen como por la *praxis* social respectiva) y contribuyeron así a ahondar más el vacío político y las contradicciones originarias. Para afirmarnos recurrimos al viejo expediente que el destino se empeña en repetir, en cada nueva generación, desde Edipo:

³²Lo indígena y lo español participan en un mestizaje que *es* y *no es* una síntesis. En México, coinciden, sobrepuestos, lo indígena y lo español sin acabar de mezclarse por completo, como dos líquidos de densidad diferente.

negar a los progenitores. Pero en esa negación se iba algo de nosotros mismos con lo cual se ahondó el vacío, tanto espiritual como material. Ninguna de las fuerzas sociales actuantes podía llenarlo por sí sola. Tampoco cumplieron esa función con solidez las alianzas entre clases o sectores más o menos afines. Para tratar de llenar el *horror vacui* que obsesionaba a la sociedad neoindependiente fuimos en busca de ideas universales, liberales o conservadoras. A esas tablas de salvación nos aferramos a ir aproximándonos a formas organizativas susceptibles de servir como sostenes para enfrentar los graves problemas que pesaban sobre el país. Así se tomaron las primeras, graves decisiones, de nuestra vida independiente.

EL PRIMER *KNOW HOW*: LAS IDEAS

¿En dónde sino en el liberalismo podían buscar las mentalidades anticoloniales la legitimación ideológica de sus actos? ¿Quién podía suplir a Montesquieu, a Rousseau, a Benjamin Constant; o a ese pensador clave, Alexis de Tocqueville, mediación entre el liberalismo francés y el pensamiento democrático norteamericano de los autores del *Federalista*? ¿Cómo no acudir a Locke y a Bentham entre los ingleses, o aun a Jovellanos cuando de liberalismo español se trataba? Por el lado conservador, la influencia más importante es la del escritor inglés Edmund Burke.

Las ideas van a servirnos de puntos de referencia básicos para empezar a movernos en el complejo mundo social y político e iniciarnos en el análisis de la estructura histórica. Son los pasillos que conducirán al poder a nuestros primeros hombres dedicados a la cosa pública. No contaban con experiencia alguna, salvo la adquirida en los ayuntamientos coloniales por algunos criollos, o en las Cortes de Cádiz, por aquellos contados diputados que tuvieron la fortuna de concurrir a la elaboración de la Carta liberal de 1812.

Esas ideas van a tender puentes entre los liberales y sus congéneres norteamericanos y europeos que, por intereses o principios ideológicos, o más bien por ambos, harán sentir su presencia a lo largo de todo el siglo XIX, sobre todo durante los primeros años de vida independiente. El *vacío* que se produce a raíz de la ruptura con España y de los intentos por constituirnos en entidad independiente, va a suscitar la intervención en nuestros asuntos de Estados Unidos, por una parte, al lado de los liberales, y de la Europa continental en favor de los conservadores, por la otra. El vacío atraía con la fuerza de un imán a las potencias predominantes de la época que se sentían llamadas a llenarlo en su propio beneficio. Esto explica, desde dentro, la accidentada vida de la sociedad mexicana de entonces y el incesante trajín que ayudó a fraguarnos como nación, pero estuvo a punto de costarnos la existencia.

ARTE POLÍTICO E HISTORIA

La vida histórica del pueblo mexicano ha estado marcada por la perspicacia política. ¿Cómo explicar la formidable empresa colonizadora de Hernán Cortés sin el auxilio de la política? No niego las evidentes dotes militares del conquistador de México pero me parecen todavía más notables sus talentos de organizador y de político: la fundación del ayuntamiento de la Villa Rica de la Vera Cruz; su intuición clarísima de las divergencias que prevalecían entre las distintas etnias y el aprovechamiento de esa discordia como *clave de bóveda* para llevar a cabo la edificación de la Conquista, ¿son parte del arte militar o más bien de su habilidad, de su visión de hombre de Estado?, y ¿cómo llamar a esa meticulosa labor que, durante la Colonia, amalgama dos razas, dos sensibilidades, dos visiones del mundo a veces radicalmente opuestas, buscando esa armonía que se sugiere de modo tan notable en la escultura, en la arquitectura, en la pintura, en la literatura, en los sentimien-

tos más profundos y auténticos de una nación plural, engendrada por dos mundos tan diferentes?

Esa difícil labor fue, por supuesto, política. Como política, con todo lo que de grandeza y de miseria tiene ese vocablo, fue nuestra Independencia, resultado de un compromiso parecido al que gestó a México, entre fuerzas opuestas, entre sociedades distintas, entre proyectos sociales contradictorios. Tal vez por eso hemos desarrollado cierto gusto por la conciliación y no nos espanta negociar. A veces pareciera que recurrimos con excesiva frecuencia a la transacción. Pero, ¿cómo no habría de ser así si el compromiso es parte de nuestro ser histórico, elemento consustancial de lo que somos? Sabemos manejarlo porque nos dio el ser, porque somos un resultado de la política, en cuyas artes y ardidés confiamos y desconfiamos a la vez.

Histórica y políticamente fuimos el producto de una contradicción, tanto en el momento de la Conquista como en el de la Independencia. Nos da origen la fusión y confusión entre dos pueblos. Y cuando nos disponemos a asumir una identidad propia se da la unión y la disgregación, una contraposición y un enfrentamiento de donde surge el compromiso de lo criollo-europeo y lo mestizo, de la evolución y la revolución. De choque dialéctico, de ese compromiso para hacer posible lo imposible, intentando conciliar a dos conjuntos sociales diferentes y con intereses contrapuestos, va a resultar a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, una situación inestable, de alternancia entre ambos polos sociales: una sociedad en integración precaria.

Hacia 1820, cuando entra en escena la Constitución de Cádiz, se producen debates que revelan el clima ideológico y la agitación que privaba en las conciencias de los novohispanos. Prevalecía, por una parte, el alegre entusiasmo de optimistas esperanzados que confiaban en cambios decisivos: a nuevos tiempos y circunstancias, nuevas ideas (las que venían de Francia, de Estados Unidos), nuevos métodos de

gobierno y una transformación equivalente en la conducta política. Los pesimistas, por el contrario, no esperaban milagros ni utopías: la sola existencia de la Constitución nada garantizaba: los encargados de vigilar su adecuado cumplimiento se harían con frecuencia de la “vista gorda” y los mismos ciudadanos no estaban lo suficientemente compenetrados de sus sabias luces y nada podrían hacer para exigir su efectivo cumplimiento. Ni arriba ni abajo se daban, pues, las mejores condiciones. Además, la Constitución liberal era una envoltura formal que no se acoplaba a un contenido atrasado, distinto en todo caso. A un fondo colonial no podía, con lógica, corresponder una forma jurídica como la Carta gaditana: *América*, se afirmaba, no es *España*.

Lizardi respondía, con agudeza e ironía, a las preguntas de Juan Lanas a propósito del incumplimiento de la Constitución: “Pues amigo: se comportan así (los funcionarios), porque sus superiores los consienten, porque los tontos se dejan, y porque ellos nacieron con despotismo, mamaron con despotismo, se destetaron con despotismo y morirán con despotismo, moliéndonos al derecho y al revés con despotismo, si nos dejamos”.³³

Se oponían una realidad “colonial” y la forma política resultante de las aspiraciones, las alianzas y los intereses de una clase media que, en condiciones favorables, iría emergiendo paulatinamente para crear, de alguna manera, el “estilo” que determinaría la marcha y la evolución política del país. Esa contradicción, sumamente dinámica, va a desplegarse y a producir todo un abanico de complicaciones que, no por surgir después, van a ser histórica o socialmente menores. De la polaridad *original* surge el enfrentamiento y, a la vez, un paradójico y eventual pero efectivo acoplamiento, entre las clases coloniales y las anticoloniales. Por un lado, grandes propietarios, alto clero, jefes militares de

³³“Respuestillas sueltas del pensador mexicano, Juan de buena alma”. Cit. por J. Reyes Heróles en *El liberalismo mexicano*, México, 1957, t. I, p. 102.

alta graduación, comerciantes poderosos y, por otro, las masas desposeídas e iletradas, el clero bajo, los rangos inferiores del ejército y la clase media emergente de la provincia deseosa de participar y de hacerse un lugar bajo el sol. Algunos manejaban la formidable consigna del abate Sieyès, que prometía a los que aún no eran nada no una partícula sino el todo social: "...también acá es lícito preguntar, sugería don Esteban de Antuñano, ¿qué es el estado llano?".

La Independencia fue, pues, el resultado del compromiso, de la política: de una obra maestra política sintetizada en el Plan de Iguala y luego en los Tratados de Córdoba y propiciada por la fatiga de todos los contendientes. Pero quedaban muchos cabos sueltos en el país que nacía a la Independencia con una sociedad terriblemente escindida en dos mitades y con dos proyectos históricos: el que pretendía mantener y perfeccionar las grandes tendencias económicas, políticas y sociales que venían del pasado inmediato, casi como si no hubiese habido un vuelco histórico y aquel que, a partir de la Independencia, aspiraba a crear un nuevo país libre, rico, democrático y poderoso. Para unos, la Independencia era un hecho histórico entre muchos: México no había nacido a la historia en 1821. Para otros, la Independencia era *el* hecho histórico por excelencia, el hecho generador de un nuevo país y de una nueva historia, la ilustración del dictamen popular: "Borrón y cuenta nueva".

Si el compromiso que condujo a la Independencia surgió con más o menos fluidez, no sucedió lo mismo con la forma de convivencia política aceptable para todos en una sociedad dividida. Si el imperio satisface a unos deja insatisfechos a otros, precisamente a la mayoría de los liberales, y a los borbonistas principalmente. Si la República Federal satisface a los liberales, irrita, en cambio, a iturbidistas, borbonistas y a peninsulares y comerciantes fuertes, al alto clero y a las máximas jerarquías militares. Comienza el ir y venir, ese flujo y reflujo que Jesús

Reyes Heróles ha llamado certeramente la “sociedad fluctuante”, y que caracterizó al país durante la primera mitad del siglo XIX. Se había obtenido la Independencia formal respecto de España, pero no se había creado un Estado nacional que permitiera, por su fortaleza interna, enfrentar con éxito todas las acechanzas que iban a presentarse durante los primeros años de vida independiente.

La Constitución de 1824, madre legítima de nuestro federalismo, produjo, además, dos bastardos: los fueros y privilegio para el clero y para el ejército. Imitamos a Estados Unidos, *pero* con iglesia de Estado y un *status* especial para clérigos y militares. Tocqueville no habría podido sentir por nosotros el mismo entusiasmo que le suscitó la Unión Americana. Había admirado allí *la igualdad en la libertad*, fundamento del contrato social democrático. Y acá, a pesar de los buenos deseos de acá y de allá, no podía darse esa igualdad en la libertad. Y no podía darse porque, en medio de la fiesta republicana, se aparecía el fantasma anacrónico de la Colonia a través de sus más conspicuos representantes. La política había hecho posible la Independencia. Pero la Independencia no generó espontáneamente al Estado nacional. Bajo la toga republicana se ocultó un contenido novohispano que, insisto, permeó todas las instituciones nacientes y las distanció del modelo que se pretendía imitar. La realidad nos jugó una mala pasada. Nuestro federalismo tuvo que respetar un centralismo arraigado en más de dos siglos de virreinato. Centralismo engarzado a su vez en el azteca que, justamente a la llegada de los conquistadores, intentaba organizar con relativo éxito a la multitud dispersa de pueblos indígenas que habitaban los amplios territorios de Mesoamérica.

Fuimos pues, federalistas en la forma, pero seguimos gobernando al país “del centro a la circunferencia” como se decía entonces. Optamos por un sistema presidencial y rechazamos el virreinato y el imperio, pero la investidura presidencial recubrió un contenido anterior, de

modo que el presidente, desde que surge la República, impera o reina como antes lo hicieron el virrey o el emperador.

Imitamos a Estados Unidos, pero no fuimos como Estados Unidos porque los contenidos históricos diferían. Venían de una Inglaterra puritana y modernizante que dominó al mundo con su revolución democrática, su revolución industrial y su política comercial. El programa inglés fue trasladado a Norteamérica por los peregrinos fundadores de las 13 colonias que engendraron espontáneamente, al unirse, la República Federal. *Imitamos a Estados Unidos, pero no fuimos como Estados Unidos* porque nos habían gestado las civilizaciones indígenas y esa mezcla abigarrada de autoritarismo monárquico y democracia municipal, de dogmatismo religioso y quijotismo, de Carlos V y el padre Vitoria, de Cortés y de Zúrraga, de la Inquisición y la utopía que era la civilización española.³⁴

Se logró la Independencia pero no el Estado nacional porque, como lo vio con claridad el doctor Mora, el *espíritu de cuerpo* que heredamos de España y de la Colonia (y de la concentración de la tierra y de la riqueza), fue más fuerte y prevaleció sobre el *espíritu de la nación*. Tendrían que darse el movimiento de Ayutla y las guerras contra la Intervención y el imperio para que los liberales, encabezados por Juárez, pudieran estructurar un poder lo bastante consistente como para comenzar a destruir el monopolio de la propiedad raíz —y de las conciencias— y construir las instituciones modernas, proyectadas para conducir al país por la vía del progreso occidental.

LA REVOLUCIÓN DE LA REFORMA

Si la Independencia fue una etapa primordialmente política, la Reforma fue la más profundamente revolucionaria de nuestra historia: negó,

³⁴Véase el apéndice 1, “Reflexiones barrocas”, que amplía considerablemente estas ideas.

tanto el pasado remoto como el inmediato, el indígena y el colonial. Y se quedó, exclusivamente, con la universalidad occidental. Benito Juárez, un indio formado en la tradición católica, rechazó ambos pasados para afirmar el poder de la sociedad civil y, con ella, el futuro. Gracias a su lucha contra el exterior (aunque no sin apoyo exterior)³⁵ adquirió la suficiente fuerza interna como para crear el Estado civil trasladándole esa fuerza y reafirmando y consolidando la forma republicana de gobierno con la clásica división de poderes. Paradójicamente, Juárez es el más occidental de los mexicanos y el creador de las instituciones modernas de México: viniendo de un pueblo arcaico y formado en el tradicionalismo colonial, Juárez no cree, sin embargo, en el pasado. Forja el presente de México, pensando y creyendo en el porvenir. Juárez es un mexicano de excepción, no en el sentido retórico de la palabra, sino en su sentido literal. Porque si el mexicano se definía en relación con el pasado, si veía la historia más como pasado que como porvenir, Juárez, a diferencia de todos, mira sólo hacia adelante y construye a México con la mira puesta en esa dirección.

Se trataba de ser como los países prósperos del mundo moderno: libres y ricos. Y entró en juego, de lleno, la ideología para apuntalar a la utopía: la ideología de los partidarios de la renovación y del progreso; la filosofía de la libertad: el liberalismo. El liberalismo nos vistió a imagen y semejanza de la modernidad; nos dio una visión del mundo para interpretar nuestros problemas y resolverlos; nos reveló la fórmula que había hecho de las potencias de entonces lo que nosotros queríamos

³⁵"El fin de la guerra civil americana, y la política de William H. Seward, secretario de Estado norteamericano, que había mantenido con firmeza la tesis de que era contrario a los intereses de Estados Unidos que cualquier monarquía extranjera subvirtiera una forma republicana de gobierno en el Hemisferio Occidental o adquiriese cualquier territorio en este lado del Atlántico, tuvo una importancia no pequeña en la victoria final de los liberales mexicanos". Frank Tannenbaum, *México: la lucha por la paz y por el pan*, México, 1951, p. 32.

llegar a ser. Claro que el esfuerzo mental y material requerido por alcanzar a los que, ya encarrerados, ocupaban los primeros lugares de la gran competencia mundial sería enorme, pero estábamos dispuestos a hacerlo. Nos estorbaban resabios, costumbres, rutinas. Pero con plena conciencia de la modernidad desaparecerían esos obstáculos.

La idea de difundir al máximo las ventajas de la buena administración, del buen gobierno, del funcionamiento equilibrado de los poderes, del significado preciso de la República Federal, ayudaría a realizar aquellos esfuerzos individuales que, al sumarse, producirían un enorme torrente de beneficio social. El éxito de todo dependería del esfuerzo de cada uno: el sustento libertario indispensable estaba dado. Era claro, por otra parte, que hacía falta sentido del trabajo, conciencia de la responsabilidad, voluntad de afirmación y vocación de riqueza, como lo mostraba el ejemplo de la Europa progresista y de la democracia ya implantada en América. Pero éramos libres y marchábamos por el camino adecuado. La igualdad con los iguales dependería exclusivamente de nosotros.

Sólo que no entrábamos en la batalla como iguales de las naciones más avanzadas. La dialéctica hegeliana de amo y esclavo estaba vigente: en la batalla por la modernidad había pueblos mejor armados para librarla con éxito, aquellos que poseían instrumentos técnicos y experiencia acumulada en otras contiendas. La derrota histórica del feudalismo los había puesto en situación ventajosa. Los países recién emancipados, deseosos de acceder al progreso, entraban con desventajas en una competencia que sólo en la teoría liberal se daba entre iguales. Así fue como los pueblos libres de Europa y la gran nación del continente americano extendieron su esfera de influencia, que no era sino una ampliación de la esfera de la libertad frente a los ojos atónitos de quienes no acertaban a entender, con el auxilio de la filosofía liberal, por qué pueblos libres e iguales restringían la libertad y producían la

desigualdad entre otros pueblos que, en teoría, eran igualmente libres e iguales.

¿Acaso no justificó Friedrich Engels, con lógica no liberal sino occidental y *en nombre de la teoría del progreso*, los despojos que sufrimos en la guerra de 1846-1848,³⁶ esa guerra que nos costó más de la mitad del territorio y que estuvo a punto de acabar con la existencia histórica de México?

Sabemos ya por qué la libertad del propietario es esencialmente diferente a la libertad del que sólo posee su fuerza de trabajo. Sabemos también cómo en Occidente la libertad sustentó el desarrollo del capitalismo, que creó riqueza para unos a costa de la pobreza de (muchos) otros. Sabemos asimismo cómo la lógica del capital requiere de un mercado en expansión que absorba el multiplicado esfuerzo productivo. Ese mercado comenzará siendo nacional y acabará *fatalmente*, trascendiendo las fronteras. Así se construyeron los imperios modernos, cuyo gran ejemplo es el Imperio inglés que sustentó la prosperidad de sus nacionales en la miseria de otros pueblos: “Los costos de la transición al industrialismo en Europa Occidental —decía Nehru—, fueron pagados por la India, por China y por otros países coloniales...”.³⁷ Fue así como Occidente se impuso poco a poco al mundo, aunque la ideología justificadora haya postulado las libertades irrestrictas del hombre, reconociéndolo, desde su

³⁶Dice Engels: “Hemos presenciado también con la debida satisfacción, la derrota de México por los Estados Unidos. También esto representa un avance. Pues cuando un país embrollado hasta allí en sus propios negocios, perpetuamente desgarrado por las guerras civiles y sin salida alguna para su desarrollo, un país cuya perspectiva mejor habría sido la sumisión industrial a Inglaterra, cuando este país se ve arrastrado forzosamente al progreso histórico, no tenemos más remedio que considerarlo como un paso dado hacia adelante. En interés de su propio desarrollo, convenía que México cayese bajo la tutela de los Estados Unidos...” “Los movimientos revolucionarios de 1847”, en *La Gaceta Alemana* de Bruselas, enero 23 de 1848. Cit. por Domingo P. de Toledo y J., en *México en la obra de Marx y Engels*, México, 1939, p. 28.

³⁷Nehru, *The Discovery of India*, Londres, 1946, pp. 299-300.

nacimiento, como ser racional, justo, libre e igual a todos los demás hombres.

¿Qué hacer para que México fuera como Inglaterra, como Francia, y sobre todo, como Estados Unidos? Intentamos la forma política que, evidentemente, no produjo los resultados esperados. Buscamos entonces el camino de la ley, del texto que “ordena y manda”, sólo para comprobar que un mandato no es obedecido si no se reúnen y se cumplen requisitos previos o, lo que es lo mismo, si antes no se ha hecho posible, en la realidad, el cumplimiento de eso que deseamos, que ordenamos. No sería, pues, la ley la que transformaría a la realidad. Y la filosofía liberal, ortodoxamente interpretada, sólo ejemplificó el viejo saber popular según el cual el pez grande se come al chico. Había que adaptar³⁸ el método a nuestras peculiaridades.

MODERNIDAD Y LIBERALISMO

Para tomar del liberalismo todo aquello que pudiera contribuir a transformar una realidad terca que no se dejaba domeñar con facilidad, se requerían intérpretes. Y ¿quiénes podían cumplir esa función mejor que los miembros del “estado llano”? El estado llano, en México, era la naciente clase media. Aquella clase que, según Justo Sierra, “tenía lleno de ensueños el cerebro, de ambiciones el corazón y de apetitos el estómago”. Era la clase verdaderamente nueva. No le pesaban demasiado los antecedentes cuando había que actuar. Si en Europa esa clase emprendedora fue la burguesía, en México, donde todo había que adaptarlo, no podía ser sino el grupo resultante de la compleja superposi-

³⁸*Adaptar* ha sido para nuestro país una palabra clave. Y, sin embargo, jamás se le ha dado la importancia debida. Si hemos usado (y abusado) del compromiso, hemos minusvaluado la imaginación adaptativa. Y me pregunto por qué, si *compromiso* significa, de alguna manera, *adaptación*.

ción las dos razas que nos dieron origen: los mestizos, elemento dinámico de nuestra historia, unas veces revolucionando y otras organizando —como dice Sierra— pero removiendo siempre las riquezas desaprovechadas de nuestro suelo. Los mestizos pusieron el dedo en la llaga al liquidar el poder del clero que era el principal obstáculo a la modernización del país. Las leyes de desamortización transformaron radicalmente nuestro “ser económico”.

Si el indígena era un grupo anclado en su pasado arcaico y el criollo había venido usufructuando el presente, en virtud de sus ligas con el pasado colonial, el mestizo representaba realmente la “síntesis” constitutiva del nuevo país: era el futuro. El mestizo actuó sin preocuparse demasiado ni por las formas comunitarias indígenas ni por las que consolidara la Colonia. Por el contrario, buscó destruir los restos del pasado para levantar un edificio nuevo en el que pudieran vivir limpia y justamente todos los mexicanos. El mestizo se apropió en cuerpo y alma de la filosofía liberal en México: una filosofía que ofrecía libertad para todos e igualdad de oportunidades. Un credo que negaba a la sangre, la herencia, o la tradición como determinantes del papel del hombre en la sociedad y en la historia y confiaba en la capacidad personal y en la inteligencia para abrir las puertas del éxito o el fracaso.

Ni pasado indio, ni español: un orden nuevo, moderno, semejante al que impera en las naciones que portan como símbolos las insignias del progreso. Ni indios, ni españoles, ni criollos. En México sólo caben los mexicanos que, de acuerdo con su esfuerzo y sus capacidades, ocuparán el lugar que merezcan en el cuerpo social pero que, al conjuntar esfuerzos en el caudal de la nación, formarán una riqueza común que los colmará con creces.

México sería moderno aunque ello implicara una doble negación: la del pasado doméstico y la del presente internacional. Habría

que luchar a la vez en dos frentes: contra la herencia indígena y colonial que se negaba a morir y contra condiciones internacionales, desfavorables en la práctica, aunque, teóricamente, las ideas coincidieran.

Se trataba de forjar un poder político que permitiera al país transformarse a fondo para optar por la vía del progreso universal. Pasar de la raza a la clase, de la comunidad a la sociedad, de la lucha de todos contra todos al Estado, de la esclavitud a la libertad, de la injusticia a la equidad, de la diferencia a la igualdad del espíritu de cuerpo al espíritu nacional. En una palabra, saltar del pasado al futuro sin usar casi, la pértiga del presente.

Notable programa revolucionario. Ninguna revolución en México ha pretendido hacer tanto con tan poco y en tan corto tiempo. La Reforma fue un intento absolutamente idealista en el mejor sentido. Pero uno fue el propósito y otra la realidad. Las instituciones y las leyes que protegían al indio fueron despedazadas con el argumento de que lo colocaban en una situación de minoría de edad y de tutelaje. Y así nos volvimos, realmente, los “gachupines de los indios” como diría certeramente Guillermo Prieto. El mexicano empezó a colonizar al mexicano. Las comunidades indígenas fueron absorbidas por la “pequeña propiedad”. Con las compañías deslindadoras y, más tarde, con la ley de terrenos baldíos, pasarían a nutrir el latifundio porfirista, una de las bases productivas importantes del régimen en que desembocó la Reforma. Y, agarrado a la tierra que había sido suya en la etapa prehispánica y colonial, el indio, junto con ella, se volvió parte de la riqueza “natural” y, por tanto, de la renta raíz. En la faena de acumulación y explotación de la tierra participaron por igual nacionales y extranjeros creyentes unos y otros, por cierto, en los derechos individuales y en las libertades humanas. Así, el 1 por ciento de la población llegó a controlar el 97 por ciento de la tierra.

LA CUADRATURA DEL CÍRCULO

El problema consistía en descubrir el método para volver a México un país próspero cuando no había colonias a las cuales expoliar. Sólo se vislumbraba un camino. No sin ironía lo señalaba Guillermo Prieto: *autocolonización*. Había que realizarla con prudencia, sin exagerar la nota, porque la miseria no origina un mercado interno amplio capaz de sostener la expansión continua de la riqueza. Si México no tenía colonias, ni acceso al mercado mundial en expansión dominado ya por los países de Occidente, no quedaba más remedio que una disciplinada autocolonización en la que participaran por igual todos los ciudadanos.

Leopoldo Zea lo ha ponderado bien: no quedaba más salida que un gran esfuerzo nacional para que trabajo y riqueza se repartieran equilibradamente entre todos: “Pobres y ricos decían nuestros liberales; pero ni muy pobres ni muy ricos. Pobres, pero no tan pobres que no pudiesen consumir los frutos de su propio trabajo; ricos, pero no tan ricos que destruyesen la fuente de su riqueza”.³⁹

La visión, eminentemente racional, era correcta. Pero el funcionamiento de una sociedad nunca es “eminentemente racional”. Hacía falta un instrumento de control que permitiera corregir el rumbo e intervenir cada vez que el tiburón agrediera demasiado a los pequeños que constituían las bases del mercado indispensable para instalar el círculo virtuoso de la riqueza nacional. Hacía falta un Estado fuerte. No el preconizado por la teoría liberal, limitado a dejar hacer y dejar pasar.

Todo estaba dado para hacer un espléndido intento de adaptación de una idea universal al camino nacional que nuestra peculiar circunstancia reclamaba. Si la realidad mexicana era distinta a la de Occidente, los instrumentos para ordenarla y organizarla tendrían que apartarse

³⁹L. Zea, “La ideología liberal y el liberalismo mexicano”, en *El liberalismo y la Reforma en México*, México, 1957, p. 516.

de la ortodoxia. Y hubo varios que así lo señalaron. Los esfuerzos por adecuar el liberalismo a nuestra realidad se dieron en materia educativa y en la esfera económica y política, pero no prevalecieron. Se impuso la interpretación literal: la tesis que pretendía extender la protección del Estado a la industria nativa, mientras ésta se desarrollara y se consolidara, se desvaneció frente a la tesis ortodoxa de la libre competencia y el libre cambio.

El comercio y la industria potenciales, que requerían del báculo de un Estado protector, sucumbieron sin ofrecer la menor resistencia. Y se instalaron meros remedos, sucursales de la industria y el comercio de Occidente; los liberales ortodoxos se habían dado el lujo de aplicar textualmente, eso sí, lo que recomendaba la teoría, aun a costa del sentido común y de la realidad. México debió haber aprendido desde entonces que “faltos del apoyo del Estado, los comerciantes e industriales mexicanos se encontraban, también, sin el apoyo que podían darse los unos a los otros, ya que los gremios y todas las formas de comunidad que habían existido en el pasado habían sido disueltas”.⁴⁰

Nuestra peculiar “burguesía” comenzó a vivir en la ficción de la modernidad que presentaban ciertos barrios de la capital y a hacerles creer a los demás mexicanos que el país se igualaba a las naciones más avanzadas. Claro que la igualdad teórica y aparente no bastó para suprimir las desigualdades reales. México se volvería, en cambio, un vasto y propicio campo de expansión de los intereses de las potencias dominantes. “Nuestra burguesía —añade Zea— acabaría transformándose en un grupo limitado en sus intereses; sin más preocupación que alcanzar un concreto aunque relativo bienestar material, sin preocuparse mucho de que este bienestar alcanzase o no a la nación”.⁴¹

⁴⁰*Ibidem*, p. 520.

⁴¹*Ibidem*, p. 521.

Una clase social con tales características no podía llamarse, propiamente, burguesía. La burguesía europea fue, ni más ni menos, la creadora del mundo moderno. Basta repasar las múltiples páginas laudatorias que le dedicó Karl Marx a lo largo de su obra. En cambio, los intermediarios mexicanos sólo desempeñaron un modestísimo papel, semejante al que juegan los pequeños comerciantes sin mucha imaginación pero con grandes aspiraciones de riqueza fácil: obtener en lo interno el máximo de utilidades, sobre todo de los sectores más desprotegidos, y vender al exterior el máximo de materia prima. No se produjo una nación moderna. Pero se generó al hombre más fuerte de la historia de México después de Cortés y de Santa Anna:⁴² Porfirio Díaz.

⁴²Si la historia occidental es, hasta donde la historia puede serlo, una continuidad en el tiempo y en el espacio, no ocurre lo mismo con las demás historias, justamente por la irrupción occidental en el mundo. La historia de México no es la excepción. Recuento de varias rupturas, se marcan en ella dos esenciales: una brutal, primigenia: la Conquista; la otra, no menos brutal, pero posterior y, por ende, más cercana al México de hoy: me refiero a la mutilación de la mitad del país en el siglo pasado.

La primera ruptura se debe a Cortés, que tajó el cordón que nos ligaba al mundo arcaico y que, como tal, es un fundador poderosísimo. Esa ruptura pasó a formar parte de nuestro inconsciente colectivo y de nuestra mitología y más tarde se fue asimilando paulatinamente a la historia. La otra es el resultado de la fatalidad geográfica e histórica que parece pesar sobre nosotros y está encarnada por ese fundador al revés —enormemente poderoso— que fue Santa Anna. La Conquista fue un salto del contexto de civilizaciones que entendían el acontecer dentro de los marcos fijados por ciertos mitos, al contexto de la historia occidental de la que empezamos a formar parte, como apéndice colonizado. 1848 señala una segunda ruptura. México se quedó a medias, territorialmente hablando y en cuanto al volumen de las riquezas naturales, pero además se produjo una tremenda modificación, un sacudimiento con repercusiones psicológicas y espirituales muy profundo. En términos de lógica dialéctica diríamos que un cambio de cantidad transformó la calidad de nuestro ser.

El desgarramiento sería, así, un rasgo importante de nuestra condición histórica, una constante de México en su vaivén, intermitente. Cortés y Santa Anna son polos muy poderosos de nuestra historia. Santa Anna es un anti-Cortés, un Cortés carcomido por el tiempo: un Cortés cojo, con pata de palo.

EL TACTO DE DON JUSTO

Ni liberalismo impaciente ni conservadurismo rezagado, opina entonces Justo Sierra. Más bien, una especie de liberal-conservatismo que otorgue al presente, ese tiempo tan descuidado que se acomoda entre el ayer de la Independencia y el mañana de la Reforma, el lugar que le corresponde en la construcción cotidiana de una sociedad. Ahora bien, para que la libertad alcanzada no se malgaste y la democracia potencial aglutine; para que el progreso abarque y caracterice a todas las actividades del país, es absolutamente imprescindible el *orden*. Sólo así funcionarán esas instituciones que han hecho la prosperidad y la felicidad de otras naciones; sólo entonces la república dejará de ser aspiración bien intencionada. No bastaba la libertad en abstracto, hacía falta la libertad práctica: “¡Libertad!” —clamaba don Justo Sierra, para luego preguntarse—: “¿Y dónde está la fuerza social que nos garantice contra la violencia de los otros? ¡Democracia! ¿Y dónde está el pueblo que gobierna, en dónde está la ilustración que le dicte su voto? ¿En dónde está el mandatario fiel que lo recoja? ¿Es acaso nuestra democracia otra cosa que una urna rota en donde sólo el fraude mete la mano?”.⁴³

Dos palabras encerraban la clave: “Ferrocarriles y población”. Con ambos elementos, el país se afirmaría en el presente y aseguraría su progreso en el porvenir. El orden y el progreso del positivismo fueron la conclusión histórica del liberalismo ortodoxo. Y con el orden, enormes extensiones de tierra pasaron al dominio del capital extranjero. Lo mismo ocurrió con la minería, la escasa industria y el comercio no tan escaso. Don Porfirio, al gobernar haciendo a un lado la Constitución de 1857, logró en la práctica lo que Justo Sierra había postulado teóricamente con su *liberal-conservatismo*: “Los conservadores tuvieron su

⁴³Cit. por Daniel Cosío Villegas en *La Constitución de 1857 y sus críticos*, México, 1957, p. 27.

gobierno centralizado, los federales su Constitución” dice, con agudeza, Tannenbaum.⁴⁴ México tuvo así, paz, gobierno fuerte, ferrocarriles, puertos, telégrafos y una hacienda equilibrada que le generó crédito entre “las naciones civilizadas del orbe”.

En efecto, si en 1875 las vías férreas constituían un total de 578 kilómetros, hacia 1910 la cifra se había multiplicado a 20,000: el régimen en que culminó la Reforma se esforzaba por construir la infraestructura económica para el desarrollo del mercado interior y exterior y para la consolidación y el fortalecimiento del poder central: ambos elementos serían definitivos en el proceso de la Revolución mexicana.

LA REVOLUCIÓN MEXICANA

La Revolución de 1910, a caballo entre dos épocas, fue la última del siglo XIX y la primera del siglo XX. Democrática y liberal, como movimiento de corte decimonónico es, a la vez, el primer gran movimiento popular contemporáneo de hondo contenido social.

Si se atiende sólo a su aspecto democrático-liberal-burgués, el establecimiento de una economía de tipo capitalista sería su culminación lógica, y todos los esfuerzos del Estado habrían de tender a consolidarla. En el otro extremo podría considerarse cancelado el ciclo de la Revolución mexicana y llegado el momento de iniciar un nuevo ciclo, para conducir al país por un camino socialista.

El esquematismo, evidentemente, excluye reflexión y matices: el establecimiento de un sistema capitalista en “estado puro” no era el fin formulado como voluntad histórica en 1910; tampoco lo era, por supuesto, el socialismo.

⁴⁴E. Tannenbaum, *México: la lucha por la paz y por el pan*, México, 1951, pp. 32-33.

Se trataba de integrar un régimen social, económico y político capaz de combinar dinámicamente a muy diversos elementos históricos, engendrando una totalidad que los abarcara y los fundiera en *algo distinto*, nuevo y más eficaz: un sistema capaz de conducir a México hacia formas de organización más justas y más democráticas.

La Revolución recoge la bandera de los liberales mexicanos heterodoxos que, tomando en cuenta nuestras peculiaridades, se distinguieron de los liberales de corte occidental clásico. Nuestros heterodoxos creían en la dignidad del individuo y en el respeto a los derechos del hombre y del ciudadano, *pero* atribuyéndole al Estado el papel de promotor insustituible del progreso y el bienestar social. Así se explican las contradicciones entre las clases sociales que participaron en la Revolución y la síntesis política que se fragua en el Constituyente de Querétaro. Allí se consignan las garantías individuales y se concibe al ciudadano, *al mismo tiempo*, en su calidad de miembro de alguna de esas *clases*, que deben disfrutar por igual de los derechos conquistados en 1910. La primera regla del pacto social que engendraron en 1917 los representantes de la nación fue el respeto a la dignidad del individuo y a la dignidad social del ciudadano. De ahí emerge la implantación de una economía mixta en vez de un régimen económico con el signo único del lucro.

La economía mixta le garantizaba al Estado una preeminencia en el manejo de las relaciones de producción que habría de aprovecharse, siguiendo el impulso primigenio, para proyectar al país con el máximo de eficiencia y en el mínimo de tiempo hacia formas de desarrollo autosostenido, dentro de un régimen de democracia económica y social avanzada y equitativa. Era la herencia de los liberales realistas del XIX recogida y ampliada por el movimiento social de 1910.

Así se explica, también, la coalición partidaria en la que intervienen los sectores y las clases sociales que hicieron la revolución y a los que,

dialécticamente, hizo posibles la revolución. Las metas comunes y generales no excluían diferencias de criterio en cuanto a la implantación de determinadas políticas apoyadas por las mayorías. Pero la movilidad del organismo social estaba asegurada y la balanza se inclinaría, según la correlación predominante de fuerzas, hacia la perspectiva individualista de procedencia decimonónica o hacia la amplia tendencia social marcadamente contemporánea. Entre esos extremos oscilaría en lo sucesivo el péndulo de nuestra política.

LA REVOLUCIÓN Y LOS HETERODOXOS

La Revolución mexicana aplicó, pues, el esquema que quisieron para México los liberales heterodoxos. Y se propuso crear, además, un modelo de desarrollo nacional acorde al nuevo momento histórico. En sus primeras etapas lo logró con notable perspicacia.

Suponiendo que el modelo de desarrollo surgido de la Revolución mexicana siguiera vigente, habría que preguntarse por qué, entonces, el desacuerdo (a veces profundo) que expresan en relación con ese modelo individuos o grupos de los diversos sectores que han sido sus productos legítimos y que han recibido sus beneficios.

Sin la Revolución no habría empresarios ni obreros (ni en el número ni con las características actuales). Tampoco habría florecido en el país una clase media numerosa de la que forman parte, en su gran mayoría, las nuevas generaciones de intelectuales y estudiantes. ¿Por qué desconfían tanto los empresarios? ¿Por qué difieren muchos sectores de la clase obrera? ¿Por qué mantienen una actitud crítica los intelectuales de la clase media y, eventualmente, grupos estudiantiles? ¿Es acaso un simple desconocimiento de las constantes que han regulado el mecanismo del proceso histórico o se trata de algo más profundo y radical? ¿No será que el modelo de industrialización a ultranza de la última etapa de

la Revolución (desde los años cuarenta aproximadamente) no corresponde con realismo a las necesidades del país, puesto que muchas de esas necesidades están lejos de ser satisfechas?

¿SUFRAGIO EFECTIVO? NO REVOLUCIÓN

La tesis maderista encierra lo que sería el lema del Estado mexicano. *Sufragio efectivo: no reelección*, clave de nuestra democracia contemporánea. La contradicción que aparece a primera vista es superficial. La aspiración al *sufragio efectivo* expresa el anhelo de occidentalización de un país que, en el siglo XVI, es insertado con retraso en esa corriente histórica, por el Imperio español. La democracia representativa occidental está íntimamente ligada a las luchas por la libre emisión del voto, la formación de partidos políticos, la representación parlamentaria y el acceso pacífico y periódico al poder político. Democracia para Occidente es sinónimo de voto libre. Madero participa de esa concepción cuando clama por el sufragio efectivo: quiere que los mexicanos seamos contemporáneos de los países avanzados de Occidente. Pero Madero no era un analista, en abstracto, de la política nacional. Surgió en un país gobernado durante varias décadas por un solo hombre y cuyo problema político central era la permanencia indefinida de los gobernantes en el poder.

La revolución de Independencia brotó porque los hombres nacidos en estas tierras, los criollos y los mestizos, no tenían acceso al poder. La revolución de Reforma fue una gran lucha política que libró un Estado en germen contra dos poderosísimos rivales: uno que monopolizaba fuerza material y poder, y otro que acaparaba riquezas, conciencias y poder: un poder del que carecía aquel Estado en germen. Juárez y el pueblo vencieron, haciendo viable una conciencia y un Estado laico y una voluntad democrática. Pero la democracia a la

que se aspiraba no era la DEMOCRACIA en su forma químicamente pura. Se trataba de encontrar la fórmula democrática adecuada a un país pobre e incomunicado, explotado por extranjeros y por intermediarios internos y con una población ayuna, en su mayoría, de la más elemental educación. De ahí que el llamado de Madero fuera tan auténtico. Voto libre, pero sin permanencia indefinida en el poder. De esa renovación periódica de gobernantes (tan arraigada para fortuna nuestra en la conciencia nacional) se derivaron la movilidad social y política, la fluidez de las relaciones sociales y la flexibilidad de nuestras instituciones.

Constante fundamental del proceso político mexicano, la no reelección ha determinado la necesidad de cambio *con* continuidad dentro de las metas de independencia nacional, libertad, bienestar y justicia. Nunca se ha dado, sin embargo, como un equilibrio perfecto: a veces prevalece el cambio y otras, la continuidad: todo depende de la correlación de fuerzas. Por otra parte, las relaciones internacionales son manejadas, no hay que olvidarlo, por Estados continentales *con políticas a largo plazo*. No podemos descuidar, en consecuencia, el aspecto *continuidad* que nos permita elaborar también una política sólida, a mediano y a largo término. Se impone, por consiguiente, la formación de una auténtica administración pública: de un eficiente servicio civil. Esto no excluiría la movilidad que la *no reelección* garantiza, con la renovación sistemática de los cuadros máximos de la administración.

Por otro lado, la estabilidad alcanzada hasta aquí permite acentuar hoy la primera parte de la fórmula maderista: el *sufragio efectivo*. Es congruente, por tanto, la tendencia a fortalecer e incrementar a los partidos políticos que representan diversas opciones ideológicas en un país ya más diversificado socialmente. La oscilación entre los polos de la ecuación democrática mexicana: *sufragio efectivo: no reelección* pesa, en este momento, sobre el primer polo.

LOS APORTES DE MÉXICO

La Revolución de 1910 y la Constitución de 1917 desplegaron, pues, dos tendencias: el reconcomiento de los derechos del hombre y del ciudadano consagrados en las revoluciones norteamericana y francesa, y la variante de los liberales heterodoxos, que condujo a dotar al Estado del poder necesario para cumplir funciones que, en las sociedades avanzadas de Occidente, fueron ejercidas en su momento por instancias privadas. En aquellas naciones, el individuo había creado a la sociedad y la sociedad al Estado: en México había que fortalecer al Estado para que éste, a su vez, propiciara y consolidara a las clases integrantes de la sociedad moderna y facilitara, mejorándola, la vida del individuo.

Esta tendencia del liberalismo mexicano heterodoxo, incomprendida en la segunda mitad del XIX, se hizo evidente con el triunfo de la Revolución y cuajó en 1917. No brotó de fuente jurídica alguna sino de los agudos problemas que México había confrontado a lo largo de su historia. Por eso lo que mejor expresa en el marco constitucional de la Revolución mexicana son las concepciones y perspectivas sobre la propiedad, que recogieron y recrearon viejas aspiraciones y anhelos del hombre del campo; sobre el derecho del trabajo y de quienes lo realizan, que se anticipó a la exigencia expresa de los trabajadores; sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado, producto de la experiencia histórica; y sobre la educación popular. Asimilados en la ley consolidaban los derechos de los sectores que habían hecho la revolución y que saldrían a su vez fortalecidos. La Constitución de 1917 encarna la aspiración a *fortalecer al máximo al Estado*, conciliando una tendencia propia del país con otra universal, que favorecía cada vez más la preeminencia del Ejecutivo sobre los otros poderes.

La Constitución de 1917 es una síntesis viva de la historia del país y recoge lo más representativo y cristalizado de los grandes trasuntos

de esa historia. El artículo 27 revela las profundas motivaciones de la Revolución mexicana. Para el Estado, la nación es dueña originaria de tierras, aguas, espacio aéreo, subsuelo, bosques, mar territorial, y a ella toca regir las modalidades de la propiedad privada, con un matiz de la mayor importancia: sobre el interés del propietario ha de prevalecer el interés público que modula, con flexibilidad, todo el amplísimo sistema. Este precepto, como todos los de interés social, contiene un doble objetivo: otorga a los hombres de la tierra las más amplias posibilidades de desenvolvimiento y concede al Estado un papel definitivo en la restitución, dotación, ampliación y organización de hombres y tierras para fines productivos. El artículo 27 rige una realidad complejísima y norma un vasto espectro, desde la pequeña propiedad hasta el ejido colectivo, pasando por las formas mixtas, según las condiciones regionales y la coyuntura prevaleciente.

Con el artículo 123 ocurrió algo semejante. En los albores de la Revolución no existía propiamente la clase obrera. El obrero y su contrapartida, el empresario, son un resultado de la industria, mínima en el México de comienzos de siglo. La redacción del artículo 123 fue de las más adelantadas. Se trataba de proteger por anticipado a la clase que empezaba a surgir y de darle al sindicato todo el peso que tiene actualmente para participar, junto con el capital y el Estado, en los convenios colectivos y en la construcción del país.

El Estado creó al sindicato: por eso el sindicato sostiene al Estado. Puede haber diferencias en lo accesorio, discrepancias por cuestiones salariales, pero no hay querella en lo fundamental. *Y lo fundamental es el poder del Estado.* A través de las juntas de conciliación y arbitraje, el gobierno vigila y regula el funcionamiento de los contratos-ley que rigen la actividad industrial. También en este caso, así como se propicia y se busca el beneficio de una clase social, se fortalece al Estado, para ponerlo en condiciones de orientar la actividad económica del país.

Ambos artículos, claves en la construcción de la nación moderna, son verdaderamente originales y obedecieron a la necesidad de crear un modelo propio que sin desatender lo que ocurría en otras latitudes, se atuviera primordialmente a la comprensión de la práctica y la experiencia mexicanas.

REVOLUCIÓN INDUSTRIALIZADA

Campesino y obrero se volvieron, así, goznes del sistema político. Su incorporación organizada en el Partido de la Revolución Mexicana, en tiempos de Cárdenas, aportó al aparato estatal un apoyo básico para emprender tareas como la industrialización, para la cual el Estado se había venido preparando desde 1917, al consolidar el sindicalismo naciente. En materia política, el régimen de la Revolución mexicana demostró una gran capacidad de inventiva y de imaginación, generando un sistema tan original como adecuado para las necesidades del país, que aseguraría paz, estabilidad y posibilidades de desarrollo. Pero en materia económica, la capacidad creadora y organizativa de Calles y Cárdenas ya no se igualó. Simplemente se usó y consolidó.

A partir de la década de los cuarenta, el modelo que teóricamente permitiría sustituir importaciones y favorecer un proceso de desarrollo con bienestar, justicia en la igualdad, independencia y soberanía, ha producido una industrialización a medias, con un mercado interno deficiente, donde grandes empresas nacionales y extranjeras adquieren el control de la producción y la distribución. Industria poco competitiva e ineficiente por sobreprotegida. Sobreprotección que lo mismo ampara a firmas domésticas que, paradójicamente, a empresas multinacionales. El proceso, por desgracia, no ha ayudado a resolver el problema de desempleo, cada vez más grave.

El sentido común debió propiciar el fomento de tecnologías agroindustriales, capaces de aprovechar y otorgar un papel decisivo al excedente de mano de obra producido por el desmesurado crecimiento demográfico. Y hemos hecho todo lo contrario, asimilando el empleo de tecnologías intensivas de capital que caracteriza a las sociedades industriales avanzadas y que, dado nuestro enorme problema de crecimiento de la población, acentúa los estragos de la desocupación. Así, en términos amplios, al importar bienes de capital importamos también desempleo: ¿son más ya los marginados que los integrados al juego económico?⁴⁵ Si así fuera, las consecuencias sociales podrían preverse fácilmente: transferencia de la lucha de clases “normal” a una lucha de marginados contra integrados, azarosa e incontrolable, por imposibilidad de ejercer influencia alguna sobre los marginados. Como quiera que sea, esta “lógica” ha concentrado notablemente el ingreso. Si no hay un cambio de modelo todo hace suponer que tales constantes se afirmarán, acentuándose la dependencia y el desequilibrio del país en relación con el exterior. Por otra parte, los mecanismos económicos están influyendo naturalmente en el circuito político —ambos forman parte de un mismo sistema— y pueden recortarle posibilidades.

El Estado propició, con la reforma agraria y los recursos liberados por ella, la industrialización a marchas forzadas. Se creó una industria *parcial* a base de un enorme gasto de recursos, protecciones, tecnologías, descuidando las demás actividades productivas —sobre todo al sector primario— y colocando al país en una situación financiera delicada. No podemos decir que la industria nos ha salido barata. La pre-

⁴⁵ “Cerca de una cuarta parte de la fuerza de trabajo que se estima en 16 millones de mexicanos, está sujeta a los salarios mínimos; la otra cuarta parte, a los contratos colectivos de trabajo; una octava parte son burócratas y el resto son trabajadores rurales y no asalariados —sin ganar el mínimo— acerca de quienes no hay estadísticas”. Comentario de Guillermo Mora Tavares al documento SM/78/202 preparado por un cuerpo de asesores del FMI, publicado en *Unomásuno*, México, 2 de noviembre de 1978.

tensión de ser un país como Estados Unidos, pero sin racionalidad económica y sin sólidas finanzas públicas, nos obligó a pedir prestado. Las instituciones financieras internacionales han impuesto entonces sus condiciones y la originalidad que el modelo revolucionario tuvo en sus comienzos se ha ido diluyendo.

En teoría, el Estado hubiera debido planear el proceso *para poder controlar* su magnitud. Ocurrió lo contrario: la corriente industrializadora se salió de cauce y ahora si no controla, por así decir, al contralor, tiene un gran peso, *de facto*, en las decisiones. Los mecanismos creados para favorecer a la mayoría de la población y, en consecuencia, al Estado, se han desvirtuado y se aprovechan, en cambio, para favorecer principalmente a la industria y a todo lo que ella implica. El Estado contempla cómo se debilita su poder, conforme aumenta el de su creatura. Los mecanismos creados por el Estado revolucionario siguen funcionando pero, en vez de fortalecer al propio Estado, alimentan a un Moloch industrial que incrementa su peso y su influencia en la coyuntura interna. En términos económicos diríamos que la acumulación y concentración de capital privado, ha obstaculizado y a veces interrumpido la creación de capital público, o mejor, de capital nacional.

El Estado se encuentra maniatado en esta camisa de fuerza. La mecánica del sistema y la lógica misma de la ideología revolucionaria tienden a sostener que lo “avanzado” y lo “progresista” es continuar con el proceso hasta llegar a una sólida sociedad industrial. Por su propia dinámica esa sociedad industrial conduciría un día a la sociedad de capitalismo maduro, piensan unos, mientras que otros esperan la caída de otro fruto maduro: la comunidad socialista. El Estado mientras tanto consume esfuerzos, energía, recursos naturales y humanos en la misma medida en que crecen, sin resolverse, la población, el desempleo, la concentración del ingreso, la inflación, etcétera, y aumenta la inversión extranjera y la deuda exterior.

La hipoteca o la venta de los recursos naturales, sin más, no es una salida auténtica. Si sigue alimentándose sin otros objetivos, por inercia, una economía de mercado, se acentuarán las dificultades económicas, lo que conducirá al enfrentamiento entre antiguos aliados y, a fin de cuentas, al debilitamiento del Estado. La originalidad del modelo de la Revolución mexicana se habrá desvirtuado para recaer en un esquema imitativo que nos prestaría una supervivencia precaria y generaría desconfianza, recelo, frustración, pesimismo y hasta una creciente dosis de cinismo.

La industrialización como meta exclusiva y excluyente conduciría a un punto muerto y ya para entonces todo habría sido dilapidado. El régimen de la Revolución creó un sistema, un conjunto de reglas que deben cuidarse celosamente. Esas reglas nos permitieron vivir en paz y buscar soluciones propias para los problemas propios. Lo que no es poca cosa. Hay que aprovechar los medios técnicos del mundo actual para adaptarlos a nuestra fisonomía (que tiene que ser, con realismo, la de un país pobre pero con sentido común). Hacerlo equivale a renunciar al empeño utópico de llegar a ser una sociedad industrial del tipo gran potencia, cuando carecemos de los recursos y la infraestructura técnica y científica.

Si nos obstinamos en mantener un modelo inoperante no podremos resistir los embates del Estado transnacional y el esfuerzo de cinco siglos de trajín histórico —de luchas y victorias y derrotas, esperanzas y desesperanzas— para construir con el pasado, un presente y un porvenir comunes, se habrá desperdiciado y todo lo habremos tirado por la borda.

Si antes y después de Hegel han sido evidentes las diferencias entre las dos Américas y si esas diferencias se han acentuado en muchos aspectos, podría pensarse que no tiene objeto recordarlas ahora cuando los hechos son ya irreversibles. Pero si el pasado es irreversible, el futuro sí

admite el esfuerzo consciente y la voluntad modificadora. Seamos realistas, no impotentes.

Es cierto que, en la partida del ajedrez histórico, nos tocaron en suerte las piezas negras y que, en consecuencia, perdimos la ventaja de la primera jugada y se nos complicaron luego las jugadas intermedias. Pero no hemos perdido el juego. Se trata, justamente, de cobrar conciencia del problema para encontrarle salidas racionales y no dejar que sea la inercia de la repetición y, eventualmente, la irracionalidad autodestructiva del inconsciente colectivo, la que decida nuestra suerte. Se trata de rechazar una inercia repetitiva que nos configura a imagen y semejanza de un modelo postizo para empezar a parecernos a nosotros mismos.

Estamos en una encrucijada y es necesario un alto en el camino para contemplar las opciones y escoger. Ninguna alternativa es fácil. Sólo que no es lo mismo caminar confiadamente por una senda con obstáculos, que en definitiva conduce a sitio seguro, que andar por una carretera sembrada de minas. Se impone, pues, la reflexión que nos ayude a decidir y, una vez tomada la decisión, actuar en consecuencia.

Una estrategia mexicana

*La naturaleza del hombre
no siempre va. Va y viene.*

BLAISE PASCAL

Si los hombres no se han dedicado jamás a otra tarea que a la de hacer una sociedad vivible, las fuerzas que han animado a nuestros lejanos antepasados también están presentes en nosotros. Nada está jugado: todo podemos retomar. Lo que fue hecho errado y puede ser rehecho: “La edad de oro que una ciega superstición había colocado atrás (o adelante) de nosotros, está en nosotros”.

CLAUDE LÉVI-STRAUSS

UNA INDUSTRIALIZACIÓN PARCIAL

El proceso de industrialización de México comenzó bajo los mejores augurios y con el convencimiento de todos. Fue una gran esperanza y la premisa básica que emergió de la Revolución una vez estabilizados los gobiernos surgidos de ella. Si durante el siglo XIX quisimos ser ricos como Occidente, al principiar el siglo XX sólo nos propusimos, con más modestia y realismo, ser dueños de nuestros recursos y asegurar trabajo y comida para todos. La Segunda Guerra Mundial, al desplazar el esfuerzo productivo de Estados Unidos hacia la industria bélica, condicionó la necesidad de recibir del exterior ciertos productos: México empezó a exportar a Estados Unidos, en ese momento, no sólo materias primas sino productos semielaborados para el consumo civil. Y, a

su vez, en virtud de que Estados Unidos había suspendido sus exportaciones tradicionales a México de productos industriales ligeros y pesados, nos obligó a fabricarlos haciendo hincapié, originalmente, en los bienes de consumo. Así se gestó el entusiasmo por el modelo industrial de desarrollo.

El éxito político que supuso el traslado pacífico del poder al concluir el gobierno del general Cárdenas y la incorporación de los civiles a la administración durante el régimen de Alemán; en suma, la notable flotación de la nave mexicana se volvió un ejemplo en el convulso mundo latinoamericano digno de ser estudiado. La estabilidad comenzó a interpretarse ya no tanto como un resultado de la Revolución cuanto del cambio de una sociedad que había producido con rapidez plantas, fábricas, pozos petroleros, turbinas, torres para conducir energía eléctrica, tornos, etcétera. A toda marcha, y no obstante la breve experiencia, el interés por los beneficios que podían obtenerse impulsó la producción de los artículos exportables y la buena acogida al capital venido de afuera para impulsar la industria.

Había, además, empresarios inteligentes y, sobre todo, con una nueva fisonomía, que no recordaban a aquellos burgueses insensibles y duros que retratara Eisenstein en sus filmes de los veinte. Se trataba de hombres emprendedores con conciencia de la nación o, si se quiere, realistas pero amantes de su país, que comprendían la “función social” que, a mediano plazo, habrían de desempeñar.⁴⁶ Ahora sabemos que la

⁴⁶Recuerdo el *Decálogo del capitalista revolucionario* de Alberto J. Pani, de 1945: “Primero, no mantendrás ocioso tu capital y lo invertirás de modo productivo para tu país; segundo, promoverás la creación de nuevas fuentes de trabajo o mejorarás las existentes; tercero, el lucro no será el único ni el preponderante fin de tus empresas; cuarto, preferirás siempre la inversión más provechosa para la colectividad, aunque no sea la más lucrativa para ti; quinto, procurarás el mejoramiento económico máximo posible de tus trabajadores, sobre el nivel obligado por legislación relativa y hasta la altura de sus méritos; sexto, tomando en consideración que cada nivel social tiene sus necesidades materiales y de decoro y que la *Sociedad sin clase* es una patraña, nadie

industrialización de México se emprendió, como tantas otras cosas, sobre la marcha, en el corto plazo, tomando en consideración las necesidades que había generado el conflicto bélico. Pero entonces todo era optimismo.

LA SUSTITUCIÓN DE IMPORTACIONES

La ideología de la sustitución de importaciones jugó un papel central en todo el proceso. El mecanismo parecía lógico. Además de garantizarnos el aprovisionamiento de los bienes antes importados de Estados Unidos, nos ayudaría a liquidar, de una vez por todas, el problema del permanente déficit de la balanza de pagos. El país no podía vivir endeudado y, si lo estaba, era porque vendía barato (materias primas) para comprar caro (artículos elaborados). ¿Cómo acabar con esa nueva esclavitud? Por una vía: la industrialización. Había que producir en México todo lo que el país necesitaba: había que sustituir importaciones.

De este dato inicial, derivado de una coyuntura histórica, se desprendió la limitación prudente a la indiscriminada importación de artículos elaborados. Había que cerrar, primero, la coladera que dejaba escapar un torrente de divisas que podían invertirse en la producción de dichos artículos. Después vendría la generación de bienes de capital, como lo demostraba el ejemplo histórico de los países de economía madura.

tendrá derecho a lo superfluo, en relación con tales necesidades, mientras haya quien carezca de ocupación remunerada; séptimo, suponiendo ocupados todos los que tengan capacidad para trabajar, contribuirás cuanto puedas al auxilio de los incapacitados, sin ostentación y ni siquiera indagar lo que los demás hagan o dejen de hacer en este sentido; octavo, no eludirás el pago de los impuestos; noveno, si la suerte te fuera adversa y perdieras tu capital acudirás alegremente a las solas fuentes del trabajo y el ahorro con los fines de subvenir a tus necesidades y posiblemente recuperar la calidad de capitalista para beneficio propio y colectivo; y décimo, grabarás estos *mandamientos* en el cerebro y en corazón de cada uno de tus hijos para que, a través de ellos y de sus descendientes sucesivos, se prolongue el surco de tan fecunda siembra por los siglos de los siglos”.

Este proceso que en abstracto parecía lógico, se desvió en la práctica. La industria que produjo la sustitución de importaciones, se olvidó de sus orígenes y sobre todo de su finalidad histórica. No fue un proceso *global*, adecuado a las necesidades básicas de nuestra población, ni logró reducir el déficit de la balanza de pagos, pues lo que antes se iba por el canal de la compra de artículos elaborados se sustituyó, multiplicado ahora, por la importación de bienes de capital, que no podía frenarse tan fácilmente por el temor *real* de desempleo. Además, se le impuso al débil consumidor una pesada carga: pagar con exceso por productos que, ¿quién podía dudarlo?, ya se harían bien en el futuro. Importaba, por el momento, que “los que se jugaban su fortuna en beneficio del país” acumularan capital que luego volverían a invertir para continuar así, progresivamente, con el círculo retroalimentador de la riqueza. El resultado fue la formación de grupos económicos acostumbrados a recuperar sus inversiones cuanto antes y a ser reconocidos como los modernos y heroicos protagonistas del proceso nacional.

Se fue engarzando así un reluciente y caro collar de perlas sintéticas que, adornando a la nación, empezó a sofocarla: aranceles proteccionistas, controles directos a la importación y, a la vez, política fiscal favorable a la importación de bienes de capital (considerados con amplísimo criterio) y destinada a estimular la producción, hasta casi subsidiarla; políticas monetarias y crediticias, acordes con el esquema de la sustitución de importaciones, con sacrificio del sector primario. Medidas proteccionistas necesarias que sirvieron para consolidar intereses privados ya no tan necesarios y no siempre coincidentes con los intereses públicos. Pero entiéndase bien, no alego en favor del libre-cambio: me preocupa el sector primario. Sin embargo, no escogimos el proceso. Lo impusieron las circunstancias y se hizo lo que se pudo.

Desmontemos el mecanismo para ver cómo ocurrieron las cosas. La revolución triunfante tuvo como tarea inmediata una finalidad su-

prema: hacer justicia. El hambre y sed de justicia que, según Madero, padecía el pueblo mexicano y que, en términos reales, se tradujo en otorgarla al sector rural del país, que constituía la mayoría de la población. La reforma agraria cubrió dos fases: la tenencia de la tierra, con su corolario, la producción de alimentos, y el fortalecimiento del poder del Estado. Se abarcaron así varios puntos de interés: el humano, la tierra para quien la trabaja; el económico, mayor producción; el político, la organización campesina. Todos ellos inextricablemente unidos por la dialéctica misma del movimiento revolucionario.

Cuando el general Cárdenas reparte 18 millones de hectáreas, no sólo ayuda a los campesinos, sino que beneficia a la economía y fortalece al sistema político. Esos actos le granjearon la confianza popular que hizo posible su trascendente obra de gobierno. Y abrieron el camino a la construcción industrial que, iniciada propiamente durante el periodo 1940-1946, tiene antecedentes en los gobiernos inmediatamente anteriores. No quiere decir esto que, al tomar posesión del gobierno, Manuel Ávila Camacho trajese en su portafolios los planes relativos a la industrialización de México. El modelo empírico de sustitución de importaciones empezó a funcionar sobre la marcha más como coyuntura que como plan: fue una necesidad impuesta al país por la Segunda Guerra Mundial y, en especial, por la dirección que tomó el aparato productivo norteamericano, al intervenir Estados Unidos en el conflicto mundial. El gobierno aprovechó entonces aquella circunstancia e hizo bien. Así comenzaron la aventura y las tribulaciones industrializadoras de México.

La Ley de Industrias Nuevas y Necesarias en que fundó el arranque del proceso fue muy simple: consideraba *nueva* a toda industria que sustituyera importaciones, y *necesaria* a la que refaccionara y complementara a las primeras. Las industrias comprendidas en el ámbito de la ley serían exceptuadas de impuestos por un determinado plazo. Y todos aquellos

bienes de capital que no se produjeran en México o que tuviesen, de plano, una calidad muy superior a los fabricados en el país quedarían libres de derechos de importación. Se trataba de una política de corto plazo, destinada a imprimirle una cierta racionalización a lo que ya estaba haciéndose y a lo que, de todos modos, iba a hacerse. Fue una ley hábil sugerida por la realidad misma, por el mercado existente al que había que satisfacer. Nada más pero nada menos.

La industrialización surgió pragmáticamente, no de acuerdo con un proyecto previo, racional y sistemático, como años más tarde recomendaría, por ejemplo, Laszlo Radvanyi.⁴⁷ No pudo contemplarse el proceso como una totalidad compuesta de partes que había que ir construyendo paulatinamente y de requisitos y necesidades globales que debían satisfacerse. Había que hacer lo mejor posible, rápidamente, lo que las industrias experimentadas de afuera venían haciendo, con máxima eficacia, desde hacía mucho tiempo.

La ley de industrias y la política proteccionista que caracterizó a la implantación del modelo sustitutivo de importaciones produjeron, al principio, resultados nada despreciables. Al iniciarse el régimen del general Ávila Camacho había 12,700 pequeñas industrias con una inversión aproximada de 500 millones de dólares que empleaban a unos 300,000 trabajadores. Surgieron en seis años 400 industrias nuevas, lo que significó la creación de 30,000 empleos.⁴⁸ El lado negativo del fenómeno fue la abultada tasa de utilidades que los empresarios obtuvieron, lo que propició la mala costumbre de enfocar el rendimiento de la inversión productiva, casi como si se tratara de inversiones de viuda.

⁴⁷Véase Laszlo Radvanyi, *Industrialización nacional. Cómo deben industrializarse los países de América Latina*, México, 1952. O las conferencias del mismo autor: "Cómo debe industrializarse México", incluidas en la obra colectiva: *Problemas industriales de México. Notas para una planeación industrial*, México, 1951.

⁴⁸Sanford A. Mosk, *La revolución industrial en México*, citado por A. Aguilar Zinzer, "Historia de una industrialización fallida", *Sábado*, México, 2 de septiembre de 1978.

El modelo industrializador tropezó con otro obstáculo: los sistemas de financiamiento privado nunca vieron con demasiada confianza los intentos oficiales por construir una industria. El Estado se vio obligado por esta razón adicional a intervenir directamente en las tareas crediticias destinadas a la inversión industrial, a través del Banco de México y de Nacional Financiera, que, desde el gobierno de Ávila Camacho, se convirtió en una sólida sociedad de inversiones. Nacional Financiera, mediante sus certificados de participación, recaudó con éxito ahorros que fueron destinados a la planta industrial mexicana en materia textil, de acero y cobre, de abonos, en la industria azucarera, del cemento y de la construcción, entre otras.⁴⁹

⁴⁹La banca privada, renuente a invertir en los comienzos de la industrialización y casi siempre cuando se trataba del campo, supo aprovechar en beneficio propio la infraestructura económica una vez construida. No fue torpe, pero tampoco generosa o nacionalista. Simplemente no operó con conciencia de estar actuando en un país en “vías de desarrollo”: funcionó con un criterio empresarial propio de un país de economía madura. Si no es posible, en estricta lógica, reprocharle su actitud, tampoco puede criticarse al Estado mexicano por haber intervenido en terrenos poco ortodoxos cuando no lo hizo por gusto sino por obligación y por necesidad histórica y económica.

La nacionalización de septiembre de 1982 fue, para los grandes capitales del país, un trago amargo pero efímero. Si se pensó al principio que el Estado controlaría ya no sólo un amplio sector de la industria, sino el manejo bancario en todas sus modalidades, los ajustes que vendrían después modificaron el panorama. La intervención económica del Estado entró, desde diciembre de 1983, a un proceso de revisión que no ha concluido: partió del reconocimiento de los costos que debía pagar el país por el mantenimiento de una planta productiva subsidiada y poco competitiva, como una de las causas centrales de la inflación, y se ha convertido con el paso del tiempo en una de las claves en la estrategia de crecimiento. El Estado ha ido abandonando gradualmente el sostén de la economía para limitarse a normar la iniciativa privada. Y la banca no ha sido excepción: apenas unos meses después de la nacionalización volvió parcialmente a los inversionistas privados, mientras que el manejo de la actividad financiera se ha desplazado, en la práctica, de los bancos a las casas de bolsa, a las empresas de factoraje, a las arrendadoras, aseguradoras y afianzadoras que controlan el 73 por ciento del personal dedicado a esas actividades financieras, cuya productividad duplica, en pesos y centavos, a la del sector público.

Con todo, el país ha vuelto apostar a la eficacia de la iniciativa privada, aunque ahora las bases sean diferentes: armadas no tanto para el mercado interno —como al principio del proceso de industrialización nacional— cuanto para la competencia inter-

En suma, las primeras etapas de la industrialización de México fueron tan sorprendentes como la suerte que acompaña a veces al jugador novato. El ritmo de crecimiento se mantuvo, con altibajos ciertamente, durante tres décadas:

El PIB creció en este periodo a una tasa del 6.5 por ciento anual, caso excepcional en América Latina, elevando el producto por persona de 13 dólares en 1950 a 713 dólares a precios corrientes en 1970. Más de cuatro millones de hectáreas irrigadas artificialmente, una red caminera con más de ciento sesenta mil kilómetros de extensión, capacidad instalada de energía eléctrica superior a los ocho millones de kilovatios, y la multiplicación en cinco veces de la producción de petróleo crudo dan un indicio de la infraestructura creada como soporte de ese crecimiento sostenido.⁵⁰

Enrique Padilla Aragón penetra más en el detalle señalando dos periodos: uno que va de 1934 a 1950 en que los aumentos por año del PNB real *per cápita* son mayores: un incremento promedio anual de 3.8 por ciento; y otro periodo, que abarcaría de 1951 a 1970, en el que los

nacional. Hasta ahora los resultados han sido satisfactorios en el manejo de la inflación y en el freno a la crisis. Lo han sido también por sus efectos en la renegociación de la deuda y en las expectativas de crecimiento. Habría que preguntarse, sin embargo, si el Estado no tendrá que intervenir otra vez, más adelante, para atender las áreas que los sectores privados han desdeñado tradicionalmente. Pienso desde luego en el campo, cuya estructura de propiedad es opuesta a la lógica simple de los negocios y especialmente compleja en su relación con el mercado exterior. En el ámbito de la producción agropecuaria es difícil el traslado de esa estrategia de apertura, ligada a la reprivatización de la empresa, porque su organización histórica lo impide. Pero tampoco puede rezagarse de nuevo, porque las consecuencias del descuido no sólo han arrojado un saldo de extrema pobreza que ha revelado los límites del modelo de desarrollo que siguió México durante tres décadas, sino que el contrapeso del campo ha influido también en la saturación del crecimiento urbano-industrial. De modo que la lógica que se ha seguido en la revisión del papel del Estado en la economía, válida para una de las caras del crecimiento, topa con la realidad tradicionalmente áspera que vive el campo y las miles de pequeñas comunidades que subrayan su naturaleza distinta.

⁵⁰Carlos Pereyra, "México: los límites del reformismo", *Cuadernos políticos*, México, julio-septiembre, 1974, p. 53.

aumentos anuales son menores y tienden a disminuir registrando una tasa media anual de 3.2 por ciento. “Lo anterior demuestra que, ya sea que tomemos la tasa de desarrollo... o el PNB real *per cápita*, el desarrollo económico de México muestra una clara tendencia descendente”.⁵¹

Ahora bien, hay que añadir algo que ahora resulta evidente: el crecimiento doméstico estuvo *directamente* relacionado con la prosperidad de la economía mundial, al grado de coincidir en la cronología durante los últimos 30 años, de manera casi exacta. En otras palabras, el “milagro” no lo sería tanto de México como de la economía mundial: igual la crisis, aunque México la sufra más.

Si el esfuerzo realizado por el país ha sido notable en muchos aspectos, los resultados generados no han sido equivalentes al esfuerzo y, mucho menos, a las expectativas generales. Y esto no es imputable tanto a las fallas humanas, insisto, como al modelo “escogido” y, sobre todo, a las finalidades que le impusimos. Esos objetivos desbordaban al modelo y no coincidían, además, con los mecanismos reales de la economía mundial. No podíamos llegar a ser una sociedad industrial igual a Estados Unidos porque a ello se oponían, de hecho, las leyes de hierro del comercio internacional. No contábamos con suficientes recursos de capital nacional, ni con un mercado doméstico amplio, ni teníamos la tecnología adecuada, ni experiencia en el comercio internacional, ni la continuidad política indispensable para obtener resultados a mediano y largo plazo y, en consecuencia, poder corregir fallas. Los buenos deseos, por sí solos, no podían llevarnos a donde queríamos ir. Ahora lo sabemos y lo sufrimos.⁵²

⁵¹E. Padilla Aragón, *México, desarrollo con pobreza*, México, 1978, p. 29.

⁵²Diez años después, tenemos más claras esas tendencias. Tanto, que la definición de la estrategia económica que habría de iniciarse en 1983 se fundó en esa certeza: el Estado ha reconocido su dependencia de la economía que se rige por los países más poderosos, buscando insertarse en los cambios mundiales en lugar de ser influido por ellos de manera pasiva. De ahí la tesis de la apertura económica, planteada como requi-

Las inversiones extranjeras directas, con las que tuvimos que suplir las deficiencias internas del proceso de formación de capital para poder construir y llevar adelante nuestro proyecto industrializador, son, en 1978, del orden de más de los 6,026.2 millones de dólares, repartidos como sigue: el .14 por ciento en el sector agropecuario; el 4.3 por ciento en la industria extractiva; el 76.2 por ciento en la industria de transformación; el 11.2 por ciento en el comercio y el 8 por ciento en los servicios.⁵³ De esta inversión, el 70 por ciento corresponde a Estados Unidos, y el 30 por ciento restante se reparte en orden de importancia entre Alemania, Suiza, Japón, Gran Bretaña, Canadá, Países Bajos, Francia, etcétera.

A pesar de lo reducido del porcentaje, el .14 por ciento, que tiene en su haber el sector agropecuario y que podía dar la falsa idea de una “escasa” penetración de sectores extranjeros en el campo, no es posible engañarse. Seis transnacionales de las más poderosas en su ramo (Nestlé, Kraft, General Foods, Gervais Danone, Campbell y Del Monte) predominan en la industria alimenticia mexicana. De acuerdo con un estudio sobre las *transnacionales en el sector de frutas y legum-*

sito para recuperar el crecimiento perdido luego de la costosa experiencia de 1984, cuando el PIB aumentó en 8.9 por ciento, a costa de la contratación de deuda por un monto similar al de toda la historia de México hasta 1976. En 1982, el PIB cayó a menos 0.6 por ciento y en 1983 a menos 4.2 por ciento. Volvió a crecer en 1984 y 1985, pero estimulando la inflación, para caer de nuevo en 1986. En los últimos dos años, el crecimiento ha sido apenas de 1.5 y 1.1 por ciento (los datos son de INEGI, *Sistemas de Cuentas Nacionales de México*, marzo de 1989). No obstante, el viejo modelo de desarrollo industrial se ha dado una nueva oportunidad, pensando ahora en los capitales y en los mercados del exterior. Es como si se volviera a empezar, pero admitiendo de antemano las debilidades de ayer. El modelo anterior se perdió en el encierro y en la ineficacia, el actual busca la apertura para hacerse de las divisas y de la experiencia tecnológica y empresarial de los otros. Pero no debe olvidarse que se trata, otra vez, del desarrollo *industrial*. O mejor: de aquel que imita el trayecto de los países industriales, con todos los riesgos que eso significa.

⁵³Fuente: Dirección General de Inversiones Extranjeras y Transferencia de Tecnología. (Datos al 30 de junio de 1978).

bres en México, patrocinado por Conacyt, en 1975 los cultivos de frutas y legumbres se extendían por 3 de los 15 millones de hectáreas totales sembradas en México y las empresas citadas controlaban el café soluble, el té, el chicle, los productos alimenticios para animales, leches condensadas, evaporadas y en polvo, el enlatado y envasado de frutas y legumbres, y la elaboración de sopas y salsas. Las empresas, sin afectar la propiedad de la tierra, a través de asesoría, créditos e insumos suministrados a los agricultores, dominan la producción del campo y ejercen una influencia innegable sobre la actividad agrícola del país.⁵⁴

En el mismo sentido, la deuda pública acumulada asciende en 1978, a 26,000 millones de dólares, lo que corresponde a más de 30 por ciento de nuestro PIB. Las previsiones para 1979 la elevan a 29,000 millones de dólares. Si en 1976 se pagaron 1,455.4 millones de dólares, para 1977 el monto ascendió a 2,295 millones y en lo que va del año se han hecho pagos por el servicio de la deuda, en el primer trimestre, de 716.6 millones de dólares y, en el segundo trimestre, de 374.9 millones de dólares.⁵⁵ Pero habrá que pagar de aquí a 1982, de acuerdo con cálculos del FMI, 19,000 millones de dólares.⁵⁶

⁵⁴Cfr. Teresa Gurza, "Las transnacionales en México (III)", *El Día*, México, 12 de noviembre, 1978.

⁵⁵Fuente: Banco de México, S.A.

⁵⁶Cfr. Comentario de G. Mora Tavares al Documento SM/78/202 del FMI, en *Unomásuno*, México, 30 de octubre de 1978.

Ahora sabemos que esas cifras, que entonces parecían enormes, se quedaron cortas. Entre 1976 y 1982, la deuda se cuadruplicó, y desde 1977 hasta 1987 mantuvo una tasa de crecimiento superior a la de la economía (Cfr. Firdaus Jhabvala, *La aritmética de la deuda externa mexicana y el crecimiento económico*, Centro de Estudios e Investigación del Sur este, A.C. Villahermosa, Tabasco, 1988, pp. 6-8) que la llevó, al mes de marzo de 1989 —según las cifras de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público—, a 97,339 millones de dólares: el 80 por ciento contratado por el sector público. Sólo entre 1980 y 1982 se contrató deuda por un total de 47,451 millones de dólares, bajo el supuesto de que los rendimientos de la expansión petrolera permitirían no sólo pagar intereses y capital, sino financiar el crecimiento sin recurrir a otro tipo de apoyos externos. Nos preguntamos

ahora si en ese flujo corresponsable de capital, los cálculos equivocados se hicieron solamente del lado mexicano, pues para los bancos que prestaron el dinero y los países que avalaron esas operaciones, las posibilidades de perder eran en extremo remotas: la falta de pagos sólo se hubiera dado, con objetividad, en el caso de una decisión concertada entre países deudores, iniciativa que ninguno quiso asumir, pues habría significado el derrumbe de la estabilidad financiera del mundo, con todas sus consecuencias políticas y sociales. Así, a pesar de los altos costos sociales que los países de América Latina han pagado —y siguen pagando—, en todos ha prevalecido la idea de que cualquier otro camino habría sido aún más difícil. Lo cierto es que nadie podría asegurar, con objetividad, cuáles habrían sido las consecuencias de una moratoria indefinida. Pero el hecho es que esa opción fue desechada. En cambio, se optó por un método que consistió, en términos simples, en aceptar nuevos préstamos para pagar intereses, mientras se realizaban los principales ajustes a la estructura económica, para abrirla al exterior y sentar las bases que permitirían cerrar el ciclo vicioso, aceptando un mayor flujo de inversión extranjera directa. Así se explica que, pese a todas las evidencias de sus efectos nocivos, el Estado se haya visto obligado a contratar nuevos créditos hasta 1987: se ha pedido prestado para pagar. Es hasta 1989 que el crecimiento de la deuda parece llegar a sus límites, con la negociación de un acuerdo en principio con la banca acreedora, que permitiría la reducción de una parte del débito y la garantía de un flujo de capital, en todo caso menor al crecimiento del PIB. Ese acuerdo ha sido posible por el enorme esfuerzo que México ha realizado para evitar el rompimiento y permitir el acceso de capitales nuevos, *cumpliendo las condiciones que esa estrategia supone*. Y es que persiste la necesidad de contar con recursos adicionales del exterior, pues los generados por el país son insuficientes para volver a crecer, al ritmo que exige la creación de los empleos que hacen falta.

De ahí la relevancia de la inversión extranjera. Si hasta el principio de la década de los ochenta se consideraba complementaria, a partir del proceso de ajustes que ha seguido a la crisis de 1982, su importancia ha sido creciente. No sólo porque, de hecho, ha pasado de 8,458.8 millones de dólares en 1980 a 24,084.1 hacia finales de 1988, sino porque su papel es el de sustituir a las carencias internas. La idea es clara: para obtener las divisas que el país necesita, en lugar de contratar más deuda se opta por la inversión extranjera y el comercio exterior.

Sin embargo, brota una reflexión más: hasta la década de los setenta, el Estado intervino en la economía para proteger y subsidiar, en general, deficiencias ajenas. Pero lo hizo en exceso y recurrió entonces al crédito externo y a la generación de moneda. Provocó así el incremento del déficit público y dio paso al binomio: inflación y recesión. Aunque excluyo de este análisis la imprudente apuesta que se hizo al petróleo, subrayo que la lógica del crecimiento del sector público se originó en la necesidad de suplir a un sector privado incipiente. Si en la estrategia actual, ese papel de respaldo se traslada a la inversión extranjera, la pregunta pertinente es, ¿qué pasará si vuelve a repetirse la historia y la iniciativa privada vuelve a fallar, pero esta vez sin contar ya con el Estado, sino con el capital foráneo que, por lo tanto, se adueñaría así de buena parte de la industria

RELEYENDO A TANNENBAUM

Entre los años cuarenta y los cincuenta, varios investigadores norteamericanos se sintieron atraídos por el espectáculo posrevolucionario y visitaron nuestro país para explorar las repercusiones del fenómeno iniciando en 1910, en el México que entraba en la segunda mitad del siglo. Es el caso de Frank Tannenbaum, de Eyler N. Simpson y de Sanford A. Mosk, entre otros. Las obras elaboradas por aquellos autores no fueron muy bien recibidas en el México de entonces por la desconfianza explicable que suscitan en nuestro país los puntos de vista procedentes del otro lado de la frontera. Sin embargo, vistas ahora a la distancia y después de las experiencias más recientes (nacionales e internacionales), se impone una relectura y una reconsideración, sobre todo ante las nuevas perspectivas de la ecología, esa economía y política de la naturaleza, las previsiones y los estudios del Club de Roma y los avances más recientes de la investigación científica. Voy a referirme únicamente al más polémico (y acaso el más rico) de aquellos enfoques: el *México, la lucha por la paz y por el pan*, de Frank Tannenbaum, publicado en español en 1951.

Tannenbaum sostuvo que México no podía seguir un camino idéntico al norteamericano, es decir, no podía imitar el modelo de la sociedad industrial. ¿Cómo hacer para comunicar a los que habitaban el mundo primitivo de las selvas y las regiones más atrasadas del sur y del sureste del país, con los pobladores de las ciudades modernas y del norte más o menos adelantado? Ese dato advertido por Tannenbaum en los años cincuenta: una minoría de la población concentrada en las

de México? ¿No sería mejor, entonces, establecer límites desde ahora, tomando en cuenta aquella experiencia? Añado que no planteo estas dudas por razones subjetivas, sino por sentido histórico. Después de todo, el Estado debe conservar la fuerza suficiente para propiciar el desarrollo de la otra parte de México, la marginada del crecimiento industrial, que no puede seguir siendo excluida.

zonas adelantadas y una mayoría dispersa en las zonas más atrasadas persiste, aunque las estadísticas hayan variado. Fuera de los polos de desarrollo en Jalisco, Nuevo León y el Estado de México, además del Distrito Federal que, junto con las capitales de los demás estados de la República, absorben aproximadamente a la mitad de la población nacional, la mayor parte del territorio abarca a la otra mitad de la población del país. Sigue dándose, así, la escisión entre un México moderno y un México arcaico.

Algunos autores gustan de referirse a una economía, a una sociedad dual, noción que no es inexacta sino incompleta. Pero el problema es mucho más complejo: aunque pueda hablarse, esquemáticamente, de esos dos extremos, se dan en nuestro país todos los niveles de la evolución histórica, todos los tiempos: desde el comunismo primitivo, en el que todavía viven muchas etnias, hasta las formas más adelantadas de la sociedad contemporánea, como ocurre en la Ciudad de México.

Los problemas suscitados por la relación entre lo moderno y lo arcaico, que Tannenbaum percibía a mediados del siglo como un obstáculo para la formación de un mercado nacional amplio (base indispensable para un proceso industrializador), siguen vigentes ahora, 30 años después, a pesar de todos los esfuerzos que se han hecho desde entonces para industrializar el país. Al obstáculo de la pobreza se añadía otro, que Tannenbaum detectó con perspicacia: un sinfín de pequeñas comunidades dispersas no formaban un mercado nacional. El abismo entre lo atrasado y lo adelantado no podía llenarse sin un requisito básico: *la elevación del nivel de vida de la población rural*. Los poblados dispersos a lo largo y a lo ancho del país vivían un régimen que no manejaba siempre el dinero como valor de cambio.

Los campesinos, decía Tannenbaum, obtienen sus propios artículos alimenticios, construyen sus propias casas, confeccionan el mísero mobili-

rio que constituye su ajuar; en muchos casos tejen las telas de sus vestidos y satisfacen las pequeñas necesidades que personalmente no pueden atender dentro de su propio poblado, en el mercado parroquial, a base de productos hechos en las localidades vecinas.⁵⁷

¿Se ha modificado sensiblemente este cuadro tres décadas después? ¿Puede decirse que se han integrado esos mercados “parroquiales” dentro de un gran mercado nacional? Evidentemente, mucho se ha avanzado. Pero no todo lo que el optimismo de nuestros sociólogos y economistas de entonces hubieran querido pronosticar cuando se acusó a Tannenbaum de pretender detener el proceso de México hacia formas avanzadas de evolución social con el fin deliberado de mantenernos dependientes y sujetos a Estados Unidos. ¿No dependemos más ahora que en los años cincuenta?

Tannenbaum señalaba una contradicción fundamental entre el mercado “parroquial” y el mercado nacional. La economía parroquial, advertía, mantenía un equilibrio entre nacimientos y muertes, es decir, se encargaba, en cierta medida, de propiciar un equilibrio demográfico. El proyecto industrializador tenía que trastocar aquella relación. Además, la creciente salubridad y la higiene social extendidas por los gobiernos de la Revolución, aceleraron considerablemente el crecimiento demográfico. Por ello, si no logramos integrar *plenamente* un mercado nacional en expansión permanente, sí logramos disparar el incremento de población y esa ruptura del equilibrio afectó a la totalidad del proceso hasta el punto de casi nulificar el crecimiento económico. También advertía Tannenbaum cómo la erosión del suelo agravada por el desmesurado crecimiento demográfico, la falta de rotación de los cultivos, la carencia de abonos y fertilizantes, además de la aplicación de la mayoría de los recursos al desarrollo industrial, habrían de repercutir

⁵⁷E. Tannenbaum, *op. cit.*, p. 99.

en un estancamiento y aun en un deterioro de la agricultura. Hay que tomar en cuenta, además, que las mejores tierras de riego fueron dedicadas a los productos de exportación (algodón, caña de azúcar, tabaco, café) para captar divisas, en detrimento de la producción de alimentos. Soló por el camino de la industrialización global habría podido compensarse el rompimiento del equilibrio anterior. Si el proceso hubiera sido idéntico al de los países avanzados que se pretendía imitar, los excedentes de población del agro habrían sido plenamente absorbidos por los centros urbanos de desarrollo industrial. Pero eso, ahora lo sabemos, no era posible.

Ahora bien, con una mayoría de población pobre, era difícil intentar el indispensable ahorro forzoso que requiere todo proceso de industrialización para tener éxito. Hubo que recurrir entonces al expediente de las inversiones extranjeras y al de la deuda exterior, desplazando para un futuro impreciso la realización de uno de los fines esenciales de la Revolución mexicana: la independencia económica. Pero, a la larga, la inversión extranjera extrajo más de lo que aportó y la deuda, de no haber sido por los recursos energéticos que el país posee, habría puesto en grave entredicho nuestra capacidad de pago.⁵⁸

⁵⁸Diez años después, sabemos que los recursos energéticos también fueron insuficientes. Y más: que fueron la justificación para agravar el círculo vicioso del endeudamiento. En cuanto a los riesgos de la inversión extranjera que ya he señalado agregó algo más: de acuerdo con un ensayo de Angélica Quezada, publicado en *Unomásuno* (25 de mayo de 1989), la inversión extranjera es responsable del 30 por ciento del desequilibrio en la balanza de pagos del país durante los últimos 30 años. Además, de acuerdo con las últimas modificaciones al reglamento de la Ley de Inversiones Extranjeras, el capital foráneo podrá participar en todos los ramos de la construcción (desde obras de infraestructura básica, hasta carreteras, vías férreas, plantas de generación eléctrica y pozos petroleros), en la creación de infraestructura y en la prestación de servicios turísticos en playas y costas mexicanas; en la agricultura; en el mercado bursátil y financiero; en la enseñanza privada, en todos los niveles. Ese esquema, por supuesto, se opone a otras leyes de mayor peso, pero la puerta está abierta. Ya he señalado los riesgos, ¿hace falta insistir?

Sorprende la clarividencia de Tannenbaum. Partiendo de un análisis de la economía mexicana en aquel momento, que aquí apenas hemos esbozado, Tannenbaum ponía en guardia contra los peligros que suponía un proyecto de industrialización a *ultranza* y señalaba, como alternativas más racionales y más viables, los caminos seguidos por países medianos tales como Suiza o Dinamarca. Se trataría, esencialmente, de centrar el desarrollo en las pequeñas comunidades, dotándolas de todo el acervo científico y tecnológico capaz de hacerlas autosuficientes.

El acento se pondría en el impulso de la producción agrícola. Se fomentaría, además, la piscicultura en pequeñas obras hidráulicas locales, que facilitarían el riego y contribuirían a la alimentación de las diversas regiones. La inversión y los gastos de administración no serían excesivos. Tannenbaum recomendaba, por otra parte, lo que ahora llamamos tecnologías intermedias. En cada comunidad se fomentaría las artesanías locales y se instruiría a los habitantes en todas aquellas técnicas que pudieran mejorar la cría de animales, el rendimiento del agro y las demás actividades productivas que la comunidad pudiera desarrollar de acuerdo con los recursos propios de la región.

Contra el lugar común, más o menos aceptado, de que Tannenbaum se oponía a la industrialización de México hay que reconocer, en honor a la verdad, que el investigador postulaba una industrialización adecuada a las características de un país constituido por millares de pequeñas comunidades y en donde el peso del agro —y de las actividades primarias— ha sido de fundamental importancia. Ahora bien, Tannenbaum pensaba en una industria *suplementaria* de una economía primordialmente agrícola.

Treinta años después, es claro que esta fórmula resulta irrealizable puesto que es imposible dar marcha atrás y desaparecer todo lo que se ha hecho. No se puede partir de cero. Hay que tomar en cuen-

ta lo que ya existe, buscando un equilibrio entre las actividades primarias, de donde surgirán los alimentos y el grueso de los empleos, y las actividades secundarias, que son las que mantienen a la mayoría de la población urbana y al país en comunicación y correlación con el exterior. De las actividades terciarias no hago mención porque —para el propósito que aquí se persigue— son las menos problemáticas. Pero volveré sobre esto más adelante, al proponer lo que podría ser un modelo aplicable a la situación actual del país.

TODO ESTÁ JUGADO Y NADA ESTÁ JUGADO

Hemos visto, en el primer capítulo de este libro, hacia dónde conduce el progreso lineal y por qué pueblos como el nuestro no pueden, ni deben, seguir ese camino. En el capítulo segundo hicimos un repaso de las experiencias históricas de México y de las alternativas ajenas que fueron presentándose, sucesivamente, como posibles modelos por seguir. Con ese método de ensayo y error nos hemos lanzado a imitaciones extralógicas de modelos eficaces en otros ámbitos, con la esperanza de repetir los éxitos ajenos. Vistiéndonos con trajes que no estaban hechos a nuestra medida, al mirarnos en el espejo de este último tercio del siglo xx, nos encontramos de pronto con una imagen que no corresponde a los sueños que nos habíamos forjado y que suscita el desconcierto. Vale la pena preguntarse entonces si el remedio de esta incongruencia, entre lo que fueron las expectativas y las realidades logradas no será, en gran medida, el rescate de elementos de nuestra tradición histórica susceptibles de incorporarse a nuestra imagen contemporánea para integrar un modelo de desarrollo acorde con nuestra propia identidad.

No se trata de quejarnos de lo que nos ha ocurrido sino de aprovechar todo lo que hay de aprovechable en esos esfuerzos. A fin de cuentas todo es experiencia. “Lo que fue hecho y errado puede ser rehecho”.

En México se han ensayado todas las posibilidades de la historia: la continuación del pasado novohispano, durante los primeros años de la Independencia, y el salto al futuro que intentó la Reforma; la inserción en el presente que trató de representar el porfirismo, y la vuelta al pasado remoto que, en sus aspectos agrarios, buscó la Revolución mexicana. Todo está jugado y nada está jugado: si todos los tiempos han sido jugados, en virtud de nuestro desarrollo desigual, todos los tiempos están igualmente en juego. Hasta ahora se ha tratado siempre de operar con uno solo. En adelante se trataría de manejarlos *todos* con un sentido contemporáneo. Y algo más: la historia ha fortalecido y sedimentado instituciones que en sus orígenes fueron precarias. En nuestro presente, como en el de todos los hombres, coinciden todos los tiempos: somos la suma de todo nuestro pasado y de todo lo que deseamos ser en el futuro.

Hay quienes parecen haberse quedado fijados para siempre en una imagen: la de Cortés quemando las naves y cancelando, como si eso pudiera hacerse realmente, la incidencia del pasado en las decisiones que construirán el futuro. Hay un fatalismo “futurista”, valga la paradoja, que tiende a decir: “La suerte está echada” o “el juego ya ha sido jugado”, como si el destino nos hubiera gastado una mala pasada y no quedara ya nada por hacer. Como si en el encuentro de la historia no participaran, al mismo tiempo, todos los jugadores, los del pasado y los del presente, en un tablero infinitamente complejo que registra, no sólo las jugadas de ahora, sino las de ayer y las de anteayer, configurando así las de mañana.

Como recuerda con una lucidez envidiable Claude Lévi-Strauss en *Tristes tropiques*, evocando a Rousseau: “La Edad de Oro que una ciega superstición había colocado atrás (o adelante) de nosotros, está en nosotros”. La Edad de Oro se está rehaciendo siempre: se construye en cada instante con la humanísima esperanza de encontrar por fin el

camino mejor. Pero se hace, constantemente, con el aluvión del pasado, que no es peso inútil sino sedimento vivo y enriquecedor. No se trata de estar remitiendo el paraíso a ese futuro incierto que engolosina a los fanáticos de la religión del progreso. ¿No hay, en verdad, en ese constante diferir al futuro toda expectativa de una vida mejor, una desconfianza y un pesimismo en las capacidades reales de los hombres, en una época cualquiera, para hacer más habitable ese tiempo y ese mundo que es, después de todo, el único que le es dado vivir?

VASCO DE QUIROGA: UN EJEMPLO DE IMAGINACIÓN ORGANIZADORA

Don Vasco es uno de los más grandes civilizadores de México. Su obra debiera haber superado el pequeño círculo de eruditos y especialistas y ser conocida por todos los mexicanos desde que tienen uso de razón. Junto con la enseñanza de la lengua nacional, de la aritmética, del sentido común, de la música, habría que enseñar a los niños, sobre todo en las escuelas rurales, la vida y la obra de Vasco de Quiroga. Un hombre que influye en su tiempo y lo trasciende hasta llegar vivo a nuestros días es digno de ser tomado en cuenta y, sobre todo, de ser explicado.

En don Vasco habitaba la certidumbre de esa Edad de Oro que está dentro de cada hombre y pretendió realizarla en un lugar concreto del territorio mexicano. Impregnado del pensamiento erasmista, lector de Tomás Moro, decide volver realidad concreta y práctica la teoría filosófica, encarnar la utopía: "Porque no en vano, sino con mucha causa y razón este de acá se llama Nuevo Mundo, no porque se halló de nuevo, sino porque es en gente y cuasi en todo como fue aquél de la Edad de Oro".⁵⁹

⁵⁹J. M. Gallegos Rocaful, *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*, México, 1974, p. 175.

Todos los tiempos coinciden en el deseo de Vasco de Quiroga de aplicar en su *tiempo* la justicia y la libertad. Hereda la idea clásica de una Edad de Oro remota, situada en el principio de los tiempos, “en que había en todo y por todo la misma manera e igualdad, simplicidad, bondad...” cuando el hombre se proveía “...según la fertilidad de la tierra se lo daba”. Pero no se conforma con volver un sueño del futuro esa felicidad del principio: quiero volverlo real aquí y ahora, en su *aquí* y en su *ahora*. Lo que demuestra Vasco de Quiroga es, justamente, que “la Edad de Oro está en nosotros”, lo que dos siglos después formularía tan precisamente Rousseau.

La Edad de Oro no es más que la aspiración del hombre a vivir *realmente* lo mejor de él mismo: su necesidad de justicia, de libertad, de democracia. Si el hombre tiene dentro de sí tales aspiraciones tiene también con qué realizarlas: eso piensa un hombre práctico como Vasco de Quiroga y dedica su vida entera a volver realizables esas aspiraciones. La idea de la Edad de Oro que para otros quedaba situada en los tiempos más arcaicos y que, para muchos, tendría que diferirse al más remoto futuro, es para él un proyecto inmediato, un modelo de organización social para un lugar concreto y un tiempo concreto. No es otra cosa la fundación de sus “pueblos-hospitales”.

“Todo podemos retomar”, advierte Lévi-Strauss. Y en efecto, así como Vasco de Quiroga retoma de un pasado clásico la noción de que la sociedad puede responder en su organización a las mejores vocaciones y potencialidades de los hombres, y lo aplica en territorio mexicano y *funciona*, así podemos retomar de don Vasco aquello que puede ser vigente en nuestro *aquí* y en nuestro *ahora*: su ejemplar imaginación organizadora. No se trata, por supuesto, de copiar su modelo, sino de retomar y aplicar a nuestro tiempo y con los elementos que ahora están a nuestro alcance el espíritu que informaba su proyecto, un proyecto que, con algunas modificaciones que el tiempo

le impuso, perduró funcionando en la práctica, hasta bien entrado el siglo XIX.

Marcando su tiempo con una obra de tal autenticidad y envergadura se saltó a su tiempo y siguió vivo y aún lo está. Influyó en su tiempo cuando erigió los pueblos-hospitales siguiendo de cerca la *Utopía* de Moro, comunidades ejemplares cuya permanencia se extendió, repito, hasta el siglo XIX, cuando los azares modernizantes del país dieron al traste con ellas. Influyó en su tiempo cuando fundó el Colegio de San Nicolás, donde se formaron los “cuadros” que le servirían para ir extendiendo algo de la experiencia de los “pueblos-hospitales” a otros territorios; y trascendió a su tiempo cuando en ese mismo Colegio de San Nicolás, tres siglos después, se formaron los revolucionarios más genuinos de nuestra Independencia: Hidalgo y Morelos. Miguel Hidalgo era, en el pueblo de Dolores, una especie de Tata Vasco. Empleó su método para educar y formar, bebió de su ejemplo, captó su atractivo.

En esa tradición, que se siente y que está viva en Michoacán, creció y se desarrolló el estadista de la Revolución mexicana. La vocación organizadora y la sensibilidad social de Lázaro Cárdenas se nutren tanto de las ideas políticas occidentales modernas cuanto de la vida y la obra ejemplares de Tata Vasco, que tanto hizo por aquella región. Por algo en Michoacán sólo se les llamó *Tata* a Vasco de Quiroga y a Lázaro Cárdenas. Lo que mantuvo a Cárdenas en íntimo contacto con las necesidades concretas de la gente fue su conocimiento práctico de la vida en las pequeñas comunidades y su preocupación constante por contribuir prácticamente a mejorarla: introducía cultivos en las regiones propicias, aconsejaba determinadas crías donde mejor podían desarrollarse, fomentaba en cada sitio la producción de aquello que con más eficacia podía elaborarse allí.

Basta recorrer Michoacán para advertir, por todas partes, la presencia viviente de Vasco de Quiroga, no sólo en las artesanías y en los

edificios, sino en la memoria de los hombres. En esa fuente, que sigue brotando, bebió sin duda Cárdenas y enriqueció su propio sentido concreto de la importancia de organizar eficazmente las cosas más pequeñas para que puedan funcionar las más grandes. Pero acaso la huella más honda y trascendente de don Vasco esté en su reconocimiento de la dignidad de la persona de los indios y en Cárdenas esa noción de la dignidad de los indígenas se extendía a la de cada ciudadano y, por su puesto, a la dignidad nacional, que salvaguardó con la misma convicción que ponía en la atención a las mínimas necesidades de las más pequeñas comunidades.

La vigencia de Vasco de Quiroga es obvia, también, en la labor educadora de José Vasconcelos. Las misiones culturales que iban a los poblados a promover el desarrollo de la comunidad son una expresión reciente del espíritu que orientó la magistral experiencia organizativa del obispo de Michoacán.

Vasco de Quiroga no es, pues, una figura de cera del museo novohispano del siglo XVI sino un hombre actual, indispensable para el futuro inmediato de México, en tanto que organizador lleno de imaginación creadora, eso que tanta falta nos hace en la actualidad.

¿Qué son y cómo funcionan los pueblos de Santa Fe de Vasco de Quiroga? El objetivo fundamental es que los naturales lleven una vida ordenada “trabajando y rompiendo la tierra” para que “de su trabajo se mantengan”.⁶⁰ Las tierras son bienes comunales, explotadas en usufructo: “Cosa alguna raíz no puede ser enajenada nunca”, ¿no se evoca de inmediato, acaso, la condición inalienable del ejido en nuestra legislación contemporánea? Para aprender el oficio del campo, dice Quiroga, los niños deben hacerlo “a manera de regocijo, juego y pasatiempo”. La jornada de trabajo es de seis horas (un ideal que, en la sociedad con-

⁶⁰S. Zavala, “La ‘Utopía’ de Tomás Moro en la Nueva España”, en *Recuerdo de Vasco de Quiroga*, México, 1965, p. 12.

temporánea, se ha pospuesto para la “Edad de Oro” de un futuro nada preciso). “Los frutos del trabajo común se reparten entre todos según lo que cada uno, por su calidad, necesidad, manera y condición lo haya menester para sí y su familia”.⁶⁴ La comunidad es autosuficiente: además del trabajo agrícola y del aprendizaje de un oficio de libre elección, crían ganado, hilan y tejen su lana, abastecen de leña y de materiales de construcción a las ciudades, hacen su propio pan y proveen a los ancianos y enfermos con los alimentos excedentes. En los hospitales de Quiroga no hay esclavos, lo que no es poca diferencia con la *Utopía* de Moro. El gobierno de los hospitales se funda, más que en los Concejos de los utópicos, en el régimen de los ayuntamientos españoles, es decir, en la auténtica tradición más arraigadamente democrática y libertaria de España.

El ideario de Quiroga, resumido en las *Ordenanzas* para los pueblos-hospitales de Santa Fe, abarca la comunidad de bienes; la integración de familias; la participación de los habitantes de las ciudades en el trabajo del campo: la incorporación de las mujeres, en igualdad de condiciones, al trabajo común; la jornada de seis horas; la distribución de los productos del trabajo de acuerdo con las necesidades; el abandono de los oficios que no fueran útiles y, en consecuencia, la exclusión del lujo, y, por último, la magistratura familiar y electiva. Es interesante consignar la acepción de la palabra “hospital” aplicada a estos “pueblos” organizados por Quiroga: la palabra alude a la noción de “hospitalidad”, de “hospedaje”, de servicio y buen acogimiento prestado a quienes lo requieren y, por supuesto, a los ancianos, enfermos y desamparados.

Cuando Alfonso Reyes se pregunta por el verdadero sentido de la obra social de Vasco de Quiroga, advierte: “Vasco de Quiroga encuentra

⁶⁴*Ibidem*, p. 20.

la idea platónica de la república perfecta, como en comprimido, en la *Utopía*, y la transporta y vincula de hecho en nuestra América, campo que siempre pareció propicio a los renacentistas para nuevos ensayos en busca de una sociedad más feliz”.⁶² Habría que matizar y reconocer que don Vasco no copia: fecunda. La utopía se realiza y aun se perfecciona en la realidad novohispana de Quiroga.

Si el modelo de organización económica y social implantado por don Vasco se hubiera extendido más allá de los límites de una región al resto del territorio, seguramente la sociedad colonial habría configurado una estructura más integrada y el paso a la independencia política habría sido menos traumático. Cuatro siglos después, el mensaje de aquellas comunidades autosuficientes, capaces de cubrir sus necesidades con el propio trabajo productivo, dentro de un régimen de libertad, seguridad económica y pleno empleo, tiene todavía mucho que decirnos. “...Con dificultad se podrá hallar otra cosa más pía... ni más necesaria...” dejó dicho en su *testamento* don Vasco de Quiroga. Y habría que retomar ese mensaje si nos proponemos, en serio, aprovechar lo poco que tenemos —la riqueza de nuestra pobreza— para construir un país racional donde todos podamos trabajar, comer y vivir decorosamente.

APUNTES PARA UN MODELO MEXICANO DE DESARROLLO

Sólo me propongo apuntar algunos elementos imprescindibles en una política destinada a satisfacer, a través del empleo, un mínimo de necesidades vitales de la población: así como el salario “mínimo” no es la riqueza, así este esquema se limita a asentar puntos de partida y suge-

⁶²A. Reyes, *Última Tule*, México, 1942, pp. 159-160.

rir las tendencias de lo que podría llegar a ser, eventualmente, el despliegue estructurado de un modelo de desarrollo.

Los presupuestos para ese modelo no exigen cambios *radicales* en la organización económico-social ni en el sistema político. Bastaría, para ponerlo en práctica, con aprovechar lo que ya existe imprimiéndole, en determinados puntos críticos, un impulso suficiente para transformar la inercia en dinamismo y energía creadora.

1. *El crecimiento demográfico* es el dato central del que tiene que partir una estrategia realista. No se trata ya de felicitarnos alegremente, como muchos sociólogos hacían hasta hace poco, del crecimiento desmesurado de nuestra población confiados, acaso, en aquel *slogan* socialista según el cual “el hombre es el capital máspreciado”. Porque lo es, en efecto, no tenemos derecho a comprometer la suerte de las próximas generaciones con una incontrolada proliferación que, a la larga, no multiplicará las oportunidades de vida sino la escasez, la desnutrición y la muerte.

Importa el hombre, el de *aquí y ahora*, y el del futuro inmediato, aquel cuya suerte todavía puede preverse a mediano plazo. No podemos dilapidar recursos naturales que son patrimonio de los que estamos viviendo y de los que van a vivir mañana. El manejo de los recursos naturales tiene que ser inteligente y escrupuloso: no hay que ver sólo los árboles sino también el bosque: no se pueden arriesgar soluciones a mediano plazo por soluciones a corto plazo. Pero, entiéndase bien: no se trata de optar sino de *integrar*. Lo que hagamos por el beneficio del hombre de hoy tiene que concatenarse con el bienestar del de mañana. Vivir bien hoy significa vivir mejor y más armónicamente mañana. No se trata de sacrificar a las generaciones presentes por las futuras, sino de empezar a resolver *ahora* las necesidades de *ahora*, dentro de un proyecto global que atienda, ya, a las necesidades de mañana.

En los últimos 50 años, la población ha crecido cuatro veces. Si para 1980 el cálculo oscila entre 69 y 73 millones, cifras entre 126 y 155

millones penden sobre nosotros, amenazantes, para el año 2000 si se mantiene, como es previsible, el ritmo actual de crecimiento. La población del país está constituida por una mayoría de jóvenes y niños y esto se traduce en la proporción de cuatro desempleados por cada ciudadano activo y empleado:⁶³ el ritmo del desempleo tiende a multiplicarse, como la concentración de habitantes en las ciudades grandes y medianas, especialmente en la capital de la República. ¿Cómo podemos sentarnos a esperar tranquilamente a que se cumpla ese aterrador pronóstico de 31 millones de habitantes para el Distrito Federal en el año 2000, pronóstico que no ha sido formulado por ningún adivino, ni por algún profeta apocalíptico sino por quienes manejan los datos reales y sus consecuencias previsibles?⁶⁴

⁶³El Consejo Nacional de Población calculó que, en 1978, la población total del país era aproximadamente de 66 millones de habitantes. Si la mitad tenía menos de 15 años, quedan 33 millones de mexicanos mayores de esa edad. Considerando que aproximadamente el 50 por ciento de esta población son mujeres y el otro 50 por ciento varones, resulta que la población económicamente activa masculina era de 16.5 millones. Si tomamos en cuenta, por otra parte, que sólo el 19 por ciento de la fuerza de trabajo femenina está empleada, habría que agregar 2.5 millones de mujeres ocupadas. La población económicamente activa, sumando hombres y mujeres, sería de 19 millones de habitantes. Descontando de esa cifra el total de desempleados y, considerando las estimaciones de subempleo de la mano de obra ocupada, la población económicamente activa ocupada efectivamente fue de entre 15 y 16 millones de personas aproximadamente.

En consecuencia, la tasa de dependencia económica, es decir, la relación entre la población total del país y la población económicamente activa ocupada es de 4 a 1.0, dicho en otros términos, por cada mexicano que trabaja, hay cuatro que no lo hacen.

⁶⁴Pongo los datos al día: entre 1940 y 1990, la población del país habrá crecido casi cuatro veces y media. En efecto, en 1980, el censo arrojó una cifra de 69.5 millones, pero con la disminución de la tasa de crecimiento, para el año 2000 será superior a los 100 millones. La población joven del país hace abrumadora mayoría: para 1990, más de 30 millones tendrán menos de 15 años; para el año 2000, los menores de 30 años representarán cerca del 60 por ciento de la población total. En consecuencia, la tasa de dependencia económica no cambiará: por cada mexicano que trabaje, cuatro no lo harán. En cuanto a la concentración urbana en la Ciudad de México, los pronósticos se han modificado muy poco: en 1989, se calcula que dentro de 10 años habitarán en la zona metropolitana más de 27 millones de personas. (Cfr. Consejo Nacional de Población, *México demográfico*, 1988; e INEGI, *Cuadernos de Información Oportuna*, núm. 192, marzo de 1989).

Cualquier modelo que se pretenda racional tiene que fundarse, necesariamente, en una política demográfica estructurada e integrada a la política global del país. Sólo con esa integración dentro de un modelo de desarrollo pueden producirse resultados importantes y modificar efectivamente las tendencias espontáneas al desbordamiento demográfico.

2. Del dato primordial (crecimiento demográfico) se desprende el imperativo de *una política de creación de empleos*. En México, desarrollo es sinónimo de ocupación. Aunque la productividad del trabajo industrial es mucho mayor que la productividad del trabajo agrícola (gana mucho más un obrero que un campesino) es evidente que la creación de un empleo en el campo es mucho más barata que la creación de un empleo en la industria. Aproximadamente la mitad de la población total habita las zonas rurales.⁶⁵ Una política de creación de empleos tiene que centrarse entonces fundamentalmente (aunque no exclusivamente) en el fortalecimiento de las actividades primarias (agricultura, ganadería, avicultura, pesca, piscicultura, etcétera) que no sólo crean empleos sino también en su mayoría generan alimentos. La producción de alimentos es, pues, el tercer dato clave para un modelo y el segundo

⁶⁵En 1980, 51.7 por ciento de la población total del país se concentraba en localidades mayores de 15,000 habitantes. El 39.9 por ciento en localidades de 1 a 4,999 habitantes. El 5.3 por ciento en localidades de 5,000 a 9,999 habitantes; y, el 3.1 por ciento en localidades de 10,000 a 14,999 habitantes.

Se calcula que, para 1990, la población urbana representará el 71.3 por ciento y la rural será de 28.7 por ciento. Pero el criterio que se emplea para distinguir una de otra es discutible: se consideran rurales las localidades menores de 2,500 habitantes. Si se asume, en cambio, que son rurales todavía las poblaciones de hasta 15,000 habitantes, el porcentaje varía significativamente. De acuerdo con Alejandro Rodríguez y Grajales ("De lo rural a lo urbano", en *México: 75 años de Revolución, Desarrollo Social I*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 1988), el 3.6 por ciento de la población se concentra en localidades de 10,000 a 15,999; el 5 por ciento en localidades de 5,000 a 9,999; y el 36 por ciento en localidades de menos de 5,000. Bajo ese criterio, podría concluirse que, a la fecha, entre el 40 y el 44 por ciento de la población es todavía rural.

objetivo de una política global para un desarrollo realmente adecuado a nuestras necesidades.

3. ¿Cómo puede alentarse la *productividad del campo*? Desde luego inyectándole un poderoso flujo de capital para lograr una reorganización de la producción. Volver parte de nuestro petróleo inversión productiva en el campo no sólo sería una medida de justicia histórica sino de racionalidad económica.⁶⁶ Es necesario, además, consolidar la política de *precios de garantía*, cuidando de su aplicación con la más estricta honestidad. El complemento de los precios de garantía es un adecuado *sistema de almacenamiento* que sirve para regular las existencias de los productos alimenticios en el mercado y para mantener a un nivel razonable los precios al consumidor. Recalco que ambos procedimientos se aplican y que se trata de multiplicar su eficacia vigilando que funcionen para el servicio y beneficio de los productores y no de los intereses y el lucro privados. Y no se trata de sermoneo moralizante sino de imperativos de sobrevivencia para todos.⁶⁷

⁶⁶Aunque ha transcurrido una década, está vigente el sentido de esa afirmación: el petróleo, que pudo servir para inyectar capital al campo, se empleó para pagar la deuda, prorrogando 10 años los rezagos acumulados. En efecto, el gasto destinado al sector agrícola en lo que va de esta década, se ha reducido sensiblemente, pasando del 19 al 5 por ciento entre 1980 y 1988. Por lo demás, si en 1980 la banca destinó el 15 por ciento de sus créditos a la actividad agropecuaria, para 1988 ese porcentaje disminuyó en una tercera parte, mientras que los recursos ofrecidos a la industria aumentaron. (Cfr. Jaime de la Mora, Ponencia presentada en la II Reunión Nacional de la Banca, 4 de agosto de 1989). No teniendo por lo pronto el problema de seguir transfiriendo recursos al exterior, hay que insistir: buena parte del capital recuperado debe invertirse en el campo. Y algo más: ese capital sólo debiera ser mexicano y conducido por el Estado. Mientras no cambie la forma de propiedad de la tierra —y cambiarla sería un gran error de visión histórica— no hay otra opción.

⁶⁷A modo de ilustración de lo anterior, transcribo un ejemplo concreto consignado por Russell L. Ackoff en *Un nuevo enfoque a la planeación del desarrollo nacional*, México, 1978:

“Uno de los propósitos por los cuales se creó Conasupo fue elevar el ingreso de los campesinos. Para este fin se inició un programa de precios de garantía. Antes de que se sembraran el maíz, el trigo y el frijol, Conasupo divulgó los precios a los que compraría

Una política alimenticia no sólo incluye estrictamente el renglón *alimentos*, sino también la materia prima para la industria y la exportación de productos agropecuarios. Ahora bien, la exportación depende del 16 y medio por ciento de los predios agrícolas en todo el territorio nacional, que producen el 80 por ciento del valor total de la producción. Esos predios cuentan con el 66 por ciento de la superficie de labor, el 97 por ciento de la superficie de riego, el 80 por ciento del valor total de las tierras y del ganado, y el 92 por ciento del valor de la maquinaria agrícola. La otra cara de la moneda: el 83 por ciento de las tierras producen el 21 por ciento de los productos, ya que sólo cuentan con el 44 por ciento de las superficies de labor, el 3 por ciento de la superficie de

el gobierno si las cosechas reunían ciertas normas mínimas de calidad. Los precios eran más altos que los que normalmente pagaban los compradores locales. Éstos, en general, eran comerciantes ricos que constituían la única fuente de provisiones en la zona, así como de dinero (para prestarlo a tasas exorbitantes) con el cual adquirir mercancías: eran los únicos que poseían camiones para transportar los productos a los mercados, y eran líderes locales del partido político gobernante, el PRI. Por estas razones se vieron seriamente amenazados por el programa de precios de garantía de Conasupo.

"Conasupo instaló un gran número de agencias compradoras, a donde los campesinos podían llevar sus productos. Siguiendo los lineamientos dictados por la práctica del compadrazgo, se les pidió a los caciques que nombraran a los candidatos para ocupar el puesto de agente. En general se eligieron los candidatos de los caciques. Al comenzar el programa, muchos campesinos llevaron ansiosamente sus pequeñas cosechas a las agencias de Conasupo. Los encargados inspeccionaron los productos y casi siempre declararon que no reunían las normas mínimas de calidad y, por lo tanto, los rechazaron. A los campesinos no les quedó entonces otra alternativa que llevarles su producción a los caciques, quienes, sabiendo que había sido rechazada por los agentes, aparentaron indecisión para comprarla. Finalmente compraron, pero a un precio inferior al antiguo no sin amonestar a los campesinos respecto al costo de la deslealtad.

"Al retirarse los campesinos, más pobres y regañados, los caciques llevaron los productos comprados, a las agencias donde habían sido rechazados, y allí los vendieron al gobierno a un precio mucho más alto del que pagaron. Por este servicio, los encargados fueron recompensados convenientemente. Los caciques y los agentes prosperaron durante muchos años, hasta que un nuevo administrador de Conasupo decidió hacer algo al respecto. Así, pues, aun los programas muy bien intencionados pueden tergiversarse por la corrupción, y tal tergiversación, a su vez, entorpece el desarrollo".

riego, el 20 por ciento del valor total de las tierras y el ganado, y el 8 por ciento del valor de la maquinaria agrícola.⁶⁸

¿Qué se desprende de estos datos muy generales pero muy significativos? *Advierto que no se trata de enfocar ideológicamente el fenómeno de concentración de la riqueza en el campo.* Se trata de un hecho concreto que, de no resolverse eficazmente, será de consecuencias explosivas. El hecho de que las mejores tierras se dediquen predominantemente a productos para la exportación (café, hortalizas, algodón, frutas, tabaco, ganado etcétera) significa ciertamente un beneficio (indudable para los propietarios y relativo para el país). Pero, aun en el mejor de los casos, si esas divisas se emplearan en la importación de equipos y tecnología sofisticada, lo que estaríamos haciendo sería importar desempleo porque esa tecnología, fundada en el capital más que en la mano de obra, engendra desempleo o, si quiere decirse positivamente, genera muy pocos empleos. No obstante, las divisas son importantes y, en todo caso, hay que cuidar muy bien de su inversión. Por otra parte, “Hoy en día somos deficitarios en granos, en verduras, frutas, oleaginosas y desde luego en productos pecuarios... Así en 1975 se importaron 757

⁶⁸F. Serrano Migallón, *Agricultura e inflación*, México, 1978, p. 78.

Los rezagos en la inversión, en la comercialización y en la estructura de precios han subrayado, lamentablemente, la dependencia alimentaria del país. Si en 1975 se importaron 757 millones de dólares en productos alimenticios, para 1988 la cifra había aumentado a 3 mil millones de dólares: más de cuatro veces. Esa cifra incluye 6'774,000 toneladas de básicos (de los cuales 3'302,000 toneladas fueron de maíz, y el resto de trigo, frijol, sorgo y soya), alimentos en cuya siembra México ocupa, para el ciclo primavera-verano de 1989, más de 11 millones de hectáreas. La exportación, que sumó también algo más de 3,000 millones de dólares en 1988, se formó principalmente con café, hortalizas, legumbres y frutas; productos que exigen una mayor tecnología. Es decir: las tendencias que se apuntaban hace 10 años no sólo se han mantenido, sino que arrojan ahora cifras aún más preocupantes. (*Cfr. Boletín de Información Oportuna del Sector Alimentario*, INEGI, junio de 1989).

millones de dólares en productos alimenticios, incluyendo 3 millones de toneladas de cereales”.⁶⁹

Concretando: el país no está produciendo el volumen de alimentos indispensable para su población. Es obvio que hay que fortalecer con créditos al 83 por ciento de las tierras cuyas condiciones de producción acabamos de consignar. Y ese crédito tendrá que ser, según lo sugiere la experiencia, crédito *público*, lo que supone, necesariamente, *un fortalecimiento de las finanzas del Estado*. Hace falta, además, la creación de un régimen de seguridad agrícola, que abarque lo mismo a los distritos de riego que, y sobre todo, a la agricultura de temporal. Se impone una política de revitalización ejidal, que incluya la consolidación de los ejidos existentes y el fomento de otros nuevos, así como de cooperativas de producción agropecuaria, en aquellas regiones donde la atomización de la tenencia de la tierra así lo requiera.

Para llevar a cabo las políticas antes mencionadas sería indispensable que, por encima de las formas de propiedad de la tierra y cuidando de no violentarlas, estuviesen las finalidades que el sector primario tiene que jugar en los momentos actuales. Una de las soluciones aplicables sería la exploración de las diversas combinaciones de asociación posibles entre ejidatarios, entre ejidatarios y minifundistas, y entre auténticos pequeños propietarios y las agrupaciones ejidales. En suma, se trataría de crear unidades de producción funcionales manejadas con eficacia, capaces de operar de acuerdo con las técnicas agrícolas y de administración, por lo menos las más elementales y con conocimiento de la producción y del mercado. Con ello, además comenzaríamos a controlar *realmente* el proceso inflacionario.⁷⁰

⁶⁹E. Serrano M., *op. cit.*, p. 25.

⁷⁰La inflación se ha controlado a través de la busca de una nueva estrategia de crecimiento, cuya instauración obligó, primero, a una fuerte contracción del gasto público y de la demanda en general; segundo, a corregir los costos en la producción de bienes manufacturados y de los servicios: los costos de la vida urbana; y, finalmente, a contener

4. La explotación intensiva y racional de los recursos naturales, para emplear a la población y alimentarla, se apoyaría con una estrategia de *fortalecimiento de la autosuficiencia de las pequeñas comunidades*.

México sigue siendo un país de pequeñas comunidades, a pesar del fenómeno de la concentración demográfica en las grandes ciudades. Hay 96,000 comunidades con menos de 2,500 habitantes.⁷⁴ México es

las inercias que quedaron después de años de inflación, sobre la base del pacto corporativo que el Estado construyó antes. En ese pacto han colaborado los campesinos, representados por sus organizaciones políticas, compartiendo una vez más las consecuencias de errores que los campesinos no cometieron.

Esa participación obligada por las circunstancias tiene que revisarse, pues el éxito de la asociación entre ejidatarios, minifundistas y pequeños propietarios no depende sólo de la voluntad, o del uso de nueva tecnología, sino de las posibilidades reales de ganar dinero en cada cosecha. Si en el medio urbano industrial se ha impuesto el realismo a pesar de todo, ¿por qué no en el campo? En el extremo, hay dos caminos: o se mantiene la actual estructura de precios, en cuyo caso habría que subsidiar la vida en el campo por otros medios, para intentar la independencia alimentaria; o se libera, aunque sea gradualmente, pensando en una franca competencia internacional, y a sabiendas de que nuestros rezagos en materia de tecnología y de experiencia gerencial nos llevarán a modificar radicalmente el patrón de cultivo, y a importar cada vez más cereales, a cambio de productos de mayor rentabilidad. En otras palabras: o se producen básicos subsidiados para ganar independencia, o se libera a los campesinos de los controles a los que están sometidos por la combinación de créditos caros y precios baratos, conscientes de que ganar experiencia para competir con los costos de otros países tomará tiempo. O, aun, ambas cosas a la vez, si el Estado toma la decisión de invertir la fórmula que ha prevalecido hasta ahora: que la ciudad pague al campo algo de lo mucho que le debe, haciendo de la siembra una empresa rentable. Lo que no debe aceptarse es la prolongación indefinida del atraso, suponiendo otra vez que el crecimiento industrial resolverá los problemas. El campo exige una estrategia distinta. (Cfr. *Perfiles del Programa de Gobierno*, IEPES, PRI, 1988).

⁷⁴El Censo de 1970 reveló que 83,705 localidades tenían menos de 500 habitantes y que 12,305 tenían entre 500 y 2,500 habitantes. Es decir que 96,010 localidades del país tenían menos de 2,500 habitantes. En ese año en las localidades de menos de 500 habitantes vivían el 17.33 por ciento de la población. En las poblaciones de entre 500 y 2,500 habitantes vivía el 30 por ciento de la población.

El Consejo Nacional de Población ha calculado que, en 1978, 9 millones de mexicanos, es decir, el 14 por ciento vivía en localidades de menos de 500 habitantes (Consejo Nacional de Población, *México demográfico*, brevarios de 1975 y 1978).

Ya se ha dicho que para 1990, se calcula que en las comunidades menores de 5,000 habitantes vivirá el 36 por ciento de la población total del país: 6 por ciento más que 20

muchos Méxicos y cada uno de esos Méxicos (cada región) está hecho, a su vez, de una dispersión de pequeños núcleos con características propias. El criterio ha sido incorporarlos al ritmo de un progreso marcado por el ideal y la imagen de la sociedad industrial y del Estado nacional. Los esfuerzos que ha invertido el Estado para llevar a remotas comunidades ubicadas en la montaña o en la selva la energía eléctrica, las obras hidráulicas, la salubridad, la educación, han sido realmente descomunales. Pero ese esfuerzo, que no vacilo en calificar de épico, no ha podido conseguir la integración: la geografía y la tradición han prevalecido sobre la voluntad política y las pequeñas comunidades subsisten.

Y no sólo subsisten, sino que han engendrado con mayor o menor éxito sus condiciones, rudimentarias si se quiere, de sobrevivencia. Si la realidad ha sido reacia a dejarse acomodar en el lecho de Procusto del modelo occidental, ¿no será hora de adaptar nuestro esquema a esa realidad? ¿No habrá sonado la hora de respetar esa realidad y de volverla operante para beneficio de todos?

Dos tradiciones muy ligadas a nuestro desarrollo histórico contribuirían al fortalecimiento de las pequeñas comunidades: el federalismo y el municipio libre. Ya hemos visto cómo se implantó el federalismo hasta llegar a arraigarse como uno de los sustentos ideológicos claves de nuestro sistema político. Pero federalismo es *descentralización* y es ese aspec-

años atrás. Se estima, en consecuencia, que esas comunidades alcanzan actualmente la cifra de 120,000, dispersas por todo el territorio nacional. (*Cfr. Perfiles del Programa de Gobierno*, IEPES, PRI, 1988). Lo que deja ver que, en México, ha habido una relación directa en el binomio concentración y dispersión: mientras más crecen las ciudades, paradójicamente, más se dispersa la población rural. ¿Por qué? Quizás porque entre ambos extremos no ha mediado ninguna política eficaz que ofrezca servicios intermedios. Por lo demás, ¿no evidencian esos datos la obstinada presencia de la pequeña comunidad que crece a medida que las grandes ciudades se empeñan en ignorarla?

to el que habría que acentuar ahora para fomentar el respeto a la idiosincrasia propia de regiones, estados y pequeñas comunidades.⁷²

Consignado en la Constitución de 1917, el municipio libre sigue siendo una de las metas esenciales de nuestro perfeccionamiento democrático. La autosuficiencia de las pequeñas comunidades está muy ligada a esa garantía de democracia popular básica. Y no hay que olvidar que el origen histórico de México está unido, a través del cordón umbilical de aquel primer municipio fundado en Veracruz, a la única tradición verdaderamente democrática de la vida política española.

Existe, por otra parte, un fenómeno contemporáneo que es justamente el revés de esta tendencia: el mundo ha transitado del Estado nacional, consagrado en *El príncipe* en el siglo XVI, al Estado continental (Estados Unidos, la Unión Soviética, China, Europa, Canadá). ¿Cómo hacerle frente a estas superorganizaciones transnacionales? No podemos aspirar, es evidente, a participar en igualdad de circunstancias en ese club de gigantes, en esa competencia de pesos completos. Ni recursos, ni territorio, ni vocación nos permite seguir por el camino que conduce a la sociedad industrial: sería consumirse en un esfuerzo inútil puesto que jamás llegaríamos a la meta.

Por un lado somos, aunque imperfectamente, un Estado nacional y por otro, un país de múltiples comunidades pequeñas. La realidad nos ha impuesto un doble modelo. Es el momento de convertir esa dualidad, *conscientemente*, en meta nacional: de volver lo azaroso en racional, lo casual en deliberado: de hacer de la debilidad fuerza.

Un país de comunidades dispersas no es presa fácil ni codiciable. Debemos *combinar* Estado y pequeña comunidad, industria y agricultura, comida y bienestar, nacionalismo e internacionalismo, estrategia y táctica, inteligencia y realismo. Frente a los Gulliveres transnacionales sólo

⁷²Se leerá una ampliación considerable de estas tesis, si se consulta el apéndice 2 de este libro, dedicado a "Los centros integradores y la democracia".

puede ser operante una estrategia de dispersión organizada o, mejor, de organización de lo disperso. Semejante política equivaldría a: 1) desarrollar la estrategia de la comunidad agroindustrial, combinando iniciativa pública, privada y social; 2) ir configurando el modelo industrial de acuerdo con una tecnología intermedia, que aproveche al máximo equipo-trabajo, energía natural y recursos propios; 3) fluctuar flexiblemente entre ambos polos, *de acuerdo con la coyuntura internacional*.

Un modelo fundado en la organización de la pequeña comunidad es una garantía de sobrevivencia. El tiempo se viene encima y no podemos darnos el lujo de seguir perdiéndolo. Un modelo realista no es solución mágica ni panacea: se trata de encontrarnos con nuestra propia identidad de país pobre pero con todas las potencialidades para manejar inteligentemente aquellos aspectos de esa pobreza que pueden redundar en el bienestar de la mayoría de la población. El camino de la industrialización a ultranza sí sería la utopía y, a la larga, la quiebra: un modelo mexicano, configurado sobre nuestras dimensiones, no nos quedaría grande y sería la única salida práctica del callejón.

5. El doble modelo parte de las necesidades de México, pero tomando en cuenta, por supuesto, el sistema económico internacional. Pretende resolver nuestras principales carencias, pero sin desatender el hecho de que vivimos en un mundo cada vez más interdependiente. El orden internacional está "planeado" para mantener los desniveles existentes. La ciencia y la tecnología más desarrolladas tienden a acen-tuarlos. Hay que trabajar, pues, en los dos niveles: la política y el comercio exterior de México deben coordinarse al máximo con la política interior y *reflejarla*, buscando reducir al mínimo las fricciones con el exterior. Naturalmente, esto implica una concertación doméstica primordial.

Los principios fundamentales de nuestra tradicional política exterior: autodeterminación de los pueblos, no intervención, amistad con

todos los países del mundo, solución pacífica de las controversias, son lo suficientemente amplios y generales como para poder sustentar una diplomacia dinámica que se proponga esencialmente la diversificación de mercados y una pluralidad que refleje, en nuestras relaciones exteriores, la pluralidad del modelo democrático interno.

Hay que tomar en cuenta que la organización máxima de un sistema (en este caso los centros altamente desarrollados del mundo) supone la desorganización de los alrededores (en este caso los países menos desarrollados). Sin pretender aplicar mecánicamente un principio de la termodinámica a los fenómenos de la sociedad humana, no puede negarse que se advierte cierta analogía entre la tendencia entrópica del mundo físico y un fenómeno que se repite en el mundo socioeconómico: la integración creciente de los países desarrollados a expensas, en buena medida, del deterioro de los países subdesarrollados.⁷³ Es un dato que no se puede desconocer. La política exterior y las relaciones internacionales no son, sin embargo, fatalidades irreversibles sino que toleran cierto margen de elasticidad y allí es donde entra el arte de la diplomacia, que puede propiciar una reducción al mínimo de las fricciones que contribuirá a consolidar, lejos de estorbar, a la política interna y a la aplicación racional de un nuevo modelo.

El petróleo es un capítulo esencial en cualquier proyecto de modelo, puesto que se trata del máspreciado de nuestros recursos naturales y del máximo recurso estratégico del mundo en este momento. La política petrolera de México tiene que estar encaminada al apoyo de las finalidades de un modelo coherente de desarrollo. El petróleo es el

⁷³Véase, para una explicación detallada de esta hipótesis que explora las manifestaciones de la entropía en el mundo social, *Hombre y entropía*, de Eduardo Césarman, México, 1974. Una aplicación de la segunda ley de la termodinámica a la economía se encuentra en N. Georgescu-Roegen, *The Entropy Law and the Economic Process*, Cambridge, Mass., 1971. Del mismo autor, "Energía y mitos económicos", en *El trimestre económico*, México, octubre-diciembre, 1975.

gozne del tránsito entre la sociedad que vivimos y la sociedad que queremos en el año 2000. Ninguna decisión relativa al petróleo puede depender del azar.⁷⁴ Hay que cuidar del manejo circunspecto y altamente racional de nuestro máximo recurso energético: simultáneamente al empleo de la energía petrolera y de las últimas reservas mundiales de petróleo, el mundo está manejando el difícil, complejo y muy caro recurso de la energía nuclear *con el objeto de ahorrar energéticos al máximo* puesto que se prevé un vacío de recursos de energía en el mundo (que no se sabe aún cómo podrá llenarse) entre la energía natural, la energía nuclear y otras fuentes imprecisas todavía que la ciencia no logra determinar. No se conoce tampoco, con precisión, cuánto tiempo durará ese vacío y, por tanto, lo indicado es ahorrar al máximo nuestra reserva de petróleo.

Por otra parte, parece que el camino de la energía nuclear no será el definitivo. En todo caso, la ciencia contemporánea no lo sabe todavía. No se trata, entonces, de invertir un enorme esfuerzo en crear tecnología nuclear propia cuando no sabemos, insisto, cuál va a ser el camino a seguir. ¿No saldría más barato comprar esa tecnología, que se supone provisional, que ponernos a construirla?⁷⁵

El sentido común indicaría la conveniencia de formar grupos de técnicos especializados en prospectiva científica que se dediquen a

⁷⁴Entre 1980 y 1982 se jugó al azar y perdió el país. Ahora ya no se trata de una especulación: la experiencia ha mostrado que con el petróleo no cabía el juicio ligero. Por eso, con mayor razón, subrayo ahora la necesidad de cuidar su empleo racional. Aunque ese recurso perdió, lamentablemente, la fuerza que pudo tener como gozne del paso hacia el futuro, todavía sostiene buena parte del crédito mexicano en el exterior.

⁷⁵Es el caso de Laguna Verde, que puso en marcha en 1988. "Resuelto" ese punto el problema es otro: las dudas de un segmento de la opinión pública sobre la calidad y los riesgos de esa planta y, en particular, acerca de la aptitud de los técnicos mexicanos para operarla. Aunque el asunto no es menor, porque tiene que ver con la confianza, pienso que lo importante sigue siendo la investigación seria de las fuentes alternativas, para no volvernos a rezagar mientras se discute alrededor de una planta que, apenas inaugurada, era ya obsoleta.

detectar los caminos por los que va a transitar el mundo para disponer de esa información lo antes posible y al menor costo. Hace falta, además, contar con grupos de científicos que nos ayuden a crear tecnologías de ahorro de energéticos. El desarrollo, en todas sus manifestaciones, tiene que fundarse en tecnologías que, creando trabajo, ahorren energía.

Hay que tener presente desde ahora, en resumen, varios niveles: los que suponen la solución de problemas inmediatos y nuestra correlación con el exterior y, a la vez, la construcción paulatina de la sociedad más armónica, más justa, más libre, más racional, más democrática, más humana que deseamos para el futuro. La política de recursos debe atender las prioridades del corto y del mediano plazo.

Claro que podríamos demandar y debemos pugnar ciertamente para que se reordene el desordenado orden económico internacional; para que se restaure un sistema financiero mundial en el que todos los países sepan a qué atenerse; para que se redefinan las finalidades de los organismos internacionales cuya sustancia y composición ha variado considerablemente desde el término de la Segunda Guerra Mundial; para que la ciencia y la tecnología se manejen a través de las Naciones Unidas, en beneficio del desarrollo de todos los pueblos del mundo y no exclusivamente en favor de las grandes potencias; para que se establezcan límites internacionales en el empleo irracional e injusto de los recursos naturales del mundo por parte de los países adelantados; para que se controle internacionalmente la actividad depredadora de las agencias transnacionales; para que se controle, a nivel mundial, ese pavoroso flagelo que es la inflación, exportado por los países adelantados, a través de su comercio exterior y sus tecnologías, a los países menos desarrollados.

Podemos y debemos pugnar por todo ello y todo ello es parte de los fines de nuestra política exterior. Pero ¿hasta dónde depende su realización de nuestras peticiones o, lo que es lo mismo, de nuestros bue-

nos deseos? ¿Hasta dónde *podemos*? Lo que sí *podemos* es confiar menos en las declaraciones verbales y más en la actuación eficaz, en el terreno doméstico, donde la medida de los resultados sí puede depender de la medida de nuestro propio esfuerzo.

6. Resulta evidente que *una inercia de viejos lastres es peso muerto que tiende a frenar cualquier intento de transformaciones* en el proyecto nacional. Russell L. Ackoff advierte en un breve trabajo que ya he citado (véase nota 67) lo que él denomina “obstáculos culturales críticos para el desarrollo de México”: la corrupción, el paternalismo, el compadrazgo, el conformismo y la pérdida de tiempo. La corrupción bastaría para desviar y confundir los esfuerzos mejor intencionados para aplicar un diseño racional de desarrollo. Si a ese vicio primario de nuestro sistema se añaden los otros cuatro, las perspectivas reales de cambio parecen tambalearse. Sólo una conciencia arraigada de la responsabilidad de cada ciudadano puede oponerse a la tendencia infantil a delegarla en la autoridad indiscutible de las decisiones ajenas, siempre que quien las tome ocupe un sitio más elevado en la jerarquía; la distribución de los cargos fundada en “a quien conoce uno” más que en “lo que uno conoce” resulta funesta para la eficacia del sistema; la preferencia de la “conformidad” con la “voluntad disfrazada del padre”, sobre la creatividad que suele confundirse con deslealtad sería, afirma Ackoff, el cuarto obstáculo que, junto con una tendencia a valorar más las apariencias que las realidades más, por ejemplo, “el tiempo que se pasa en el trabajo... que la cantidad de trabajo realizado”, cierra el círculo del inmovilismo.

Para hacer aplicable un modelo práctico de desarrollo hay que empezar por modificar a fondo tales tendencias. Hay que combatir, por una parte, un pesimismo conservador que busca mantener el *statu quo*, alegando la imposibilidad absoluta de modificar vicios tradicionales de nuestra sociedad y el criterio del “así ha sido siempre y así será”. Y hay

que renunciar, también, a un optimismo “milagrero” que coloca todas las esperanzas en una revolución improbable, ubicada en un impreciso y utópico futuro, que curaría mágicamente todas las debilidades de la naturaleza humana a la vez que las deficiencias de la estructura social y la carencia de recursos naturales. Por otra parte, el cómodo expediente de buscar “chivos expiatorios”, que varían de acuerdo con una y otra corriente, sólo contribuye a desplazar la atención de la esencia de los problemas y a diferir indefinidamente las posibles soluciones reales y prácticas, intemporalizándolas. Con lo cual, por cierto, el tiempo ineluctablemente se nos echa encima.

7. Una *política educativa y de investigación científica y tecnológica* es el principio y la culminación, el cimiento y la cúpula, de un proyecto integral de desarrollo. Se trata de formar a los “cuadros” capaces de conducir el proceso y, a la vez, de informar a la nación, de una manera permanente y sistemática, del proyecto, con el fin de contar con el apoyo consciente de *todos* los sectores sociales. Todos los medios de comunicación de masas —prensa, radio, televisión, cine— coadyuvarían a ese propósito. Sin una lúcida conciencia nacional es imposible movilizar los recursos del país como lo requiere un proyecto integral de tal naturaleza. La ciencia y la tecnología derivada de esa conciencia nacional han de fundarse, integradas al proyecto global, en el recurso del trabajo humano, hecho generador de este modelo. Recursos naturales y humanos, manejados con inteligencia, organización y disciplina tienen que conducir a la máxima dependencia de nosotros mismos y a la mínima del exterior, es decir, a la verdadera independencia política y económica, *fin histórico supremo* al que ha tendido, desde sus orígenes, el pueblo mexicano.

El proyecto, en su aspecto económico, no puede entrar en contradicción con el medio ambiente. Economía y recursos, producción y sistema ecológico no deben contraponerse. Suele pensarse que la apli-

cación inadecuada de tecnologías es la única responsable de la destrucción del medio ambiente. El problema es más amplio: no es sólo técnico sino de objetivos. Si una sociedad busca el consumo masivo, la producción tendrá que ser masiva y se tenderá al agotamiento masivo de los recursos. No es esa nuestra meta. Un modelo como el que aquí se esboza tiene que fundarse en el empleo de una *tecnología intermedia*, acorde con la finalidad de llegar a ser, no una superpotencia, sino una potencia mediana. No es un problema de ideología sino de lógica histórica: de experiencia.

8. Un auténtico modelo mexicano de desarrollo exige *revitalizar el contrato social* que surgió de la Revolución mexicana. Hay que lograr un acuerdo nacional que nos comprometa a todos: hacer de la voluntad nacional de la Revolución la voluntad general del México contemporáneo.⁷⁶

La Constitución, los partidos políticos que coincidan con el proyecto de actualización, los instrumentos e instituciones con los que cuenta el Estado, nuestro sistema federal, todo habría de trabajar al unísono, concertada y organizadamente, por esa finalidad esencial dentro del régimen de libertades y de pluralismo democrático que garantiza la Constitución Política de 1917.

En síntesis:

No podemos seguir avergonzándonos del “reverso del desarrollo”, es decir, del rostro poco presentable del país: el campo. No se trata de mostrar al exterior nuestra cara próspera y limpia y ocultar la otra cara, la de los parientes pobres que preferimos no exhibir en público. Hay que integrar, por fin, los dos rostros de México en un solo rostro y eso sólo podrá hacerse cuando el sector primario se incorpore realmente al esfuerzo nacional. No es un problema de “mala conciencia” sino de

⁷⁶Véase al final de este libro el apéndice 3, “La lección de la elección”, texto escrito inmediatamente después del proceso electoral de julio de 1988.

cobrar conciencia. Hay datos tan violentamente objetivos que no requieren comentario: más de un millón de familias campesinas trabajan sólo de cuatro a cinco meses al año, para obtener un ingreso promedio de menos de 1,200 pesos anuales.⁷⁷

Fortalecer al sector primario implica una política de creación de empleos para la mitad de la población del país. Con ello no sólo se dará de comer a esa población, sino que se frenará la corriente migratoria del campo a las ciudades. Se generarán más alimentos, artículos para la exportación —en el sector de agricultura ya próspera— y materia prima para la industria doméstica. No se trata de un romanticismo “sensiblero” sino de una voluntad política destinada a lograr efectos muy concretos.

Un modelo de desarrollo, para ser efectivamente operante, tiene que partir de esa realidad. Ahora bien, es inaplazable una redistribución del ingreso nacional para modificar el enorme desequilibrio entre el trabajo y el producto del trabajo, entre los ingresos del campo y los de la ciudad, entre las zonas adelantadas del norte y las atrasadas del sur del país.

El fortalecimiento del sector primario y la redistribución del ingreso tienen como objetivo básico el sustento y la ampliación del mercado nacional, indispensable para consolidar al sector secundario. El sector secundario, por su parte, debería descansar cada vez más en una in-

⁷⁷Véase conferencia de Edmundo Flores en el IEPES del PRI, publicada en *El Día* el 9 de octubre de 1965. (Citado por E. Padilla Aragón, *op. cit.*, p. 90).

Con datos más recientes, Gustavo Gordillo ofrece el panorama siguiente: “De los 5.7 millones de personas que en 1980 conformaban la PEA del sector (agropecuario), poco más de un tercio no percibía ingresos y cerca de la mitad restante obtenía sumas inferiores al salario mínimo legal. El salario medio anual de personas ocupadas en el sector agropecuario, comparado con el resto de las actividades económicas del país, tiende aceleradamente a reducirse y mostrarse muy debajo del promedio general” tiende aceleradamente a reducirse y mostrarse muy debajo del promedio general”. (Gustavo Gordillo de Anda, “Análisis económico global del sector agropecuario en los últimos 25 años”, Mimeo, 1989, pp. 9 y 10).

vestigación científica y en una tecnología nacionales: necesitamos máquinas que empleen al mayor número posible de trabajadores, no máquinas que tienden a la automatización, como en los países altamente industrializados. Por supuesto, no me refiero a las *industrias de punta* que, necesariamente, tienen que emplear la tecnología más avanzada. En México, dado el índice de crecimiento demográfico, el capital es el trabajo y progreso tecnológico que no crea empleos sino propicia el desempleo, no es progreso *objetivamente*, sino retroceso.

Se trata, en suma, de fortalecer el poder social del Estado y no su poder coactivo: su función creativa y vitalizadora, no la fuerza; su tendencia dinámica, no la inercia estática; su esencia democrática, no la propensión autocrática.

De todo ello se desprende el *doble modelo*, que busca el equilibrio y la armonía del sector primario y el secundario, el mercado interno y el internacional, la provincia y la capital. En la actualidad, dados nuestros recursos y el nivel de nuestra investigación científica, no podemos, aunque así lo deseáramos, aspirar a construir una sociedad con predominio del sector terciario, es decir, un sistema industrial. En otras palabras: *la Ciudad de México no es, ni puede ser, el modelo de México*.

¿Desde cuándo decimos los habitantes de la capital, con tono de superioridad y satisfacción apenas disimulada, aquello de “Fuera de México todo es Cuautitlán”? Incorporado al acervo de los lugares comunes, nadie sospecha que encierra una gran verdad, sólo que de signo contrario al que se le atribuye. Porque nuestra fortuna es, justamente, que fuera de la Ciudad de México “todo sea Cuautitlán”: todo sea el resto del país que todavía admite la iniciativa y la imaginación indispensable para poner en práctica un modelo de desarrollo distinto.

De acuerdo con Esopo, cuando alguien se jactaba de haber dado un salto increíble en cierta competencia invocando testigos, la gente solía exclamar: *Hic Rhodus, hic saltus* —¡haz de cuenta que estamos en Rodas

y salta!—. Así podríamos responder cuando se nos habla de los saltos notables que, en otras latitudes, han caracterizado a los procesos de desarrollo: “¡Aquí está México: el salto hay que darlo aquí!”. Pero no se trata de dar saltos mortales sino un salto prudente y bien calculado que nos sitúe en el camino hacia un crecimiento equilibrado y armónico de todas las regiones del país y de todos los sectores que integran nuestra población.

La hora del meridiano de Greenwich no es la hora de México: el tiempo que rige nuestro ritmo nacional no es, necesariamente, el que marcan los relojes de Nueva York o de Moscú. Tenemos que medir nuestro tiempo con relojes sincronizados al verdadero pulso de México. Si encontramos ese ritmo, el de nuestra identidad, el salto hacia un futuro viable estará garantizado. Un futuro para todos los mexicanos: ¡Aquí está México! ¡Salta aquí!

Apéndices

Apéndice 1

REFLEXIONES BARROCAS

Apéndice 2

LOS CENTROS INTEGRADORES Y LA DEMOCRACIA

Apéndice 3

LA LECCIÓN DE LA ELECCIÓN

Apéndice 4

UN HOMBRE DE ENTRESIGLOS

Danner González

ENTREVISTA A ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO

realizada al alimón

Juan Vásquez Colmenares y Danner González

Reflexiones barrocas

*¡Ay de la religión o de la sociedad
que no tiene imágenes!*
OCTAVIO PAZ

1. Cuando decimos que el mundo moderno nace con la Reforma hablamos con la verdad, pero esa verdad hay que desarrollarla de inmediato para que no se vuelva trillado lugar común. Toda la porción norte del continente europeo, el mundo anglosajón que vació las iglesias, comienza a introducirse en la historia y a transitar no sin torpezas en el ámbito de la dinámica, de las máquinas, de velocidad creciente de las urbes. En cambio, los países “latinos” van a permanecer en el catolicismo, en la tradición, en la densidad meridional, en la Contrarreforma. Me refiero a España e Italia y a parte de Francia, que es mediación, porque Francia fue desgarrada por las luchas religiosas entre hugonotes y católicos. Será su parte hugonote la que le servirá para ingresar directamente en los tiempos modernos, mientras que el catolicismo fortalecerá su costado latino.

RECTA Y CURVA

Lo moderno es ligero y busca la recta: la línea y la “recta razón”. En cambio la tradición, la pasión iba yo a escribir, es densa y busca la

curva, el círculo, el laberinto: inventa el barroco.⁷⁸ El protestantismo acaba por desembarazarse de la densidad de la Iglesia y de sus grandes dignatarios. Por hacer del individuo pensante de Descartes, que devendrá el débil junco de Pascal, el ser que busca con angustia y desesperanza comunicarse con Dios. Y un hombre así “privilegiado” es un ser que porfía: *in God we trust and God trusts in us*. Ese hombre irá sustituyendo paulatinamente a Dios: irá representándolo cada vez más eficazmente en la tierra.⁷⁹ En el protestantismo, “cada hombre es su propio sacerdote. No puede acudir como nosotros cuando el pecado nos doblega, a ningún *cura*, porque la *cura*, el cuidado de sí sólo a él incumbe. Religión sin caridad, de hombres desolados, condenados a perpetuo aislamiento”.⁸⁰ Las iglesias son despojadas de una riqueza que pasará a colmar las arcas de la banca incipiente y de los porfiados acumuladores que gestaron el tránsito hacia “los tiempos modernos”.

⁷⁸De manera que la teoría de Worringer según la cual el barroco es “un gótico degenerado” se cae por su peso: por el peso del barroco.

⁷⁹El ideal de vida que aspiraba el protestante “*tenía más de ‘vida recta’ que de vida buena* y debía obtenerse en el *arduo cumplimiento de una rectitud, completa y visible*, como prueba de gozar de la bendición divina. Vida que tendía a eliminar cualquier perplejidad y problematicidad en el orden práctico pero que dejaba intactas las dudas metafísicas. No tenía pues, ni el sentido antiguo de la existencia, mediada en modo aristotélico y clásico con la vara del justo medio, ni tenía la humildad de la renunciación del santo medieval, ni la exigencia estética de la vida beata del ciudadano latino ni el individualismo huraño y orgulloso del conquistador español: simplemente era la existencia de un hombre moderno, preocupado de moralidad y actividad creadora, sectario y misionero, pero con un sentido profético de la historia y de la misión del hombre en el mundo”. Angélica Mendoza, *Fuentes del pensamiento de Estados Unidos*, México, El Colegio de México, 1950, pp. 28-29 (cursivas mías).

⁸⁰J. L. Aranguren, *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, Madrid, Alianza Editorial, 1980, p. 39.

REFORMA Y CONTRARREFORMA

2. Reforma y Contrarreforma son, pues, los puntos claves para abrirnos y explicarnos menos el mundo de ayer cuanto, sobre todo, el mundo de hoy. El protestantismo ayudó a los pueblos que lo adoptaron a desplegar capacidades y vocaciones que ya tenían: Alemania, Suiza, Holanda, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Noruega fueron pueblos cada vez más trabajadores, ahorrativos, previsores, ascéticos, fríos. Pueblos que pasaron del campo a la urbe, en mayor o menor grado, y que establecieron en las ciudades el artesanado y, con el tiempo, la manufactura, hasta llegar a las fábricas, a la industria: a la Técnica con mayúsculas. En cambio los pueblos del sur continuaron en el esplendor y la brillantez de la Iglesia —¿acaso no es hermosa la ceremonia de la misa dominical en una iglesia colmada de flores y con olor a incienso?—, en la magnificencia, en la verdad divina que revela e interpreta una organizada jerarquía, que va desde el modesto sacerdote hasta el papa, antes poderoso, hoy grandilocuente. En la religión vista como *misión*, que empuja a España a empresas tan gigantescas como la conquista de América para ganar almas, forjar verdaderos creyentes y salvar infieles.

Pueblo de caballeros e hidalgos honorables que no siempre veían el trabajo cotidiano como lo meritorio —recordemos el cultivo religioso del ocio— y que sueñan con la gran empresa histórica, con lo que pocos, muy pocos pueden hacer: la expulsión de los árabes de España, el Mio Cid Campeador: la empresa quijotesca, heroica, imposible: santa Teresa y san Ignacio sueñan, ambos, con lo de nunca. Ese pueblo quiere conquistar todo un continente para beneficio de la Iglesia y el Papado, del Imperio español. Don Quijote sueña pero no se desprende nunca de Sancho, su hermandad con lo real.

En este pueblo teocrático las libertades municipales se desarrollaron prematuramente. Dice García Calderón:

Mientras la feudalidad extendía sobre toda Europa su rudo vasallaje, en España se formaban ciudades libres... una vida turbulenta nace de esta geografía compleja: lucha secular para alcanzar la unidad nacional, generosa epopeya católica contra el Islam, conquista de continentes misteriosos, tenebrosa búsqueda de la unidad religiosa por intermedio de los autos de fe. La historia misma de Europa se transforma allende los Pirineos. La feudalidad se detiene, la cruzada contra los infieles dura ocho siglos, la religión y el imperio se hacen uno, como en las teocracias orientales. En la riqueza de este desarrollo nacional, persisten esenciales caracteres de la raza que es menester fijar: el individualismo, la democracia, el espíritu local receloso de vastas unidades...⁸¹

SUR Y NORTE

3. Son pues, dos modos, dos psicologías distintas, dos polos extremos y extremosos de manifestarse la "patética" europea: el meridional, apegado al vínculo sensible y sensual con lo terrestre; el septentrional, ascético y contradictorio "desprendimiento" de los disfrutes terrenales, que no excluye sino propicia la acumulación de dinero y de poder, de "éxito" en una palabra, único testimonio visible de haber logrado la "trascendencia", de haber alcanzado el acceso a la gracia Divina. De esos *pathos* que producen talantes diversos surgen concepciones religiosas y de la vida diferentes. Ortega y Gasset, recordando una estadia en Sigüenza "una tierra muy roja, por la cual cabalgó Rodrigo", rememora:

Hay allí una vieja catedral de planta románica con dos torres foscas, almenadas, dos castillos guerreros, construidos para dominar la tierra, llenos de pesadumbre, con sus cuatro paredes lisas, sin aspiraciones irrealizables... la catedral de Sigüenza es contemporánea... del venerable cantar

⁸¹Francisco García Calderón, *Las democracias latinas de América*, Caracas, Ayacucho, 1979, pp. 8-9.

del Mio Cid... ambos son hijos de una misma espiritualidad atendida a lo que se ve y se palpa. Ambas, religión y poesía, son aquí grávidas, terrenas, afirmadoras de este mundo. Uno y otro, templo y cantar, se contentan circunscribiendo un trozo de vida. La religión y la poesía son para la vida.⁸²

En verdad, pocos espacios tan diferentes como un templo protestante y una iglesia católica. Desde que uno entra a la iglesia las pinturas, las estatuas, los altares dorados, los ángeles, las vírgenes ricamente vestidas, las tallas de los santos nos hablan de una plétora —que a veces compensa un poco la mar de pobreza circundante— que salta a la vista y que se mete por los ojos. En cambio, cuando vi por vez primera las catedrales vacías por las luchas de la Reforma en Europa, de la tristeza infinita se me cayó el ánimo por los suelos: era la desolación. Comencé a entender, entonces, conceptos que discutía el existencialismo de la época, como la angustia y la desesperanza de Kierkegaard. Algo faltaba. Las espaciaosas naves carecían de lo que uno —aun el no creyente— está acostumbrado a encontrar siempre en el interior de una iglesia: el regocijo por la enseñanza de Jesús; el canto a la vida implícito aun en el drama de su muerte. Aquellas catedrales no parecían recintos sagrados. ¿Acaso eran templos para ciegos? En todo caso, eran lugares abstractos, de reflexión tal vez, no para los ojos.

LOS TALANTES

4. Voy al grano: esta interrogación de Aranguren me parece absolutamente pertinente y la traigo a colación porque mucho me ha preocupado de un tiempo a esta parte: “¿No será precisamente la condena que pesa sobre los hombres de nuestro tiempo... el tener que ser

⁸²J. Ortega y Gasset, “Arte de este mundo y del otro”, en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1966, t. I, p. 188.

católicos dentro de una situación que podríamos llamar de protestantismo secularizado, la situación efectiva del mundo actual?".⁸³ Aquí está justamente el planteamiento de lo que le ha ocurrido al hombre latinoamericano, nacido a la vida y a la historia desde el catolicismo español —que viene de antes, que se acendra con la Contrarreforma— y que, sin embargo, tiene que comportarse social, política, económicamente hablando, dentro de una sociedad, una política y una economía que le es dada desde un *protestantismo secularizado*, que no se corresponde con sus orígenes.

5. ¿No se explicará así el desgarramiento permanente, la doble vida, la hipocresía, ese horror que es aparentar, simular que estamos de acuerdo con la lógica de la sociedad industrial, con los valores políticos modernos y con la economía neoliberal contemporánea cuando, en realidad, no se corresponden con el mundo en el que hemos nacido y los valores en los que nos hemos formado? ¿No será esa tendencia a la simulación —para evadir la locura o el suicidio histórico— la que convierte, en cuanto se puede, a la economía en exceso y gasto, a la política en burocracia, a la sociedad en ingrátida y levitante? ¿No provoca esto un conflicto interior muy serio, pues si la "levedad" de la inteligencia y el sentido común parecen llevarnos de la mano hacia la modernidad en todos sus aspectos, el peso de la historia, en cambio, nos atrae y jala irresistiblemente como el imán al hierro? ¿No es verdad, a la vez, que mientras nuestros pueblos iluminan con brillo propio al mundo contemporáneo en otras actividades sobre todo en las artísticas: novela, poesía, pintura, escultura, música; en materia social, en política y en economía, resbalan constantemente, tropiezan y no caminan y, cuando lo hacen, deben desplegar un enorme esfuerzo para jamás alcanzar el ritmo y la velocidad de otros pueblos en otras latitudes?

⁸³*Ibidem*, p. 33.

Tengo para mí que de ese catolicismo español que nos conquistó, y del contrarreformista que fue parte del sustento espiritual de la vida de la Colonia, se derivaron una religión, una economía, un arte, una vida pública, una concepción moral, en suma: una sensibilidad y un modo peculiar de ver las cosas en América hispánica. No es ya del todo el talante español: el criollo americano es y no es el español originario. Tampoco es el "indio", previo a la Conquista que comenzó el mestizaje. Mestizas fueron las formas que nos hicieron ser como fuimos hasta la consumación de la Independencia.⁸⁴ Después intervendrán otras concepciones que comenzarán a "orientar" y a influir desde afuera y surgirán formas híbridas que no serán ya las novohispanas pero tampoco, auténticamente, la reproducción genuina de las que habían germinado en latitudes septentrionales, como resultado de una diversa experiencia histórica.

A MATTER OF FACT

6. Brotaron así, *en apariencia*, una economía como la occidental y lo que creíamos que sería una política al modo republicano y democrático del norte del continente que, también en apariencia, parecían ser simples jalones científicos avanzados y nada más: productos de la evolución y el progreso del mundo. Y ciertamente, así era. Pero era, además, el resultado de la reforma luterana que, con el recurso de la razón y de la busca de la gracia de Dios por el esfuerzo propio, propició a la Ilustración, a la Revolución de los Puritanos de Cromwell y a la Revolución francesa. Formas económicas y políticas que en nuestra América se

⁸⁴O. Paz dice: "En el siglo XVII, surge la nueva sociedad: la sociedad criolla, dependiente de España pero cada vez más autónoma. Nueva España es creadora original en la arquitectura, en el arte de gobernar, en la poesía, en el urbanismo, en la cocina, en las creencias". O. Paz, *El ogro filantrópico*, México, Joaquín Mortíz, 1979, p. 33.

deformaron pero, con todo, tradiciones, culturas, trasfondos religiosos de la mayor importancia que no “casaban” con nuestras concepciones, con nuestro modo de ver y de sentir el mundo y la vida. Empezamos a ser como un “rompecabezas” incompleto, con pedazos que faltaban y que nunca aparecían.

LA FORMA Y LO DEFORME

Nacimos a la Independencia con una economía y una política deformes que, en muy poco tiempo, nos deformaron también e hicieron que, paradójicamente, nos alejáramos de los modelos a los que queríamos acercarnos. Y que las instituciones copiadas, colmadas con *nuestros* contenidos, produjeran estructuras duales que querían ser occidentales y que, por las circunstancias, se teñían de otra coloración: los colores de *esta* América hispano-indígena. Así, uno era el país legal y otro el país real. Desde ese momento debimos haber aprendido que nuestro camino no podría ser el que nos proponían los paradigmas que tanto nos atraían y nos siguen atrayendo: que eran espejismos y, como tales, vanas apariencias e ilusiones. Que, por más que nos esforzáramos en imitar, la copia no saldría igual: algo de nuestros paisajes, de nuestras enormes cordilleras y volcanes, de nuestros valles y lagos y ríos, de las características e idiosincrasia de nuestra gente, de la suavidad de modos —las carillas indígenas se volverían querubines barrocos en Tonanzintla— se colaría en aquellos esfuerzos por reproducir instituciones que jamás serían iguales a las originales, ni producirían resultados semejantes.⁸⁵ Queríamos las libertades y

⁸⁵“Después del renacimiento la historia de España pasó a América, y el barroco americano se alza con la primacía por encima de los trabajos arquitectónicos de José de Churriguera o Narciso Tomé. Para ello la primera integración de la obra de arte, la materia, la *natura signata* de los escolásticos, regala la primera gran riqueza que marcaba la primera gran diversidad. La platabanda mexicana, la madera boliviana, la piedra cuzqueña,

normas jurídicas que brotaban de la democracia norteamericana, o del parlamentarismo inglés o del espíritu revolucionario de Francia. Sin embargo nuestra historia, nuestra sociedad, nuestra sensibilidad, nuestro sentido de la vida nos llevaban por caminos diferentes al del sentido del trabajo, del ahorro y de la acumulación del norte del planeta: al del sentido y las metas de la historia moderna. Nuestra concepción de la riqueza, del poder y del bienestar, no eran mejores ni peores: eran distintos, como lo somos nosotros. En la medida en que nos esforzamos por mantener las formas híbridas gastamos dinero, esfuerzo y una enorme cantidad de energía para conseguir resultados ridículos que lo único que producen es desánimo y pesimismo, incredulidad y desesperanza. Y de paso, nos empobrecemos, nos disminuimos.

LA FIESTA BARROCA

7. Como es bien sabido, pueblos nuestros hay que trabajan (y ahorran) todo el año para “echar la casa por la ventana” en la fiesta del Santo Patrono en donde se gasta lo que (aparentemente) no se tiene. Y después de ese “derroche”, de ese “exceso”, habrá que trabajar nuevamente para la fiesta del año entrante —si no contamos las fiestas del resto del año— que deberá ser cada vez mejor, cada vez más espléndida. ¿Qué tiene que ver nuestra fiesta con las organizadas formas de trabajo y ahorro calvinistas que generaron e impregnaron a las formas económicas y políticas del mundo occidental? Un inteligente experto extranjero en estricta lógica (abstracta) podría recomendar la supresión de

los cedrales, las láminas metálicas, alzaban la riqueza de la naturaleza por encima de la riqueza monetaria. De tal manera, que aun dentro de la pobreza hispánica, es la riqueza del material americano, de su propia naturaleza, la que al formar parte de la gran construcción, podría reclamar un estilo, un espléndido estilo surgiendo paradójicamente de una heroica pobreza”. José Lezama Lima, “La curiosidad barroca”, en *Obras Completas* México, Aguilar, 1977, t. II, p. 319.

todos los festejos “inútiles y dispendiosos que hay en los pueblos de México” (véase el texto de la nota 86) como una forma de lograr una mayor producción y productividad. Y es muy posible, si el desatino se siguiera, que algo se lograra de acuerdo con la lógica occidental. Pero ¿a qué costo político y social? Pienso que a un costo muy parecido al que hemos tenido en los últimos años, con las políticas que nos han recomendado las instituciones financieras internacionales.

Esta idea de la fiesta como “exceso” económico y social es parte de la pasión por la exuberancia del barroco, que nos viene de España y que en la Nueva España encontró singular acogida y despliegue —aunque con un sentido económico tal vez distinto—⁸⁶ igual que el gusto por el

⁸⁶De singular importancia es el ensayo de Arturo Warman dedicado al “Calendario de fiestas populares” que comienza con estas significativas palabras: “Hay quien caracteriza a México como una fiesta constante y aunque esté errado no anda del todo desencaminado... Casi podría asegurarse que no hay día del año en que en una o varias localidades del país no se celebre una fiesta o una feria”. (En *Los Calendarios de México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1969, t. v, p. 34).

Para Warman la fiesta no es sólo un convivio sino, también, una reunión mercantil. El lugar donde se lleva a cabo, mientras la fiesta dure, se vuelve un centro comercial. “En las fiestas se instalan mercados excepcionales que cumplen con esplendor las funciones asignadas a esta institución de intercambio. Muchos de los gastos especiales o suntuarios se reservan para estas ocasiones”. Warman coloca, con razón, a estos festejos dentro del complejo de la *economía del prestigio*: “En ella, el costo de algunos elementos constantes como las ceremonias religiosas, la música, la pirotecnia, la comida y bebida para grandes grupos o hasta para la comunidad entera, es absorbido por una o varias personas a través de la ‘toma’ voluntaria de cargos como la mayordomía; esta erogación ceremonial, que alcanza montos de consideración, es una de las instituciones más persistentes y ampliamente difundidas en el marco de la cultura tradicional. Si en el nivel personal el gasto en la organización de fiestas se traduce en la obtención del prestigio, en un nivel más amplio se convierte en uno de los mecanismos más eficientes para mantener relativamente estable y uniforme la condición económica de los integrantes de una comunidad tradicional; esto se da porque canaliza los excedentes económicos en esta dirección, con lo que se consigue impedir o mermar su acumulación y posterior capitalización. La limitación de la riqueza y la relativa igualdad económica que implica, se encuentra entre los más eficaces medios de control social, sobre los cuales la comunidad tradicional funda su supervivencia, ya que éstas impiden o frenan el surgimiento de agrupamientos clasistas y el proceso de disgregación que éste fatalmente implica. Esto se expresa... en la celebración de fiestas a las que se

teatro y el espectáculo que son otras tantas manifestaciones de la fiesta barroca, cuyo boato y artificio son muestra de la magnanimidad y poderío social del que la ofrece y, a un tiempo, de su

poder sobre la naturaleza cuyo curso... se pretende siempre cambiar. Las fiestas barrocas se hacen para ostentación y para levantar admiración... Se emplean medios abundantes y costosos, se realiza un amplio esfuerzo, se hacen largos preparativos, se monta un complicado aparato para buscar unos efectos, un placer o una sorpresa de breves instantes. El espectador se pregunta asombrado cuál no será el poder de quien todo eso hace para, aparentemente, alcanzar tan poca cosa, para la brevedad de unos instantes de placer.⁸⁷

POLÍTICA Y BUROCRACIA

8. Algo semejante ha ocurrido con la política y la sociedad. En virtud de que hemos confundido nuestra historia con la occidental, casi sin matices, pareciera como si de plano nos hubiéramos negado a tener

canaliza el excedente económico que, sin afán metafórico, se consume en fuegos de artificio", Los Calendarios de México, op. cit., p. 32 (cursivas mías).

En una primera y muy simple clasificación hay fiestas de dos tipos: las civiles y las religiosas. Las civiles no tienen antecedentes coloniales. Vienen del siglo XIX y, sobre todo, del Porfiriato "tan dado al boato desmedido". Warman consigna, entre las más importantes, la del 15 de septiembre; los festejos dedicados a la Revolución mexicana el 20 de noviembre; y después, las de la Constitución el 5 de febrero; el natalicio de don Benito Juárez el 24 de marzo; el Día del Trabajo el 1 de mayo y la Batalla de Puebla el 5 de mayo. Sin contar una más que se ha vuelto popular y productiva, comercialmente hablando la del Día de las Madres, el 10 de mayo.

Las religiosas tienen su origen en la época colonial y vienen de la tradición litúrgica de la Iglesia católica de los patrones de celebración de fiestas de España y las tradiciones particulares de las órdenes religiosas. Citando el *Calendario folklórico de fiestas de la República mexicana*, compilado por Julio Sánchez García y editado por Porrúa en 1956, Warman registra 1,326 fiestas anuales de esta naturaleza. Creo que estos datos lo dicen todo.

⁸⁷J. A. Maraval, *La cultura del barroco*, Barcelona, Editorial Ariel, 1975, p. 483.

una propia: a tener un destino. Como dice Leopoldo Zea: "El futuro de América es prestado. Se lo han prestado los sueños del hombre europeo...".⁸⁸ El latinoamericano no tiene historia ni tradición. Y si no hay historia tampoco cuenta el tiempo. Todo se va en sueños y en proyectos: se vive al día, como quería el poeta, en el presente. Eso influye en todas nuestras actividades y, naturalmente, deja su impronta en la política. La política no es así una actividad trascendente, transformadora, imaginativa, creadora que le sirva al hombre para vivir mejor sino instrumento que posibilita hacer frente a las necesidades inmediatas, presentes. Ni siquiera se vuelve administración sino puesto administrativo. Igual ocurre con nuestras revoluciones, con los ideales políticos que sin la densidad del tiempo se aplanan y acaban en minucia y retórica.

El egoísmo, que así tiñe todas nuestras acciones, se generaliza, se vuelve desconfianza. Esta falta de confianza en sí propio se traslada a los demás. Y sobre un pantano de desconfianza no es posible construir una verdadera administración, una política auténtica. Todo se bastardiza, se degenera, se burocratiza. La política, en consecuencia, se enajena, pierde su grandeza, su aliento histórico y deviene ganapán.

HISTORIA Y SOCIEDAD

9. Hemos hecho y escrito la historia calcando las categorías europeas y norteamericanas, trasladándolas sin más a nuestra realidad; en vez de proceder al revés: estudiar la realidad y luego deducir de ella las categorías que la explican y aclaran sin forzarla. ¿Son semejantes nuestras clases sociales a las europeas y norteamericanas? La respuesta, sin torturarnos demasiado, es negativa. La razón es simple: las socie-

⁸⁸L. Zea, *América como conciencia*, México, Cuadernos Americanos, 1953, p. 55.

dades y sus componentes, las clases sociales, tienen un origen histórico: “Dime qué historia has tenido y te diré qué clases sociales tienes”. ¿Cómo van a ser iguales a las de los países de Occidente si nuestra historia es la mezcla violenta de la porción no “moderna” de la historia occidental, del pueblo español, y de razas y culturas arcaicas con valores y pautas absolutamente diversos?

Si las clases propietarias o las clases trabajadoras españolas son diferentes de sus homólogas francesas o inglesas, con más razón las nuestras, que son un producto del mestizaje de concepciones históricas radicalmente distintas. Y, sin embargo, todas nuestras disciplinas sociales han procedido como si las clases fueran iguales allá y acá. Como si, por ejemplo, la categoría “burguesía” pudiera aplicarse a los criollos primero y luego a los mestizos durante el siglo XIX, y el concepto “proletariado” a nuestros indios y castas, sin más trámite. Se trata, claro está, de visiones ideológicas que dejan fuera de cuadro nada menos que a la realidad. Es como si tratáramos de tomar una fotografía, no a una persona concreta o a un paisaje, sino a la idea que de ellos nos hemos hecho: podría ser un experimento interesante, y hasta podríamos llamarlo fotografía, pero no de alguien o de algo, sino de su *fantasma* en nuestra propia fantasía, que habríamos invocado con el recurso de los lentes y filtros de la más avanzada tecnología.

REGÍMENES BIZARROS

10. Vuelvo a Octavio Paz. El poeta sostiene una tesis en verdad muy sugestiva que, en este caso, viene como anillo al dedo: en virtud del fracaso de las revoluciones de Independencia que a raíz de la desintegración del Imperio español no lograron crear estados nacionales auténticamente modernos, América Latina produjo un tipo de “regímenes bizarros”, de “híbridos históricos”, caudillismos en donde se mezcla el

pasado indígena mítico y religioso con el pasado hispano-árabe, produciéndose ese tipo de personajes a quienes don Ramón del Valle-Inclán tipificó en una novela llamada, con afortunado tino expresionista, *Tirano Banderas*.⁸⁹

¿Qué han hecho nuestros historiadores o científicos sociales con los “Tirano Banderas” de Latinoamérica? Los volvieron algo abstracto, confuso, difuso: humo ideológico al que llamaron falazmente “fascismo de la dependencia” con lo cual, ciertamente, hacemos un esfuerzo por parecernos al modernismo occidental. Sin lograrlo, naturalmente. Paz concluye certero: “Debemos oponer a la originalidad monstruosa pero real de *Tirano Banderas* la originalidad humana de una política a un tiempo realista y racional. Tenemos una literatura y un arte, ¿cuándo tendremos un pensamiento político?...”.

Habría que excluir de esa carencia (y por eso quiero recordarlo de pasada) al gran escritor peruano Francisco García Calderón. En un libro por muchos conceptos ejemplar pero, sobre todo, por su capacidad de síntesis, *Las democracias latinas de América*, García Calderón sostiene una tesis por demás inteligente y aguda desde el título mismo: no se trata de la democracia en América Latina sino de las democracias latinas en América.⁹⁰

⁸⁹“El personaje de Valle-Inclán es monstruoso y, al mismo tiempo, es intensamente real. Es una realidad sin ideas, lo que no quiere decir que sea una realidad estúpida. *Tirano Banderas* es la respuesta bárbara de la realidad latinoamericana a la miopía y a la ceguera de los ideólogos”. O. Paz, *El ogro filantrópico*, op. cit., pp. 275-276.

⁹⁰“Con lo cual afirma implícitamente que hay otra u otras democracias ‘no latinas’, acaso sajonas, en América y que a ésa o ésas corresponden otros rasgos. Es evidente la duda en Tocqueville. Para García Calderón el tratadista franconorteamericano refleja un modo de ser democrático, no el nuestro”. Cfr. Luis Alberto Sánchez, Prólogo a *Las democracias latinas de América* de Franco García Calderón, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. XIV.

11. Regreso, pues, a la eterna dualidad en que nos desdoblamos: nosotros y nuestra inseparable sombra: el país formal y el país real. ¿Cuál es el uno y cuál la otra? Me viene a la memoria un libro que allá por los cincuenta tuvo cierta repercusión: *L'Amérique latine entre en scène* de Tibor Mende. En ese libro, naturalmente, se hablaba de México: "Un pays qui n'a pas son pareil au monde". Recuerdo un capítulo que me impresionó: "Le newspeak mexicain" en el que Mende, jugando con el término de Orwell, sostenía que para entender el lenguaje público de México había que interpretar las palabras al revés: al oír blanco había que captar negro; valiente significaba cobarde; revolución, contrarrevolución; desarrollo, subdesarrollo, etcétera. Con esa sencilla clave podía entenderse, sugería Mende, la lengua-chatarra que habla oficialmente el país. Recuerdo a Daniel Cosío Villegas al referirse, en su ensayo sobre nuestro sistema político, a la monarquía sexenal mexicana: el presidente de la República tendría tal poder que, durante su mandato, más que presidente parecería monarca. Insisto en citar a Francisco García Calderón: "Las guerras de independencia dieron al nuevo mundo latino la libertad política, engañosa novedad de formas y de instituciones porque, latente subsiste el espíritu de la raza: la República reproduce las normas esenciales del régimen colonial. En las ciudades sobrecogidas por el cosmopolitismo subsiste la vida antigua".⁹¹

Comprobación de una dramática dualidad en la que abundaría más recientemente Leopoldo Zea:

En la segunda mitad del siglo XIX, al triunfar los partidos liberales en la América hispana y lusitana, se inicia lo que puede llamarse la occidentalización de Iberoamérica, empezando por la adopción de sistemas educativos y políticos calcados de los países occidentales que les servían de mo-

⁹¹García Calderón, *op. cit.*, p. 7.

delo. Se adopta, en general, la filosofía positivista y un orden político que simula ser democrático apropiándose las cartas constitucionales de los Estados Unidos y Francia y el parlamentarismo de corte inglés. Pero se adoptará algo más: el espíritu discriminatorio que caracteriza al occidental. Se repudia no sólo el pasado ibero, sino también al indígena y a los indígenas, tratándose de seguir los pasos del sajón en América”.⁹²

LA REALIDAD Y EL DESEO

Estos ejemplos ilustran el permanente tránsito del ciudadano común y corriente entre la realidad y el deseo (parafraseando a Cernuda). Sólo la madurez y la coriacidad que da la experiencia histórica permiten semejante trasiego cotidiano sin llegar a perder la cordura. La gente oye el “extraño hablar” como quien oye llover, pero *hace como si* aceptara lo que escucha: simula. Aprendió a hacerlo desde tiempos remotos y, gracias a ello, ha sobrevivido. Nuestra gente sabe que “del dicho al hecho hay mucho trecho” y actúa en consecuencia. Como decía el dramaturgo Rodolfo Usigli: *gesticula*.

¿QUÉ HACER?

12. ¿Qué hacer, pues, con el peso de nuestra historia? ¿Acaso podemos decir a estas alturas: “Saben ustedes que nos equivocamos y, por tanto,

⁹²Se añade: “Y si no se les repudia abiertamente, al menos se considera a los indígenas como incapacitados para autogobernarse. Supuesta incapacidad que permite a los dirigentes del nuevo orden social, criollos o mestizos, adoptar extrañas dictaduras liberales; orden para el progreso o absolutismo liberal. Y en países como la Argentina, en nombre de la civilización y contra la barbarie, se seguirán los pasos de los pioneros norteamericanos limpiando la pampa de indígenas. Por lo que se refiere a países en los que la población indígena es más nutrida, como México, Perú, Colombia y otros más, se establecerán dictaduras partiendo de la consideración de que el pueblo aún no es apto para el ejercicio de sus libertades”. Leopoldo Zea, *América en la Historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 184.

tenemos que empezar de nueva cuenta"? Eso no es posible. Ni siquiera en la vida de un hombre. Cualquiera puede rectificar algunas conductas erradas pero nadie puede rectificar toda una vida. No se puede decir tranquilamente, como en el ajedrez: "Me equivoqué. Inclino mi Rey y abandono la partida para comenzar una nueva en donde, tal vez, las cosas salgan mejor". Pero tampoco podemos actuar como si no hubiéramos cometido errores o, peor aún, como si todo hubiera sido un gran acierto. Sería prescindir de dos elementos esenciales en la vida personal y en la vida histórica: la conciencia y la experiencia. Sería exponernos a seguir tropezando con la misma piedra —el pasado— como si de nada hubiera servido registrar cada uno de los tropiezos anteriores. No puede desandarse el camino. Simplemente tenemos que *revisar* nuestro recorrido de siglos con el máximo realismo para *asumirlo* con la máxima responsabilidad. Y con la decisión de *no* seguir cometiendo los mismos costosos errores en que hasta ahora hemos incurrido. Abrir las ventanas de la casa de par en par, nombrando a la superstición por su nombre para ahuyentarla, como quería don Alfonso Reyes.

Ni la inacción que conduce al marasmo ni la actividad impulsiva y compulsiva que nadie sabe a dónde va. Hay que tener presente el discernimiento claro del pasado de donde venimos y la certidumbre de hacia dónde vamos. Y aun así no puede garantizarse el éxito pero, por lo menos, algo alejamos el fracaso estrepitoso.

El que no hace lo que tiene que hacer peca por carencia, es fabricante de nada; es un *faînéant* dice Ortega. Ése "no hará lo que *tiene* que hacer, pero no lo suplantaré con ningún otro quehacer positivo. Fabrica con los angustiosos sudores de su aburrimiento el vacío de todo quehacer. Esto no es falsificar la vida. Es simplemente anularla: practicar suicidio blanco". Por el contrario, el que mucho se afana, pero no en la tarea justa, ése se desliza por otro camino: peca por exceso, "falsifica

su vida". "El hombre que trabaja en cualquier cosa soborna su conciencia vital, la cual le susurra que *no* es cualquier cosa lo que debería hacer, sino algo muy determinado".⁹³ Y ¿qué es ese algo muy determinado? Ser uno mismo, contesta Ortega, en *Pidiendo un Goethe desde dentro*. Ser uno mismo "nos representa la caricia más secreta y profunda, es como si acariciaran nuestra raíz... como Nijinsky en *Scherezade*, sin preocupación alguna, apenas abierta la puerta de la prisión, damos el enorme brinco hacia la delicia de ser sí mismo. Vamos a palpar, temblando de placer, las morbideces del yo". En *interiore homini habitat veritas*, había dicho san Agustín.

LAS PREOCUPACIONES DE HOY

13. La civilización engendrada por el protestantismo, con el apoyo de una tecnología que la sostiene y la difunde, se ha vuelto de tal manera aplastante que donde quiera que uno va topa con ella. O, dicho en otros términos, la cultura occidental en su versión protestante y predominantemente anglosajona, ha dejado de ser *una* cultura para convertirse en *la* cultura universal. ¿Dejará el mundo de ser plural para volverse único, igual o muy semejante, encuéntrase uno donde se encuentre? ¿Es eso digno de celebrarse o, por el contrario, sería para preocuparse? ¿No es una forma de regresar a uno de los temas más hondos planteados por el protestantismo contemporáneo, que arranca con Kierkegaard: el concepto de la angustia? ¿No es angustioso que vayas a donde vayas te encuentres siempre con lo mismo: los mismos sabores, las mismas películas, los mismos espectáculos, las mismas obras de teatro y sólo teniendo una voluntad a toda prueba quieras ver lo diferente: el Escorial o Chartres, Palenque o Machu Pichu, aparte de tu congreso o

⁹³J. Ortega y Gasset, "Goethe el Libertador", en *Obras Completas*, t. IV, pp. 421-422.

tus conferencias o tu negocio, en donde hablarás siempre la misma jerga técnica con las mismas gentes? ¿Era ése el objeto del Estado moderno, de la nueva ciencia, del Titán humano que igualaba a los dioses y que, inclusive, quería superarlos: enviando cámaras fotográficas en robots que toman fotografías desde distintos ángulos a Neptuno y que mandan luego las imágenes a la Tierra desde distancias astronómicas? A mí no sólo me angustia: me tiene aterrado. Y no sólo a mí.

UNA CONCLUSIÓN KAFKIANA

14. El corolario de todo lo anterior podría ser, acaso, esta pequeña historia:

El otro día el doctor K. soñó que hacía un larguísimo viaje al Oriente lejano. Cuando por fin llegó al aeropuerto, extenuado, las autoridades migratorias, el taxi, el hotel de la misma cadena, la habitación: todo era igual a lo que había visto y vivido en Nueva York, Buenos Aires o Frankfurt, cuando representaba al Banco Mundial. K. se echó a dormir con ese mal sabor de boca y cuando despertó se dio cuenta de que, para su fortuna, estaba en su cama y que el viaje sólo había sido un mal sueño. Dio gracias a Dios y comenzó a hacer lo de todos los días: se rasuró cuidadosamente, se bañó gozando de cada gota de agua. Desayunó con su mujer haciendo planes rápidos para el próximo largo fin de semana y se despidió de ella enfrentando ya, mentalmente, su agenda. Tomó su automóvil y se dirigió al Periférico —idéntico a los periféricos de Caracas o de Chicago y atestado como siempre—. Ahí estaban los mismos grandes letreros verdes que había visto en las supercarreteras alemanas, con la misma gente preocupada, nerviosa y fumadora que hay, a horas semejantes, en todas las grandes ciudades del mundo. Observó que las antenas parabólicas que brillaban a la luz del sol abundaban cada día más y se dijo, complacido, que cada día más gente podría ver los mismos programas y reír con las mismas bromas y reflexionar con los mensajes de tantos predicadores como abundan en los múltiples pero tan semejantes canales de televisión. Cuando llegó al

banco donde trabajaba y vio las largas filas de gente impaciente, pensó que el sueño del que acababa de despertar, era menos real que éste que ahora vivía.

Si el doctor K. hubiera tenido tiempo para leer a García Márquez, en vez del *Wall Street Journal* y los larguísimos informes económicos que devoraba día tras día, hubiera podido pensar como el gran personaje: “¿Y ahora cómo salgo yo de este laberinto?”. Pero no lo había leído. En su oficina, con el tono más amable de voz que pudo encontrar en sus registros interiores, dijo a su secretaria fingiendo gran seguridad: “¡Josefina, hoy no estoy para nadie!”

Y ya en su privado —como si hubiera pasado una mala noche— se quitó su fino y suave saco de franela, se aflojó el cuello de la camisa y el nudo de su elegante corbata inglesa, y se echó sobre su sofá oloroso a cuero. Cerró los ojos y, casi instantáneamente, se quedó dormido. Afuera, en la calle alguien que pasaba conversando animadamente decía:

—Cuando hubiera sido más fácil detenerse un momento y ponerse a pensar... Pero K. ya no lo oyó. Dormía profundamente y, otra vez, comenzaba a soñar...

Los centros integradores y la democracia

En busca de una sociedad más feliz.

ALFONSO REYES

En mi experiencia de gobierno en Tabasco⁹⁴ encontré numerosas confirmaciones del federalismo como descentralización. La principal fue la voluntad de la gente que habita las pequeñas comunidades para organizarse con entusiasmo y obtener resultados concretos y trascendentes. En los pueblos persisten lazos de solidaridad que dan un sentido muy palpable a la idea de una democracia participativa tan codiciada y lejana en la abigarrada urdimbre de las sociedades urbanas. En la pequeña comunidad rural no se ha perdido la noción de que problemas y carencias, así como las opciones para resolverlos, son cosa de todos: de la comunidad y del gobierno. Al gobierno le toca abrir cauces para que se desplieguen libremente las potencialidades creadoras de cada comunidad. Eso me propuse hacer en aquella oportunidad excepcional que tuve para implementar el paso —que suele ser tan improbable— del pensamiento a la acción.

Según el censo de 1980, había en Tabasco más de 1,400 comunidades dispersas, pero de acuerdo con otras fuentes de información que

⁹⁴La experiencia de *centros integradores* y de fortalecimiento del municipio en Tabasco, que se añade ahora al libro, aparece descrita con más detalles y amplitud en un texto que fue redactado en medio de los afanes de aquella acción de gobierno: *Una democracia de carne y hueso*, publicado en 1987 por Editorial Océano.

contaban también los caseríos, las pequeñas comunidades tabasqueñas sumaban cerca de 3,000 y en ellas habitaba alrededor del 60 por ciento de la población del estado. ¿Cómo ofrecer a tantos pueblos dispersados los servicios mínimos indispensables? ¿Qué presupuesto alcanzaría para atender a las demandas planteadas por una población tan dispersa? ¿Cómo poner en acción ideas maduras en la teoría, pero muy distantes todavía de la realidad? Para mí era cada vez más claro: había que correr el riesgo e impulsar una estrategia que respetara y rescatara a un tiempo valores culturales tradicionales y abriera a las comunidades los caminos para levantar su propio desarrollo a partir del fortalecimiento de los municipios.

Múltiples intentos de buena fe, diseñados por capacitados especialistas, que intentaron introducir desde arriba proyectos de grandes dimensiones para generar riqueza en las comunidades rurales, habían fracasado, precisamente porque olvidaron algo de la mayor importancia: que la propia comunidad puede y debe aportar su esfuerzo y su imaginación en la busca del bienestar colectivo. El auténtico desarrollo comparte siempre los principios de la democracia: sólo puede venir de abajo y de adentro.

Reconocimos que el municipio había trascendido la categoría de poblado único para convertirse en un conjunto de localidades con muy diversos problemas. Había que abarcar, pues, a la totalidad del territorio municipal y así se crearon delegaciones y subdelegaciones, sectores y secciones. Se consideró como *delegación* a la comunidad con mayor población y con mejor infraestructura en una zona dada. Las localidades aledañas, situadas en su área de influencia, se clasificarían según las tres denominaciones restantes, dependiendo de su tamaño y equipamiento. Las delegaciones eran también, y sobre todo, *centros integradores*, es decir, poblados que naturalmente constituían un polo de atracción de otros y que, por eso mismo, podrían funcionar como

prestadores de los servicios indispensables que, de otro modo, sería imposible hacer llegar a las muchas comunidades dispersas.

En los *centros integradores* buscamos armonizar la definición técnica con la participación democrática. Para identificarlos se tomaron en cuenta tres criterios: población, territorio y tareas productivas; se consideraron los poblados que contaban con mayor infraestructura y que ya mostraban, de tiempo atrás, su atracción sobre los lugares aledaños. Mucho influyeron las comunidades que ya existían y los caminos que se abrieron, pues de esa red dependía la posibilidad real de integración. El tamaño de cada centro integrador y la población asentada en ellos y en su área de influencia sirvieron de base para proponer la cantidad de los servicios que cada uno podía llegar a tener.

Pero la población no fue sólo una cifra. Se respetaron, sobre todo, tradiciones culturales y costumbres de las comunidades. Se buscó que los centros integradores no surgieran de un criterio meramente técnico, sino que fueran consecuencia de voluntad social. Cuando no coincidían los datos técnicos y la opinión de las comunidades en la determinación del centro de un área determinada, se optó por tomar en cuenta a las comunidades. Hay que aunar la técnica a la democracia y, cuando no se puede, hay que optar siempre por la democracia.

La producción sería el pivote alrededor del cual cada centro integrador podría identificarse por un trabajo más o menos homogéneo. Se tomó en cuenta no sólo la ocupación actual de los pobladores, sino las opciones probables en el futuro, así como las relaciones comerciales que paulatinamente se iban generando. Se definieron así 185 centros integradores en todo el territorio estatal. Se calculó que en ellos habitaban por lo menos 280,000 personas, que representaban a más del 20 por ciento de la población de la entidad, mientras que, en sus áreas de influencia, vivían otras 800,000 personas.

Sobre esa base, desde 1984 se inició la construcción de las obras necesarias para dotar a los centros de una infraestructura que les permitiera cumplir con su función integradora, consultando siempre a la población asentada. El propósito del sexenio fue que, con la tecnología apropiada, todos llegaran a tener, al menos: agua potable⁹⁵ y alcantarillado; energía eléctrica y, con ella, alumbrado público; camino de acceso en buen estado, de terracería, revestido o pavimentado; servicio de transporte de pasajeros hacia otras localidades; servicio de radiotelefonía o de telefonía rural y de correos; un edificio público donde pudiera reunirse la asamblea de vecinos de la comunidad; trazo urbano, con calles y banquetas; servicios de asistencia técnica para la producción agropecuaria y pesquera; un espacio para facilitar el intercambio comercial y otro para procesar los productos locales; servicio de salud; servicio de educación; un parque central; espacios recreativos y servicios culturales y de bibliotecas.

La concepción de centros integradores no suponía la fundación artificial de nuevos poblados, ni se pretendía hacer zócalos bonitos en todos los pueblos del estado. Tampoco se trataba de crear los clásicos “polos de desarrollo”, porque ese concepto se rige por la existencia de una actividad económica aglutinadora de población y servicios. Y menos aún, transformar núcleos de población campesina en “ciudades en miniatura”. El concepto de centro integrador se oponía al concepto de ciudad que niega al campo, lo ignora y, por tanto, favorece la migración. Los centros integradores pretendieron arraigar a los ciudadanos en sus

⁹⁵Con tambores de Pemex de 200 litros, con arena, grava y carbón se construyeron filtros para abarcar a toda la población que no tenía agua potable. Al agua así filtrada se le añaden pastillas de cloro. Mientras que llevar agua entubada a las poblaciones rurales suponía un gasto de alrededor de 2,000 millones de pesos para lograr subir apenas un punto en el promedio nacional, con la aplicación de esa simplísima tecnología, el costo fue de 23 millones por cada punto.

lugares de origen y hacer redituable el trabajo del campo, ofreciendo a la gente satisfactores adecuados al propio medio.

Pero los centros integradores no fueron pensados sólo para prestar servicios, sino como sedes de un gran esfuerzo de organización social. En principio, el carácter democrático de la nueva forma de administración territorial del municipio no descansó solamente en el reconocimiento de la importancia de cada comunidad, sino el reconocimiento de la importancia de cada comunidad, sino en el procedimiento para elegir a los delegados y a los subdelegados municipales: la ley previó que el presidente municipal, después de auscultar la opinión de los habitantes y vecinos del centro de la población, propusiera una terna de ciudadanos ampliamente conocidos, como candidatos a ocupar esos cargos. Se estableció que la misma presidencia del municipio señalaría una fecha para que los vecinos, reunidos en asamblea presidida por un representante del ayuntamiento, votaran por alguna de las personas de la terna. Los resultados del día serían remitidos al ayuntamiento para su validación. Cabe destacar que este procedimiento aparecía en el artículo 74 de la Ley Orgánica municipal, como una garantía para hacer realidad el artículo segundo, que establecía: "La función primordial del municipio es permitir el gobierno democrático de la comunidad".

Ese método se inició en 1986, al entrar en funciones presidentes municipales surgidos del primer proceso de consulta directa a las bases aplicado en todo un estado por el partido mayoritario. Tal vez porque sintieron la necesidad de refrendar la legitimidad política con la que asumieron sus cargos o, tal vez, para evitar tensiones, los nuevos presidentes promovieron elecciones comunitarias no sólo para los cargos de delegado y subdelegado, sino aun para los jefes de sector y de sección. No quedó una sola localidad en el estado donde no se hubiera elegido así a las autoridades. Se realizaron más de mil procesos

electorales por todo el territorio, todos legítimos. Y en ninguna parte hubo problemas que lamentar.

Por fortuna, el esfuerzo democrático no se detuvo ahí. Los delegados municipales, comprometidos en principio con las comunidades que los eligieron, tenían funciones concretas que la propia ley establecía, siendo la primera en “realizar las acciones para el desarrollo del municipio mediante el apoyo de las actividades que efectúe el ayuntamiento en el ámbito territorial respectivo, así como mediante la motivación a la población para que participe en dichas actividades”. Organizar a la comunidad sería, pues, el papel principal de los nuevos delegados.

Casi un año después de haber puesto en marcha esta forma democrática de organización en las pequeñas comunidades, registré por escrito las siguientes vivencias:

En todos los centros integradores la organización ha comenzado a rendir sus primeros frutos. Los delegados están asumiendo en forma paulatina el papel de coordinadores de los diferentes comités de base que ya funcionan en cada centro, para decidir entre todos el destino de su comunidad. De esta manera, en lo que hemos llamado *unidades integradoras comunitarias*, las sociedades de padres de familia, los ejidos, los comités de salud, los comités de educación, los comités de electrificación y todas las múltiples organizaciones que existen en cada centro integrador están trabajando juntas para identificar las necesidades reales de la comunidad, para proponer al ayuntamiento los programas de atención a esas necesidades y para ofrecer su propio trabajo en favor de la democracia municipal.

Sobre esa base, en mi última visita a los municipios me comprometí a presentar hacia el mes de febrero (de 1987) un programa anual especial, en coordinación con cada ayuntamiento, para consolidar la infraestructura de los centros integradores a partir de las prioridades específicas que hayan surgido de las unidades integradoras comunitarias.

En efecto, las unidades integradoras comunitarias acabaron muchas pequeñas obras en sus comunidades, sin que mediara ningún gasto público. Se hicieron así bardas y aulas escolares, arreglo de calles, perforación de pozos de agua, canchas deportivas, líneas de alumbrado público, arreglo de parques y algunas otras pequeñas acciones que, sin embargo, hablan de la grandeza de nuestras comunidades. Por supuesto, el programa ofrecido por el gobierno se puso en marcha, pero surgió de las propuestas de esas unidades comunitarias —que las entregaron por escrito, firmadas por miembros de la unidad que representaban siempre a un grupo de vecinos o a la totalidad—. Y se realizaron gracias a las aportaciones que las unidades ofrecieron en mano de obra, en materiales y, a pesar de la crisis, en dinero que ellas mismas administraron. Con la magia de la participación democrática, cada tres pesos que el gobierno programó en las comunidades, se convirtieron en cuatro. Además, las propias comunidades hicieron las veces de contraloría, con tenaces revisiones continuas en cuanto al buen uso del dinero que a todos pertenecía.

En los 185 centros integradores la democracia se materializó y adquirió rostros y nombres concretos. Me conmovió el entusiasmo con el que se trabajó todos los días y la decisión de la mayoría de los ciudadanos para erigir, con sus actos, la dignidad y el orgullo de sus comunidades. La población no titubeó en tomar sus decisiones y en definir los servicios en los que se trabajaría primero y de manera conjunta. A través de 1,215 comités de base, agrupados en las unidades integradoras comunitarias, cuando menos 9,000 ciudadanos se sumaron formalmente como líderes auténticos de un trabajo organizado y solidario con el que se pudieron crear y reparar servicios que, de otro modo, habrían tomado años para poder realizarse y, naturalmente, hubieran costado más.

Como un ejemplo de lo que el pueblo tabasqueño se propuso y logró en los centros integradores con el apoyo de los gobiernos muni-

cipales, está el mejoramiento de más de 325,000 metros cuadrados de calles y 37,000 metros lineales de guarniciones y banquetas; la reparación de más de 380 kilómetros de caminos y 20 puentes; la construcción de 118 delegaciones municipales, 23 rastros rurales, 19 mercados, seis centros de insumos y siete tiendas rurales. Se construyeron 38 parques públicos y se rehabilitaron otros 40; se dio mantenimiento a todas las escuelas que funcionaban en los centros y se construyeron 23 bibliotecas, tres casas de cultura y 12 plazas cívicas. Para apoyar ese esfuerzo, el gobierno del estado canalizó 7,400 millones de pesos para realizar 680 acciones de obra pública, *complementarias* a las ya consideradas por los programas municipales, pero de acuerdo siempre con las prioridades decididas por las asambleas de las unidades integradoras comunitarias.

Los resultados del esfuerzo que los ciudadanos realizaron en sus centros integradores se manifiestan en datos impresionantes: los servicios de agua potable llegaron a la totalidad, a través de 148 sistemas de conducción tradicional y 37 con la dotación de filtros de agua; la cobertura de drenaje pasó de una tercera parte de estos poblados a más de la mitad de ellos, mientras que la luz eléctrica y el alumbrado público se instalaron en la totalidad de los centros.

En los servicios educativos, todos cubrieron la demanda en primaria, 177 la de educación preescolar y 158 la de educación secundaria, con el importante apoyo que representaron 185 bibliotecas fijas. Los servicios de salud llegaron también a todos los centros a través de 156 instalaciones en las sedes, de las que se encuentran en algunas localidades aledañas de las áreas de influencia y a través de unidades móviles. La comunicación terrestre permanente, con servicios de transporte, se ofreció en 183 centros; 107 quedaron atendidos por la telefonía rural y 78 por Teléfonos de México; y, para apoyar los movimientos comerciales se construyeron 44 rastros rurales, 163 tiendas populares, 79 mercados o unidades de

abasto y 13 centrales de insumos. En 130 centros integradores se habilitaron espacios deportivos y en 174, espacios para la recreación; en 30 se hicieron centros sociales y en 14 se crearon casas de cultura. La mayoría de los centros se adaptaron en su trazo urbano a las condiciones del terreno y, aunque algunos se extendían a lo largo de los caminos, la mayoría contó con una estructura urbana que les permitió ir conformando centros de población más definidos.

Debo agregar que no se llegó a ese proyecto sino después de haber definido una estrategia más amplia de fortalecimiento municipal. Si en la Constitución General el municipio ganó la calidad de prestador de servicios urbanos básicos, en la legislación local se agregó la idea de convertirlos en promotores de su propio desarrollo. La noción del municipio como base de la organización para el desarrollo se recogió después en una Ley Estatal de Planeación. Se le concibió como parte activa del sistema estatal de planeación. Si el ámbito de sus responsabilidades había de abarcar la atención de las necesidades esenciales de la población, era indispensable crear el marco jurídico para esa nueva función. Siguió la promulgación de la nueva Ley Orgánica municipal.

Al reconocer la promoción de la democracia comunitaria como función primordial de los municipios, la misma Ley Orgánica estableció la diferencia entre las funciones sustantivas y las adjetivas. Reconoció que los territorios municipales de Tabasco abarcan múltiples localidades y, sobre esa base, estableció la división en delegaciones, de éstas en subdelegaciones, de las subdelegaciones en sectores y de los sectores en secciones, para profundizar y llegar hasta la comunidad misma, que es la fuente originaria del municipio mexicano.

Un tratamiento diferente habría de darse a la administración del municipio como entidad ejecutiva. Era preciso crear instancias acordes con las nuevas responsabilidades que asumía con creciente celeridad.

A las tradicionales, como la Secretaría del Ayuntamiento y la Tesorería, se agregaron las Direcciones de Programación; de Contraloría Municipal; de Desarrollo; de Obras, Asentamientos y Servicios Municipales; de Educación, Cultura y Recreación; de Administración, y de Seguridad Pública y Tránsito.

Al ayuntamiento reunido en cabildo se le ratificó su atribución de máxima autoridad responsable del control y de la vigilancia de los actos ejecutivos emprendidos por el presidente, así como de la formulación y observancia de la reglamentación municipal. Si a la presidencia municipal y a las dependencias administrativas correspondían las acciones ejecutivas para la promoción del desarrollo, el ayuntamiento representaría el contrapeso reglamentario. Se trataba de propiciar una relación parecida a la que guardan los poderes Ejecutivo y Legislativo en cualquier ámbito estatal.

Abrir un espacio legalmente constituido para aprovechar el papel tradicional del cabildo en favor de una nueva visión del municipio era la intención fundamental de esa parte de la Ley Orgánica: para organizar y promover la democracia en las comunidades que lo integran, el ayuntamiento no sólo debía reconocer la diversidad y administrar con eficacia los recursos que le correspondían, sino estar en condiciones de emitir las normas básicas que condujeran a la cooperación social en el territorio de cada municipio: el bando de policía y buen gobierno, los reglamentos particulares de obras, de desarrollo, de seguridad, etcétera. Ese papel, tan ordenador como legislativo, fue el que asignó a los cabildos en la nueva ley.

Ciertamente, el desarrollo no se construye por decreto. Tampoco la evolución municipal. Pero la nueva legislación destinada a esa instancia de gobierno fue mucho más que unas cuantas hojas de papel plenas de buenas intenciones. Las reformas jurídicas animaron, en suma, la formulación del Convenio Único de Desarrollo Municipal (Cudem), que

fue la base normativa de la coordinación entre estado y ayuntamiento. El convenio de desarrollo municipal fue el primero en la República.

Dentro de la experiencia que estamos describiendo, aunque los presidentes municipales conocían bien el propósito de la democratización y la mayoría de ellos trabajaba en su favor, no les era fácil sustraerse a una tradición “benefactora” que, después de todo, es parte del placer que ofrece el ejercicio del poder. El argumento cívico que debían esgrimir, simple en apariencia, era en realidad un trago amargo: a cada nueva petición recibida, el funcionario municipal se veía en la necesidad de explicar que la mayor parte del dinero se encontraba comprometido en un programa anual y debía mostrar el conjunto de las acciones que, a nombre del pueblo, estaba llevando a cabo el ayuntamiento.

El gasto corriente de la administración municipal, que lo mismo era útil para pagar salarios de empleados que para cubrir el costo de los servicios públicos que son responsabilidad de cada ayuntamiento, empezó a constituirse en una singular preocupación para la economía municipal. Porque la libertad municipal es utópica sin recursos pero, cuando hay recursos, la esencia del problema se desplaza a la necesidad de un análisis, serio y acucioso del modo de administrar el dinero para garantizar que su destino sea el de ahondar la democracia como forma de vida y no el paternalismo de un funcionario.

La tradición “benefactora” del municipio podía dar al traste con los propósitos de ejercicio programado de los dineros municipales: siempre habría más peticiones individuales que dinero y, si se hubiese pretendido satisfacerlas todas, los ediles habrían tenido que recurrir a los bancos, al gobierno estatal, o a cualquier otra instancia comprometiendo el futuro inmediato: gastando de antemano lo que no se tenía. Además, las cabeceras municipales eran una réplica de la capital del estado: ahí se concentraba el mayor peso de la opinión pública, las llamadas “fuerzas vivas”, de manera que la tendencia a concentrar las inversiones en

ese centro político municipal era muy clara, si se atendía sólo a la tradición de dar a quienes puedan ejercer mayor presión para ser escuchados.

¿No era mejor, acaso, decidir el destino y el monto del gasto público mediante la sabia fórmula de la mayoría que decide, y las minorías que se reconocen, se respetan y se toleran? ¿No era más productiva, en términos físicos y financieros, la fórmula democrática? ¿No convenía más gobernar para todos, pero contar siempre con la mayoría?

La legislación promulgada en 1983 ofrecía las bases jurídicas suficientes para avanzar en el sentido correcto. Por eso, en el marco del sistema estatal de planeación, se inició la puesta en marcha del presupuesto por *programas* en todos los municipios del estado.

Salieron entonces a la superficie muchos de los problemas técnicos y políticos que se oponían a la democracia. Entre los primeros, hay que destacar los derivados de la inexperiencia: entre la demanda y la oferta pública median los instrumentos técnicos para llevar a la práctica la obra de gobierno. Se necesitan recursos humanos capacitados. Se dice que los hay en demasía alrededor de los centros de estudio superiores, pero debe recordarse enseguida que de éstos son pocos los que están dispuestos a ofrecer su vocación en donde más falta hace, y menos aún son los que salen de la provincia marginada para recibir instrucción superior. Nuestras universidades están sobrepobladas de estudiantes nacidos en las ciudades —que durante tanto tiempo han sido subsidiarias del campo— y que, por consiguiente, están decididos a permanecer urbanos por sobre todas las cosas. Y la tradición política quiere, además, que los cuadros técnicos de un municipio sean originarios del mismo municipio, agregando a la dificultad estructural otra de sello localista.

Los resultados de la gestión municipal basada en un método que buscó combinar el postulado jurídico con la herramienta administrativa y, sobre todo, con la participación popular, fueron realmente alen-

tadores. Llegamos así a los *centros integradores*, que representaron la culminación lógica de un trayecto iniciado tres años antes. Ahora sé que la vitalidad de las pequeñas comunidades no es utopía: ahora me consta que su fuerza y su capacidad creadoras son reales. La experiencia confirma que, con problemas y necesidades semejantes y con éstas u otras modalidades, el potencial que encierran los municipios mexicanos sólo necesita de los cauces propicios para desplegarse.

La aspiración, consciente o inconsciente, de vivir en la ciudad, en espacios urbanizados, es fomentada por los modelos que difunden los medios masivos de comunicación con los esquemas del progreso con mayúscula. Durante muchas décadas, también, estas metas de “progreso urbano” han influido en la programación del desarrollo rural.

Lo rural es lo rústico, lo no acabado, lo que está más cerca de lo natural; lo urbano es desarrollo, comodidad, distancia frente a la naturaleza e, inclusive, su negación. Nada en la ciudad es ya natural: el agua, la luz, el aire, el clima, elementos originalmente naturales, son ahora productos artificiales en los espacios urbanos. Se niega a la tierra con el pavimento; el gris del concreto uniforma la riqueza de los colores del campo; el tiempo se rige por los relojes, no por los astros ni por las necesidades. Las ciudades seguirán creciendo. Pero ninguna podrá sobrevivir sin el agro que la alimenta. Mientras más grande sea la ciudad, más productivo y próspero debe ser el campo que la rodea. De otra manera, las ciudades sin sustento serán cada vez más como “Anteos en vilo”, máquinas depredadoras, agresivas, expoliadoras, lugares sin esperanza. ¿A dónde podrá desembocar la descentralización sino en las pequeñas localidades, en los gobiernos municipales, en las estructuras estatales? Y ¿no sería mejor si éstos la construyen, desde ahora, con la fuerza y la vitalidad de la democracia?

La lección de la elección

*¿(Acaso) la palabra sabiduría no viene de
saber, y la locura no es el exceso
de un querer o de un poder?*

BALZAC

Todos saben que, a partir del 6 de julio, la política nacional ha cambiado: la elección fue una *lección*. Pero ¿acaso no pasó lo mismo en mayo y en octubre de 1968 y en septiembre de 1985? ¿No se creyó también que todo había cambiado sólo para que la transformación pareciera luego disuelta, como desvanecida, en la vertiginosa sucesión cotidiana de inercias repetidas? Muchos se apresuraron a aventurar que Cronos, el gran devorador, se había tragado también el deseo de cambio. Hoy es evidente que no fue así. El deseo de cambio está vivo, y es el tiempo el que se nos ha encogido peligrosamente: la *piel de zapa* de la historia de Balzac, el tiempo disponible se ha enjutado, y el deseo profundo de los mexicanos reclama su cumplimiento. “El tiempo presente y el tiempo pasado/acaso estén presentes en el tiempo futuro...”. El tiempo de México espera respuestas. ¿De quién? ¿De quiénes? Tuyas y mías: de cada uno y de todos: del ciudadano, de la sociedad, de los partidos, del gobierno. Respuestas de todos, porque todos somos México.

EL PACTO POLÍTICO Y SOCIAL

No es la primera vez que México afronta una encrucijada; la historia del país ha sido una continua hazaña en busca de justicia y libertad. Construir lo que ahora tenemos, con sus defectos y sus virtudes, ha sido ardua tarea de generaciones. No hay que olvidar que, al nacer a la vida independiente, México se debatía por la sobrevivencia misma. Llegar a la creación de un Estado nacional costó casi medio siglo y más de la mitad del territorio. Después de las guerras de Reforma y de la Restauración de la República, el proyecto de los liberales chocaría con una realidad de enormes desigualdades sociales y de inquietudes políticas que, a la postre, sólo habrían de sofocarse con la fuerza de las armas. El periodo de paz reeleccionista que logró Porfirio Díaz desembocó en la Revolución mexicana. El país volvió a enfrentarse a la violencia como recurso extremo para alcanzar el cambio que la mayoría del pueblo exigía.

El movimiento de 1910 fue la continuación de un largo proceso revolucionario. El pueblo triunfó con las armas; pero con el triunfo surgió la necesidad de encontrar nuevos puntos de equilibrio entre facciones. Si bien el proyecto nacional, el acuerdo en lo fundamental, quedó plasmado en la Constitución como síntesis de las aspiraciones compartidas por la gran mayoría, su instrumentación política costaría más tiempo. Las ideas tenían que pasar a la práctica, confrontarse con la realidad, para volverse acción de gobierno.

Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas imaginaron y organizaron lo que ha sido llamado el sistema político mexicano. A Calles correspondió, a la muerte de Álvaro Obregón, aglutinar las fuerzas revolucionarias en el gran pacto (acto) político que fue la creación del Partido Nacional Revolucionario. Tocó a Cárdenas, más tarde, fortalecer y darle permanencia al sistema con la transformación del Partido de la

Revolución Mexicana en una organización de sectores que representaban con claridad a la sociedad mexicana de su tiempo. El partido recogió luego ese pacto para adecuarlo a la dinámica de un país en transformación, basado ya en instituciones políticas fuertes. El sistema creado en 1929 ha durado más de medio siglo: no es poca cosa. Pero a lo largo de ese tiempo no ha sido el mismo. Su duración ha obedecido, más bien, a la capacidad de adaptación y de cambio que ha mostrado; a la renovación constante del pacto que dio nacimiento al Estado mexicano moderno.

Por eso debemos plantearnos, metodológicamente, la siguiente pregunta: ¿Qué habrían hecho Calles y Cárdenas hoy cuando el llamado del pueblo al cambio vuelve a cobrar vigencia? ¿Qué harían en un país mucho más complejo, que sin dejar de ser rural en buena medida se ha ido transformando aceleradamente en urbano, y tiene en su centro a la megalópolis más grande del mundo? ¿Dejarían de tomar en cuenta lo que ha ocurrido a partir de 1929? La respuesta es no. Si algo ha caracterizado a los hombres grandes de nuestra historia es su inteligencia para conducir el tránsito entre pasado y futuro. Ellos entendieron al Estado, en su momento, como puente entre tiempos: como tiempo condensado.

Es preciso, pues, detenerse a reflexionar con seriedad en el futuro posible de México. Recorrer primero en la imaginación los caminos que habremos de recorrer en la práctica, para perfeccionar nuestro sistema político sin romper con lo mejor del pasado. Es claro que a partir del 6 de julio se ha iniciado una etapa de transición hacia la plena democracia mexicana. ¿Cuáles serán los nuevos puntos de equilibrio? ¿Cuáles las reglas del nuevo pacto que necesariamente habrá de forjarse en este cambio? Nadie puede anticipar hasta dónde llegará el extraordinario dinamismo catalizado en los últimos días, pero todos percibimos que hace falta empezar a con-

solidar nuevas estructuras. Hay que extender y expandir la visión, a sabiendas de que estamos en presencia de una oportunidad excepcional para vigorizar la vida política del país y fortalecer, con ella, el futuro nacional.

¿Asistimos, acaso, al anuncio de una etapa comparable con los grandes momentos que han forjado a nuestra patria: la Independencia, la Reforma, la Revolución? Hay una coincidencia esencial: el verdadero protagonista es el pueblo de México. Pero hay una diferencia cualitativa: la negación de la violencia, el rechazo a la intransigencia de cualquier signo. No es, pues, etapa de rompimiento, sino de evolución. No se quiere desecharlo todo y empezar de nuevo, sino transformar lo caduco: reformar para rescatar lo que ha quedado rezagado en la demanda de nuestro pueblo por una mayor democracia. Pienso que se trata de modernizar el pacto social y político que nos une desde el primer cuarto de este siglo. De dar el paso decisivo sobre la base de lo construido durante ocho décadas.

LA NUEVA REALIDAD POLÍTICA

Con su actitud, y no sólo con su voto, el pueblo le está señalando rumbo a la política. Está exigiendo la que se practica a través del diálogo y la tolerancia: los mexicanos no quieren medidas intransigentes. Han manifestado su deseo de cambio dentro de la ley y del respeto a la voluntad de vivir en un país más justo. En el fondo, quizá, lo que se ha revelado con las elecciones del 6 de julio es que el centro de la concertación política ha variado: si durante casi 60 años se mantuvo dentro del partido, que nació precisamente de un pacto político y social indispensable, fundiendo desde sus orígenes la acción partidista con la tarea de gobierno, ahora ese centro se ha desplazado hacia una concepción más actual del Estado.

Bajo esa concepción el partido se ha vuelto literalmente parte y ya no síntesis política del todo. Su propuesta democrática que solía concretarse en su vida interna fraguó, finalmente, en el conjunto social. El partido mismo impulsó esa evolución, pero la crisis y las desviaciones internas la aceleraron. El desplazamiento del núcleo de la concertación política y social no significa, sin embargo, una ruptura del acuerdo en lo fundamental entre los mexicanos. Por el contrario: a la distancia, con visión política, puede consolidar la fuerza que necesita el Estado mexicano para emprender los grandes cambios que reclama, en todos los órdenes, la modernización del país.

Hay que desentrañar, desde luego, las causas del cambio, y aceptar sin temores la nueva realidad política nacional. Sólo así podrán formularse nuevas reglas del juego. Trascender las dificultades inmediatas para pensar en el futuro de México con la serenidad que la circunstancia reclama. Lo que está en juego es mucho más que la contienda inmediata por posiciones políticas.

Está claro, que a partir del 6 de julio, quedaron delineadas tres tendencias políticas y, también, que las tres enfrentarán en el corto plazo la necesidad de adecuarse a la etapa que las elecciones inauguraron, y que no se limita sólo a las cuestiones electorales ni a una calificación circunstancial del gobierno. El cambio que demanda el pueblo de México no afectará sólo a una parte del sistema: quiero decir que no bastará con adecuar los procedimientos del partido mayoritario. En la oposición, y en toda la vida política del país, hay múltiples tareas por emprender.

Es evidente que el PRI no puede rezagarse en este proceso de adaptación. Le corresponde llevar a cabo un largo examen de autocrítica que conduzca, con inteligencia y valor, hacia una renovación profunda. Pero la tarea tiene que ser producto de una revisión minuciosa y participativa de sus estructuras y de sus prácticas. El PRI ha dejado de ser

el único frente aglutinador de todas las tendencias políticas. Hoy, parte de esas opciones de han radicalizado y fortalecen a otros partidos políticos. De ahí la necesidad de precisar con rigor, en esta hora de definiciones, el nuevo papel que cumplirá como partido defensor de la teoría y praxis de la Revolución. El PRI tendrá que acostumbrarse a convivir con minorías poderosas, que han ganado respaldo popular. Tiene que transformarse, pero sin romper con su larga trayectoria histórica, lo que equivale a ratificar su liderazgo por las ideas y las propuestas de la Revolución mexicana. Esa actitud ayudaría no sólo a fortalecer su vitalidad interior, sino a la estabilidad global del país. Sería, también, acicate para que los partidos minoritarios trasciendan la circunstancia meramente electoral y consoliden sus posiciones ideológicas y políticas propias.

El PRI tendrá que correr el riesgo de abandonar muchas de sus tradiciones y de sus formas, para concretar su propuesta propia como partido político, aun por encima de los intereses particulares de los sectores que lo conforman. Hay que trabajar con las bases militantes y encontrar con ellas los signos del cambio. La razón es clara: o cambiamos, dije antes de las elecciones, o nos va peor. ¿Por qué? Porque habiendo opciones reales a la izquierda y a la derecha, los electores que no vean satisfechas sus expectativas de cambio podrían votar en las próximas elecciones por los extremos, y eso significaría el desgarramiento del partido que ha promovido el avance de la historia moderna de México.

No hay que perder de vista que muchos electores votaron, más que a favor de las opciones presentadas por los partidos minoritarios, en contra de los rezagos en el cumplimiento de compromisos del PRI. Tenemos, pues, tres años para mostrar nuestra voluntad de cumplir y para renovar el partido. En ese lapso, el sistema tendrá que llegar a las definiciones que ahora apenas se dibujan.

Pero si es verdad que la transformación tiene que empezar por el PRI, todos habrán de hacer su ajuste y su puesta al día. Todos tienen que actualizarse para estar a la altura del pueblo mexicano: el PRI, pero también la coalición de izquierda, que habrá de evolucionar para volverse partido y trascender la aglutinación heterogénea propiciada por la urgencia de una participación electoral momentánea. En esa agrupación hay corrientes muy diversas que tendrán que hacer un esfuerzo similar de agrupamiento estratégico e ideológico al que le espera al PRI. Y el PAN, por su parte, habrá de afrontar pronto la disyuntiva de las tendencias que lo caracterizan: no es lo mismo el llamado neopanismo que representa su candidato presidencial, que el PAN histórico apegado a las ideas de Gómez Morín, ni ambas corrientes son del todo homogéneas con la que representa buena parte de la juventud urbana, de clase media, que se ha sumado a sus filas con nuevas ideas e inquietudes diferentes.

Por lo demás, la oposición dejará de serlo en términos llanos, para convertirse en parte corresponsable de la marcha del futuro gobierno. Esa es la otra cara del tránsito de una circunstancia de partido prácticamente único, a otra de mayoría con minorías de indiscutible peso político. La oposición, en su conjunto, tiene que cambiar con autenticidad para consolidarse ante la nueva responsabilidad que le ha dado el pueblo: ya no le bastará sólo con resistir con intransigencia a toda medida que venga del gobierno, para ganar fuerza por el movimiento del otro. Tendrá que contribuir, con criterios frescos, a la creación del nuevo régimen de partidos, en el que necesariamente será corresponsable. La oposición ya no puede ser una mera reacción: su electorado espera que los partidos que la conforman se conviertan en la cabeza del segmento de ideas y de intereses que representan.

La disidencia tendrá que darse ahora desde la coexistencia entre puntos de vista distintos y, muchas veces, contradictorios. Cada parte,

desde el próximo mes de septiembre, será corresponsable ante el todo, y las iniciativas sólo podrán prosperar con la llave del auténtico respaldo popular en todo el país. Los partidos políticos, sin excepción, están llamados a romper inercias. Tienen que adaptarse y ponerse a la altura de un pueblo que votó, sobre todo, por la democracia. Hay que avanzar de prisa hacia el establecimiento de los puntos de consenso sobre los que habrá de renovarse el pacto político y social entre los mexicanos.

El cambio, por evolutivo, requiere no proceder por fracturas: tiene que ser paulatino. Hay que evitar que la lucha común contra la despolitización se vuelva imprudente sobrepolitización. La oposición habrá de pasar cambiando gradualmente de lo que se opone a lo que propone: de oposición que niega desde afuera, a participación significativa en el Congreso y a mostrar responsabilidad en esa conducta. Tendrá que probar que puede no sólo organizar manifestaciones, sino participar en la tarea legislativa que es una tarea de gobierno. ¿Puede saltarse (sin asaltarse) al poder evolutivamente? Eso es algo que está por verse en el futuro inmediato.

Por otra parte, la nueva realidad del país no habrá de limitarse a la contienda entre partidos. Éstos son, en todo caso, reflejo de las inquietudes y de las aspiraciones de la sociedad en su conjunto. La representación tripartita que brotó con las elecciones habrá de llevar, necesariamente, a la revisión en la práctica de todas las cuestiones políticas. La transformación que se ha puesto en marcha abarcará, también, a los medios de comunicación, que tendrán que informar con autenticidad sobre la vida de una sociedad compleja y heterogénea. La educación, la vida social, la política económica, las relaciones comerciales con el exterior habrán de mudar al ritmo de los tiempos nuevos. El problema no es, pues, sólo de los partidos políticos; ni mucho menos, exclusivo del PRI. Es problema de todos: problema de México.

En el fondo, se trata de transformar una cultura política que ha perdurado quizá demasiado y que es producto de todos, si hemos de ser auténticos. Tenemos ahora que transformarla, también, en todos los frentes. Todos tendremos un papel que desempeñar en la fase de transición. Las inercias habrán de dejar libre el paso a las iniciativas inteligentes, para que sea el Estado, en su conjunto, el que salga fortalecido de este desafío de imaginación y de realismo que ha planteado el pueblo de México.

ALGUNAS RAZONES DEL CAMBIO

El tránsito democrático que demanda el pueblo de México consistirá, en buena medida, en ajustar los métodos de la política con las necesidades y las expectativas concretas de la sociedad. Pero hace falta revisar con cuidado los hilos que llevaron a ese desequilibrio, para no sacar conclusiones apresuradas ni atribuir todas las razones del cambio al lapso específico de las campañas electorales. Lo cierto es que la distancia entre práctica política y realidad se ha gestado desde hace tiempo. Las elecciones, desde esa perspectiva, constituyeron un llamado de atención: por eso es tiempo de reflexionar (y de actuar) para entender las causas reales del fenómeno electoral, mientras se ponen en práctica las primeras medidas para adaptarse a la nueva realidad.

Desde luego, es fácil apreciar el prolongado influjo de la crisis económica en el ánimo nacional. El voto ciudadano es, entre otras cosas, una especie de reacción popular ante las circunstancias concretas de la vida cotidiana. El deterioro del ingreso, que ha sufrido la mayoría del pueblo en los años de crisis, ha influido, sin duda, en las preferencias electorales; muchos encontraron en el gobierno y en el PRI a los únicos responsables, como si no se tratara de un fenómeno internacional al que México no es ajeno, y su respuesta fue, sobre todo en la gran ciu-

dad, el voto en contra. Pero decir que la crisis es la *única* razón de los cambios que está viviendo el país es una explicación insuficiente. Hay causas, por así decir, más profundas, que no deben pasarse por alto. Si nos quedamos exclusivamente con las explicaciones económicas, la realidad pronto nos rebasará de nuevo, quizá con mayor vehemencia.

Hace tres años dije, y creo que conviene repetirlo para que quede muy claro, que lo que ahora es del dominio público ya estaba nítido entonces en la mente de muchos militantes: el partido mayoritario, clave del sistema político, tenía que actualizarse de acuerdo con la dinámica que ya se traslucía en el país. ¿En qué consistía y consiste esa dinámica? Me parece que hay, por lo menos, cuatro puntos que deben recordarse ahora, porque tienen tanta o más vigencia que en 1985:

1. Afirmé entonces que la Revolución mexicana fue, en realidad, una suma de revoluciones. Desde luego, fue la última revolución democrático-burguesa del siglo pasado y la primera social y popular del siglo xx. Pero fue, también, un movimiento que aglutinó a las diversas corrientes que surgieron de las regiones de México. En el norte, se postuló la democracia y el liberalismo como proyecto nacional; en el centro-sur se buscó reivindicar la propiedad de la tierra en favor de los campesinos de siempre, y en el sureste, se planteó un Estado social avanzado, promotor y rector del desarrollo, con una concepción muy adelantada para su tiempo en las ideas y en la organización social. Pareció que tales diferencias, manifiestas desde un principio, habían sido absorbidas por un criterio predominante de carácter nacional. Todos sabemos que la unidad en la diversidad fue requisito indispensable para que el país superara sus diferencias y pusiera en marcha, finalmente, el proyecto conjunto que dio a luz a la Revolución mexicana.

El centralismo, en su momento, fue ciertamente una tendencia necesaria. Pero la concentración del poder no anuló la vida regional. No hace mucho que los mexicanos encabezados por el presidente De la

Madrid percibimos la necesidad de invertir, con rapidez, esa inercia centralista que ha llegado a convertirse, con el tiempo, un verdadero punto de estrangulamiento para el desarrollo nacional. La demanda democrática es totalmente contraria al centralismo. Pero el cambio, ya evidente a fines de la década pasada, y que debió consistir en el reconocimiento pleno de esa diversidad regional, no avanzó con la celeridad deseada ni en el PRI ni en el sistema político en su conjunto. No es exagerado decir, ahora, que la persistencia de viejos métodos arraigados en el centro minó muchas de las bases que con habilidad recogieron las otras opciones políticas.

Si se observa el mapa electoral, podrá apreciarse con nitidez que las tendencias varían notablemente entre regiones distintas y aun en el interior de cada región. No es lo mismo el centro que el sureste, como tampoco lo es la inclinación política del norte. De hecho nunca lo ha sido, pero el terco centralismo ha llevado a formular generalizaciones, sobre todo a partir de los resultados electorales de la capital de la República. En el país, el PRI sigue siendo hasta ahora la opción que prefiere la mayoría del electorado: en 27 estados mantuvo la mayoría sobre los otros partidos, y no sólo por los sufragios del campo, sino también en casi todas las zonas urbanas. Perdió, sin embargo, en el Distrito Federal y en su zona metropolitana, y eso ha contribuido a magnificar sus derrotas, pues la capital es una gran caja de resonancia.

Es común que la vida de la Ciudad de México, sede de los poderes federales y de los medios de comunicación de alcance nacional, se confunda con la de todo el país. Pero es lo cierto que no caben explicaciones generales surgidas de visiones parciales. A pesar de sus evidentes demostraciones de fuerza, la oposición no debe caer en ese mismo error: si quiere consolidarse, tiene que trascender su condición regional, participando realmente y todos los días en cada estado de la República, algo que no ocurre todavía.

2. Esta reflexión lleva de la mano al problema específico de la Ciudad de México: la otra cara del centralismo. Si, de un lado, se soslayó la importancia de la actividad regional, de otro, la concentración excesiva ha llevado a la asfixia de la zona metropolitana más grande del mundo. En la capital del país la realidad aparece muchas veces distorsionada y las relaciones con el resto de México se han diluido por la magnitud de los propios problemas. Siendo la capital, el Distrito Federal y su zona metropolitana viven alejados, paradójicamente, del país. El diagnóstico sobre las dificultades que afronta la megalópolis se ha ido aclarando en los últimos años y puede ayudarnos a entender algo de lo que ocurre.

Sabemos que su futuro está estrechamente vinculado con el éxito de la descentralización; que su prosperidad futura depende, en buena medida, del desarrollo autónomo de las otras regiones. Pero, a pesar de los enormes esfuerzos que se hacen todos los días para mantener en funcionamiento a la gran ciudad, los capitalinos sienten y resienten que les hemos ofrecido como destino un panorama desolador.

A los problemas económicos que viven los mexicanos de cualquier parte del territorio, y que aquí se resienten tal vez con mayor agudeza, hay que añadir los problemas de la inseguridad, los de la contaminación, los del transporte y la vialidad, los de la marginación urbana, producto de la sobreaglomeración, etcétera. Los habitantes de la capital afrontaron, además, las traumáticas consecuencias del terremoto de 1985, y han padecido, o así lo sienten, una especie de marginación política electoral.

Como respuesta inmediata a esos problemas acumulados, muchos han pensado en descongestionar la capital, invitando a los capitalinos a abandonar su lugar de residencia. Pero, ¿no es acaso pedirles que dejen sus raíces originarias, o las que ya han creado ahí donde fueron a buscar muchas veces el espejismo de una bonanza que no encontra-

ron en sus lugares de origen? La descentralización, bien planteada por el gobierno de la República, se ha mal traducido en no pocas ocasiones como una agresión a quienes integran cerca de la cuarta parte de la población nacional. El meollo no está sólo en la salida de quienes habitan la capital, sino en fortalecer el proyecto de ciudades medias. En la zona metropolitana, con todo, hará falta una gran imaginación organizativa para que las respuestas adecuadas se pongan en marcha junto con los mexicanos que padecen los problemas cotidianos de la aglomeración. Hay que crear más oportunidades de vida fuera de la zona metropolitana, pero hay que rescatar, también, la convivencia en las muchas comunidades urbanas que se confunden y mimetizan en toda la gran ciudad.

3. El tercer punto que ha influido en la modificación de la vida política nacional es la confusión entre los papeles del gobierno y del partido mayoritario. En varias ocasiones he señalado que el paso del PNR al PRM, y más tarde al PRI, obedeció a la capacidad de adaptación del sistema a los cambios que el mismo sistema fue propiciando. En 1985 insistí en la conveniencia de dar un nuevo paso adelante, separando las tareas del partido de las que corresponden al gobierno. Partido en el gobierno, pero no del gobierno: el partido, partido; el gobierno, gobierno. Ante la crisis, era evidente que la sociedad exigiría propuestas renovadas para avizorar su futuro, y que sería mejor que esas propuestas surgieran de la movilización constante del partido en el poder. Así lo indicaba la terca realidad nacional. Sin duda, la campaña política extensa e intensa que emprendió el hoy candidato triunfante, Carlos Salinas de Gortari, constituyó el cauce de esa movilización. Pero me temo que buena parte del electorado esperaba, además, una acción renovadora de conjunto en todos los planos del partido, con una más clara separación de los órganos del gobierno.

Me explico: la demanda de los militantes era fortalecer, desde abajo y desde adentro, el propio partido, métodos y estructuras. Prepararse con anticipación, en sectores y en comités estatales, distritales, municipales y seccionales, para los tiempos de la elección. Fortalecer la democracia interna para vigorizar la verdadera militancia. Mucho se avanzó en ese sentido, pero mucho se rezagó por el peso de las inercias. Los cambios profundos se enfrentan siempre a resistencias igualmente profundas. Y en este caso, a pesar de los esfuerzos de la dirigencia nacional y de buena parte de los miembros de base, la dinámica fue más lenta de lo que hacía falta. La confusión entre partido y gobierno no ha acabado de resolverse. Y ante la opinión pública, el PRI carga con el peso de casi todas las fallas y con muy pocos de los aciertos. El tiempo era breve para transformar de raíz esa relación no siempre virtuosa que a todos lastima y, sin embargo, ese tiempo se ha reducido más aún después de las elecciones del 6 de julio.⁹⁶

4. La desesperación de algunos y las confrontaciones entre puntos de vista diversos, en tiempos difíciles para el país, hacían previsible el riesgo de un desgajamiento interno. Decía yo hace tres años y cito a la letra:

Como México es muchos Méxicos y la Revolución muchas revoluciones, el PRI es muchos partidos. Por eso dentro del PRI se cumple el juego democrático que luego trasciende a todo el país. Y de ahí, también, que el PRI

⁹⁶¿Es posible a estas alturas (octubre de 1989) separar al PRI del gobierno y convertirlo en verdadero partido dependiente sólo de sus militantes y de sus cotizantes? Hoy lo veo, francamente, como tarea de romanos. ¿No sería más sencillo realizar algo como lo que hizo Calles —que Froilán Manjarrez relata parcialmente en *La jornada institucional*— esto es, consultar a todos los sectores nacionales y factores reales de poder y a todos los grupos influyentes de los estados, desde los más altos niveles, y tratar de articular las respuestas en un programa político inteligente y viable que pudiera reagrupar a fuerzas hoy desarticuladas y desanimadas en un nuevo organismo o coalición de organismos, más adecuado a la modernización y, sobre todo, a la *democratización* actual de México?

tenga en sí mismo su propia oposición. Por eso en México la oposición formal no gana todavía la mayoría. O, dicho de otra manera, en México hasta ahora siempre ha ganado la oposición real. Por eso decía Reyes Heróles que las victorias de la oposición son más bien autoderrotas del PRI. Señalo que de aquí surge también un serio peligro: el desgajamiento. Tenemos siempre presente, para evitarlas, que las escisiones de Almazán y de Henríquez estuvieron a punto de provocar una ruptura. Fueron oposiciones que brotaron dentro del partido. De manera que la fuerza heterogénea, cuando no se cuida, se vuelve debilidad.

Hoy, lamentablemente, las consecuencias de ese desgajamiento son evidentes: el liderazgo de la segunda fuerza electoral del país ha surgido de las filas del propio partido. Y, sin embargo, el riesgo persiste: la salida de Cuauhtémoc Cárdenas y de quienes lo siguieron no cerró la posibilidad de otras separaciones. Anoto, de inmediato, que tampoco anuló la capacidad de cohesión del partido. ¿Hará falta agregar algo más?

El análisis de las razones que han empujado al cambio no se agota, naturalmente, en los cuatro puntos que anoto. Hay que reiterar, por el contrario, la necesidad de enriquecer las reflexiones para desentrañar cabalmente la raíz y el sentido de las transformaciones que esperan a México. Pero conviene apuntar, no obstante, los rasgos más evidentes de lo que puede ser el principio de la nueva etapa política del país.

LA PERSPECTIVA CERCANA

Será tarea colectiva definir con realismo el método y los instrumentos precisos del pluralismo renovado. No tengo la pretensión de conocerlos de antemano, pues tendrán que derivarse, como ya he dicho, del diálogo y de la concertación inteligente; sin embargo, es claro que asoma en el porvenir mexicano una nueva trilogía democrática: la primera

de sus aristas está a la vista: la formación de tres opciones políticas fuertes que, seguramente, se reorganizarán a la luz de los resultados electorales.

Como miembro del PRI debo ocuparme, en primer lugar, de mi partido. Hay que trabajar en su organización, volviendo a los orígenes: si el PNR nació por la unión de lo disperso, el PRI afronta ahora el desafío de juntar 32 partidos estatales en un gran partido nacional, con sólidos sustentos regionales y locales. Reconociendo la diversidad del país, el partido podrá ser más partido y emprender los cambios de fondo que necesita para recobrar su fuerza: hay que reconstruir al PRI desde su base, desde los seccionales, con un paso a la vez simple y lleno de dificultades: la selección democrática de dirigentes y candidatos. La consulta a las bases, método empleado ya con éxito para ciertas elecciones locales, tiene que volverse tarea cotidiana y a todos los niveles. Con esa sola decisión será posible mantener en actividad constante a toda la estructura partidista, revitalizar los consensos internos y, sobre todo, recuperar el liderazgo indiscutible en cada estado y en todo el país.

Se ha dicho que a ese método se opone la aparente rigidez de los sectores, es decir, de la parte "corporativa" del PRI. Pienso lo contrario: los propios sectores partidistas están también ante la disyuntiva de transformarse o debilitarse, y el camino lógico que tienen por delante es el de la reorganización de sus fuerzas intermedias a partir del doble apoyo de la democracia interna y de la capacidad negociadora de su liderazgo. No debe soslayarse, por lo demás, la importancia de la relativa independencia que caracteriza a los sectores. Cada uno representa a un segmento de la realidad nacional. Pedir de ellos sólo disciplina es conducirlos a su propia negación; su razón de ser es la defensa de los intereses de quienes los integran y a eso deben abocarse con la mayor combatividad. De ahí también que la democracia como método interno no sea incompatible con su liderazgo de clase. Es cierto que vicios tales

como la imposición y la simulación, que han dañado a nuestras grandes organizaciones, tienen que desecharse. Pero los sectores, como columna fundamental del partido, están llamados a fortalecerse como condición de sobrevivencia.

La democracia en toda la estructura del partido y la mayor autonomía de los sectores obligan a establecer un nuevo tipo de vínculos entre partido y gobierno. El partido debe volver a ser vanguardia de la organización social. Su responsabilidad es ir por delante, pero ser también atento vigilante de la gestión pública: señalar rumbos y denunciar errores y desviaciones. Por eso tiene que ser avanzada, para captar demandas, necesidades y puntos de vista, y exigir del gobierno el cumplimiento cabal de los compromisos asumidos. Si se quiere, el partido tiene que convertirse, fortalecido, en una especie de contraloría popular pero, también, en el foro más luminoso de la política, entendida como servicio honesto al público.

La segunda arista es la reafirmación que ha hecho el pueblo de México sobre la obsolescencia de los criterios que suponen nacional todo lo que emana del centro.

Ahora resulta más claro que nunca que los problemas propios de cada región del país obligan a delinear tendencias políticas diferentes. No quiero decir que las elecciones han dividido al país. Digo, más bien, que el 6 de julio ratificó en toda su dimensión la diversidad de México. Si antes de las elecciones había muestras claras de la necesidad de erradicar, con urgencia, lo que queda del centralismo, que no es poca cosa, es obvio que después de ellas los estados de la República deben participar con mayor libertad en el futuro desarrollo político de la nación. No me refiero tanto a los gobiernos estatales como a las organizaciones sociales y políticas de cada entidad.

Las diferencias regionales de los comicios no deben prestarse a confusiones: su dirección es de abajo hacia arriba, del pueblo al gobierno,

no de las estructuras centrales hacia las burocracias locales. La descentralización está ligada a la democracia y tiene que hacerse con toda profundidad, como ha quedado claro en el mandato electoral. Es casi innecesario subrayar, en este punto, la importancia que debe cobrar la vida municipal. En la democracia futura los municipios serán pieza clave: cada municipio, a favor o en contra de una determinada propuesta política, podría inclinar la balanza de las grandes decisiones quizá como nunca antes en la historia de México. La razón es muy simple: en los municipios reside la primera y más directa forma de representación popular.

La tercera parte de la trilogía democrática que puede apreciarse será quizá la más compleja y la más debatida: me refiero a la nueva relación entre los poderes federales. Creo que la época del presidencialismo preeminente habrá de dejar su sitio a otra, caracterizada por un Poder Legislativo muy fuerte y un Poder Judicial más independiente, como lo señaló Carlos Salinas en la ciudad de Puebla. La Cámara de Diputados, en particular, habrá de convertirse en la vanguardia del régimen de partidos. La que se iniciará en septiembre será una legislatura de dimensión histórica. En buena medida, de ello dependerá que la transición democrática avance con fluidez o se estanque en discusiones infinitas, atadas a una cultura política que el 6 de julio dejó de tener vigencia. En los próximos días tendremos un Congreso que, para constituirse, deberá integrar primero un Colegio Electoral que calificará a sus propios miembros y procederá, después, a la calificación de las elecciones presidenciales.

De acuerdo con los resultados que conocemos, la nueva Cámara de Diputados estará dividida prácticamente en partes iguales entre los diputados del PRI y los de la oposición y la de senadores parece que contará con cuatro representantes de la coalición cardenista (dos de ellos representarán a la Ciudad de México, con todo lo que eso supone).

De la nueva composición de la Cámara de Diputados, la primera observación que salta a la vista es la casi equivalencia de fuerzas. Se trata, sin embargo, de un equilibrio precario, en virtud de que la mayoría sólo será posible por unos cuantos votos. La nueva estructura obligará, pues, a la búsqueda de una alianza táctica para sacar adelante programas de gobierno, para legitimar disposiciones legislativas, para perfeccionar la acción judicial.

Esa situación anuncia un régimen de partidos que ya se ha gestado, pero que tiene que acabar de nacer, lo que tomará tiempo. Reflejando la realidad política mexicana, la representación plural en el Congreso comenzará a ser parecida a la intensa vida parlamentaria de otros países. Muchas de las decisiones del Ejecutivo, antes de ponerse en marcha, tendrán que pasar por el tamiz del Congreso. Como ejemplo, pregunto: ¿qué ocurrirá cuando un secretario de Estado plantee insuficientemente la estrategia de sus programas y, en consecuencia, sea objetado por una fracción de diputados? En la respuesta asoma el régimen de transición que deberá gobernar a México en los próximos años y, desde luego, el papel que habrá de tener el partido mayoritario, como una especie de criba previa, al encuentro de los copartidarios con la representación nacional.

El régimen de partidos sólo podrá madurar, sin embargo, a la luz de la acción corresponsable de los actores políticos. El proceso de transición que está naciendo descansará, en buena medida, en la transformación de los tres poderes con base en la negociación entre partidos y en la fuerza social que representan. El pluripartidismo debe superar la contienda electoral, para institucionalizarse en el Congreso, en las decisiones y acciones ejecutivas, en las medidas y los procesos judiciales.

Toca a los partidos políticos seguir el ejemplo de madurez que ha dado el pueblo. Establecer las nuevas reglas del juego: renovar el pacto político y social entre los mexicanos. Distingo, en ese proceso, algu-

nas cualidades que deben tomarse en cuenta: tolerancia, respeto, prudencia, inteligencia. Hay que hacer, pues, un esfuerzo profundo por encontrar puntos de equilibrio y establecer consensos básicos para iniciar el diálogo que necesita la unidad nacional. Todo ello nos enseñará a profundizar en la democracia, o mejor aún: a fundar una nueva cultura democrática.

CONSIDERACIONES FINALES: TRASCENDER LO INMEDIATO

México no debe atascarse en las tácticas del maximalismo, del “todo o nada”, que son contrarias a la vida democrática. Con apego al derecho tendremos que superar el momento crítico de la calificación electoral y ver adelante. De poco sirve someterse a la ley para negarla enseguida en declaraciones y mítines. Hay que respetarla por principio de ética política y en todas partes. Si las normas que han hecho posible esta fase esencial para la historia de México son, no obstante, insatisfactorias, habrá lugar y tiempo para perfeccionarlas. Al derecho hay que cambiarlo con el derecho. El curso del país no se detuvo el 6 de julio. Mientras más crudas, sin bases legales, sean las acusaciones mutuas, más se gastará el patrimonio de la confianza popular, que es indispensable para la salud política de la nación. El pueblo quiere otras cosas. No votó para ver destruida su voluntad. Votó, insisto, a favor de la democracia, por el Estado de derecho.

No hablo de pasar por alto las irregularidades electorales en donde las haya, sino de evitar generalizaciones que confunden y restan fuerza a las transformaciones que ya se anuncian. Es un error, quizá producto de la inercia, creer que la estrategia de restar credibilidad a las elecciones afecta sólo al PRI.

La base para que la democracia surja a plenitud está, por lo pronto, en la recuperación de la credibilidad en el sistema. Ningún partido de-

be traicionar la confianza del pueblo, porque a ninguno le conviene la debilidad del país. Es preciso emprender la modernización democrática de México buscando el consenso más allá de las especulaciones electorales. La legalidad tiene que dejar de ser sólo bandera política para convertirse en la guía de la acción: legalidad que significa el respeto a las leyes electorales y a las instancias que de esas leyes se derivan.

Por eso hay que trascender las dificultades inmediatas del proceso electoral, iluminando con información sus lados oscuros y matizando los argumentos que esgrimen los partidos políticos sobre la base del respeto al pueblo. Se ha reprochado la lentitud en la entrega de resultados electorales. A partir de esa crítica razonable se han esgrimido argumentos que pretenden invalidar la totalidad de las elecciones. La prensa de algunos países difundió con amplitud esos argumentos y ha colaborado, así, a la confusión que entorpece el nacimiento de la nueva etapa política del país. Hay que volver a la ley para dar claridad al proceso: los votos se cuentan, boleta tras boleta, en cada casilla y en cada una se levantan las actas correspondientes que firman los representantes de las diferentes opciones políticas. Actas y boletas se envían al Comité Distrital para ratificarse o rectificarse. Es, quizás, un procedimiento demasiado lento, pero es el que establece la ley. Las demoras, por lo demás, no pueden atribuirse a la voluntad de un solo partido, pues todos participan en el escrutinio y lo ratifican más adelante en cada distrito electoral.

Tratándose de más de 54,000 casillas, es natural que ocurran actos irregulares. Las votaciones se hacen con seres humanos falibles, de buena o de mala fe y de cualquier signo ideológico. No estamos en presencia del reduccionismo infantil de los buenos contra los malos, sino de un proceso complejo que, a pesar de todo, tiene cauces legales para dirimir las controversias que se presenten. Sé de sobra que muchos quedarán insatisfechos de todos modos, pero también sé que los

partidos conocían las reglas del Código Federal Electoral y que es precisamente ahora cuando tienen la obligación patriótica de respetarlas. En consecuencia, las fallas parciales del procedimiento electoral, que seguramente existen, no descalifican la totalidad del proceso. En rigor, aun cuando las pruebas que aporten los inconformes sean suficientes, estaremos hablando de partes del proceso, que de ninguna manera deben llevar a generalizaciones apresuradas ni a juicios preparados de antemano. El que debe ganar en este proceso es el pueblo de México.

La actitud de algunos representantes de la prensa extranjera, por otra parte, no es sorprendente. Evito, desde luego, caer en las generalizaciones que repruebo: hay corresponsales serios y objetivos que cumplen con profesionalismo su tarea informativa; pero ¿cuántas veces han previsto otros enviados el principio de una revuelta armada en México? ¿Cuántas veces han venido éstos en busca de noticias alarmantes? ¿Cuántas veces han vuelto con versiones parciales? No es extraño, pues, que la posibilidad de anunciar un gran fraude electoral les atrajera en exceso. Mención aparte merece, sin embargo, la prensa española. Su creciente interés por la situación de México habla bien de la identidad que nos une con España. Pero llama la atención la ansiedad con la que ven nuestra democracia. ¿No conocen acaso las dificultades que debe afrontar un pueblo para transitar en paz de un sistema político de raíces profundas a otro más dinámico, más abierto, más plural? No pretendo comparar a la España franquista con el México en transición. Todos sabemos que nuestro sistema posrevolucionario ha renunciado siempre a la tentación dictatorial, pero el tránsito hacia una democracia fortalecida es, para cualquier pueblo, desafío que toma tiempo. Nuestros amigos de España y del mundo pueden ayudarnos mucho si entienden el 6 de julio con objetividad y reconocen el esfuerzo que estamos haciendo los mexicanos para transformar nuestro sistema político, sin alterar la estabilidad social.

Los días venideros serán un desafío a la capacidad de adaptación de los mexicanos para encarar situaciones inéditas. Todos tendremos que aprender de prisa y colaborar al surgimiento pleno de una nueva cultura política. El desafío es de enormes proporciones porque, si bien ha empezado por las cuestiones partidarias, no se reduce a ellas. Abarca mucho más que eso: la sociedad en su conjunto deberá adaptarse a las nuevas formas de hacer y de entender la política, lo que supondrá, en muchas ocasiones, romper con viejos métodos que el tiempo ya había vuelto costumbre. La democracia, hay que repetirlo cuantas veces sea necesario, es un modo de vida que empieza en las elecciones, pero que debe alcanzar, después, todos los planos de la convivencia social. Los medios de comunicación, las universidades, las empresas, los sindicatos, las asociaciones civiles, las organizaciones rurales, la vida de todo el país, serán motivo de cambio en este paso a la renovación democrática. La modernización obliga a cambiar mentalidades. Todos los mexicanos tendremos que adaptarnos a la nueva circunstancia histórica que nosotros mismos hemos puesto en marcha. Esa es la clara, precisa, lección de la elección.

EGP

Un hombre de entresiglos

Danner González

Don Enrique González Pedrero nos abre las puertas de su casa en la colonia Florida, durante una de esas tardes otoñales en que el frío lucha por sobreponerse al sol quemante. Como si supiera que el invierno se apresta a eclipsarlo sobre el valle, en el otoño el sol renuncia a irse, se pone sus mejores ropas, se mete subrepticio en la cabeza y en el cuerpo. En el trópico, el sol es distinto. Abrasa, invasivo pero gentil, sitiado por el agua.

Don Enrique nos recibe enfundado en un conjunto deportivo azul oscuro. Y yo no puedo menos que pensar en el chándal rojo del comandante Fidel Castro. O en Churchill, paseándose en bata durante los momentos más decisivos con un puro y un whisky en la mano. Se trata sin duda de una moderna versión del descanso del guerrero.

A sus 85 años, el maestro González Pedrero tiene la disciplina de un guerrero que no renuncia, sigue activo en la academia y en la investigación. A veces acude a eventos políticos en su estado natal, Tabasco. Practica natación todos los días. Relee anualmente *El Príncipe* de Maquiavelo, cada año en una edición distinta, para poder comentarla en los márgenes. Pienso que cada relectura es una reinterpretación, del autor y de uno mismo. Uno se está reescribiendo, corrigiendo todo el tiempo. Esas sucesivas ediciones anotadas por don Enrique, son señas de identidad, signos sobre los que vuelve puntualmente aunque aún no escribe sus memorias, porque para Memorias las de Churchill, dice. Las de uno son a lo sumo recuerdos, *souvenirs* de un tiempo ido.

Esta es la indagación minuciosa en la vida de uno de los grandes intelectuales del periodo de entresiglos. Don Enrique es un hombre forjado en el xx, de quien el xxi tiene mucho que aprender, tanto de su agudeza política como de su sensibilidad cultural y de su ser del Sur, ese Sur al que, como dice Nacho Vegas, nunca se va, sólo se regresa.

Finalmente, es de elemental justicia agradecer a don Adán Pérez Utrera, sin cuya amistad y buenos oficios esta generosa entrevista de don Enrique no hubiera sido posible.

[Ciudad de México, otoño de 2015]

DG

Entrevista a Enrique González Pedrero

realizada al alimón

Juan Vásquez Colmenares y Danner González

Juan Vásquez Colmenares (JV): Maestro, la primera pregunta sería: ¿cuál ha sido su más grande satisfacción como político?

Enrique González Pedrero (EGP): Bueno, haber podido serle útil a mis paisanos y a la gente que hizo posible la carrera que desarrollé. Espero no haber sido malagradecido con la gente que se portó tan bien conmigo.

JV: Además de la gubernatura de su estado, ¿qué otros cargos reforzaron su visión sobre la política?

EGP: Un cargo inicial fue, a mi regreso de Francia, el haber ocupado la Secretaría del Trimestre Económico del Fondo de Cultura Económica y haber trabajado en el Consejo Técnico del Fondo, creo que eso me fue de gran utilidad. Sobre todo conocer a buena parte de intelectuales de aquella época, como don Alfonso Reyes, Octavio Paz, el poeta Alí Chumacero fue parte del Consejo Técnico y por tanto fuimos buenos amigos. En fin, gente que no trabajaba en el Fondo pero que asistía a los cocteles que se ofrecían y en ese momento uno entraba en comunicación con mucha gente muy fácilmente, las cosas se arreglan mejor a veces con una copa de vino en la mano.

JV: ¿Qué tal era su relación con todos esos intelectuales? ¿Tenía usted una buena amistad con ellos?

EGP: Bueno no, a don Alfonso lo conocí, pero don Alfonso era ya todo un monumento, como don Daniel Cosío Villegas, que fue fundador del Fondo de Cultura, de manera que no, fui buen amigo de Alí Chuma-

cero, ahí también conocí a Juan Rulfo, que publicó en aquella época memorables libros.

Fui buen amigo también de Octavio Paz, no tanto en aquella época como posteriormente, cuando mi mujer fue parte del comité editorial de *Vuelta* y entonces nos veíamos muy frecuentemente. Es una de mis medallas haber conocido a Octavio Paz, que para mí es uno de los hombres más inteligentes, no sólo que ha dado México, sino de la gente que yo he conocido.

JV: Me voy a ir muy atrás. ¿Cómo era Villahermosa, Tabasco, cuando usted era niño?

EGP: Pues era un lugar muy tranquilo, absolutamente tropical, húmedo, caluroso, y era una ciudad muy pequeña cuando yo era chamaco, muy limpia. Me recuerdo que, los vecinos, cada quien limpiaba su pedazo de calle que le tocaba, y era muy agradable caminar por las mañanas antes de que el sol arreciara o ya en la tarde una vez que el sol se había puesto.

Era muy agradable recorrer la ciudad o partes de la ciudad porque el clima ya en ese momento se tranquilizaba y era muy grato, pero era una ciudad muy pequeña que se inundaba cada año por la creciente del río, de modo que eso originó que se desarrollara en Villahermosa un tipo de arquitectura: las casas se hacían más altas del nivel de la calle para evitar la inundación, o que si se inundaba la casa, a pesar de la altura, se inundara sólo la parte de abajo; la recámara siempre se construía en un piso alto para evitar justamente el problema. Recuerdo muy bien aquellas inundaciones, porque los chamacos aprovechábamos para nadar en esa alberca anual que ocurría en Villahermosa y en general en buena parte de Tabasco.

JV: ¿Nos puede platicar sobre quiénes fueron sus padres?

EGP: Mis padres se casaron muy jóvenes como solía ocurrir en aquella época y esa fue una fortuna porque nos heredaron la salud a

mis hermanos y a mí. Afortunadamente todos mis hermanos viven, y yo, que soy el mayor, sigo aquí dando lata, de manera que aquella característica fue muy importante. Mi madre era maestra normalista, con ella aprendimos mis hermanos y yo a leer y escribir antes de llegar a la escuela y las operaciones aritméticas fundamentales. Con mi padre siempre tuvimos una gran cercanía, bueno, con ambos.

JV: ¿Cómo se llamaba su papá?

EGP: Mi padre se llamaba Ramón González Vega y mi mamá Cándida Rosa o Rosa Cándida Pedrero Fócil. Ambos eran tabasqueños, mi padre de Frontera y mamá de un poblado cerca de Villahermosa, pero siempre tuvimos una relación muy cercana, justamente quizá por la juventud de mis padres y por la franqueza con la que nos tratamos siempre.

Mi padre era un trabajador de la administración, un hombre muy inteligente, pero no tenía una carrera profesional. Siempre prestó sus servicios tanto al gobierno local como al gobierno federal, de modo que eso le permitió tener tiempo para ocuparse también de la familia, no sólo de su trabajo, y mi madre estaba permanentemente cerca de nosotros.

JV: ¿Cómo nace su inquietud por la literatura, o es primero la literatura y los libros que la política?

EGP: Pues creo que se dio en forma muy parecida, muy pareja, esta afición a los libros y esta cercanía con la política. En primer término, porque a raíz de la expedición que organizó Brito Foucher contra el régimen Garridista hizo que la familia tuviera que abandonar el estado por razones de política.

Mi padre era recaudador de rentas en un poblado cercano a Villahermosa, nada del otro mundo, pero como entonces las cosas no se resolvían con votos sino un poco más violentamente, tuvimos que salir del estado y venir a la Ciudad de México, en donde una hermana de mi

padre vivía y trabajaba. Entonces, ella nos acogió en su departamento y mi padre encontró a un amigo guerrerense que era gobernador del estado de Guerrero en aquella época, el general Alberto Berber, que lo invitó a ir a trabajar en el ayuntamiento en Chilpancingo.

De modo que este acto de salida que tuvimos que hacer un poco violentamente del estado me hizo (yo era el mayor de mis hermanos) tratar de explicarme qué era lo que había ocurrido. ¿Por qué tenemos que irnos si aquí estamos bien, contentos? Entonces mi madre me dijo: tenemos que irnos porque tu padre corre peligro y la vida es más importante que cualquier otra cosa. Así que en lugar de tenerle ojeriza a la política y haberla rechazado por la salida violenta, abrupta que tuvimos que hacer del estado y venir a pasar trabajos de la pequeña ciudad de Villahermosa a la Ciudad de México, pues había una distancia enorme.

A mí me pareció gigantesca la ciudad a la llegada, primero porque tuvimos que hacer el viaje en barco desde Frontera a Veracruz. Se llevaba tres días el viaje en pequeñas embarcaciones campechanas que hacían el trayecto de Frontera a Veracruz. Y después de estar en Veracruz unos días, tomar el Ferrocarril Mexicano o el Interoceánico, eran los dos que tenían comunicación de Veracruz con la capital del país. De modo que la llegada a la Ciudad de México, me admiró por la enormidad de la ciudad.

JV: ¿Qué edad tenía?

EGP: Debo haber tenido unos seis o siete años, y bueno, empezamos a notar las diferencias en la manera de hablar, en la manera de vestir de la gente, en fin, tuvimos que irnos adaptando a las nuevas circunstancias en México, en la Ciudad de México y más tarde a Chilpancingo y Acapulco posteriormente, porque mi padre, después de estar un tiempo como secretario del municipio en Chilpancingo fue comisionado por el gobernador para que tuviese el mismo cargo en Acapulco, de manera que tuvimos la suerte de conocer Acapulco en aquella

época, en los treinta, que apenas estaba comenzando su desarrollo y de adaptarnos a las nuevas circunstancias.

Aunque el calor ya nos acercaba un poco y el trópico a lo que había sido nuestro origen, pero les decía, en vez de tomarle ojeriza a la política y haber tenido una actitud de rechazo por lo que nos había pasado, yo no reaccioné así, sino, ahora me doy cuenta con el tiempo, traté de explicarme por qué había ocurrido lo que había ocurrido, y esto probablemente me fue acercando a la actividad política. Tuve una actitud de comprensión en vez de rechazo, de tratar de explicarme las cosas en vez de molestarme y ni siquiera pensar en eso.

Creo que eso fue mi cercanía con la política, para ver con claridad qué era lo que nos había ocurrido y por qué había ocurrido lo que nos pasó, pero a la vez empecé a entender que de otra manera probablemente no hubiéramos salido en mucho tiempo del estado, que además estaba aislado por el agua. La carretera que comunicó a la Ciudad de México y a Veracruz con Tabasco es de la época, una parte del licenciado Alemán y otra parte de Adolfo Ruiz Cortines, de modo que hasta entonces fue que Tabasco se comunicó con el resto del país por carretera, porque antes no había más que, o las embarcaciones o los aviones. Y claro, los aviones en aquella época eran para la gente con muchos recursos, cosa que en nuestro caso no era posible.

De manera que esta cercanía, ahora me doy cuenta, me aproximó a tratar de entender lo que era la política, y como le decía, en vez de tener un rechazo, al contrario, traté de comprender las cosas y quizá eso me hizo ir viendo a la política, aunque esta idea ya se me hizo muy clara después de mi experiencia en Francia, que la política era parte de la cultura y no la cultura parte de la política. Esto también me acercó desde muchacho a los libros, a la cultura, fui un buen lector desde muchacho, primero de las novelas juveniles, sobre todo Julio Verne, y después poco a poco, conforme iba yo avanzando en mis estudios, me

fui conectando ya con distintas versiones de la cultura, la literatura, la filosofía, la historia, en fin, pero siempre con cercanía a la política.

Desde estudiante fui presidente de la sociedad de alumnos ya en la secundaria, fui vicepresidente de alumnos y delegado a la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) en la Escuela Nacional Preparatoria y a la Facultad de Derecho también tuve algunos cargos estudiantiles. Antes de viajar a Europa a estudiar Ciencia Política, me había inscrito a la Facultad de Derecho porque era la carrera más cercana, sobre todo la parte de Derecho Público, a la política, pero habiendo obtenido una beca en el Banco de México para ir a estudiar al extranjero, pues opté por el Instituto de Estudios Políticos de París para entrar de lleno al estudio de la Ciencia Política. Fue una desgracia para mi familia tener que salir violentamente del estado, pero se volvió parte de mi vocación y de lo que iba a ser mi carrera posteriormente.

Danner González (DG): Son muy contados los casos de intelectuales que participan en la vida política, y que además lo hacen con maestría. En México, Vasconcelos, Torres Bodet, Jesús Reyes Heróles, pocos más. ¿Cómo logró usted conciliar la vida académica, porque usted sigue investigando, sigue escribiendo, al mismo tiempo que hace política?

EGP: Bueno, como lo decía yo, después de mi experiencia en París, en Europa, porque aproveché mi estancia en Francia para viajar por buena parte de Europa occidental, consideré siempre a la política como parte de la cultura. Además, Francia me ayudó mucho en eso por los museos, por el teatro, por el cine, por la cantidad de actividad, por las librerías, la cantidad de conferencias, actividades culturales y de la importancia que tienen los intelectuales en Francia.

A mí me tocó la época del existencialismo a mitad del siglo pasado, no me acostumbro a decir el siglo pasado, pero ya lo es. Sartre, Simone de Beauvoir, Albert Camus... en fin, la pléyade de intelectuales que

escribían en los periódicos, que dirigían las revistas, y eran intelectuales con ideas políticas, que participaban en la dialéctica de acción y pensamiento que caracterizan a la cultura y a la política francesa.

Todo esto influyó, el Louvre, el conocer los distintos museos, el viajar los fines de semana a partes de la provincia francesa para ver la arquitectura, para ir viendo la pintura, en fin, me fui acostumbrando a relacionar siempre la política con las ideas, con la literatura, con la filosofía, con la sociología, que era parte de lo que estudiaba yo, con la ciencia política, que en buena medida está constituida por las ideas que desde la Grecia clásica se desarrollaron en Europa. De manera que siempre sentí que la política era parte de la cultura y que como intelectual tenía que desarrollar mi vocación, pero siempre cercano a la cultura.

JV: Eso lo llevó específicamente a tener esa visión panorámica de la política y la cultura. ¿Cómo surge, después de sus estudios en Europa, de regresar a México y desarrollarse ya profesionalmente, su acción política en el estado de Tabasco?

EGP: Bueno, a mi regreso de Francia, después de haber conocido, no Inglaterra, Londres, partes de Alemania, Bélgica, Holanda, Italia, tuve la fortuna de trabajar en el Fondo de Cultura, de modo que ahí volvió a darse la circunstancia de los libros, que no se oponían a mi vocación ni mucho menos; al contrario, como corrector del Fondo tuve la oportunidad de leer desde *El capital* de Marx, las obras clásicas de la sociología que publicó el Fondo y que me pagaran por eso además, porque como corrector de pruebas, pues era parte del trabajo o la traducción.

O incluso la redacción de las solapas, algunas solapas de libros del Fondo, o textos, ensayos introductorios de algunas obras, en fin, se siguió desarrollando esta simbiosis de cultura y política, no opuestas, sino al contrario, la política como parte de la cultura.

Tuve la fortuna también de conocer en París, siendo presidente de la Asociación de Residentes de la Casa de México en París, a quien fue mi mujer, que era doctora en Filosofía y hacía una especialización de literatura francesa, de modo que, como dice el refrán: el que acierta en el casar ya se puede equivocar. Tuve la fortuna de acertar porque cuando uno es muchacho se enamora, pero no siempre acierta. En nuestro caso tuvimos la suerte o la fortuna de coincidir toda una vida, pues eso nos influyó mutuamente; la formación cultural de mi mujer que me influyó y mi formación política que la influyó y siguió la interrelación entre ambas esferas.

Luego empecé a dar clase, todavía trabajando en el Fondo, como adjunto de don Horacio Labastida, que era un profesor de Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas. Estoy hablando del 55, 1955, desde ese momento seguí cultivando las ciencias sociales, aparte de mi profesión, aunque cada vez más dedicado a la ciencia política que al derecho. Del derecho me interesó mucho el derecho constitucional, el derecho administrativo, la teoría del Estado, materia de la que fui profesor muchos años en la Facultad, y de la cátedra de la historia de las ideas políticas, de modo que seguí profundizando en mis estudios de ciencia política.

DG: Sé que doña Julieta Campos, su esposa, fue promotora incansable del Teatro Campesino.

EGP: Sí, ¡cómo no!

DG: ¿Nos cuenta acerca del Teatro Campesino?

EGP: Sí, se desarrolló en Oxolotán gracias a una gran organizadora, que fue la que organizó realmente. El acierto de mi mujer estuvo en localizar a esta persona, que se encargó de armar el teatro con verdaderos campesinos y que tuvo un gran éxito en aquella época, no sólo en Tabasco, sobre todo con la puesta de *Bodas de Sangre* de García Lorca, y tuvo un gran éxito en Nueva York y en Madrid, no, en Madrid no,

en Cádiz creo que fue. Lamentablemente aquella experiencia no se continuó y se quedó ahí, pero esa fue una bonita experiencia de Julieta, con la que podía yo hablar absolutamente de mis problemas, como ella me podía plantear a mí, porque ella también empezó a dar clase de literatura en la Universidad, de modo que siempre intercambiamos puntos de vista y siguió la liga permanente de la cultura y la política.

JV: Sin duda fue un acierto.

EGP: Bueno, así dice el dicho, ¿no? El que acierta en el casar ya se puede equivocar en todo lo demás.

JV: ¿Cuántos hijos tuvo, don Enrique?

EGP: Uno sólo.

JV: ¿Y se llama?

EGP: Se llama Emiliano, como aquél que está allá (señala un cuadro de Emiliano Zapata).

JV: ¿Zapata? ¿Le puso Emiliano por el revolucionario?

EGP: Bueno pues, si hubiera tenido yo una hija, le habría puesto Guadalupe, y hubieran sido Emiliano y Guadalupe, una preciosa pareja.

DG: Hablaba usted hace un momento de que no se le dio continuidad al Teatro Campesino, y ese es quizá uno de los grandes problemas de este país, que los proyectos no tienen continuidad. Otro tanto pasó con los centros integradores.

EGP: Así es, tengo la esperanza de que los que eran jóvenes en aquella época, que conocieron vitalmente la experiencia, alguno de ellos la retome con el tiempo, ojalá, porque creo que fue una idea que valdría la pena continuar.

Ese retrato del religioso que está ahí al lado del *Guernica* de Picasso es don Vasco de Quiroga, el creador de los pueblos hospitales de donde remotamente viene la idea de los centros integradores, pero el Colegio de San Nicolás que fundó don Vasco es el antecedente de la Universidad Nicolaíta actual y donde se formaron los héroes de nues-

tra Independencia, nada menos. De esta idea de la realización de la utopía de don Vasco es que viene la idea de los centros integradores, de construir estos centros a partir de un núcleo ya desarrollado o con bastante desarrollo y que los pobladores cercanos, circunvecinos, en vez de tener que ir a Villahermosa a buscar los servicios que requerían, los encontraban más cercanamente, en la población más desarrollada, de manera que fortaleciendo ese desarrollo pudiera comenzar a generarse el desarrollo en toda la zona.

Esta es la idea primitiva del centro integrador, pero esa fue otra experiencia que se quedó en Tabasco, se dice que a veces ocurre que queremos inventar el Mediterráneo, el agua caliente y el hilo negro cada uno de nosotros y, en verdad, este ha sido un problema muy serio en México, la falta de continuidad.

Eso ha ocurrido con la educación. En vez de haber tenido continuidad en la política educativa de México... desde la Independencia... otro gallo le hubiera cantado a nuestro país si esto hubiera existido, porque yo creo que la principal riqueza de nuestro país está en su población, pero como no se la ha formado, como no se la ha educado se ha tenido que desarrollar prácticamente. De ahí han surgido a los que se les llama despectivamente sin razón, los “mil usos”, pero ¿qué cosa es un “mil usos”? Un hombre que funciona en todo: si hay un cortocircuito, en la jardinería... ¿Qué revela todo esto? Una capacidad extraordinaria, y en vez de haber aprovechado esa riqueza la hemos abandonado.

Hemos tenido grandes educadores. Usted mencionaba hace un rato a Vasconcelos, a Torres Bodet, si hubiéramos continuado la obra de don Justo Sierra y desde antes la obra de Vasco de Quiroga desde los orígenes, otro gallo le cantaríamos a nuestro país, porque hemos descuidado la principal riqueza, creyendo que la riqueza de los mares, la riqueza petrolera, la riqueza agrícola, la riqueza ganadera, son las verdaderas riquezas. Son riquezas también, pero la riqueza fundamental

está en nuestra población y la base del desarrollo de esa riqueza está en la educación y eso es en lo que no ha habido continuidad tampoco, porque en cada sexenio se inventa el Mediterráneo, el agua caliente y el hilo negro.

DG: Ahora incluso los libros de texto gratuitos han perdido esa función relevante que tuvieron desde su creación, si mal no recuerdo con Martín Luis Guzmán. Usted también encabezó la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos.

EGP: Sí, el creador de la Comisión fue don Jaime Torres Bodet con don Martín Luis Guzmán como director de la Comisión. Yo tuve la fortuna de ser amigo de don Martín, fuimos senadores al mismo tiempo, en el mismo sexenio; a mí me tocó hacer la defensa de don Martín, que estaba siendo objetado por un grupo de senadores opuestos a nuestra organización y nuestra ideología porque don Martín había trabajado en España cerca de varios dirigentes republicanos.

En primer lugar, don Martín estaba exiliado entonces y tenía que ganarse la vida, y fue una gran ventaja la que tuvo de poder prestar sus servicios con gente de primera, como lo fueron los republicanos que luego vinieron a México en la época del general Cárdenas, cuando México abrió las puertas a los exiliados, pero en fin, a partir de esta intervención mía en el Senado, tuve la fortuna de hacerme amigo de don Martín y de conversar mucho tiempo con él y más tarde tener el cargo que había tenido él durante la creación de la Comisión de Libros de Texto.

JV: Como gobernador, ¿cuáles fueron sus principales logros?

EGP: Bueno, creo que una buena idea que tuve desde la campaña, fue hacer que la gente hablara y me dijera cuáles eran los problemas fundamentales que ellos sentían, que ellos vivían. En vez de ir yo diciendo discursos, que lo tenía yo que hacer, pero primero le pedía a la gente que hablara, de ahí surgió la frase "Que hable Tabasco". Voy a hablar,

pero no tanto. Lo que me interesa es que hablen ustedes. Me fue enormemente útil, porque la gente planteó los problemas tal como los vivía, como los sentía, naturalmente fuimos tomando nota de todos los planteamientos que se fueron haciendo en todo el estado y a la hora de atender el gobierno, en vez de atenerme a la organización tradicional de la administración pública del estado, armamos la administración, el gobierno, a partir de los problemas fundamentales planteados porque eso era lo que había que resolver, no problemas abstractos sino los problemas que había planteado la gente.

Creo que éste fue un buen acierto, y desde luego, la experiencia que tuve; yo conocía al general Cárdenas, tuve esa fortuna, y el general me invitó a un par de giras que él organizó en Michoacán, ya después de haber sido presidente. Creo que en aquella época era vocal del río Balsas, pero cada vez que llegaba a alguna población de inmediato se corría la voz de que el general estaba en aquel lugar, y en el zocalito, la plaza, en el jardín principal, se paraba el general, se formaba una fila de personas y a mí me tocó estar cerca de él y de ver cómo trataba a la gente. El chofer la hacía de su secretario e iba tomando nota de todo lo que le decían o lo que le pedían al general las personas que se acercaban, algunos sólo para saludarlo, pero otros decían: “General, la escuela está en malas condiciones”. En fin, le planteaban sus problemas.

Yo le pregunté, ya terminando con aquella experiencia para mí fundamental: “Mi general, cuando usted era presidente, usted podía resolver los problemas que se le planteaban, pero ahora que ya no tiene el poder en sus manos...” Me decía: “Bueno, seguimos teniendo amigos en el gobierno, que a veces nos ayudan en los problemas que nos plantea la gente, pero si no, Valente va tomando nota de qué personas se trata y la dirección, y yo siempre les mando una cartita diciéndoles: ya traté el asunto y está en manos de fulano de tal, o no he podido resolver este problema porque no tengo la forma de hacerlo. Eso

es muy importante —me dijo—, porque la gente queda muy agradecida, no tanto porque le resuelvas sus problemas, si se puede mejor, sino porque los atiendas, porque les dediques un poco de tu atención, te piden un pedazo, un poquito de tu tiempo, que les dediques un poco de tiempo”.

Eso para mí fue fundamental, establecí como costumbre en mi administración una audiencia pública que tenía yo diariamente por lo menos de un par de horas. La gente se formaba, hacía su fila en el palacio de gobierno y yo los recibía, dedicaba dos, dos horas y media o tres horas a oír a la gente, a oír los problemas que me planteaban, que no los habían atendido en el hospital o que los muchachos se estaban portando mal y querían que yo les apretara las tuercas, porque uno la tiene que hacer de todo en el gobierno.

Y esto fue muy útil, me fue muy útil ese contacto permanente con la gente durante la semana, con excepción de los martes en que hacía yo una gira por el interior del estado para estar en comunicación con toda la gente que no vivía en Villahermosa. Recuerdo que una vez que había llovido mucho, me estaban esperando en las afueras de la población un grupo de personas que le pidieron al chofer que detuvieran el camión y que yo los atendiera. Entonces me bajé del camión y díganme: “Queremos que nos acompañe usted a la escuela para que vea en qué condiciones está trabajando la escuela a donde van nuestros hijos”. “Sí, cómo no, súbanse al camión”. “No, queremos que usted camine con nosotros hasta la escuela, no está muy lejos”. “Muy bien”. Las calles eran un lodazal por la lluvia y no se había desahogado esa agua y al lodo, a chapotear. Al llegar a la escuela les dije: “hubiéramos podido venir en el camión, hombre, sin llenarnos de lodo”. “No, no, no, si lo que queríamos era que usted viese lo que tenemos que pasar y lo que tienen que pasar nuestros hijos para llegar a la escuela, en qué condiciones”. “Muy bien, tienen razón”.

Esa fue una gran experiencia que tuve y en otra ocasión un grupo de mujeres se paró a media carretera a la entrada de la población y empezaron a gritar “que se baje, que se baje”. Como yo venía adelante, pues veía perfectamente de qué se trataba, entonces le dije al chofer: “Ábrame. Díganme mis gritonas, de qué se trata”, porque estaban gritando. Ya me explicaron: “Mire usted, ese tanque que ve ahí, es el que nos surte de agua potable —un tanque grande—, y hace tanto tiempo que no tenemos agua potable”. “A ver, que venga el secretario de Obras Públicas”. Ya vino y le expliqué: “Las señoras me dicen que no tiene agua potable desde hace tiempo. ¿En qué tiempo tendrán agua potable?”. “Pues en una semana, señor gobernador”. “Vamos a decir en 15 días para no fallar. En 15 días, mis gritonas, vengo a tomarme con ustedes un vaso de agua”. “Muy bien”. Aplaudieron y... vámonos. A los 15 días regresé, ya estaba el tanque lleno, me tenían unas cervecitas. “Aquí le tenemos para celebrar”. “Les dije que iba a tomarme con ustedes un vaso de agua del tanque, venga mi vaso de agua. Esas cervezas se las dejo para cualquier celebración, yo vine a tomarme un vaso de agua con mis gritonas”.

Fueron experiencias inolvidables del contacto, ese que no siempre se produce con los coches blindados y fue la experiencia del general Cárdenas la que me dio esta vía, este camino de contacto personal. El contacto personal es... nada se le compara a eso. Las apariciones por televisión, por radio, en el periódico, están muy bien, pero el trato directo es fundamental para la relación con la gente. De modo que ésta fue una experiencia muy importante que tuve también y que no aprendí en la escuela de ciencias políticas sino en la práctica, en el contacto con uno de los mejores, si no el mejor presidente que ha tenido este país junto con don Benito Juárez, de manera que esas son dos experiencias fundamentales que tuve de aquella época.

JV: Háblenos sobre la construcción de las obras, que seguramente debe haber sido una cuestión muy compleja, para haber desarrollado en esa época los puentes que se construyeron.

EGP: Bueno, una parte fundamental del gobierno y del estado sobre todo, es el territorio, la unidad territorial. Y ocurría en Tabasco que mi estado era un archipiélago de islas rodeado por todas partes de agua. Había que unir ese territorio. No hacía falta ser ingeniero para darse cuenta de esta situación.

Entonces dije: la construcción de puentes es fundamental para integrar el territorio del estado, y ahí surgió la idea de hacer los puentes necesarios para que el estado tuviera un territorio y no fuera un conjunto de islas e islotes en donde la parte central era Villahermosa, la capital, y el resto disperso.

A Frontera había que cruzar en panga; se llegaba en carretera hasta frente a Frontera, pero para cruzar el río había que usar una panga para llegar al otro lado, y ocurría que las pangas sólo funcionaban durante el día, de manera que si un enfermo tenía necesidad de hospitalizarse en Villahermosa de noche, pues no podía porque no había comunicación.

Ocurrió además que el puente de Frontera se lo había pedido la gente al general Obregón durante su campaña y el general Obregón había ofrecido que iba a construir el puente, de manera que yo sentí eso como una obligación de cumplir algo que había ofrecido uno de los dirigentes de la Revolución mexicana. Ese fue un acto muy importante y simbólico, además la construcción de ese puente espléndido permitió, bueno y junto con ese puente, muchísimos puentes pequeños para constituir la unidad territorial del estado, para que el estado lo fuese realmente. De ahí surgió la necesidad de la construcción de los puentes, por la necesidad de constituir el territorio del estado, que de otra manera no existía, estaba disperso.

JV: ¿Qué presidente estaba durante su administración?

EGP: En mi época el licenciado Miguel de la Madrid. Curiosamente no siempre hubo coincidencias, una cosa es el país y otra cosa era mi estado. Yo me adapté al estado que había que gobernar y en la política nacional mantuve una muy estrecha relación con el presidente y con el gobierno del licenciado De la Madrid, pero yo fui a resolver los problemas de Tabasco, y afortunadamente se entendió eso muy bien.

Afortunadamente había tenido yo relación y conocimiento con el presidente De la Madrid desde que éramos estudiantes porque él iba un año posterior a mí en la Facultad de Derecho. Era prácticamente la misma generación con un año de diferencia, de manera que esa relación fue muy útil para poder desarrollar la política que hacía falta hacer en Tabasco, independientemente de las políticas que se desarrollaran en el país. Eso fue muy importante para resolver todos los problemas que teníamos con Pemex. La relación con Petróleos Mexicanos fue muy útil, teníamos una reunión periódica, creo que cada mes, para ir planteando los problemas y tener fluidez, de modo que cada vez que era posible invitaba al presidente para que viajara al estado y viese cómo se iban desarrollando las cosas.

JV: Posteriormente, al dejar el gobierno del estado, incursiona usted en la diplomacia. ¿Cómo se da esa circunstancia?

EGP: Bueno, al triunfo de la candidatura del licenciado Salinas, yo fui nombrado director del Fondo de Cultura Económica, lo cual para mí fue una gran satisfacción porque a mi regreso a México yo había recommenzado mi carrera y mi vida en el Fondo de Cultura, yo le tenía un gran aprecio a la institución desde siempre.

Fui buen amigo de don Arnaldo Orfila, que fue el director cuando yo era miembro del cuerpo del Consejo Editorial, del Consejo Técnico del Fondo, y luego continuamos la amistad cuando él fue fundador y director de Siglo XXI, de manera que traté de continuar con la política

que habían desarrollado don Daniel Cosío Villegas y don Arnaldo Orfila en el Fondo de Cultura, e íbamos muy bien.

Viajé por América Latina para ver cómo funcionaban las filiales del Fondo en Buenos Aires, en Bogotá, en fin, en los distintos países en donde teníamos filiales para continuar con la política latinoamericanista que había tenido el Fondo desde sus orígenes, porque en el momento en que España cayó en el franquismo y demás, el Fondo se convirtió en la editorial de habla española más importante de aquella época, y mi idea era continuar con esa política iberoamericana manteniendo la relación cultural con España.

En alguna ocasión, pasado ese tiempo, ese año y fracción, me citó el presidente a su oficina y me preguntó: “¿Qué te parecería... primero, cómo te sientes?”. Ya le expliqué: “Estamos esto y esto otro, estamos desarrollando tales proyectos”. “¿Y qué te parecería el expresidente De la Madrid como director del Fondo?”. “Ideal, me parece muy bien”. “¿Y a ti qué embajada te gustaría para representar al país, con excepción de la embajada de Estados Unidos, que ese es otro problema?”. “Pues déjame conversarlo con mi mujer”. “Bueno, te busco la semana entrante”. A la semana entrante me llamó nuevamente por teléfono. Me dijo: “¿Ya consultaste?” —con un poco de sorna—. “Sí —le dije— porque tengo una mujer muy inteligente y yo no canto mal las rancheras, de modo que somos dos cabezas pensantes que piensan más que una. Estamos de acuerdo”. “¿Y qué embajada te gustaría?”. “Portugal”. En un viaje que había yo hecho a Portugal vi la embajada con un jardín espléndido con piscina. Yo nado, cuando no estoy enfermo, diariamente aquí en una alberca que tengo cercana, aquí bien cerquita. “No, no, no, Portugal no. España es la embajada predilecta de los mexicanos”. “Muy bien”. Así se dio.

Durante un año estuve funcionando en la embajada, fue una experiencia interesante, pero yo tenía la idea, sobre todo de la época de don

Alfonso Reyes, que fue durante mucho tiempo diplomático y embajador de México y tenía tiempo para escribir y para leer, de modo que yo seguía pensando en esos términos y ahora la situación no es así, y menos la embajada de México en España, que siempre está llena de mexicanos, hay mucha chamba, de manera que el tiempo para escribir y para leer...

Aproveché los fines de semana con mi mujer para agarrar el carro de la embajada y viajar por toda España, esa fue una gran experiencia, pueblar por España; los pueblos españoles son espléndidos, la comida es deliciosa, y ya sin la casaca diplomática es una delicia viajar por España. Generalmente uno como turista va a Madrid, a Sevilla, a Barcelona, pero no tiene uno la oportunidad de viajar. Nosotros viajamos por toda España los fines de semana. Yo agarraba el coche, pero al año ya me hacía falta mi biblioteca y a mi mujer también su literatura, de modo que decidimos que ya como experiencia estaba muy bien y ya me regresé. Le expliqué al presidente que hasta ahí había llegado mi experiencia diplomática, que estaba muy agradecido y que quería yo dedicarme a la otra parte de mi vocación que era la parte cultural y así ocurrió ya la salida de la política militante.

JV: ¿Y posteriormente, qué motivos tuvo para dejar el PRI y convertirse en un hombre con una tendencia distinta?

EGP: Bueno, fui miembro de un partido que a pesar de que se habla de la continuidad que ha tenido durante más de 70 años en el gobierno, es un partido que va variando, que va cambiando.

Yo fui secretario general del partido junto con don Jesús Reyes Heróles, de manera que eso fue muy distinto a lo que vino luego. Esa es una de las explicaciones, me incorporé al PRI cuando su presidente era el general Sánchez Taboada, e ingresé a través de la Dirección de Acción Juvenil que presidía Agustín Arriaga Rivera, que había sido dirigente de la FEU cuando yo fui delegado de la preparatoria a la FEU y

ahí nos hicimos muy buenos amigos. Agustín era un economista notable, de 10 de promedio, a pesar de su actividad política y demás, y un político de primera, de modo que cuando Agustín fue a la dirección del PRI en Acción Juvenil me invitó a ingresar y entonces ingresé al partido, pero no ingresé a una abstracción. Ingresé con gente de carne y hueso a la que yo conocía y respetaba, y en el caso de don Jesús, don Jesús fue mi sinodal en mi examen profesional en la Facultad de Derecho, de manera que desde entonces sabía yo quién era Reyes Heróles, conocía sus libros.

Ser miembro del partido en aquella época era totalmente distinto a lo que vino después, sin demeritar a nadie, pero un presidente como Reyes Heróles, con el conocimiento que tenía de la historia de México, era otra cosa; después de eso pues fui tomando mi distancia, sobre todo porque me fui separando, ya apartando de la política, de la política militante, hasta que prácticamente he dejado de participar ya, excepto idealmente, intelectualmente, pero ya no en forma militante, como lo hice cuando fui miembro de la Dirección de Acción Juvenil o en la etapa en que fundé el Instituto de Capacitación Política y cuando fui secretario general del partido junto con don Jesús.

Después de ese momento vinieron otros tiempos y otras tareas que fui desempeñando hasta alejarme de la política militante, no de las ideas políticas, que ese es otro negocio, esa ha sido una de mis clases, porque sigo dando clase en esta época, en la Maestría de los Estudios Superiores de la Facultad de Ciencias Políticas. Sigo siendo maestro, de modo que la política teórica la sigo practicando, no la empírica, no la práctica.

JV: En la política hoy día, ¿cuál sería su acepción, hacia dónde va la construcción de la democracia?

EGP: Bueno, yo no soy partidario de la política neoliberal, mi formación me lleva a otras concepciones. Yo creo en el Estado democrático

y social de derecho, no en la política neoliberal en donde la economía tiene prevalencia sobre la política, porque la política comenzó siendo la actividad ciudadana por excelencia en la Atenas clásica, la Atenas de Aristóteles. Política viene de *polis*, la ciudad, la plaza pública, y la economía era la regulación doméstica, economía viene de *oikos*=casa, *nomos*=ley: la ley de la casa, el orden de la casa. Ahora las cosas se han invertido y la economía es la que prevalece —sobre todo a partir de la globalización— sobre la política, y hay empresas que son mucho más poderosas que muchos estados, de manera que para mi formación esto es algo que no se lleva muy bien con toda la evolución que ha sufrido la ciencia política, que prácticamente ha dejado de serlo, y son las leyes del mercado las que ahora determinan lo que hay que hacer. Mi formación me llevó por otra parte, yo soy partidario del Estado social y democrático de derecho, teóricamente hablando.

Entonces, esta política neoliberal de ahora, que considera al hombre como el capital humano, cuando es el hombre el que forma al capital, no el capital el que forma al hombre, bueno, es un ejemplo, entre otros muchos que se pueden citar y que citaré próximamente si hay oportunidad.

JV: Para terminar, dos preguntitas más, coméntenos brevemente dos o tres de sus obras que le hayan significado más, en las que se haya sentido más pleno, por qué y cómo los desarrolló.

EGP: Pues todos me han gustado mucho, sobre todo los últimos porque son los más cercanos ya. Yo he publicado, pues, todo lo que está ahí en este librero, arriba están los de mi mujer y abajo están los de mi hijo, pero los más cercanos son *La cuerda floja*, *La cuerda tensa* y *Puntos de referencia*, que es una colección de artículos y ensayos que obtuvieron un premio de periodismo en algún año que ya no recuerdo, y este último que acabo de culminar, *País de un solo hombre*.

Ya entregué al Fondo de Cultura el tercer tomo que se va a publicar el año entrante y con él acabo ya con el mamotreto histórico, y a lo

mejor todavía escribo algo de mis recuerdos, porque en alguna ocasión, hablando, quizá me gustaría escribir mis memorias. Una amiga muy inteligente que tengo me dijo: “¿Memorias? Memorias las de Churchill, las de De Gaulle, las vuestras son recuerdos”. Tenía razón, por eso ya no digo “mis memorias” sino “mis recuerdos, mi souvenir”.

JV: Su pasión por la historia, ¿qué le mueve de la historia?

EGP: Bueno, pues entender qué es lo que ha pasado para entender qué es lo que pasa y para, si se puede, entender un poco lo que viene, el futuro. Conociendo el pasado y el presente, el presente siempre se tiene que asomar un poco a los tiempos que vienen, de manera que esa es la idea de la historia, la comprensión del tiempo. Y sobre todo me interesa la historia de México para entender muy bien lo que es nuestro país.

JV: ¿Qué personaje o qué personajes son los que le han llamado más la atención?

EGP: Bueno, por lo pronto ya les hablaba yo de Vasco de Quiroga, los héroes de la Independencia, en donde yo destacaría a don Vicente Guerrero, entre otras cosas por mis recuerdos infantiles y juveniles, los héroes de la Reforma, entre ellos don Juan Álvarez, que fue líder del movimiento de Reforma, y los dirigentes de la Revolución mexicana. Sí, de las tres revoluciones que han tratado de enderezar este país, esos son mis personajes favoritos, predilectos, cercanos.

JV: Pues ya nos habló de muchos temas, don Enrique, nos habló de valores que tienen, que conforman a nuestra identidad nacional y que han sido desaprovechados como han sido las propias habilidades de las personas, ¿pero cómo ve a México a futuro, cuál será la expectativa que tiene México en un futuro no muy lejano?

EGP: Me gustaría verlo sobre todo a partir de la juventud, de la juventud estudiosa, con la que tengo proximidad, cercanía, de la juventud que está formando nuestra universidad, y tengo mucha confianza en estos jóvenes porque se están formando bien, tienen una buena

universidad, de manera que eso es muy importante y les va a abrir el camino del futuro y va a abrir al país su camino futuro. Soy optimista en ese sentido por la juventud que se está formando, tengo esperanza de que en algún momento se establezca la política educativa que debe de existir en este país para formar y para aprovechar al máximo la máxima riqueza que tiene este país, que es su gente.

Índice

Textos preliminares en ediciones anteriores

Enrique González Pedrero

ADVERTENCIA	9
A PROPÓSITO DE LA SEGUNDA EDICIÓN	15
NUEVA E INDISPENSABLE ADVERTENCIA	17

Riqueza de la pobreza

Capítulo I

LOS ESPEJISMOS DE LA RAZÓN ESPERANZADA:

TEORÍA DEL PROGRESO Y SOCIEDAD INDUSTRIAL	33
Religión y progreso	34
Huella de la hulla	35
Trascendencia de la inmanencia	37
Espíritu y materia	41
Entusiasmo y desconfianza	42
El “marxismo” de Hegel	43
El trabajo como finalidad	46
Trabajo de la necesidad	47
Estado de la libertad	48
Dialéctica del pensamiento	50
Filosofía de la religión	52

Hegelianismo de Marx	53
Filosofía de la idea.	54
El ser y el otro	55
Cambio de interpretación.	56
La cabeza de la pasión	58
La lógica: dinero del espíritu	61
Economía de la enajenación	64
La razón política	74
La sociedad industrial:	
una nueva lógica.	80
La sociedad del vértigo.	86
Una entrevista significativa	92

Capítulo II

INCIDENCIA DEL PASADO.	99
América en la historia.	99
Inglaterra y España.	102
Hegel y las dos Américas.	104
México y Estados Unidos, el problema del modelo:	
modelo de problema.	106
La Independencia	108
El fantasma del pasado.	110
El primer <i>know how</i> : las ideas	112
Arte político e historia.	113
La revolución de la Reforma	118
Modernidad y liberalismo.	122
La cuadratura del círculo	125
El tacto de don Justo	128
La Revolución mexicana.	129
La Revolución y los heterodoxos.	131
¿Sufragio efectivo? No revolución	132
Los aportes de México	134
Revolución industrializada	136

Capítulo III

UNA ESTRATEGIA MEXICANA.	141
Una industrialización parcial	141
La sustitución de importaciones	143
Releyendo a Tannenbaum	153
Todo está jugado y nada está jugado	158
Vasco de Quiroga: un ejemplo de imaginación organizadora	160
Apuntes para un modelo mexicano de desarrollo	165

Apéndices

Apéndice 1

REFLEXIONES BARROCAS.	189
Recta y curva	189
Reforma y Contrarreforma	191
Sur y norte	192
Los talantes	193
<i>A matter of fact</i>	195
La forma y lo deforme	196
La fiesta barroca	197
Política y burocracia	199
Historia y sociedad	200
Regímenes bizarros	201
País legal y país real	203
La realidad y el deseo	204
¿Qué hacer?	204
Las preocupaciones de hoy	206
Una conclusión kafkiana	207

Apéndice 2

LOS CENTROS INTEGRADORES Y LA DEMOCRACIA.	209
---	-----

Apéndice 3

LA LECCIÓN DE LA ELECCIÓN	223
El pacto político y social	224
La nueva realidad política	226
Algunas razones del cambio	231
La perspectiva cercana	237
Consideraciones finales: trascender lo inmediato	242

Apéndice 4

UN HOMBRE DE ENTRESIGLOS

<i>Danner González</i>	247
------------------------------	-----

ENTREVISTA A ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO

realizada al alimón

<i>Juan Vásquez Colmenares y Danner González</i>	249
--	-----

El proceso editorial de la obra
Riqueza de la pobreza
se terminó en la Ciudad de México en el mes de
agosto del año 2021. La edición impresa sobre
papel ecológico crema de 68-2 gramos
consta de 1,000 ejemplares
y estuvo al cuidado de la oficina
litotipográfica de la casa editora.



ISBN 978-607-8812-31-8 CÁMARA DE DIPUTADOS
ISBN 978-607-99100-3-7 MAP

Los vigorosos años cincuenta fraguaron al joven González Pedrero como un referente de la intelectualidad militante, su impulso rebelde le llevó a escribir aquel ensayo de 1959, *La revolución cubana*, que lo define como un cruzado de las ideas revolucionarias, de vanguardia de la época. Esto explica que haya fundado junto a Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Elí de Gortari y Francisco López Cámara, entre otros, la revista *Política*, que intentaba rescatar del uso trillado y vulgar el ejercicio de la cosa pública.

Riqueza de la pobreza, que una vez más se edita, es un ideario que invita a reflexionar sobre las contrariedades y paradojas del mundo contemporáneo. Regresar a este clásico de la obra de González Pedrero, nos permite revisar los pendientes de finales del siglo xx y tomar conciencia de los desafíos actuales. Es un texto que por su actualidad y su aguda visión ayuda a comprender la necesidad de encontrar un camino de progreso sin negar la individualidad pluricultural de la nación ni abolir la riqueza tradicional de México, su lectura confirma que la rica tradición literaria de la que es depositario nuestro Estado, busca generar un cambio de conciencia y de comportamiento social que habrán de contribuir a la construcción de una mejor ciudadanía.

El maestro González Pedrero, durante su gobierno, siempre sostuvo que “la cultura no es un concepto abstracto, ni una práctica aristocrática; es quehacer cotidiano que nos identifica como miembros activos de una colectividad y que, al mismo tiempo, influye en cada uno de nuestros actos”.